

MARY RZ. GA.

# UN DÍA DE ENERO



# UN DÍA DE ENERO



**MARY RZ. GA.**

Título original: Un día de enero.

Diseño de portada: Marybel Rodríguez Gallardo.

Primera lectura: Álvaro Leal Flores

Banco de imágenes: Canva

Copyright © 2024 Mary Rz. Ga.

Primera edición, 29 mayo 2024

Maquetación: Marybel Rodríguez Gallardo

Obra registrada en propiedad intelectual

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. Esta es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos y diálogos de esta novela son o bien producto de la imaginación o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

# Dedicatoria

A mi primo Enrique, o como le decíamos, Pato.  
Por la vida que vivió y la que le faltó por vivir.  
Cada que escucho su canción favorita entiendo, que



él tenía para todos, la chispa adecuada.

*No sé distinguir entre besos y raíces  
No sé distinguir lo complicado de lo simple  
Y ahora estás en mi lista de promesas a olvidar  
Todo arde si le aplicas la chispa adecuada.*

*Héroes Del Silencio*

*La chispa adecuada.*

*Autores: Alan Boguslavsky, Bunbury, Joaquín Cardiel*

*Juan Valdivia y Pedro Andreu.*

A mis lectoras, que con cada historia que sale de mi cabeza y es filtrada por mi corazón, la hacen suya y me acompañan en este maravilloso viaje.

## **Sinopsis**

Para Bruno, el tiempo en ese momento perdía su sentido cuando se alargaba sin piedad ante la necesidad de noticias. Sentía que el desgraciado lo castigaba con su imparable, tic tac, tic tac.

«Quiero el milagro, por favor, Dios, quiero el milagro». Rogaba tembloroso.

# INDICE

[Dedicatoria](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Continuamos](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epílogo](#)

[EXPRESATE LIBRE](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Sobre la contadora de historias](#)

[Abrazando la oscuridad](#)

[Déjame amarte, cariño](#)

# Capítulo 1

Cuando la prueba de embarazo dio positivo, su corazón entre la emoción y el miedo palpitaba enternecido. Llevaba un mes con síntomas extraños, ella pensaba que era gastritis por estrés laboral; se la pasaba tomando antiácidos. Cuando ya no le llegó el siguiente período, todo cambió de manera abrupta.

Sus padres pegaron el grito en el cielo, de inmediato le pidieron traer al responsable para que cumpliera con su deber, ella inocente fue a buscar al novio con el que llevaba ocho meses y ¡oh sorpresa!, estaba casado. ¿Cómo no se dio cuenta?, al parecer la esposa viajaba seguido por razones profesionales y el muy hijo de puta conquistaba a mujeres ingenuas y estúpidas, que solo podía ver a ciertas horas por supuestos compromisos. Con una casa en «remodelación», tenía como único lugar de encuentros un hotel tres veces a la semana, recibiendo solo sexo, a cambio de amor falso y promesas vacías. Regresó a su casa herida y con miedo, su paraíso acababa de arder ante sus ojos, llevando en su vientre el fruto de ese pecado, ese amor que creía sentir se volvió penitencia. Caminaba martirizándose, si bien no era una menor de edad, tenía la edad suficiente para enfrentar cualquier cosa. Aun temía la reacción de sus padres, ya que bien o mal seguía siendo hija de familia, y como era de esperar, no les gustó ni un pelo lo que les comunicó. Ella en ese momento necesitaba comprensión y cariño, ja, ja, no recibió nada de eso. Solo escuchó reproches llenos de prejuicios y la idea de abortar, la cual rechazó, provocando la ira de su madre, recibió una bofetada que logró derrumbarla emocionalmente, al saberse sola y rechazada. La amenazaron, o abortaba o se iba, ya que para ellos su situación era una vergüenza y ahí terminó su estupenda relación. Ese mismo día salió de sus vidas como una cualquiera, por la puerta de atrás, con sus cosas dentro de una maleta y con la convicción de que, jamás quitaría una vida y menos la de un ser inocente que tenía todo el derecho de nacer. No le importaba lo que tuviera que padecer, ella tenía un buen trabajo y siempre cuidaba bien sus finanzas personales. Ese bebé no tenía la culpa de tener como padre a un desgraciado y como madre a una ilusa que creyó en el amor.

Frida estudió una carrera técnica en informática administrativa, trabajaba en el área de facturación de una empresa de transporte. Se portaron bien con ella al saber de su embarazo, hasta que después de tres años, un nuevo gerente, «hijo del dueño», la acosó y al reportarlo con recursos humanos, fue despedida. Por suerte tenía dinero ahorrado, pero sabía que no duraría mucho, por lo que se dedicó a mandar solicitudes de empleo a todas las empresas que pudo, y en lo que recibía una oferta laboral, trabajaba de mesera en un restaurante de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, único horario que podía cubrir mientras su hija estaba en la guardería. Nunca olvidaría aquel día de enero en que la suerte tocó su puerta.

Frida estaba limpiando una mesa cuando se acercó su amiga Adela; ella se encargaba del área administrativa del restaurante junto con otra chica, y gracias a su recomendación, logró entrar de mesera. Adela y su madre le abrieron las puertas de su casa y la acogieron hasta que ella pudo independizarse.

—Frida, necesito ayuda —habló acelerada su amiga.

—¿Qué pasó, Adela?

—De la relación de Excel tengo que copiar de manera manual los folios de las ventas al concepto en la factura en la página de Hacienda, al cabo de cierto tiempo me saca y no me da

tiempo de pasarlos todos, ya van tres veces que se me cierra, estoy saturada.

—Copia y pega los folios y los montos desde la hoja de cálculo.

—¿Eso se puede?

—Si, mujer, ve e inténtalo, si no puedes me avisas y corro a echarte una mano cuando salga de la oficina tu jefa mal encarada. Lo último que quiero es que te de la bronca y te despidan solo por ayudarte.

—Eres un sol, gracias por ayudarme, amiga.

—Ya te he dicho que vuelvas a tomar el curso de Excel, solo te estas quedando con lo básico, yo no he podido continuar con las actualizaciones, ni lo del nuevo programa de Admin. PAQ, sabes que ahorita no tengo tiempo y menos el dinero, si no, te ayudaba más de lo que no se.

—Yo no sé por qué dices que no sabes, para mí eres experta, me has ayudado en muchas tablas y gráficas, así como a formular lo del inventario que tenía hecho bolas.

—Si, lo sé, pero sabes que yo me enfocaba en la empresa de transporte a facturar los envíos de paquetería y los viajes de carga pesada, así como la cobranza. Ahora que te estoy echando una mano, he estado recordando lo básico e intermedio, pero yo sé que necesito una actualización. Tú ahorita que no tienes responsabilidades, inscríbete, o esa mujer que tienes por jefa te va a echar a la calle. Tienes disposición y ganas de aprender, deja de perder el tiempo.

—Sí, lo sé, hoy mismo saliendo de aquí voy a la escuela que me dijiste, ya investigué el programa de estudios, al parecer cumple con lo necesario y dan certificado con validez oficial y es sabatino.

—Ya verás que, al tener esos conocimientos no va a importar que no tengas carrera universitaria, aunque no lo creas te abre muchas puertas. Anda, ve a hacer lo que te dije, ojalá termines pronto, y corre, que ahí viene tu jefa —observó a su amiga dirigirse veloz a su pequeño cubículo, y continuó limpiando sin percatarse que en la mesa de a un lado escucharon todo.

Ya era casi la hora de su salida, no podía llegar tarde por su pequeña, ya varios días había tenido que pagar el servicio extra de niñera. Fue a su última mesa a preguntar si deseaban algo más, al escuchar, «no gracias, y tráigame la cuenta por favor», ella casi besa al señor mayor. Al entregarle el cambio al comensal, el señor le dio la propina y una tarjeta. Ella se quedó estupefacta, pensando que era un error intentó devolverla.

—Disculpe, señor, entre el dinero estaba esta tarjeta.

—Es para ti, mañana te espero a las diez de la mañana para una entrevista laboral, en el reverso esta la hora y mi firma, en cuanto llegues, se la muestras a mi secretaria y ella se encargará del resto.

—Pero yo... señor, no me conoce.

—Llevo aquí tres horas, te he visto trabajar y tratar bien a los clientes odiosos y la cereza del pastel fue escuchar cómo ayudaste a tu amiga. La disposición y la amabilidad son rasgos que ya no se encuentran en un solo individuo. Así que, si eres lista como aparentas, ahí te veo.

—Gracias, señor... —extendió su mano al cliente con respeto y esperando una presentación más formal.

—Darío Vidal Zambrano, mucho gusto —y sin más, lo vio salir del restaurante, dejándola con la boca abierta. Ahí se quedó un rato parada como idiota, no podía creer su suerte, fue la gerente quien la sacó de su estado de asombro.

—¿Tuviste algún problema con el cliente?

— ¡N-n-noo! —contestó rápido, mientras guardaba el dinero y la tarjeta discretamente en el mandil—, es solo que me dejó buena propina y un respetuoso piropo.

—Bueno, cambiando de tema, sé que mañana es tu día de descanso, pero quería saber si puedes trabajar por la tarde.

—Discúlpeme, señorita, pero no voy a poder, ya había hecho planes, ya sabe, limpiar, comprar la despensa, llevar a mi hija a su cita médica, un rato al parque.

—Ni modo, ya veré cómo arreglo los horarios, de todas maneras, gracias.

—A usted, —y sin más tiempo que perder se fue a que le dieran su paga y le hicieran su corte de venta, tenía que ir por su pequeña.

## Capítulo 2

Al siguiente día Frida se levantó como siempre, limpió un poco su pequeño departamento, preparó el almuerzo, despertó a su hija, la arregló y la llevó a la guardería.

Llegó a la cita puntual, iba vestida sencilla, pero formal. La empresa estaba en un edificio de dos pisos, a un costado había un patio lateral de dimensiones considerables, donde tenía espacios de estacionamiento y hermosas áreas verdes. Por suerte encontró un cajón desocupado cerca de la entrada donde había sombra gracias a un árbol podado en forma de bola gigantesca.

Subió los tres escalones que la comunicaban con la entrada. Un joven de traje le dio el paso; gesto de caballerosidad que agradeció con una sonrisa. Caminó hasta la recepción con actitud poderosa y decidida, al llegar pidió información del lugar hacia dónde tenía que dirigirse. Subió al segundo piso, apreció que había varios cubículos con gente hablando por teléfono y tecleando con maestría. Al fondo, había una gran oficina de cristal, donde bien ubicado estaba un escritorio color caoba, y atendiendo llamadas una mujer como de cincuenta y tantos años.

—Buenos días, soy Frida Madison, tengo cita a las diez con el señor Darío —habló segura, aunque por dentro estaba temblando como gelatina mal cuajada.

—Buenos días, en un momento la anuncio, si gusta tomar asiento por favor.

—Gracias —apenas medio puso su trasero en el asiento cuando la voz de la secretaria la detuvo.

—Señorita, Madison, puede pasar.

—Gracias —se levantó con las piernas temblorosas por la expectación y se dirigió a la puerta que la secretaria le abría con educación.

La oficina tenía un gran ventanal, le aportaba mucha luz y se podía apreciar la ciudad en su totalidad. Ubicado en el centro de la habitación estaba el señor Darío sentado frente a un gran escritorio, al verla se levantó y la invitó a sentarse.

—Buenos días, señor Darío.

—Buenos días, Señorita Madison, me da gusto que asistiera a esta entrevista.

—El gusto es mío —sacó de su bolso un folder con sus documentos y se los entregó, — estas son mis cartas de recomendación laboral, mi certificado de bachillerato y mis estudios técnicos. Como podrá apreciar, mi experiencia no es mucha, ya que mi único trabajo formal, fue el de la empresa de transporte y el de mesera.

El señor Darío revisó los papeles que ella le entregó, estuvo leyendo un rato hasta que levantó la vista y la observó sentada rígida sobre la silla y decidió pasar a las preguntas:

—Dice aquí que trabajaste seis años con la empresa de transporte, ¿cuál fue el motivo de tu separación laboral? —La observó detenidamente, necesitaba ver en sus ojos la respuesta, esperaba no equivocarse, era bueno al leer a las personas.

—La verdad, ellos me despidieron porque denuncié a recursos humanos el acoso de carácter sexual del hijo del dueño. Como usted ha de comprender, no querían que esa queja prosperara a una denuncia penal y me finiquitaron dándome un bono de compensación por el incidente, —hizo con sus dedos la señal de comillas y torciendo un poco los ojos. — Así como

buenas referencias de mi trabajo, digo, hubiera sido el colmo que después de todo lo sucedido, no lo hicieran así. No tengo por qué disfrazar la verdad, al final de cuentas todo se puede comprobar. Si a pesar de esta información, le interesa contemplarme en su plantilla, esperaré a su decisión, si no, no pasa nada.

—Debió de haber procedido la empresa ante su denuncia, pero bueno, ya fue, quiero que sepa que, si se diera una situación así aquí con alguno de mis empleados, no me va a importar quien sea, procederíamos conforme a la ley. Aquí no se permiten abusos de ningún tipo y mucho menos acoso de carácter sexual. Nuestra política se basa en el respeto.

—Me alegra saberlo, señor.

—Aquí en tu hoja personal, dice que eres madre soltera, ¿Qué edad tiene tu hija?

—Tres años.

—¿La cuidan tus padres? —al hacer la pregunta notó tristeza en sus ojos.

—¡Ja!, —expresó un inicio de risa amarga que se detuvo de inmediato—. No, mi pequeña Daniela ahorita está en una guardería, este año entra al jardín de niños, y antes de que me pregunte por ellos, le comento que la relación familiar se rompió en el momento que intentaron obligarme a deshacerme de mi hija.

—Lo lamento mucho —algo en su interior se estrujó al escuchar eso, él sabía lo que dolía—. ¿Tienes firmado contrato con el restaurante? —preguntó cambiando el ambiente.

—No, estoy como eventual, laboralmente no estoy obligada a asistir, me pagan por día más las propinas que obtenga.

—¿Tienes casa propia, automóvil?

—Si, un pequeño departamento que saqué con un programa de vivienda, y un automóvil Beetle 2011 color arena, ambos los estoy pagando.

—¿Qué opinas de ti misma?

—¡Vaya!, esa es buena señor Darío —sonrió traviesa—. Voy a tratar de contestar lo más sincera posible, si llego a caer en la exageración me puede frenar y sacarme de su oficina de una patada.

—¡Jajaja!, con esto último que acabas de decir, ya sé que opinar de ti muchacha.

—¿Deveras?, qué raro, aun no digo nada de mí —y acompañó su risa—. ¿Puedo ser sincera?

—Eso me gustaría.

—Pues ahí va: soy buena persona, me gusta ayudar, pero sin que abusen de mi nobleza. No me gustan las mentiras y siempre exijo la información completa de cualquier asunto en el que esté involucrada. Siempre he dicho que la información completa y una comunicación asertiva evita problemas y encontronazos con los demás. No me gustan las mentiras, ni que me involucren en ellas, me enoja más si me mienten que si me dicen la verdad. Respeto el horario establecido y me gustaría que, si doy esa deferencia, también respeten el mío. Soy una mujer paciente hasta cierto punto.

—¿Qué punto? —interrumpió interesado.

—En donde se marca la línea del respeto por el espacio personal y laboral, ese que no afecte mi desempeño por personas maliciosas. Si bien no le hago caso a habladorías, no me gusta que hablen de mí a mis espaldas, a mí me gustan las cosas de frente, claritas y con cada letra.

—¿Cuál es tu peor defecto? —esperaba como respuesta un ninguno, eso lo hacían todos.

—Conste, usted lo preguntó —tomo aire y continuó—. Soy desordenada dentro de mi orden, cuando estoy a cargo me gusta involucrarme hasta donde no debo, así me meta en problemas, y llego hasta las últimas consecuencias. Odio levantarme temprano, pero es un hábito que ya no me quedó más remedio que adquirir. Si no me tomo mínimo un café en la mañana, no soy humana; al día llego a tomarme seis tazas. Fumo de dos a tres cigarrillos al día. Cuando estoy muy enojada suele soltarse mi lengua sin que nadie la pueda frenar. Referente a la música soy ecléctica. Me he vuelto una mujer dura, muchos me catalogan de no tener sentimientos, incluso un corazón duro, pero los que de verdad me conocen saben las batallas que he tenido que librar sola, a lo que me he enfrentado y las lágrimas que jamás me han visto derramar, pero lo más fuerte ha sido las veces que me he tenido que levantar yo sola, en medio de un desgarré emocional terrible. Muy pocas veces me dejo ayudar y mis amistades las cuento con una mano y me sobran dedos. Sentimentalmente no soy fácil de convencer, prefiero mantenerme ajena, tengo una hija que proteger y le juro que puedo llegar a asesinar por ella.

—¡Vaya!, muchacha, me has dejado helado, esos son muchos defectos, esperaba un ninguno como respuesta, por lo que veo tienes muy claros tus defectos y eso me agrada, así como me los expusiste me dejas claro qué hacer contigo y con esta entrevista.

—Prefiero ser sincera a pesar de no lograr que usted me contrate —se levantó de la silla y extendió la mano—. Le agradezco su tiempo señor Darío, lamento no ser lo que usted está buscando.

—Al contrario, —dijo el señor levantándose de su silla—, es usted perfecta, bienvenida a mi empresa.

A Frida casi le da un ataque de risa del asombro, era la primera vez que alguien la veía con respeto a pesar de sus defectos y su corta experiencia laboral, la oportunidad había llegado y daría lo mejor.

—¿De verdad?, ¿no me está bromeando? —expresó incrédula.

—¿Cuándo puede empezar?

—Le diría que hoy mismo, pero a pesar de ser eventual en el restaurante, tengo que ir a comunicarle a la gerente que ya no voy a poder seguir ayudándole y agradecerle la oportunidad que me brindaron. Si a usted le parece bien, mañana puedo presentarme a laborar aquí.

—Excelente, muchacha, —cogió su teléfono y le llamó a su secretaria—. Jacinta, puede venir por favor.

La secretaria entro casi al momento que el señor Darío colgaba el auricular.

—Con su permiso, señor, ¿dígame que desea?

—Por favor dile al departamento de recursos humanos que me envíen el contrato de la señorita Madison, a partir de mañana labora con nosotros.

—Enseguida, señor.

—Mientras llega su contrato, le diré las prestaciones que usted recibirá y dónde trabajará.

Estuvieron hablando sobre los beneficios que incluía su trabajo y las obligaciones a cubrir, así como el horario. Entre su charla, salió el tema de su pequeña y sus gustos, hasta que preguntó Frida por el lugar donde la acomodarían, se quedó atónita ante la respuesta.

—¿Cómo dice?, ¿en su casa?, no, eso no.

—Claro, tenemos unas habitaciones de huéspedes donde usted —fue interrumpido por la chica.

—Discúlpeme, señor, le agradezco el ofrecimiento, pero la verdad me gustaría tener mi propio espacio. Mi niña está en la edad de explorar el mundo y le gusta tocar para averiguar, correr y jugar y no me gustaría causar molestia en su casa, y mucho menos tener que estar privando a mi pequeña de su libertad. Yo puedo ir y venir todos los días, lo menos que quiero son disgustos y molestias con el personal de la casa o su esposa.

—Mmmm, pues verás, muchacha, la otra opción sería alojarla en una pequeña casita de invitados que está dentro de la misma propiedad, no está muy lejos, caminando será como cruzar un pequeño parque, tiene espacio suficiente para que su pequeña que le gusta corretear, lo haga sin causar problemas y le da la privacidad que usted requiere. Se lo ofrezco porque si por alguna razón la necesito a una hora algo imprudente, usted me pueda ayudar a resolverlo, claro con su respectiva remuneración y con el apoyo de una chica que ayude con el cuidado de su hija. Su trabajo es exclusivo conmigo, como mi mano derecha. A partir del viernes de la semana que entra, mi hijo Bruno se va a hacer cargo de la empresa, así que estamos a tiempo de dejar las cosas listas en el despacho de mi casa y a que usted se instale.

Toc, toc, toc

—Permiso, aquí está el contrato, señor, —informó la secretaria con cara seria.

—Gracias, Jacinta, y aprovechando que está aquí, le presento formalmente a mi asistente personal Frida Madison Haro, usted y ella van a trabajar de la mano cuando se requiera. Cualquier duda o información, por favor, necesito que la apoye y asesore.

—Disculpe, señor, pero creí que yo... —dejó las palabras al aire.

—No, Jacinta, yo a usted la quiero aquí ayudando a mi hijo con su experiencia y eficiencia, sin usted esta empresa no marcharía como un buen reloj suizo.

—Como usted ordene, señor, —lo dijo con un tono discretamente hosco, a pesar del autocontrol que al parecer tenía.

—Eso es todo, puede retirarse, si la necesito la llamo.

—Si, señor, —salió la secretaria echa una furia.

—Bien, muchacha, necesito que leas el contrato y lo firmes. Mañana aquí te esperaré a las nueve de la mañana para entregarte la agenda que usarás y para que hables con sistemas sobre el equipo que usarás antes de llevarlo a mi casa, junto con los materiales de papelería y mobiliario que necesitarás para iniciar con tu trabajo. Mientras lees el contrato, realizaré unas llamadas, si quieres puedes sentarte en ese sillón y si tienes alguna duda, aprovechamos que estoy aquí.

Frida obedeció sin rechistar, se llevó el contrato de diez hojas y se dedicó a leer. Al llegar a la parte donde especificaban su puesto y salario, estuvo a punto de desmayarse.

Salió de la oficina del señor Darío como en una nube, acababa de firmar un gran contrato, su vida experimentaba un giro mortal.

Llegó al restaurante y realizó su cometido, dar las gracias, y le contó a su amiga Adela, que emocionada, pegó un grito que llamó la atención de todos los presentes. Se despidió aun con la adrenalina al tope y fue por su pequeña temprano a la guardería, hoy tocaba celebrar y la llevaría a la plaza donde le gustaba ver las fuentes danzarinas. Comerían rico y celebrarían con un helado, nadie le creería que otra vez su vida cambiaría un día de enero.

Después de organizar todo en la empresa, al segundo día llegó Frida a las nueve de la mañana a casa del señor Darío en su Beetle color arena lleno hasta el tope de cosas, casi no veía por el espejo retrovisor, giró su vista al asiento del copiloto, sentada y asegurada, estaba su pequeña dormida abrazada a su oso de peluche. Regresó su vista al frente, sus manos estaban sudando sobre el volante, el corazón le latía desenfrenado, sentía una gota de sudor recorrerle desde la nuca hasta la espalda baja provocándole escalofríos en su recorrido por la columna.

—¡Oh, Dios! Llegó la hora —expresó con miedo mientras con manos temblorosas presionaba el timbre del interfon, que se encontraba a un costado de una enorme reja negra de dos hojas.

—¿Diga? —contestó una voz algo distorsionada.

—Soy Frida Madison.

—Si claro, permítame, en un momento le damos acceso.

La reja se abrió, ella se imaginaba entrando con brío suicida a través de las fauces de un dragón. Sabía que algo cambiaría en cuanto la cruzara, que habría un riesgo, una nueva aventura y, aun así, sin saber lo que le depararía la vida avanzó valiente.

Tomó un pequeño camino de grava que la llevó a la casa principal, no se quedaría allí, ella se había negado cuando su jefe se lo propuso y lo único que aceptó, fue la pequeña casita de invitados. Un muchacho de nombre Santiago, la acompañó hasta el lugar donde sería su residencia durante mínimo, los próximos seis meses. A primera vista se percibía un lugar pequeño y confortable, al abrir la puerta un aroma a limpio y a rosas inundó sus fosas nasales, «voy a preguntar el nombre del producto de limpieza», pensó en voz alta, y en ese momento le vino un Deja Vu, «esto ya lo había vivido o soñado, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo».

El lugar era de una sola planta y le agradó que no hubiera escaleras, teniendo una niña sabía que, era igual a accidentes. Tenía lo básico, un sillón de tres piezas con una coqueta mesa de centro. A un lado de la puerta un pequeño mueble tenía un cuenco de cristal, donde colocó las llaves. Había un comedor para cuatro comensales a juego con un trincherero funcional de dos repisas con una puerta lateral, una pequeña cocina integral con lo necesario, y un refrigerador con puerta de acero inoxidable mediano.

Al abrirlo curiosa, se quedó sorprendida al verlo abastecido, la emoción la motivó a abrir la alacena superior encontrando alimentos no perecederos, café, galletas y el cereal preferido de su hija.

—¡No lo puedo creer! Tengo que agradecer este detalle al señor Darío —manifestó en voz alta.

—El señor, fue muy claro con lo que se tenía que surtir, tiene dos alcobas, una para usted y

otra para la niña con medio barandal en su cama, ¿le ayudo abajar sus cosas, señora?

—Gracias, solo déjelas aquí en la sala, yo acomodo todo.

—Como ordene.

Caminó a su auto sardina, lo primero que bajó con delicadeza fue a su tesoro más grande. Contemplaba embelesada a su pequeña mientras la llevaba en brazos, parecía un ángel, con sus largas pestañas, su cabello rizado y alocado como el de ella; todas las mañanas, se veía como una mini loquita al despertar. Se parecía tanto a ella, hasta en su dulce y amargo carácter. La acomodó sobre la cama de la que sería su habitación, aseguró el medio barandal y la dejó descansar mientras ella acomodaba sus pertenencias en ese lugar donde vivirían por un tiempo. Antes de salir por la puerta de la habitación, recordó cuando supo que sería madre. Jamás olvidaría ese día.

## Capítulo 3

—¡Oh sí!, dame más fuerte, estoy a punto, eres el mejor, ¡oh sí!

Bruno estaba entre las sábanas de una de sus tantas amiguitas. La tomaba con fuerza desde atrás. En esa posición lograba entrar todo y tocaba el fondo con su hinchado glande. Disfrutaba observar cómo se retorció, gritaba y gemía de manera algo exagerada a cada embestida. Miraba su miembro extasiado cómo entraba y salía firme y duro, dándose gusto a cada rose. Mientras nalgueaba a la mujer y pellizcaba sus pezones, sintió el espasmo que iniciaba desde su espalda baja, recorriendo su vientre hasta su grueso pene, reconociendo esa sensación placentera que lo llevaba a donde deseaba. Aumentó la velocidad a un ritmo escandaloso. Después de varias arremetidas se dejó ir echando su cabeza hacia atrás y emitiendo un gruñido grave. El sexo siempre había sido su mejor desahogo cuando estaba estresado. No podía quejarse, su pareja momentánea le echaba ganas y lo satisfacía, sabía que, al terminar la llevaría de compras, así el pagaba sus atenciones, al final, todas tenían un precio y eso funcionaba.

Esa misma tarde regresaba a su casa, tomo el primer vuelo que encontró, llegaría muy tarde y se encontraría con una casa dormida bajo las estrellas.

Despertó a las siete de la mañana, se bañó, alistó y bajó a desayunar. Ahí en medio de la cocina estaba su viejita cocinera, Conchita. Ella le daba desde niño las galletas que él le pedía. Siempre le preguntaba si le habían dado permiso sus padres y él contestaba que sí, él sabía que jamás le creía, pero su corazón de pollo no la dejaba negarse a nada de lo que él y su hermano le pedían.

—Buenos días, Conchita.

—Hola, muchacho canijo, ¿a qué hora llegaste?

—Anoche, ya pasadas las dos de la madrugada.

—¿No deberías estar durmiendo?

—No, estoy bien, ya al rato me aviento una siesta, gracias, no te preocupes.

—Bueno, siéntate, ¿quieres tu vaso de chocolate y unos huevitos revueltos con espinaca?

—Bien que me conoces, viejita hermosa, también añádeme a mi pedido un té de anís por favor.

—Con gusto.

—Cuando estaba terminando de desayunar vio que entraba por la puerta de servicio Jacinta, la secretaria de su padre.

—Buenos días, joven Bruno, qué bueno que lo veo, tengo que hablar con usted de algo importante que debe saber y espero que logre evitar más abusos.

—Vamos a la salita y me cuenta con detalle—juntos caminaron y se sentaron en dos sillones de una plaza, no llevaba ni cinco minutos escuchando a la secretaria, cuando se levantó furioso.

—Es una muerta de hambre, joven, —agregó la secretaria venenosa.

—¿Dices que le dio una tarjeta de crédito para sus gastos?

—Si, joven, es una desvergonzada—decía con rencor, ya que ella se merecía ese privilegio,

sin embargo; otra sería quién lo disfrutaría—. Ahorita mismo vengo del lugar donde la tiene hospedada su padre, y para colmo con un salario ofensivo.

—Gracias, Jacinta, esto no se queda así, lo voy a resolver de inmediato con mi padre, no quiero ni imaginarme las tretas con las que esta mujer consiguió todo lo que me cuenta, ahora retírese, la veo en la oficina el lunes.

—Sí, señor, — y con una sonrisa en su rostro que le podría provocar una parálisis, se retiró a continuar con sus obligaciones.

Llegó Bruno al despacho de su padre, este se encontraba en la planta baja, tocó la puerta y entró.

—Buenos días, papá, —saludó dándole un beso en su mejilla.

—¿Cuándo regresaste?

—Ya tarde, no quise despertarlos y la verdad me quedé de inmediato dormido, la diferencia de horario aun me trae frito.

—Me lo imagino, llevas todo el mes viajando, ¿ya viste a tu madre?

—Aún no, me dijeron que se estaba terminando de arreglar, así que voy a esperar a que baje, pero tengo algo que hablar contigo, al parecer es delicado, Jacinta me comentó ciertas...— no pudo continuar porque su padre lo interrumpió.

—¡Ay no, Jacinta!, si no fuera eficiente, ya la hubiera despedido desde hace un tiempo.

—Si no fuera por ella, no me entero de que tienes a una mujer y a su hija viviendo en la casa de huéspedes, bien cuidada, con buen sueldo y tarjeta de crédito a su disposición, dime papá, ¿acaso esa niña es tuya?, ¿mi madre lo sabe?

—Cuidado con lo que aseguras, Bruno, esa muchacha podría ser mi hija, además, es una empleada de valía, eficiente, trabajadora, discreta y respetable. Que te quede claro una cosa, jamás le faltaría a tu madre y eso tú lo sabes mejor que nadie, y menos después de todo por lo que pasé, más bien pasamos, o ¿acaso ya se te olvidó?

—Aun así, no me fio, esconde algo, hay que tener cuidado, necesito su expediente, investigarla y más si la metiste en la casa.

—¡Hijo, mío! —expresó desesperado, —no todas son iguales a Mireya, ni como tu madre...

—Ella no es mi madre —reclamo dolido. Nuria sí.

—Entonces créeme lo que te digo, ella no es como todas esas mujeres con las que te juntas y no precisamente a rezar.

—Claro que sé que no son todas iguales, mi mamá y mi abuela no entran en ese bulto, aun así, creo que es una ambiciosa que vio la oportunidad de dinero fácil.

—Estas equivocado, Bruno, te pido que cuides tu temperamento, te comportes y midas tus palabras, ella es diferente y una buena empleada.

—Veremos, padre, veremos —se acercó al ventanal, donde vio salir a esa mujer de la casita de huéspedes y sin perder tiempo, fue a su encuentro obviando las palabras de su padre.

Darío vio como salió su hijo al encuentro con Frida, a los pocos segundos entró su esposa

Nuria, hermosa como siempre.

—Hola querido, ¿qué haces?

—Mirando cómo el estúpido de nuestro hijo se estrella contra un muro.

—¿De qué hablas?

—Mira con atención, querida, —ambos observaban, a través del visillo de la cortina, cómo Bruno con paso rápido y agresivo se acercaba a la chica.

## Capítulo 4

Frida tardó dos días en acomodar el lugar donde sería su hogar por un tiempo, dejó a su hija guardando sus juguetes, ese día irían al parque y como siempre, a su pequeña le gustaba llevar de todo en su mochila, así que mientras ella se preparaba, decidió salir a revisar su carrito y a entregarle al señor Darío la tarjeta de crédito que hace un rato le dejó la insufrible de Jacinta. No había llegado a su destino cuando sintió una mano en su brazo que la detenía y la giraba bruscamente.

—¿Frida? —preguntó Bruno de mala gana.

—Suéltame... ahora —lo dijo casi deletreando las palabras.

Bruno, precavido, cumplió la orden de esa mujer.

—Bien, ya que te solté, responde.

—Vaya, acabo de comprobar que los estudios no te dan educación, por lo que veo, me va a tocar enseñarte—estiro su brazo y le tendió la mano—Frida Madison Haro, mucho gusto, ¿y usted es? —ella sabía quién era ese tipo, ni más ni menos que el hijo del señor Darío, pero fingió por un ratito más, y al no recibir respuesta prosiguió—. Mucho gusto señor Bruno Vidal Tricio —dijo torciendo el gesto con burla—. Ahora si me disculpa, es mi día libre y me gustaría aprovechar el buen clima, hasta pronto.

Inició su camino hacia el lugar donde vivía, llevaba unos seis metros caminados, cuando escuchó unas terribles palabras ofensivas proferidas por Bruno que, a pesar de ser una mujer segura de sí misma le dolieron.

—Eres una maldita oportunista.

Se detuvo Frida de inmediato y a pesar de estar ofendida, se giró sonriendo y con sus dos manos lo mandó a la mierda, mostrándole sus dedos medios, y remató carcajeándose en su cara. Bruno no podía soportar ese atrevimiento.

—¿Cómo te atreves a insultarme? Te voy a dar una lección que nunca olvidarás—. Inició una carrera tratando de alcanzarla.

Frida sabía que él le había pisado la cola al diablo y ella a él también, pero a nadie le permitiría insultarla y menos de esa forma. Corrió más rápido, lo sintió cerca, ya la estaba alcanzando. Sus zancadas eran más largas que las de ella. En su camino de huida, había un macetón, vio su oportunidad y aumentó la velocidad y en el momento en que casi la coge, y antes de estrellarse con el macetón, dio un giro a la derecha sin que se lo esperara Bruno, distrayéndolo y provocando que se tropezara con él y saliera volando por los aires y aterrizar de espaldas sobre el pasto sin aliento y desorientado.

—¡Ay, Dios mío!, —gritó Nuria asustada—. ¡Vamos a ayudarlo, cariño!

—No, querida, tranquila. Vamos a ver qué sucede, si vemos que en un par de minutos no reacciona llamamos a emergencias. Creo, sin temor a equivocarme que hoy nuestro hijo recibirá una lección —dijo Darío divertido, al conocer el carácter de la muchacha.

—¿Corre peligro? —preguntó angustiada.

—¡Oh sí!, el más grande de todos los que un día pudo imaginar—observó cómo su mujer lo

miraba con los ojos abiertos asustada. Él la tranquilizó con una sonrisa, ella lo entendió, devolviendo el gesto cariñoso y continuaron observando, ahora divertidos.

Frida observó el tropezón, el vuelo de Bruno y la estrepitosa caída. Algo asustada se acercó a averiguar que aun respirara, si esta pasividad sobre el pasto era porque se desmayó del fregadazo que se dio, se acababa de meter en un buen lio. Se agachó a tocar el pulso en la carótida, lo sintió en sus dedos acelerado. Intentó moverlo y sin esperarlo se encontró sobre su espalda en el pasto y atrapada bajo el cuerpo de él.

—¿Cómo te atreves a insultarme y pensar que te vas a ir como si nada, desgraciada?!

—Cuida tu lengua o te la corto, además tú me insultaste primero, ¿qué esperabas? —realizó respiraciones, necesitaba controlarse o se iba a desmadrar todo—. Ah sí, ya recuerdo, a ti te encanta ofender y humillar sin recibir réplica alguna, pues lamento mucho decepcionarte —no terminaba de hablar cuando Frida realizó una maniobra que dejó con la boca abierta Bruno. Terminó sobre él y con sus piernas alrededor de su cintura, haciendo peso muerto con su cuerpo, y aprisionando sus manos con las suyas, evitando que se moviera.

—¿Qué carajos? —no cabía del asombro Bruno, así que solo pudo expresar su sorpresa, oler su perfume y mirar sus pechos, que los tenía a escasos centímetros de su cara gracias a su maniobra—. Te voy a despedir —amenazó, haciendo a un lado la vergüenza de verse en esa situación y la excitación de tenerla en esa posición tan tentadora.

—Tú no me contrataste, fue el señor Darío, así que te jodes. —dijo sonriendo triunfal, pero sabía que tenía que dejar de picarlo.

—Quítate de encima —gruñó con voz firme y más al sentir a su miembro cada vez más alocado.

—No hasta que te disculpes, exigió Frida maldosa.

—Jamás, lo que me han dicho de ti...

—¿Muerta de hambre y arribista?, no sé si eres estúpido o te haces. Me sorprende que, con tu nivel de inteligencia, antes de abordarme y ofenderme, no hubieras investigado o como mínimo hablar conmigo. Ni siquiera revisaste mi curriculum. Yo, sin embargo, no quise prestar oídos a lo que se dice de ti: reputación retorcida y algo misógina; mira, gracias por abrirme los ojos y mostrarme a ese del que hablan, al verdadero tú.

—Todas son iguales —insistía sin dudar—. Ambiciosas, oportunistas, hacen lo que sea por dinero, ¿acaso no recibes un salario alto y hasta tarjeta de crédito para gastos?

—No te voy a dar explicaciones, esas se las pides a tu padre. Yo no soy como las mujeres que acostumbras patrocinar a cambio de mamadas y disponibilidad de apertura de piernas 24/7. No entiendo algo, ¿por qué si tanto odias a ese tipo de mujeres, te rodeas de ellas? —Le soltó las manos y ella sacó de su bolsillo trasero el sobre sin abrir del banco que le había entregado la secretaria y sin más se lo aventó a la cara—. Ten, métetelo por el culo o paga un poco de compañía, yo no lo necesito— se levantó toda digna y mientras lo miraba desde arriba como una diva, escuchó un grito estridente llamando al hombre.

—Bruno, ¿estas bien, bebé?

Frida divertida vio a una mujer elegante y sexy que avanzaba lo más rápido que le dejaban sus tacones de aguja y que a cada paso se enterraban en el pasto. Él se levantó veloz

sacudiéndose la ropa con cara de ogro y no pudo evitar joderlo:

—¿Bebé?, —preguntó Frida mirándolo de arriba abajo deteniéndose un momento en su entrepierna, y levantando una ceja soltó malévolamente—¿Te sabe algo o te habla al tanteo? —lo miró de frente y moviendo la cabeza soltó tremenda carcajada, dejándolo aún más encabronado y sin más se dio media vuelta. Sintió la mirada de Bruno tatuada en su espalda. Disfrutó su triunfo, pero tenía que ir por su hija que ya estaría lista con una mochila llena de todo lo que le cupiera en ella. Salió aun con la felicidad en el rostro y de la mano de su pequeña con su mochila de unicornio y su oso Papachos. Al pasar junto a Bruno le susurró:

—Disfruta del saldo de la tarjeta, espero y te alcance, bonito día, bebé—acompañó sus palabras con un guiño.

Bruno estaba que reventaba, la vena del cuello amenazaba con explotar. Esa mujer lo había dejado en vergüenza, sabía en el fondo que se lo merecía, pero jamás lo aceptaría frente a nadie. Lo encaró y lo tumbó, a pesar de su enojo, supo que le dieron una probada de su propio chocolate. Se lo pensaba hacer pagar en la primera oportunidad. La gota que derramó el vaso fue la inoportuna llegada de Clara, que no dejaba de parlotear, antes de volverse a cruzar con Frida y su hija de la mano rumbo a su automóvil con cara de satisfacción.

—Bebé, ¿y esa tarjeta?

A Bruno no le dio tiempo de responder a esa fastidiosa mujer, Frida le dijo esas palabras que le calaron por dentro y ese maldito guiño que fue la cereza del pastel, lo dejó con una sensación de derrota y para colmo, cuando terminó de subir a su hija, ella arrancó su carro y al cruzar la reja sacó la mano terminando su burla despidiéndose con el dedo medio.

## Capítulo 5

Frida, después del encontronazo que vivió con Bruno, necesitó tranquilizarse por lo que se detuvo a un costado de la avenida. Realizó varias respiraciones hasta que su pulso se regularizó y su respiración se acompasó. «Dios, eso estuvo fuerte» dijo en voz alta, pero se lo merecía el soquete, insultarme a mí, ja, eso jamás.

Después de un rato, volteó a ver a su pequeña, que la miraba con ojos inocentes llenos de incertidumbre ante la reacción de ella. De inmediato cambió su vibra y decidió realizar lo que había planeado, llevar a su hija al parque y a comer lo que se les antojara en el camino. Lo primero era Dani, después vería cómo enfrentar día a día a Bruno, que por lo que entendía, ya tenía una mala imagen de ella sin conocerla y todo gracias a la viborilla envidiosa de Jacinta. Tomó rumbo al parque, dispuesta a disfrutar del día. Después de correr entre columpios y jugar en la tierra, fue a visitar a doña Consuelo mientras su hija dormía. Su vecina se dedicaba a la costura, vivía a un lado de su departamento, de hecho, compartían terraza junto con otros dos departamentos; uno de ellos se encontraba vacío. Ese día se tenían que ver para que le realizara pruebas del vestuario que utilizaría en el evento donde apoyaría a su amigo Lisandro. Le quedaba poco tiempo, por lo que tenía que revisar que quedara perfecto. Se plantó frente a la puerta y tocó el timbre, le gustaba la melodía, era de pajaritos. En lo que esperaba escuchó que le decían:

—Pasen, está abierto.

—Doña Consuelo, ¿cómo se le ocurre decir eso?, ¿qué tal si soy una ladrona? —entró regañando a su dulce vecina.

—¡Ay, muchacha!, un ladrón no se anuncia, solo entra, me roba lo que no tengo y se va.

—Tiene lógica, dígame, ¿cómo ha estado?

—Bien, la pomada que me trajiste me funcionó de maravilla, yo nunca imaginé que hubiera pomadas con esos ingredientes, cada que me la pongo en mis rodillas me aviento un viajecito.

—Doña Consuelo, es usted cosa seria —dijo mientras reía a carcajadas, que la vecina acompañó divertida.

—¿Dónde dejaste a la pequeña terremoto?

—Llegó rendida del parque, aproveché y después del baño donde le quité de encima dos kilos de tierra, se quedó dormida como angelito.

—Muy bien, ahora toca trabajar, así que anda, mídete el vestuario, quiero ver que el velcro puesto no se vea a cada paso o meneo de esa cadera tuya —Frida se cambió y mientras revisaba cada centímetro de tela que se le ajustaba al cuerpo echaron chisme.

—Por fin el departamento vacío de este piso se rentó, solo que no sé porque no me gusta la inquilina, llegó con una mujer muy pípirisnais y una niña como de la edad de Dani, no sé si es una empleada de la mujer copetona, pero esa tal Juana se nota medio problemática y, además, no sé si es su hija, pero, el trato que le da no me gustó. Se cambian el lunes, hoy le ayudé al hijo de nuestra Lorenza, ¡que en paz descanse! —dijo santiguándose—, a entregar las llaves y recibir el adelanto de un año, y va a pasar por él en un rato Josecito. Por cierto, me preguntó por ti y te mandó saludos.

—Saludo recibido, sabe que a José le tengo aprecio, pero hasta ahí —cambiando el tema,

siguió con lo de las nuevas vecinas— Dígame, ¿por qué dice que la nueva vecina se ve problemática? Hasta el día de hoy, los pocos vecinos que rentan han sido buena gente.

—Ya me conoces, algo no me latió, traía en la mano una cerveza y a la niña se le ve descuidada, delgada y... —pensaba en las palabras correctas—, su mirada era de abandono, como si la inocencia e ilusión de la infancia ya no existiera —observó cómo Frida se estremecía ante sus palabras.

—No me diga eso, mire —pidió a su vecina mirarla— hasta se me enchino la piel, es lo que cuido en mi pequeña al darle la mejor infancia, de verdad espero que esta vez se equivoque en sus apreciaciones.

—Yo también, hija, yo también.

Salió de ahí dos horas y un cafecito después, estaba quedando su vestuario como si lo hubiera realizado una casa de modas, doña Consuelo tenía mucho talento y su habilidad en la costura era magnífica.

## Capítulo 6

Bruno estaba que reventaba, si fuera granada ya hubiera estallado arrasando con todo a su paso. Caminaba en círculos como león enjaulado, levantando varias veces la cara al cielo y pasando las manos por la cabeza, humillado, pensando cómo le haría pagar, cuando la voz de Clara lo sacó de su estado volátil.

—Bebé, ¿estás bien?, ¿quién era esa mujer? —a ella no le gustó ver a esa fulana sobre el hombre al que le había invertido tiempo, dinero y esfuerzo para que estuviera con ella.

—Sí, estoy bien y es la secretaria de mi papá, tú, ¿qué haces aquí?

—Vine a verte, bebé —y la palabra secretaria le encendió la señal de alerta.

—Si no te importa, estoy cansado por el viaje y me gustaría dormir un rato —sabía que estaba siendo un patán, pero en ese momento le importaba muy poco si la molestaba o no, al final de cuentas ella era un asunto sin resolver.

—¿Te acompaño?, igual y te ayudo a relajarte y así descansas mejor —lo dijo insinuante.

Bruno si estuviera de mejor humor lo aprovecharía sin pensarlo, pero no en casa de sus padres y menos en su habitación, donde solo su familia entraba y que era su refugio, donde podía ser él, donde no había nada más que sus recuerdos felices.

—No, bien sabes que en casa de mis padres nadie sube a las habitaciones privadas, y discúlpame, Clara, pero no estoy de humor, si quieres te llamo mañana y quedamos para comer o cenar ¿te parece bien? —deseaba con todo su ser que dijera que sí, no sabía cómo deshacerse de ella.

—Está bien, me voy, pero promete llamar, mira que te he extrañado y ya sabes lo mucho que te quiero —se acercó y le dio un beso, sabía que no conseguiría nada y se metió en el papel de amigovía comprensiva.

A Bruno no le supo a nada ese beso, la observó girarse e intentar caminar provocativa de regreso a su automóvil sobre sus tacones en el pasto. Él, con el éxito obtenido se subió a lamer su orgullo herido a su recámara y de paso a dormir el resto del día. Ya resolvería después el asunto llamado Frida.

## Capítulo 7

Frida llegó el lunes a su trabajo temprano. Entró a la casa por la parte trasera; saludó a Conchita que se encargaba de la cocina.

—Buenos días, señora Frida.

—¿Cómo sigue de su cadera?

—Bien, ayer fui al médico, solo no tengo que levantar cosas pesadas y tomarme unos desinflamantes y analgésicos.

—Me da gusto escucharlo, mañana le traigo una pomada buenísima que le regalé a mi vecina Consuelo para el dolor de sus rodillas, solo le aviso que es muy fuerte, por lo que debe ponerla en las noches con un ligero masaje.

—Muchas gracias, muchacha, ¿le preparo un cafecito?

—Sí, gracias, y no me consienta tanto, que me voy a acostumbrar.

—En un momento se lo llevo a la oficina y si quiero consentirla, lo hago, faltaba más.

Frida salió de la cocina sonriendo, su horario era de nueve de la mañana a tres de la tarde, lo que le daba tiempo de ir por su pequeña y comer sin prisas. Antes de entrar al despacho, observó su reloj, faltaban quince minutos para las nueve. El lugar estaba tal cual lo dejó el día anterior. Empezó a organizar el trabajo que tenía ese día, cuando una voz molesta la interrumpió.

—Llegas tarde.

Se giró al reconocer esa voz que la inquietaba y a la vez le causaba repelús.

—Para su información, mi horario es a partir de las nueve de la mañana y son exactamente las ocho con cincuenta minutos —dijo mirando su reloj y acercándose un poco a él, mostrándoselo—, y le recuerdo que yo con quien trabajo es con su padre, creo que el que va tarde es usted, ya debería de estar en la empresa, y siendo el nuevo director debería de poner el ejemplo, ¿No cree?

—Eso no es de tu incumbencia —aseveró molesto.

—Mi trabajo con su padre tampoco, así que si me disculpa tengo mucho que hacer—se dio media vuelta dándole la espalda, lo último que percibió de su presencia fue la estela de su loción, unos refunfuños y el cierre de la puerta algo brusca.

Bruno salió furioso, en el camino se topó con su padre que a diferencia de él sonreía.

—Hijo, ¿por qué esa cara?

—No la soporto.

—¿A quién?

—A esa mujer, me saca de mis casillas —señaló con el dedo el despacho refiriéndose a Frida.

—Bruno, —dijo Darío en tono de advertencia—. No te metas con ella, no sé qué afán el tuyo de hostigarla.

—Sé que algo nos oculta, no me da confianza.

—Por favor, hijo, entiende, ella es una mujer sencilla y noble, su historia laboral a pesar de ser corta es buena y todo ha sido comprobado, deja de ver demonios donde no los hay.

—Algo esconde y te voy a demostrar que cometiste un error. Me voy, que ya se me hizo tarde.

—Anda pues, solo procura llegar a la oficina temprano, tienes responsabilidades.

—Sí, lo sé, nos vemos a la hora de la comida —le dio un beso a su padre de despedida y salió de la casa aun alterado.

Darío vio salir a su hijo y amplió aún más la sonrisa «ya te llegó la horma de tu zapato» pensó en voz alta y se encaminó a trabajar con su asistente, Frida. Al abrir la puerta la vio revisando carpetas y alistando su lugar de trabajo, saludó con entusiasmo.

—Buenos días, Frida.

—Buenos días —contestó escueta—, espero que valga la pena este trabajo señor Darío, temo que con la actitud que se carga su hijo conmigo, un día de estos le engrapo las orejas en el escritorio, porque asesinarlo, lamentablemente no está en mi contrato.

Darío se carcajeó sin control, hasta que una tos repentina provocó parar su ataque de risa. «Le encantaba esa muchacha, tenía un humor negro bastante agradable». Pensó mientras se limpiaba las lágrimas.

Frida esperó a que se recompusiera su jefe, le sirvió un vaso con agua y se lo tendió. Él aun con lágrimas por la risa se lo tomó de un jalón. Ya que había pasado el rato chusco, continuaron trabajando.

## Capítulo 8

La semana pasó volando y sin muchos incidentes con Bruno. Eso sí, todas las mañanas pasaba el gruñón a joderle la mañana, pero ella terminaba riendo y él más molesto de lo que ya estaba. Como había logrado salir airosa, decidió el sábado salir a una plaza donde había una zona infantil con brincolines para todas las edades y resbaladillas que su pequeña disfrutaría mucho.

Se levantó temprano, desayunaron algo ligero pero nutritivo y empacó una muda de ropa por si sucedía algún accidente. Salieron emocionadas vestidas de mezclilla y playera a juego color negra y letras doradas que leían: *Reina y Princesa*. Se encaminaron al carro sin percatarse que las estaban viendo por una ventana.

Llegaron a la plaza, subieron al tercer piso y se encaminaron a la zona infantil, Dani al ver a donde su mamá la llevaba se le iluminó el rostro de tal manera que podría llenar de luz cualquier oscuridad.

Estuvieron saltando como locas y en los toboganes con alberca de pelotas multicolor se desató la pequeña. Dos horas después se metieron al baño de damas y sobre el lavabo, Frida refrescaba a su pequeña que estaba sudada y sucia. La volvió a peinar, le cambió la ropa y remató colocándole su perfume de fresa. Ella también hizo uso de los lavamanos, se lavó la cara, el cuello, se cambió también de ropa y como a su pequeña, se puso su perfume de cítricos y jazmín.

Al salir, se fueron a comer pizza. Toda la semana comían en condiciones y en este tipo de ocasiones se daba esas libertades. Satisfechas caminaban hacia la librería cuando se toparon de frente con sus padres y todo se torció.

—Hola, Frida, —saludó la señora Eloísa

—Hola, madre, cuanto tiempo sin verlos.

—Hola, hija, —saludó cauteloso el señor Alonso.

—Hola, padre.

—Por lo que veo seguiste con el embarazo a pesar de todo. Dime, ¿qué es del padre?, ¿se hizo cargo?

—No y no me hace falta —contestó posicionándose más adelante y a su niña poniéndola detrás de ella protegiéndola de la mirada que le lanzaba su progenitora.

—No sabes cómo nos decepcionó saber que arruinaste tu vida y que ahora sabrá Dios, que tendrás que estar haciendo para salir adelante.

—No te preocupes, hasta ahorita no he tenido la necesidad de hacer cosas que consigan arrastrar el apellido aún más en el fango —respondió veloz Frida defendiéndose.

—Lo dudo, pero bueno. Ya que nos topamos contigo, déjanos ver bien a tu hija. Ven, niña, de inmediato —ordenó de malas formas a Daniela, tronando los dedos, intentando obligarla a que saliera de detrás de Frida, provocando que la pequeña se abrazara más a una de las piernas de su mamá y de lo inquieta que estaba, se metió el dedo a la boca.

—Déjala en paz —intervino molesta Frida—. Nunca te importó y ¿ahora te da curiosidad? No va a suceder, así que aléjate, olvídate de nosotras, así como ustedes me obligaron a olvidarme

de ustedes. Haz como que no tuvimos este lamentable encuentro.

—Tranquila, solo quería ver si se parecía al hombre que te dejó embarazada.

—Pues para tu desgracia, es igualita a mí.

—Es triste lo que me dices, tenía la esperanza de...

—¿Qué sucede aquí? —intervino Bruno posicionándose junto a Frida.

Frida estaba sorprendida, jamás imaginó que estuviera a su lado Bruno y menos pidiendo explicaciones con un tono de amenaza a sus padres. La madre de Frida se enderezó de inmediato, el marido no dijo ni pío, estaba observando al hombre que estaba a un lado de Frida.

—Buenas tardes, somos los padres de Frida, Alonso y Eloísa —intervino el progenitor.

—¿Y? —cuestionó burlón.

—Lo que esperamos de usted, como mínimo es que se presente, y más después de interrumpirnos —agregó con tono ofendido la madre de Frida.

—Soy Bruno Vidal Tricio, y los que interrumpieron fueron ustedes.

—¿Tiene que ver usted algo con la empresa Vitri? —preguntó sorprendido el padre de Frida.

—Sí —iba a seguir contestando cuando sintió en su pierna unas manitas, agachó la vista y observó a la pequeña mirándolo con ojos de miedo, de inmediato la tomó en brazos y le recargó su carita en su hombro, notó que la pequeña temblaba, decidió alejarla de ellos—. Ya que terminamos de presentaciones —continuó molesto— Los dejamos, no queremos que sigan incordiando a Dani. Frida, ¡nos vamos! —el tono no fue de pregunta.

—Sí —contestó sin titubear.

—¿Este majadero es tu pareja?

—Eso a usted no le importa —le respondió Bruno tomando de la mano a Frida e invitándola a que caminara.

—Adiós —fue lo único que dijo Frida a sus padres y caminaron en sentido contrario de la dirección que llevaban.

Bruno llevó a Frida y a Daniela a una cafetería con área infantil, ese lugar haría que se tranquilizara la niña y le pediría explicaciones a ella.

—Dani, ¿quieres un helado?

—Sí, gracias.

Sonrió enternecido por la respuesta educada de la pequeña, y la forma chistosa de hablar sin pronunciar la erre.

—¿De qué sabor?

—Fesa.

—Frida, ¿deseas tomar algo?

—Un café y un vaso con agua, por favor.

—Claro, en un minuto regreso.

Frida lo observó incrédula mientras caminaba a la barra donde se ordenaba. Estaba confundida, él las había ayudado interviniendo en la discusión con sus padres, y brindándole protección a su pequeña. No entendía las razones y como ya muchas veces en su vida la puerca había torcido el rabo, no quería emocionarse a lo tonto, una cosa a la vez, primero la pequeña y luego lo enfrentaría en cuanto estuvieran solos.

Bruno siguió a Frida en cuanto la vio salir con su niña, sonrió sin querer al verlas vestidas igual. A cada metro que avanzaban, él estaba a otros tantos detrás de ellas. Las vio entrar al lugar de brincolines y a una distancia prudente observaba cómo se divertían. Durante dos horas se hizo preguntas: «¿Quién eres, Frida?, ¿qué escondes?, ¿por qué te persigo si no te soporto?» A cada brinco, risa y caída se divertía con lo cómico que se veían. Las vio salir de la alberca de pelotas y dirigirse al sanitario, donde tardaron media hora. Al cabo de ese tiempo las vio salir cambiadas y arregladas, sin huellas de sudor ni manchas. Las siguió hasta una pizzería donde devoraron su comida con glotonería. A punto estuvo de ser visto por Frida, aunque la mirada de la niña fue quien lo descubrió y ella solo le regaló una sonrisa que le calentó el corazón. Las vio caminando felices ajenas a su presencia, cuando fueron abordadas por dos personas de mediana edad. Él se posicionó detrás de una palmera que servía de adorno, de escondite y desde ese lugar escuchó todo atento.

Se sorprendió al escuchar las crueles palabras que salían de la boca de la mujer, y cómo Frida reaccionaba protegiendo con su cuerpo a su pequeña. Por un momento pensó retirarse y dejarla enfrentarse sola a los que dedujo por lo que escuchaba eran sus padres. En el momento que la mujer le habló a la niña, tratando de obligarla a ir con ella, su cuerpo reaccionó de manera violenta, «nadie maltrata a la pequeña» pensó ya enojado, y sin más intercedió.

## Capítulo 9

Dani, comía su helado más tranquila, en un par de ocasiones lo compartió con Bruno, así estuvieron hasta que se acabó el postre y Frida al ver la inquietud de su niña al mirar los juegos le dijo que podía ir, salió corriendo como el demonio de Tasmania. Sonrió ante la energía de su pequeño remolino, que siempre que salían la dejaba agotada. Estaba nerviosa por quedarse a solas con él, bien o mal, la presencia de su hija no daba pie a tocar cualquier tema.

—¿Por qué estas alejada de tus padres? —preguntó Bruno en cuanto vio a Dani trepada en los juegos infantiles.

—Agradezco tu intervención, creo que escuchaste lo suficiente como para darte una idea.

—No me interesa lo que alcancé a escuchar, quiero saberlo por ti —insistió Bruno.

—Quedé embarazada, a ellos no les pareció, los llené de vergüenza y me querían obligar a abortar a cambio de seguir contando con su amor y la ventaja económica de ser hija de familia. Como verás, no fui obediente, y terminé ganándome el infierno y su desprecio.

—¿La niña sabe que son sus abuelos?

—No —contestó triste.

—¿Por qué? —le dio curiosidad la respuesta melancólica.

—Por la simple razón de que no se lo ganaron, ¿algo más que quieras saber? —agregó queriendo terminar con el interrogatorio, ya se estaba sintiendo incómoda, era difícil regresar a esos momentos donde se sintió la persona más abandonada y desprotegida del mundo.

—Por el momento.

—¿Qué significa eso? —inquirió algo tocada por la respuesta.

—Fácil, aun no me convences, esto no cambia lo que pienso de ti —dijo aun con desconfianza.

—¿Sabes qué?, si ya cumpliste con tu papel de superhéroe, te puedes ir al carajo montado en tu burro de feria. —expresó molesta y ofendida—. Búscate algo que hacer o mejor aún, con quien coger, yo te lo picho, a ver si así te olvidas de mí y tu obsesión con los supuestos engaños de telenovela barata por un rato.

—¿De dónde sacas que pienso en ti? —mintió como un profesional, si tuviera un detector de mentiras quedaría registrado su falta de honestidad, así que retomó su ataque—, solo te presté mi ayuda por la pequeña, no te confundas, ni te adornes.

—¿Por mi pequeña? «¡Ay, gracias!» —dijo con sarcasmo—, no entiendo por qué interviniste, yo no te lo pedí.

—No me gusta ver que asusten o lastimen a los pequeños —contestó algo aterrado y con un zumbido en los oídos por la sola idea de que ella intuyera su verdadera razón o que su cuerpo revelara su turbación.

—¿Por qué? —inquirió intrigada, al notar algo raro en su mirada al decirlo.

—Porque si, ¿ya? —contestó agresivo.

—Mira, Bruno, de verdad te agradezco lo que hiciste por mí, pero mejor retírate y déjanos

en paz. Contigo no se puede dialogar, si pensabas que te voy a alagar, eso que lo haga tu propio ego, porque a mí, no me interesa intentarlo.

—Que quede claro una cosita —agregó Bruno levantándose—No te soporto.

—Ya somos dos —le gritó a una espalda que se alejaba a grandes zancadas, no le daría la satisfacción de ser él quien dijera la última palabra.

Bruno llegó a su automóvil y con manos temblorosas lo abrió. Se sentó e intentó meter la llave en el contacto de encendido sin éxito. A su mente le llegaban imágenes que le provocaban la falta de respiración, y que sus ojos sin poderlo evitar se empezaban a ahogar por las lágrimas que no dejaba salir. Se sujetó al volante con las dos manos, apretando con fuerza y recargó su frente tratando de restaurar su efímera tranquilidad. Deseaba con todas sus fuerzas dejar salir libre el llanto que por muchos años llevaba reprimiendo y así aliviar esa tormenta que amenazaba con derribar la barrera de su angustiado corazón. Al ver a la pequeña en ese estado, le removió el terreno donde él fincó su nueva vida, provocando grietas que aun nadie ve, pero que sus cimientos ya sienten.

Frida se terminó su café aun molesta, y la cereza del pastel fue cuando la pequeña le preguntó por Bruno. Le contestó lo más tranquila que pudo, a pesar de estar hirviendo por dentro. Decidió Frida que ya era hora de irse a descansar, no regresarían a casa del señor Darío, irían a su refugio, a su departamento, tocaba limpiar un poco y revisar las plantas de plástico, «esas que también por una extraña razón, se morían», pensó sínica. Aún era sábado y tenía el domingo para desintoxicarse de la vibra pesada del amarguito, sí, así le llamaría a partir de ese día. No se percató que Bruno calmaba sus tormentos en el estacionamiento y menos que las vio partir suspirando por lo que tuvo, que le arrebataron, y que jamás recuperaría.

## Capítulo 10

Bruno logró llegar en una pieza a su casa, todo el camino estuvo deteniendo el llanto en su garganta por los recuerdos que lo atormentaban, y obligándose a no caer en ese punto de fragilidad mientras manejaba. Al entrar a la propiedad, subió corriendo las escaleras rogando al cielo no encontrarse con alguno de sus padres, no quería que lo vieran así. Al alcanzar su meta, entró presuroso cerrando la puerta de su recámara, se dejó caer sobre la alfombra y sin prolongarlo más, lo envolvió el llanto, que le empapó su camisa que aún conservaba ese olor a fresa de cuando cargó a la pequeña Daniela, un aroma a inocencia. Maldijo a la vida y a las mujeres que les roban la oportunidad a hombres buenos de ser felices, que los marcan y desgarran tan profundamente que las heridas nunca dejan de sangrar, hundiendo en una agonía perpetua a su corazón. Dicen que las heridas duelen mientras sanan, eso significa que las tuyas después de muchos años aún no han sanado.

—No me gusta el silencio —pronunció Bruno en voz alta mientras se levantaba de la alfombra donde desahogó su amargura, sentándose en la cama y mirándose al espejo continuó un diálogo con su reflejo—. Pero sí disfrutamos de nuestro espacio en soledad. Nadie entrará en nuestra vida otra vez. Solo hay intereses personales, sonrisas fingidas, cuerpos dispuestos y la necesidad de bolsos o zapatos nuevos. Aparecen como moscas a la miel y a pesar de dar hiel, siguen ahí insistiendo, esperando recibir una migaja del pastel. No hay verdad en una mirada coqueta, ni en el caminar insinuante, solo la falsedad de sus verdaderas intenciones, un amor falso. Todo es mentira, y tú me lo muestras todos los días cuando te miro a través del espejo; un inútil, un perdedor atrapado en sí mismo.

—¿Bruno?, toc, toc, toc. —El sonido de la puerta y la voz de su madre lo sacó de su interacción dimensional consigo mismo.

—Pasa, mamá.

—¿Estas bien, Bruno?

—No —contestó sincero a una de las pocas mujeres por quien daría su vida, confiaba en ella, la amaba y la respetaba como si ella lo hubiera parido. Él a una corta edad supo diferenciar cruelmente entre una madre de sangre y una madre de crianza, y para él Nuria es esa madre de crianza que logró tejer lazos tan fuertes que nada lograría romperlos.

—¡Cariño! —caminó hacia su hijo con congoja por verlo en ese estado de nostalgia y solo lo abrazó, sabía que en ese momento su niño interior había emergido y necesitaba de consuelo—. Cuéntame.

—Hoy auxilié a la odiosa de Frida y a su hija.

—¿Qué pasó?, ¿esa muchachita y su pequeña están bien?

—Si, deja te cuento—le relató con lujo de detalle lo sucedido, a cada palabra los ojos de su madre se tornaban más sorprendidos.

—Pero qué tristeza, pobre Frida. Y es muy cruel que la pequeña se esté perdiendo de la experiencia de tener abuelos, y qué falta de tacto y consideración por parte de ellos al hablar así enfrente de la chiquita. Bien sabemos que todo escuchan y sienten, son unas esponjas que absorben todo lo de su alrededor y a veces los lastima una palabra, un gesto o una mala

intensión, ¿por eso interviniste?

—Sí.

—Removió cosas en ti que juras haber superado, ¿verdad?

—No sabes cómo mi corazón ardió de coraje al ver sus ojos suplicantes llenos de miedo y buscando protección en mi persona. Al tomarla en brazos, sentí ese temblor que mi cuerpo reconoció y me alteró de tal manera que deseé con todas mis fuerzas en ese momento meterla en un refugio antibombas para protegerla de la maldad, que solo sonriera y que jamás sus ojos conocieran lo que es una lágrima de dolor.

—Bruno, aunque quisieras, ella no es... —dudo un segundo en decirlo, temía lastimarla— tu hija.

—Lo sé —agachó su mirada, y sintió más fuerte el dolor de su ausencia—. Pero eso no evita sentirme con la necesidad de protegerla.

—Lo sé, cariño.

—Mamá, mi hija tendría su edad, no sabes cómo deseo saber en dónde está, si aún vive, si llora o ríe. Le he pedido al Dios amoroso del que todos hablan, que me dé una señal de que está feliz viva o... alrededor de ángeles que la cuidan. Yo sé que soy el culpable, tal vez debí casarme con ella u ofrecerle más de lo que pedía cuando dijo que se iba. Debí evitar que cumpliera su amenaza de abandonarla en la calle u orfanato. Cuando por fin di con ella hace dos años, la muy cabrona me dijo que jamás me diría dónde estaba y menos después de que esa criatura le arruinara el cuerpo y la vida, provocando que se refugiara en los vicios, mismos que la estaban matando. Aun en su lecho de muerte no pude sacarle el nombre que le dio y se murió sin culpa alguna, de una sobredosis, sonriendo y cumpliendo su amenaza. Ahora no sé qué fue de mi pequeña.

—¿Hablaste con Clara?, ella debe saber, a todos lados iban juntas, no hacían nada sin la compañía de la otra, incluso cuando se fue.

—Ella jura que no sabe nada, que en ese tiempo se alejaron por los planes que tenía con respecto a mi hija y el cómo me lastimaba sin merecerlo, decidió dejar su amistad y se alejó.

—No le creo, yo que tú, empezaría a mirar un poco más de cerca.

—Dudo que sepa algo, además es tan predecible y básica, que solo está enfocada en atraparme.

—Ten cuidado Bruno, esa mujer nunca me ha gustado, algo me dice que es una víbora a la espera de atacar, no vaya a ser que quiera embarazarse y conseguir lo que siempre ha deseado.

—Eso no va a pasar, mamá.

—¿Cómo estás tan seguro?, hay mujeres que hacen lo que sea por lograr sus propósitos.

—Me hice la vasectomía hace tres meses, —lo dijo rapidito, esperando que su mamá tardara en reaccionar, no lo consiguió.

—¡¿HICISTE QUÉ?! —levantó la voz.

—Tranquila.

—Como quieres que este tranquila, acabas de decirme que no tendrás más hijos, aun eres

muy joven, puedes reiniciar tu vida, ¡Dios!, ¿lo sabe tu papá?

—No.

—Pues en este mismo instante se va a enterar, ¡D A R Í O! —gritó a todo pulmón Nuria, logrando que hasta sus vecinos a tres kilómetros la oyeran.

Se escuchó el ruido de alguien subiendo a plena carrera las escaleras, sabían que era el nombrado a pleno pulmón.

—¿Qué pasó?, ¿qué pasó? —Preguntaba Darío asustado por el grito de su mujer y al mismo tiempo intentando recuperar el aliento.

—¿Qué pasó? —repitió la pregunta a su esposo—, pues que aquí el descerebrado de tu hijo me acaba de decir que se hizo hace tres meses la vasectomía.

—¿Qué hiciste, Bruno? —sin esperárselo Bruno y Nuria, vieron como Darío rompía en llanto desconsolado.

—No llores, papá, entiéndeme.

—¿Entenderte? —cuestionó sorbiendo la nariz y con la voz cortada—. Eres un insensato, nos vas a dejar sin la posibilidad de ser abuelos, después de todo el sufrimiento vivido estos cuatro años, haces esto, ¿en qué estabas pensando?

—Ya, corazón, tranquilo, es obvio que no estaba pensando este baboso —afirmó Nuria.

—Estoy seguro de que la decisión la tomaste por impulso y no me digas que no, y todo por no aceptar y seguir luchando —regañó a su hijo el señor Darío.

—Estoy a medio vivir, estoy hundido en mi desesperación por no saber si está viva o muerta, eso me hizo tomar la decisión de operarme, no quiero tener más hijos si no la tengo a ella.

—Si hubieras querido ya no tener hijos, debiste solo de dejar de meter la verga en cuanta mujer se te atravesaba, en vez de irte por lo fácil, operarte y seguir cogiendo. Disfrazando la culpa en orgasmos con mujeres que te fingen a la cara, que no te aman y que lo único que esperan de ti es lo que les das después de cogértelas —fue duro, sabía que su hijo necesitaba ese tono de voz—. Mañana mismo te llevo con el médico a que revierta esta locura, aun estas a tiempo —y continuó llorando.

—Pero, —intentó hacerles entender—, además si van a tener nietos, que acaso se les olvidó que no soy hijo único.

—Hijo, —ahora fue el turno de Nuria de entrar al ruedo—. ¿Recuerdas cuando me encontraste llorando, cargando a tu hermano de seis meses de nacido?

—Si, —esa imagen de su mamá, llorando desconsolada abrazando a su hermanito, lo tenía presente en su memoria.

—Cuando preguntaste, te contesté con la verdad. Te dije que lloraba por que deseaba, que tú y tu hermano fueran míos, de mi sangre, que hubieran crecido en mi vientre seco y alimentarse de mis pechos vacíos del néctar de la maternidad. No sabes cómo sufrí al enterarme que jamás le podría dar a tu padre descendencia. Mi único consuelo era tenerlos a ustedes, a los que les entregué mi amor que amenazaba con marchitarse. Por eso tu papá llora, porque, a pesar de tenerlos a ustedes, deseábamos con ilusión tener un bebé nacido del amor que nos tenemos.

¿Entiendes ahora a tu padre?, ¿a mí?

—Si, mamá, pero quiero que entiendan, si por mi fuera no estaría con ninguna, pero tengo necesidades y por más que quisiera, solo lo satisface una mujer. Sé perfectamente lo que ven y esperan de mí, no soy estúpido y me disculpo por lo burdo de mi respuesta. Quiero que sepan, que esto no lo hice con el fin de lastimarlos, al contrario, aun no estoy listo para alimentar un deseo de algo que casi tuve y que perdí.

—Pero—intentó interrumpir Darío.

—Papá, déjame terminar, la vasectomía se puede revertir. Por el momento me quedaré así, tengo un tiempo para realizar el procedimiento; además el doctor me comentó que ha logrado revertirla hasta en pacientes que llevaban casi nueve años con ella. Por favor, necesito tiempo, apoyo y comprensión con este tema.

—Estamos en enero Bruno, en un año a pesar de haberla o no encontrado, la reviertes. —Exigió entre lágrimas el patriarca.

—Si, papá.

—Promételo, Bruno, —añadió Nuria, que entre ellos las promesas valían lo mismo que la palabra, oro.

—Lo prometo —aseguró a sus padres—. Necesitamos un abrazo —sugirió Bruno y terminó en medio de los dos, como jamón entre unas rebanadas llamadas padres.

## Capítulo 11

Frida estacionó su automóvil, respiró de alivio al saberse en casa. Miró por el retrovisor que su hija se había quedado dormida en su silla. Tomó la mochila y su bolso, bajó y abrió con cuidado para coger en brazos a su pequeña evitando despertarla. Estaba por abrir la puerta cuando se encontró a su amiga Adela.

—Estaba a punto de hablarte para vernos —expresó contenta Adela al ver a Frida—. Anda, yo te ayudo a abrir.

—Gracias, amiga, yo también deseaba verte.

Ambas subieron dos de los cuatro pisos que conformaba el edificio de departamentos del multifamiliar donde vivían. Afortunadamente continuaron habitando una cerca de la otra. Cuando decidió comprar, lo hizo buscando hogar cerca de ellas. Adela y Bianca sus ángeles salvadoras, vivía en el mismo piso que ella, a solo cuatro departamentos y Lisandro que conoció al mudarse y que se había convertido en su fortaleza, vivía en el piso superior. Acomodó a Dani en su camita y cerró la puerta de su recámara dejándola descansar.

—Tu terremoto cayó rendida y tú te ves algo agotada, ¿todo bien?

—Sí, solo que cuando salíamos me encontré con mis padres.

—No jodas, ¿qué pasó? —preguntó curiosa, sabía la triste historia con santo y seña, no le extrañaría que se pusiera intenso el encuentro. Ella era afortunada, sus padres fueron buenos con ella.

—Ya sabrás, casi se arma la gorda, pero lo más sorprendente fue la intervención de Bruno, el hijo del señor Darío, el que se la pasa chingue y chingue en las mañanas.

—¿El que te da los buenos días? —agregó burlona Adela.

—Ese mero.

—Cuéntamelo todo, amiga. ¡Espera!, deja le hablo a Lisandro, a ver si ya se desocupó y le cae al chisme.

Lisandro llegó a los diez minutos, durante media hora y un par de cafés Frida relató lo sucedido a sus amigos.

—Frida, decía mi abuela que al que te molesta, le gustas y el que te jode, te coge —señaló Lisandro.

—Entonces, quieres decir que, ¿el tal Bruno le trae ganas? —cuestionó Adela inquieta, mirando a Frida con los ojos muy abiertos.

—Están locos los dos, además me dijo que no me soporta y la neta yo tampoco a él —agregó Frida, tratando de sacarlos de su error.

—Del amor al odio...—Interrumpió Adela.

—Ni maíz paloma —rebató Frida.

—Lo que se me hace raro es la intervención de hoy cuando estabas en una situación peliaguda y más justificándose, diciendo que lo hizo por la niña, cuando sabemos que te pones como fiera cuando te tocan a tu criatura hasta con la mirada —afirmó Lisandro.

—No sé cuál fue la razón que lo impulsó a intervenir, algo pasó que, se descontroló todo. No sé qué pensar, ya cumplí al agradecerse. Ahora toca olvidarlo y continuar con mi vida, al fin de cuentas me dijo que no me adornara, que lo hacía por Dani y no por mí. Ahí está, su rato de super héroe ya fue, así que, a otra cosa mariposa.

—Ay, mi reina, me encanta cuando te sacudes las situaciones así de fácil —alagó el joven.

—Pues ni tan fácil, lo que no quiero es darle más importancia de lo necesario y mejor platiquemos de cosas más interesantes, ¿Cómo les va en sus trabajos? —cambió el tema, no quería profundizar.

—Esperen, —interrumpió Lisandro—. Antes de que se me olvide, llegó una nueva vecina, ocupa el departamento que está a un lado del tuyo Frida, viene con una pequeña como de la edad de Dani. Es algo rara y seca, noté que la nena esta algo descuidada y delgada.

—Sí, eso me comento doña Consuelo, ella tiene esa misma apreciación.

—¿Hablaste con ellas? —preguntó Adela.

—No, pero lo raro es que llegaron en un carro muy bueno junto al camión de mudanza y así como vienen vestidas, dudo que ellas sean las del dinero.

—Seguramente es una empleada y le están ayudando —sugirió Adela.

—Doña Consuelo mencionó que la mujer se llama Juana. A lo mejor es un familiar incómodo, pero bueno, cuenten, cuenten las novedades —solicitó Frida.

—Yo —empezó a hablar Adela—, creó que me voy a salir de trabajar.

—¿Por?! —cuestionó Frida verbalmente y Lizandro acompañó a su amiga expresándose teatralmente levantando los brazos y la mirada al techo.

—Saben que adoro trabajar, pero ya no voy a tolerar malos tratos. El jueves faltó una mesera y un cocinero, estaba la gerente que echaba chispas hasta por el pedorro. Yo no lo sabía y cometí el terrible error de solicitar en ese momento los insumos de papelería, lo que provocó que, en su momento de derrame de bilis nuclear, me gritara y humillara. Casi me hace llorar y lo peor de todo, yo sin deberla ni temerla. La verdad la necesidad no debe ser excusa para tolerar esos tratos, una relación laboral debe estar basada en el respeto y esa mujer no lo conoce, mucho menos la amabilidad.

—Puedes trabajar en Éxtasis si tú quieres. Sabes que tendrías el trabajo de inmediato —ofreció su amigo.

—Gracias, rey, pero sabes que me gusta la noche para divertirme, y trabajar de día me funciona mejor.

—Deja veo qué vacantes hay en Vitri y te aviso —añadió Frida—. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que sí, gracias, amigos, no sabría qué sería de mi si no los tuviera.

—No agradezcas, además para eso estamos, ustedes también me ayudaron cuando lo necesité —afirmó Frida.

—Y a mí—agregó Lisandro y aprovechó para desviar la atención del momento lacrimógeno—. Frida, ¿ya tienes todo listo para el espectáculo?

—Ya casi, el vestuario lo termina de ajustar doña Consuelo el martes, y Adela pasará por

él. De lo demás solo me toca ensayar dos tres pasos y por último antes del gran día hacerlo sobre el escenario, ¿el sombrero de copa lo conseguiste?

—Algo mejor, lo hice yo y sí da el gatazo —aseguró orgulloso Lisandro.

—Por cierto, Frida—interrumpió Adela a sus amigos—. Los guantes blancos están en mi departamento y el pene luminoso también.

—Gracias, amiga.

—Lisandro, ¿ya tienes listo tu vestuario?, muero por verlo —preguntó Frida.

—Ya, pero no lo van a ver hasta el mero día, solo les voy a adelantar que voy a verme sabroso.

—¡Hala!, ya me imagino el espectáculo —gritó Adela emocionada—, ya quiero que sea el día y verte en acción, a ti también, amiga.

—Chicas, tengo hambre —anunció Lisandro acompañando sus palabras con el rugido de su estómago.

—¿Acaso traes una bestia dentro de ti? —preguntó divertida Frida.

—¿Qué les parece si a falta de amor, nos echamos unos tacos al pastor? —bromeó Adela poniéndole más furor a la situación.

—Sí, vamos pidiendo una orden—remató Frida—. No vaya a ser que lo que trae adentro este macho nos devore.

Al siguiente día, se levantó buscando a su hija, al no escuchar ruido se preocupó, por lo que fue a su recámara a buscar a la responsable de su felicidad materna. La vio dormida y meditó sobre su vida mirando a su alrededor. Cada uno tiene su refugio personal, el de ella, es junto a su hija y el de ambas el hogar que con sacrificios tenía. Ese pequeño departamento, de dos recámaras donde no sobra espacio, pero donde nunca les falta tranquilidad y la intimidad que necesitan. Le hubiera gustado no hacerlo sola. Nunca se ha negado la posibilidad de enamorarse, es solo que no quiere que su hija viva observando un desfile de hombres que solo dejen momentos cortos en su vida, que se encariñe de la persona en turno y se quede como al principio, sin nada. No está buscando un padre, ni quien le ayude, considera que mientras le dé su amor de madre, eso bastará por el momento, ya que su padre prefirió no estar presente en su vida. Recordó la vez que se lo encontró en el centro, acompañando a su mujer embarazada. Cuando su esposa se metió a una tienda, él se le acercó para preguntarle por su hija.

\*\*\*

—Hola, Frida, ¿cómo estás? —saludó como si nada.

—Bien gracias, hasta luego —se daba media vuelta cuando la tomó del codo para detenerla.

—Lamento lo sucedido, no quise engañarte, es solo que soy hombre y en ese momento estaba pasando un mal momento en mi matrimonio —dijo con cara de perro atropellado, que a ella no la engañó.

—No me interesa y si me disculpas, voy atrasada.

—¿Dime que pasó con el bebé?, ¿lo tuviste?

—No —observó en su cara el alivio, le dolió en el alma ese gesto.

—Qué pena —no sentía nada, es más se alegraba.

—Eres un desgraciado hijo de puta —observó como abría los ojos como platos—. Vive y esta sana, se llama Daniela, pero tranquilo, no temas una demanda por pensión alimenticia o algo así. No te necesitamos, ella es solo mía. Si algo puedo agradecerte, es la donación de esperma, de ahí en fuera para nada más me sirves. Ahora sí, hasta nunca —observó a la esposa que caminaba despacio hacia ellos y ella pensando que esa mujer no tenía culpa de tener a una porquería a su lado, decidió fingir—. Gracias, señor, por las indicaciones —dijo en voz clara para que la esposa que ya estaba casi frente a ella escuchara y no turbar su embarazo y se dio media vuelta alejándose sin mirar atrás. Odió ser buena persona.

Frida sabía que no todos los hombres están listos para lidiar con sus propios hijos, ahora imaginar que alguien ajeno aceptara amar, respetar y cuidar como propios a los ajenos, menos. Aunque digan que, «si quiere a la vaca, quiere al becerro», hasta el momento no había quien se quisiera aventar el tiro. Estaba consciente que ella no puede suplir el papel de un padre. Una vez leyó que la identificación de género es importante para un niño o niña. Le hubiera gustado que esa figura paterna en su momento fuera su abuelo. Si no fuera por el encuentro del día anterior, seguiría sin saber nada de ellos. Aún conservaba el mismo número telefónico, jamás le llamaron, y el día que ella lo intentó, le colgó su madre pensando que les hablaba para pedirles dinero o rogarles para que la aceptaran. Cuando llegara el momento, hablaría con la verdad a su hija y trataría de cubrir de alguna manera, esa otra parte que le correspondería a un padre y que no se puede obligar a dar, protección y amor a una hija que desde un principio se lo negaron por cobardía. Aceptaba que no había sido fácil todo este tiempo, pero lo poco o mucho que le daba, lo entendería al crecer y sabrá, que el amor no se condiciona, ni se exige, sólo se da porque se siente, es verdadero y se da desde el alma. Así que decidió vivir su vida sin demandas ni amenazas, y capa tras capa se protegió con una armadura emocional que nadie entiende y que la expone a ser juzgada sin saber, sin ponerse en sus zapatos y caminar con ellos esos caminos empedrados y con baches de subida y bajada que ha tenido que transitar sola.

\*\*\*

## Capítulo 12

Bruno despertó sabiéndose aliviado al terminar el fin de semana sin algo más que callar. Casi no hablaba con sus padres de su hija. Abrió el cajón de su buró y tomó con manos temblorosas la imagen del ultrasonido de siete meses de su pequeña; la había enmicado, no quería que sufriera ningún daño, era real y quería encontrarla. Hoy hablaría con otra agencia de investigación, quizá un nuevo detective que inicie desde cero podría encontrar alguna pista que se había pasado por alto. Guardó con mimo la ecografía y tomó el folder de cuarenta páginas que tenía de la investigación. Bajó a desayunar y después a ver a Frida.

Terminó de desayunar y al encaminarse a la oficina de su padre, escuchó que Frida cantaba, su voz era modulada y algo entonada, pero la letra en particular le llamó la atención, era la canción: Te necesito, de Luis Miguel. Abrió la puerta y observó atento su cantar y su balanceo mientras acomodaba carpetas y artículos de papelería.

*Y procuro saber  
Qué te esperas de mí  
Lo que pidas te doy  
Para hacerte feliz  
Pero yo  
No puedo vivir  
Separado de ti  
Eres tú la ideal  
Somos tal para cual*

Estuvo como lelo sin parpadear, no podía quitarle la mirada de encima. Su ir y venir del archivero a su lugar lo tenía idiotizado y entusiasmado. «Su personalidad me confunde, aún tengo vivo en mi memoria ese primer encuentro que duró diez minutos, unos pocos sobre mí, y a partir de ese momento cambió mi vida». Pensó admirándola. Estuvo así un rato más sin que Frida se percatara de su presencia, hasta que un carraspeo a su espalda lo sacó de golpe de ese ensueño y alertó a Frida.

—¿Me estabas esperando, hijo? —se estaba divirtiendo al ver a su hijo en apuros.

—Sí, papá —intentó disimular que lo agarraron con las manos en la masa—. Quería la carpeta del otro investigador que se contrató para ese tema que tenemos pendiente —disimuló el tema, ya que Frida estaba coloradita y apenas observándolos.

—Claro, Bruno, espérame aquí, esa documentación la tengo en mi habitación, no tardo —realmente lo tenía a la mano, pero quería dejarlo un rato más a solas con Frida.

Bruno vio salir a su padre y se giró hacia la mujer que lo distraía de sus obligaciones.

—¿Cómo esta Dani? —no quería revelar su interés primario.

—Bien gracias, después de que te fuiste, preguntó por ti.

—¿Deveras? —cuestionó con emoción.

—Sí. Bruno, con respecto a lo de ayer, estaba muy alterada y —fue interrumpida por él.

—Como te dije, lo hice por la pequeña y no por ti, no espero palabras vacías ni nada.

—¿Sabes qué, Bruno?, quise ser educada, pero contigo es un verdadero calvario.

—No sé por qué te presto atención, mejor ponte a trabajar en vez de andar escuchando música, que para eso te paga bien mi padre.

—No puedes esperar que yo te obedezca, eso me parece ocioso de tu parte, pedazo de idiota —lo vio dar un par de pasos hacia ella—. No te atrevas, ¡eh! Mira que te engrapo esas orejotas en este escritorio —lo dijo mostrándole la engrapadora metálica Pilot que sostenía como arma mortal en su pequeña mano.

—Afirmino, me caes mal —lo dijo lo suficiente cerca para oler su delicado perfume y detener su mirada en sus labios entreabiertos, amenazantes y provocativos a la vez, hasta que ella lo sacó de su estado.

—Y no sabes cómo me emociona discutir contigo, ¿quedamos mañana a la misma hora? —Contestó burlona, mirando como fruncia el gesto y se daba media vuelta frustrado, encontrándose a su padre, que le lanzó una carpeta y que él atrapó al vuelo mientras salía de la casa.

—¿Qué pasó con Bruno, muchacha? —había presenciado todo, pero le gustaba hacerse el desentendido.

—No sé, —contestó inocente—. A mí me late que desayunó engañosos y tiene retortijones, me temo que le urge despejar la zona.

—¿Engañosos?, ¿despejar la zona? Muchacha explícame, que no te sigo.

—¿No sabe que son los engañosos? —lo miró negar con la cabeza—, son los frijoles.

—¡Ya entendí! Jajaja. Entonces despejar la zona te refieres a que trae un pedo atravesado, ¡ay, muchacha, eres tremenda! —rio sin parar—. Contigo tengo los mejores buenos días, claro, después de los que me da mi amada Nuria —y siguieron riendo como ya era costumbre y todo gracias a Bruno.

Bruno arrancó y salió furioso de su casa, no podía creer que ella lograra que reaccionara de esa manera. «Me estoy acostumbrando a verte antes de irme a trabajar, ¿qué me hiciste, bruja desquiciante?». Hablaba para sí, en voz alta. «El miedo siempre me conquista cuando estoy cerca de ti, ese miedo por descubrir una verdad que no quiero saber, descubrir que no mientes». Puso música y silenció sus pensamientos con Sweet Caroline a un volumen lo suficientemente alto para acallar cualquier voz necia que quisiera nombrarla. Ese disco no era suyo, seguramente su papá lo dejó ahí el día anterior, levantó los hombros dándole poca importancia y sin mas no pudo evitar cantar el coro...

*Hands*

*Touchin' hands*

*Reachin' out*

*Touching me, touchin' you*

*Sweet Caroline*

*Good times never seemed so good*

*I've been inclined*

*To believe they never would*

Era una de tantas canciones favoritas de sus padres y también de él. Se dejó llevar por la canción, nada podía hacer olvidar su cometido, le haría caso a su madre, empezaría más cerca. Llegó a Vitri y se enfocó en su trabajo y en la nueva búsqueda. Ya no podía perder más de lo que ya perdió.

Toc, toc, toc

—Pase —contestó Bruno en automático.

—Señor, llegó el detective Luis, de LAM Investigaciones.

—Que pase, Jacinta, y que nadie nos interrumpa —indicó a la secretaria mientras se levantaba y se ponía el saco.

—Señor, ¿la visita del detective es para retomar la búsqueda de la pequeña?

Bruno en ese momento recordó lo que le dijo su madre.

—No, Jacinta, esa investigación ya está cerrada, se perdió para siempre.

—Es una pena, señor.

—Haz pasar al detective por favor. —a esas alturas de la vida, tenía que desconfiar hasta de su sombra, esperó a que su secretaria saliera y tomó de su cajón la carpeta que le dio su padre. —Este es mi último intento, Dios —dijo en voz alta, y recibió al detective.

## Capítulo 13

—Señor, Darío, me gustaría pedirle un favor.

—Dime, muchacha, ¿qué necesitas?

—Espero que no crea que estoy abusando de su confianza o algo por el estilo —dudó un poco, pero se acordó de lo que le dijo Adela y se animó—. Me gustaría saber si podría acomodar a mi amiga en la empresa.

—¿Te refieres a la que trabaja en el restaurante?

—Si señor, ya quiere cambiarse de ahí, me contó que está sufriendo maltrato laboral y no quiere terminar en la cárcel por arrancarle la cabeza a la gerente.

—No si lo podemos evitar, deja hago una llamada a recursos humanos y mientras tú llámale a tu amiga para que vaya a las oficinas lo más pronto posible.

—Gracias.

—Si ella es como tú, la empresa y tu amiga ganan.

Ambos hicieron las respectivas llamadas y al cabo de dos horas, Adela firmaba contrato con la empresa Vitri, terminaría la semana en el restaurante y a partir del lunes cubriría la vacante de secretaria de la contable. Estaba contenta y coronó el día como los anteriores, dentro de su bañera después de ensayar un poco en la sala.

Al siguiente día todo marchaba bien hasta que, casi a la hora de salir, Frida estaba impactada por lo que estaba revisando desde hace una semana, así que temiendo lo peor llamó a su amiga Adela.

—Pastelito, necesito un favor —cuando sucedían cosas muy, pero muy serias, se decían apodos como señal de apoyo.

—¿Que necesitas, caprichosa?

—Que pases por Dani saliendo de tu trabajo y te la lleves a tu casa, iría por ella más tarde, hoy estoy atorada con una situación algo delicada, por lo que prefiero ponerle toda mi atención a esto y sabiendo a mi tesoro cuidada, me voy a poder concentrar.

—Si, por supuesto, dime, ¿es muy grave?

—Mas o menos, bueno pastelito, aviso a la guardería para que tú pases por ella —tenía personas de apoyo y daba gracias al cielo por ello.

—No te preocupes, bien sabes que amamos al torbellino, la cuidamos mi mamá y yo con nuestra vida. Que todo salga bien, nos vemos al rato.

—Gracias, amiga, adiós.

Frida llamó a la guardería y fue a buscar al señor Darío que había salido por una bebida.

—Señor, Darío, tenemos un problema —lo interceptó a medio camino de regreso a la oficina.

—¿Cuál es el problema? —se preocupó al mirar la cara seria de la muchacha.

—No sé por dónde empezar, pero vamos a la oficina, esto tiene que tratarse de manera

privada.

—Hola, Frida, ¿cómo estás? —saludó la señora Nuria con una sonrisa, que de inmediato borró al ver la cara seria de la muchacha—. ¿Todo bien? —preguntó preocupada.

—Pasemos a la oficina por favor —insistió Frida. Ya que tomaron asiento en las sillas frente al escritorio, Frida fue por tres carpetas y tomó asiento frente a ellos. —Voy a empezar por el principio. ¿Recuerda que me dijo que quería que revisara las entradas y salidas de mercancía? —al recibir un asentimiento de cabeza continuó—. Hay un faltante en el inventario muy gordo y me puse a buscar facturas canceladas desde el año pasado y coinciden con el faltante, pero lo más extraño es que en todas esas facturas jamás se registró la devolución de la mercancía al almacén. Tampoco hay movimientos de entradas de dinero que justifiquen la diferencia del inventario. Lo que me llamó la atención fue que las facturas se hicieron tres o cuatro días después de la cotización y al siguiente día su cancelación. No son continuas, están espaciadas y todas están a nombre de una empresa que ya no está activa. Pero que se sigue teniendo en el sistema. Las facturas emitidas están muy elevadas y el equivalente en dinero de la mercancía es fuerte.

—¿Que tan fuerte? —Darío temblaba de la indignación.

—Digamos que..., —temió por un momento que la noticia le afectara a ese gran ser humano pero lo que la animó fue recordar que para eso la contrató—. Pues... antes que nada —insistió Frida—, necesito que conserve la calma —alzó la vista al cielo como si estuviera rezando—. Más o menos es el equivalente a dos departamentos como el mío.

—Cifra aproximada, muchacha.

—Aproximadamente, dos millones de pesos.

—Me lleva la... —expresó molesto levantándose y agarrándose la cabeza con ambas manos y sin más, cayó redondito al piso. Nuria pegó un grito angustioso alertando a Conchita que llegó corriendo temblorosa, fue doloroso ver a su patrón en el piso inconsciente siendo auxiliado por las mujeres. Frida llamaba a una ambulancia.

—Muchacha, llama a Bruno, dile que lo quiero aquí ya —indicó la señora Conchita a Frida, Nuria solo tenía cabeza para su marido.

—Ya le estoy llamando —Frida estaba alterada marcando, dos veces tuvo que teclear los números de la oficina sin perder de vista al señor Darío, se le hacía eterna la espera.

—Empresa Vitri buenas tardes.

—Jacinta, soy Frida, comuníqueme de inmediato con Bruno.

—Está ocupado, llama más tarde.

—Jacinta, es urgente comuníqueme.

—Pidió no ser molestado.

—Me importa una mierda si se encuentra ocupado hablando con el papa, es una emergencia carajo.

—Mira, Frida, solo recibo indicaciones.

—Jacinta, vete al diablo, esto lo vas a pagar —colgó Frida y buscó el teléfono personal de Bruno y le marcó a ese hombre insensible que la molestaba todos los días.

Bruno estaba lleno de reportes, autorizaciones y problemas con personal nuevo que al parecer era tremendamente sensible a cualquier llamado al orden. A punto estuvo de barrer su escritorio de un manotazo cuando interrumpió su intención el sonido de su celular, estuvo a punto de apagarlo cuando vio en la pantalla hogar.

—Dime, papá.

—Soy Frida.

—¿Qué quieres? —contestó molesto—. ¿Por qué me llamas a este número?

—Tu padre te necesita ahora mismo.

—¿Está bien?, ¿qué pasó?

—No sé, ya no tarda en llegar la ambulancia, solo se desplomó.

Bruno se levantó y se puso el saco con el teléfono aun en la oreja.

—Voy lo más rápido que pueda y más te vale que no sea tu culpa.

—Mira imbécil, yo no tengo nada que ver con esto, al contrario, y espero que por esta ocasión dejes tus estupideces a un lado y mejor apúrate a llegar.

—Mira, Frida...—ya no pudo seguir hablando, ella le había colgado—. Maldita mujer—expresó frustrado, salió corriendo de su oficina, haciendo caso omiso a las palabras de Jacinta. Corrió escaleras abajo y subió a su automóvil, respiró varias veces ya que sentía que estaba a punto de perder la compostura, le tomó solo un minuto tranquilizar el temblor que lo gobernaba. Arrancó el automóvil y salió a su casa chillando llanta, tenía que averiguar lo que estaba pasando y qué fue lo que provocó que su padre terminara así.

Cuando llegó vio a la ambulancia frente a la puerta de entrada. Se bajó corriendo y al entrar se detuvo de golpe. Los paramédicos atendían a su padre, sentía los latidos de su corazón por todo su cuerpo, un zumbido resonante lo dejó sordo por un instante. «No, él no, él no», repetía mentalmente. Sintió una mano sobre su brazo, llamándolo, trayéndolo a la lucidez.

—Bruno —lo llamaba Frida, tuvo que hacer más fuerte el zarandeo para sacarlo de ese estado—. Bruno —lo volvió a llamar, y esta vez lo consiguió.

—Frida, ¿él está?

—No, Bruno, solo fue una subida de presión, tu mamá llamó a su médico de cabecera, estará por llegar, ya lo estabilizaron, ahora necesitan subirlo a su recámara.

—¡Gracias a Dios! —él se abrazó a Frida de manera instintiva, metiendo su cara entre su cabello y el cuello, su aroma lo terminó de tranquilizar.

—Bruno —interrumpió ese abrazo espontáneo—. Tu padre.

—Yo me encargo —dejó de abrazarla y se acercó a los paramédicos, le informaron de la situación de salud y le dieron la autorización para moverlo. Bruno tomó a su padre en brazos y subió las escaleras con cuidado a la alcoba principal, detrás de él, escoltándolos el resto de los presentes preocupados.

Frida se encargó de despedir a los paramédicos y de anotar todo lo que el doctor de la familia indicaba. Pasado el susto y cuando los presentes se tranquilizaron al ver que descansaba Darío, Bruno increpó a Frida.

—¿Me puedes explicar qué hiciste para ocasionar que mi padre casi muriera?

—Mi trabajo, solo eso.

—¿Tu trabajo?, no te creo —contestó agresivo, actitud que Nuria notó y defendió a la muchacha.

—Aléjate de Frida ahora mismo, Bruno. Vamos a la oficina de tu padre y ahí hablamos. Conchita —llamó a su empleada de confianza—. Cuide un rato a mi marido, no tardo.

—Sí, señora —la empleada tomó asiento en una silla junto a la cama y como la nana que fue en un tiempo lejano, le dedicó vigilancia cariñosa al enfermo.

Sin mediar palabra Nuria se encaminó a la oficina de su marido, seguida de su hijo y esa chica que su única falta fue hacer el trabajo que se le solicitaba. Ya que estaban dentro Nuria cerró la puerta y sin decir nada los invitó a tomar asiento en los lugares que antes ocupó junto a su marido. Bruno le abrió la silla a Frida para que tomara asiento, dejándola asombrada y sin saber qué decir. Ella educó a un caballero y le agradaba verlo, y sin más, tomó el control de la reunión. Esperó a que su hijo se sentara.

—Madre, yo...

—Por tu bien, Bruno, más te vale cerrar el pico.

—Hija —se dirigió hacia Frida—. Por favor repite lo que le dijiste a mi marido, palabra por palabra.

—Si, señora, solo deme la carpeta gris que está detrás de usted, quiero explicarlo con los datos que tengo y así su hijo pueda escuchar y ver al mismo tiempo lo que yo vi y así lograr que se deje de acusaciones hacia mi persona por hacer mi trabajo.

—Ten, muchacha —le entregó de manera amable la carpeta que ahora estaba revuelta en su interior.

Frida no solo repitió todo, a cada información la acompañaba con datos y cifras, de las hojas que sacaba una a una de la carpeta enseñándole a él, facturas, cancelaciones y registros de inventarios.

Bruno veía alarmado cada una de las cifras que estaba señalada con marcador amarillo, su enojo crecía de manera preocupante a cada hoja que le pasaba Frida. La vena a un costado de su cien palpitaba dolorosa. Al final, cuando leyó la cifra aproximada del monto que había sido sustraída poco a poco en un periodo de un año, se levantó rápido provocándose un mareo, Frida al ver el vértigo del hombre, se acercó a sujetarlo, Bruno aceptó el apoyo y se agarró de ella.

Nuria no interrumpió lo que en ese momento estaba sucediendo, era increíble ver a Bruno dejarse apoyar de alguien y más de la mujer que detesta.

—¿Ahora entiendes por qué tu padre se sintió mal? —preguntó dirigiéndose a su hijo interrumpiendo el momento, Frida y Bruno se separaron de inmediato y se sentaron de nuevo.

—Frida, dime que lo revisaste bien —cuestionó suave y algo arrepentido por su comportamiento, pero el orgullo a veces es más fuerte que la razón.

—Tres veces, hasta le solicité a sistemas que me mandaran los archivos dos veces.

—¿Te hicieron preguntas?

—No, hasta se portaron solícitos al dármele de inmediato, si tuvieran algo que ver, me hubieran puesto trabas o no estaría completa.

—¿Desde cuándo estás revisando esto?

—Tres semanas. Tu padre me dijo que había pérdidas que no tenían razón de ser y que deseaba saber si no era un error al ingresar las compras o en la entrega de la mercancía y tratar de hacer más eficientes los procesos y evitar esos errores humanos o del sistema que le estuvieran costando a la empresa, obvio jamás imaginamos esto.

—Necesito que esto quede entre nosotros, significa que, si te llaman o si pregunta cualquier persona, me lo informes de inmediato, yo ni a Jacinta le voy a informar. Eso incluye a tu amiga que inicia el lunes a trabajar en la empresa, aunque... —se detuvo a meditar un momento—. Creo que ella será pieza en la investigación que haremos ahora desde adentro. Hablaré del tema con ella personalmente. Hay que tener aliados y en este momento solo puedo confiar en las personas nuevas —afirmó mirándola de frente y esperaba que ella entendiera que de esa manera se estaba de cierta manera disculpando.

—Gracias —dijo sincera—. Si mas no se puede hacer por hoy y el señor Darío ya está mejor, me retiro, tengo que ir por mi hija que dejé encargada, ya anocheció y...

—Te acompaña Bruno, muchacha, no me sentiría tranquila si no es de otra forma, además es lo menos que podemos hacer después de todo lo que has tenido que soportar —mencionó mirando a su hijo de manera severa.

—Por supuesto, madre, yo la llevo.

—No es necesario, de verdad yo puedo...

—No tengas pena hija —habló tierna Nuria—, estarán más seguras.

—Está bien, señora, gracias. Bruno, a la hora que me digas.

—Si tú no tienes inconveniente, ahora mismo.

Salieron juntos casi hombro con hombro, al llegar al automóvil, Bruno le abrió la puerta del copiloto, esperó a que se subiera y cuando observó que se acomodaba y se colocaba el cinturón de seguridad, cerró la puerta delicadamente y rodeó el automóvil para subirse. En cuanto arrancó el motor se inició la reproducción de lo último que estaba escuchando. Le sorprendió al reconocer la canción Confieso de Keny García, que sin querer empezaron a cantarla los dos en voz baja.

*Allí miré tu foto en la nevera*

*De aquel viaje que hicimos en noviembre*

*Sonríó al descubrir tus mil maneras para quererme*

*Hoy como cada tarde te imaginaba*

Frida estaba confundida, en verdad que ese hombre la sacaba de quicio cada día, pero en este momento él escuchando ese tipo de música y cantándola tan emocionalmente dolorosa, no sabía que pensar. De reojo notó su mirada triste, quería saber cuál era el pesar que lo torturaba. El viaje fue melancólico y pacífico. La siguiente canción Muero interpretada por Keny García y Alejandro Sanz, con eso confirmó sus preferencias musicales. A cada estrofa que avanzaba de la canción, escuchó su voz baja interpretándola, en una estrofa en específico sintió su mirada.

*Que muero, de tanto callar, tan solo muero*  
*De ganas de comerte a besos, muero, oh-oh*  
*Ay, yo muero de tanto aguantar, tan solo muero*  
*De ganas de comerte a besos, muero*  
*Y yo muero*  
*Muero*

Frida, al sentir su mirada se giró al encuentro de sus ojos, se le pusieron los vellos de punta, por un momento se mantuvieron las miradas, midiéndose. Ella se sintió vulnerable, expuesta, así que se soltó de su mirada y miró el camino, y a pesar del aire acondicionado se sentía caliente el ambiente. Dio gracias a Dios, al universo, al vislumbrar su barrio multifamiliar. No tuvo que decirle a Bruno donde estacionarse, algo que la sacó de onda.

—¿Desde cuándo sabes dónde vivo?

—Desde que apareciste en mi vida.

—¡¿Ah?!

—¿Te ayudo con Dani? —cambió la conversación.

—Si, por favor —contestó confundida aún más —se quitó el cinturón, estaba por abrir la puerta cuando la mano de Bruno la detuvo.

—Espera a que te abra la puerta.

—No te preocupes, yo puedo hacerlo.

—Dije que esperes... por favor —observó cómo ella asentía y él se bajó del automóvil.

Bruno rodeó su auto por la parte de enfrente, sin quitarle la vista a su pasajera. Le abrió la puerta, le ofreció su mano para ayudarla a bajar, ella dudó un instante, él solo le sonrió brindándole confianza, esa que perdió al sentir su piel y la calidez que desprendía. Cerró la puerta sin soltarla. No era la primera vez que la tomaba de la mano, solo que esta vez él no estaba molesto. No se fijó lo cerca que estaban, casi sus pechos se rozaban, él miraba sus inquietantes ojos color café, con las luces de las farolas se vislumbraban cautivadores. Le llegaba a la barbilla, la contemplaba en silencio, tenía miedo de esos ojos que le devolvían la mirada, por un momento el deseo de besarla se hizo más fuerte y ese mismo miedo en volver a creer fue lo que hizo que la soltara y diera un paso atrás.

—¿A qué piso vamos? —preguntó tratando de salir de su estado de inquietud.

—Al segundo, Adela y yo estamos en el mismo piso junto con otros dos departamentos, todos nos conectamos con los balcones, eso ayuda en caso de emergencia —hablaba sin parar mientras ascendían los tramos de escalera, estaba nerviosa y necesitaba distraerse—. Una vez salí a tirar la basura y dejé las llaves adentro, Dani estaba pequeña, le pedí de favor a doña Consuelo que me dejara entrar por el balcón, por suerte esa puerta acristalada no estaba cerrada por dentro. Desde ese entonces acordamos las tres en mantener nuestras entradas sin pasador, así cualquier cosa podemos auxiliarnos.

—¿Eso no las pone en riesgo de que alguien entre y les haga daño? —solo de imaginarlo, sentía un dolor en el estómago como cuando estas intoxicado o traes un pedo atravesado.

—No, porque los únicos pisos que tienen balcón son los pares, ¿no te habías dado cuenta?

—La verdad no me fijé en ese detalle, antes de irnos le echo un ojo —lo haría, quería saber si de verdad no estaban expuestas a peligros.

Llegaron al segundo piso, se detuvieron frente al departamento 201, el de Frida era el 204, Bruno interrumpió el movimiento que hizo Frida para tocar el timbre.

—¿No vas a necesitar una cobija por si Dani esta dormida?, ya es tarde y está refrescando —observó cómo ella meditaba.

—Si, tienes razón, ven vamos a mi departamento.

Él la siguió, estaba interesado por saber cómo vivía. Ella abrió la puerta, se detuvo de golpe provocando que Bruno chocara con ella, el preocupado se empujó hacia adelante tratando de averiguar qué era lo que frenó el avance de Frida.

—¿Que sucede? —cuestionó al ver que no se movía.

—Nada, bueno sí, eres el segundo hombre que entra a mi casa —no sabía por qué le daba explicaciones—. Así que, no te sientas halagado, es solo que no tengo muchas visitas.

—¿El segundo? —preguntó en tono algo molesto, y quería saber quién era el primero—. ¿Tu novio? —continuó el cuestionamiento—. En la entrevista dijiste que no tenías pareja, ¿acaso mentiste?

—¿Qué?, ¡no!, me refiero a mi mejor amigo Lisandro, ¿pues quién me crees?

—Disculpa, no quise... ofenderte, —se mantuvo en silencio al ver su ceño fruncido y sus manos en la cintura, sabía que era una pose defensiva, le gustaba, pero no quería arruinar el momento de paz que en ese momento tenían—. Entiende que me cuesta trabajo confiar en las personas, y luego si agregamos que somos de mecha corta, ya ni para qué te explico el resultado de la ecuación.

—Toda tu boca está llena de razón, pero no te emociones, no siempre va a ser así ¿eh? —dijo sonriéndole, sorprendiéndose hasta ella misma.

—Lo intentaré, aunque mi ego se enoje —y rieron juntos—. Anda pasemos por la cobija para Dani.

Bruno, se quedó en la sala observando los detalles del pequeño departamento, la sala constaba de dos sillones de dos plazas y una pequeña mesita ovalada con una maceta de flores de plástico, levantó una ceja interrogando ese detalle. En la pared había fotos de Frida en forma cronológica, en una se veía embarazada y otra en el hospital con la bebé en brazos y así junto con quienes parecían ser sus amigos cercanos. No había fotos familiares, solo ella y Dani. Había un librero con un buen de libros de todos los colores, al acercarse cogió uno, vio el título; Déjame amarte, cariño. Leyó la contraportada y supo que era de romance, dejó el libro en su lugar y siguió su inspección. Vio otro con una portada de niños, Susurros de inocencia, leyó la contraportada, era de género paranormal y supo que tenía gustos variados en lecturas. Dejó de andar revisando y le echó un ojo más a su alrededor. El comedor era de cuatro sillas y estaba dentro de la misma área que comunicaba con la cocina. El lugar a pesar de su tamaño estaba organizado y limpio, en una esquina había un canasto lleno de juguetes y peluches de varios tamaños. Así como una bocina enorme. De una de las puertas abiertas se escuchaba la movedera de cosas. Supuso que las otras puertas eran el baño y la recámara de Frida. Por un momento

quiso investigar, el morbo le podía más que la prudencia. Estaba casi con la mano en el pomo cuando Frida le llamó desde adentro de la habitación.

—Ya la tengo, Bruno, perdón por la tardanza, estaba guardada debajo de otras cosas, ¿nos vamos?

—Sí, —él avanzó por delante de ella, mientras apagaba las luces le abrió la puerta y le dio el paso, tras de él, una puerta se cerraba. Caminaron hacia donde marcaba el 201 y Frida tocó el timbre solo una vez, a escasos minutos abrió la puerta una mujer de mediana edad con una sonrisa, que al ver quién era y al notarlo, puso cara de asombro.

—Frida, querida, qué gusto verte —la saludó la madre de Adela con un abrazo sin dejar de mirar intrigada el acompañante de esa mujercita que amaba como una hija—, ¿fuiste a la feria y te ganaste a este muñecote, querida? —admiró de pies a cabeza al joven que estaba parado a un lado de Frida, quien le devolvió una sonrisa pícara, esa de la que sabe que lo están halagando y que desearía para unos buenos y alocados calambres en cierta zona abandonada.

—¿Qué?, no, Bianca de mi corazón, él es Bruno, es el hijo de mi jefe, me está haciendo el favor de acompañarme por Dani.

—Mucho gusto señora, Bianca —intervino ante la inquietud de esa señora—, tengo entendido que es la madre de Adela, déjeme decirle que se ve muy joven para una hija de esa edad, cualquiera creería que usted es su hermana —halagó logrando sacarle los colores, Frida al notar ese galanteo solo puso los ojos en blanco.

—Ay, joven, favor que usted me hace.

—Llámame solo Bruno y tutéame por favor, y si me lo permites también yo lo haré.

—Claro y ya vamos a dejarnos de coqueteos, que mira que ya estoy curada de espanto, pero, gracias por el halago, Bruno. Pasen, la pequeña esta dormidita en mi cama. Cenó y la bañamos, fuimos a tu casa por ropa y una pijama. Se divirtió de lo lindo en el parque correteando a Solovino—perro vagabundo que adoptaron los de la colonia, dándole comida y agua cada que lo requería, era juguetón y cariñoso con los niños—. Cada que necesites de nuestra ayuda, ya sabes que estamos para apoyarnos.

—Lo sé y no sabes cómo agradezco que sean mis personas de apoyo, pero ya es tarde y tengo que regresar, recuerda que tenemos una cita el domingo en el parque.

—Ahí estaremos, pasa por la pequeña.

—Si me indicas el camino, Bianca, te lo voy a agradecer —solicitó Bruno.

—Por supuesto, acompáñame —Bianca guió a Bruno hasta su recámara que era iluminada por una luz tenue y en medio de la cama rodeada de almohadas, estaba la pequeña Dani. Observó cómo ese joven cargaba con cuidado a la pequeña que era la dueña de sus corazones y que al parecer también se había adueñado del de ese muchacho. Observó, como con delicadeza recostó la carita de la pequeña en su pecho brindándole soporte y ternura.

Alcanzaron a Frida que ya estaba en la puerta con la cobija en mano y de un beso se despidió de la mamá de su mejor amiga.

—Me despides de Adela y de nuevo gracias.

—Claro, hija, en cuanto regrese del super le digo, y te repito, no nos agradezcas nada, para

eso es la familia. Vayan con cuidado y fue un gusto conocerte Bruno, te encargo a mis niñas.

—Claro, Bianca, van seguras y también es un placer conocerte, hasta pronto —Bruno se dio media vuelta y con cuidado, bajaba las escaleras despacio y Frida detrás de él. Al llegar al automóvil supo que no previó tener las llaves a la mano.

—Frida, no saqué las llaves, ¿me ayudas, por favor? están en mi bolsillo del lado izquierdo —la observó dudar y con cuidado se aproximó, metiendo la mano procurando no tocar más allá de lo debido y sin esperarlo, con su roce provocó que se encogiera soltando una risita—. Me haces cosquillas, mujer, apúrate, ¿qué tan difícil es sacar las llaves de un bolsillo?

—Lo dices fácil, pero se te olvida que los pantalones los tienes puestos, estate quieto, ya las sentí, a ver —metió la mano de golpe, las agarró y sacó en un solo movimiento, provocando que rosara su nariz con su pecho y sentir su aroma recorrer su sistema respiratorio hasta su cerebro, provocando un anhelo—. Listo, ahora deja abro atrás y acomodamos a Dani —ella abrió la puerta trasera y se inclinó para acomodar unas carpetas que estaban sobre el asiento, y que de reojo leyó Investigación hija, causándole curiosidad. Ella sin querer le regalaba a Bruno unas buenas vistas de su trasero que él no desaprovechó.

Bruno acomodó a la pequeña con cuidado y ya asegurada se apresuró a cerrar, ayudó a Frida a subir y emprendieron el camino de regreso a casa.

—¿Desde cuándo conoces a Adela y a su madre?

—Fuimos juntas a la secundaria y desde entonces no nos hemos separado.

—¿Cómo terminaste viviendo a unos metros de ellas?

—Compramos los departamentos al mismo tiempo hace cuatro años, ella después de vender la casa donde antes vivían junto a su marido que falleció, decidieron comprar algo más pequeño. Yo en ese entonces vivía con ellas y cuando se presentó la oportunidad, con un programa de vivienda y el préstamo que me hicieron ellas para el enganche, pude comprar el departamento.

—Ahora entiendo lo de personas de apoyo.

—Si, la verdad fueron mi salvación.

—Eres afortunada —y guardó silencio meditabundo el resto del camino.

Frida lo notó pensativo y perdido en algún recuerdo, solo hizo lo que le pareció adecuado, acompañar su silencio. Quería saber qué le había pasado, Bruno era una caja blindada y solo él tenía la combinación. Llegaron más rápido de lo que esperaba, le ayudó a bajar a su pequeña y con mimo, observó como recostaba a su hija y la arropaba con cuidado. Le dio un beso en la frente y le dedicó un dulces sueños y salió de la habitación. Frida lo siguió y antes de llegar a la puerta se detuvieron.

—Gracias, Bruno, fuiste muy amable.

—No hay nada que agradecer, voy a ver cómo está mi padre y mañana en la mañana nos vemos para hablar del desfalco.

—Por cierto —agregó Frida al acordarse del coraje que pasó al intentar comunicarse con él —. Que no te sorprenda que pase a la oficina a gritonearle a Jacinta hasta de lo que se va a morir, porque una paliza no está correctamente aceptada y mira que se merece unas buenas cachetadas.

—¿Por qué?

—¿Y todavía lo preguntas?, no puede ser, aparte de todo lo que me angustió y molestó su actitud y proceder, ¿la defiendes?

—No sé de qué hablas, si me ayudas a entender, sería genial y no seas tan revuelta.

—¿Revuelta?, ¿te parece bien que mientras tu padre yacía en el piso yo como loca intentaba hablar contigo y al marcarte a la oficina, Jacinta me dijo que estabas ocupado y que habías pedido que nadie te molestara? Al decirle que era urgente le importó muy poco, por eso te marqué a tu teléfono personal.

—¿Me negó Jacinta?, el lunes hablo con ella.

—Yo sé que desde el principio me odia, y la verdad me importa muy poco, pero de una vez te digo esto, Bruno —dijo acercándose lo suficiente, con manos en la cintura y levantando la cara para verlo a los ojos—. Mas te vale dejarle claro que si voy, llamo o pido cualquier cosa que se me antoje, así sea un maldito café, ella no se va a negar y menos si necesito verte, ¿entendiste?

Bruno solo asintió, tenerla de nuevo así de cerca lo alocó y sin más, la tomó de su cuello con una fuerza considerable rayando casi la desesperación, con algo de coraje. La besó hambriento, desesperado, le provocaba sensaciones que no podía controlar y con su cinismo y rebeldía aumentaban más las ganas de tenerla. Profundizó el beso abrazándola con deseo, su erección ya era evidente y sabía que ella la sentía dura y lista contra su cuerpo. Amó y odió el beso a cada momento. Frida lo empujó con fuerza haciendo que la soltara y rompiendo el contacto de sus labios y lenguas.

—Nunca más te me acerques de esa manera, no sé cuál es tu problema y te equivocas conmigo, no puedes tratarme como si fuera una mujer fácil. Yo soy madre soltera por culpa de un desgraciado que jugó conmigo y me engañó ocultando que era casado y ahora confirmo que tú eres un desgraciado también, por creer que mi situación te da derecho a tratarme sin ningún respeto. Lárgate ahora mismo o te juro que te quedas sin bolas.

—Frida, yo... —no pudo decir más, ella lo empujó hacia afuera y cerró la puerta en sus narices, dejándolo confundido, excitado y deseando más.

«Hijo de su puta madre», dijo al cerrar la puerta, «¿pero ¿quién se cree?», decía entre dientes. «Pero la culpa es tuya Frida, bajaste la guardia, él es como todos, pensando con el pito», se regañaba en voz alta mientras caminaba al baño y cuando se enojaba soltaba palabrotas. «y para colmo, la tiene tan dura, grande y ... pero ¿qué estás pensando?, maldita sea, sé que no has estado con un hombre desde hace mucho tiempo, pero solo contemplar la posibilidad de quitarte las ganas acumuladas con ese pedazo de.... No, jamás». Se dio un baño, a ver si con eso lograba calmar el calor que invadía todo el cuerpo.

Bruno llegó a su casa caminando algo despacio, estaba haciendo tiempo para que se le bajara la tremenda erección por culpa del beso, la cercanía de Frida y su aroma. Al entrar se encaminó a la recámara de sus padres, tocó dos veces, su madre le dio paso y encontró a su padre sentado tomando una taza de té.

—Hola, papá, ¿cómo te sientes?

—De la mierda, si te he de ser sincero tengo unas ganas asesinas de saber quién o quiénes son los que han traicionado mi confianza, tenerlos de frente y ahorcarlos con mis propias manos.

—Querido, ¿qué son esos pensamientos?

—¿Cómo no tenerlos, Nuria? Podemos perderlo todo, cada sacrificio, limitaciones, lucha y esfuerzo se pueden ir al carajo por personas que les importa una mierda la empresa que construí con valores familiares y honradamente.

—Cierto, papá, pero de nada va a servir todo eso si tú te enfermas o pierdes la vida, total, es solo dinero que ya no se recuperará, pero que si podemos evitar que sigan robando. Por favor tranquilízate, yo me encargo, déjame llegar al fondo de esto, solo lo sabemos nosotros. Hablaré con la amiga de Frida, para que ella a partir del lunes sea nuestros ojos y oídos, además Román llega el fin de semana, podemos encargarle el almacén y que revise todo, incluido hacer un inventario general y junto con Adela nos ponemos a trabajar.

—Cierto, hijo, en cuanto llegue tu hermano nos ponemos a ello.

—¿Nos? No, papá, tú te quedas aquí, en paz recuperándote, solo te voy a mantener informado de los avances y ya que tengas el alta médica, entonces hablamos de involucrarte.

—A Frida no la dejes fuera, ella es importante en esto, gracias a su trabajo, se descubrió esto.

—Si papá, ella está dentro, es parte fundamental.

—Deveras, ¿cómo te fue con Frida?, ¿limaron un poco las asperezas? —interrumpió la charla y vio como su hijo dio un respingo al nombrar a la susodicha y automáticamente lo abordó —. ¿QUÉ DIABLOS HICISTE, BRUNO VIDAL TRICIO?

—Nada, mamá.

—Si cómo no, y yo soy la virgen María, desembucha ahora mismo —Le puso la mirada que muchas madres emplean cuando quieren saber algo, ella sería muy buena en interrogatorios de las fuerzas especiales de la armada de este país y rindiéndose a su gesto cada vez más fruncido, les contó.

—¿Estás idiota o qué? —Le dijo el señor Darío, hablándole de bulto aventándole un cojín, que, para su placer paternal, logró atinarle en plena cara—. De verdad, Bruno, no sé qué tienes en la cabeza, ¿sabes por qué salió de la empresa transportista? —no esperó respuesta y continuó con su rapapolvo—. El hijo del dueño la acosó sexualmente y al reportarlo, ¿quién crees que terminó en la calle? Te aviso que no quiero perderla como asistente, esa muchacha es eficiente. Más te vale, Bruno, que lo arregles y no a besos ¿entendiste?

—Si papá, lo siento —y de verdad lo sentía, el tampoco pretendía perderla, y menos ahora, que ya había tenido una probadita de su sabor.

—Mejor vete a dar un baño de agua helada y a dormir, Bruno, hazle caso a tu padre.

—Si mamá, papá, descansen.

—Hasta mañana —contestaron al unísono.

Lo vieron salir con la mirada baja, sabían que le hicieron ver su error y lo sínico de su comportamiento, esperaron a que la puerta se cerrara y se miraron a los ojos sonriendo.

—Ya cayó nuestro hijo, te lo dije, querida.

—Jamás lo había visto tan entusiasmado, ¿observaste con detalle su mirada cuando nos lo estaba contando? —señaló Nuria—. Brillaba.

—Y a la vez está aterrado. No contó lo íntimo, pero tú y yo sabemos de las reacciones

físicas que se suscitan en momentos así —dijo guiñándole un ojo a su mujer—. De una cosa estoy segurísimo, Frida es buena para él —aseguró Darío.

—¿Y él es bueno para ella? —rebatío su esposa.

—Eso, mi amor, solo el tiempo nos lo dirá —dijo atrayendo a su mujer a su lado, se abrazaron en silencio, necesitaban recuperarse ambos de la impresión, el susto y la incertidumbre de no saber qué más pruebas tenía que pasar su hijo, el más herido y desconfiado.

## Capítulo 14

El sábado temprano, como siempre, Frida salió de la casa de huéspedes con maleta en mano y su hija. Ambas vestidas iguales, tenis blancos, pantalón de mezclilla negro y playera blanca con un corazón en la parte de enfrente, acompañado de las palabras ¡No estoy disponible! Ese día irían al teatro de artes escénicas a ver Alicia en el país de las maravillas; Dani amaba al sombrerero loco y la hora del té.

Bruno las vio salir, se veían hermosas, sonrió celoso, tenía curiosidad por saber dónde sería su siguiente aventura. Conociendo a Frida llevaría a su hija a disfrutar de su infancia. Ellas no regresarían hasta el lunes temprano, sabía que el domingo estarían en el parque; localizado en medio de la zona multifamiliar donde tiene su departamento. Ese día no podía seguir las, hoy llegaba su hermanito y tenían mucho que platicar, pero mañana sí que iría temprano a su encuentro.

Román llegó a la hora de la comida, fue Bruno quien lo recibió.

—Hermanito, bienvenido a casa, cuéntame, ¿cómo te fue?

—De lujo, las minas son adictivas, estuve presente cuando nuestro amigo Saul encontró una veta de plata, fue emocionante.

—Ven, te ayudo a subir tu maleta—al tomarla la sintió pesada—. ¿Qué chingados traes dentro?, ¿acaso te trajiste plata de contrabando?

—No, solo unas muestras para enseñárselas a papá, por cierto, ¿cómo está?, no pude llegar antes, lo bueno es que estuviste aquí.

—Ven, Román, dejemos tu maleta y vamos a comer con nuestros padres, te aviso que comeremos en la recámara, aún tiene que cuidarse y subir y bajar escaleras no está en el menú.

—Ok, hermano, ya al rato platicamos de nosotros.

Román era seis años menor que Bruno, él tuvo la suerte de tener desde el principio a Nuria como madre, no le tocaron cosas terribles como a él. Agradeció a Dios por la suerte de su hermano, fueron afortunados al ser rescatados de las garras de ese monstruo.

Toc, toc, toc.

—Adelante —dio el paso Darío mientras se levantaba con ayuda de su esposa de la cama.

—Pero ¿qué haces levantado, papá? —Cuestionó Román en cuanto entró a la recámara de sus padres.

—Recibir a mi hijo que no veía desde hace tres meses como debe ser. Ven mi muchacho, topo, dale un beso y abrazo a tu padre —Román complació a su viejo y lo abrazó con fuerza durante varios minutos—. Qué bueno que ya estás en casa, hijo.

—Ya suéltalo, acaparador, —reclamó Nuria algo celosa—, no porque estes delicado te vas a convertir en el centro de atención, comparte tantito —los tres hombres voltearon a verla sonriendo, mientras ella seguía con su puchero.

—Ven acá mi piedra preciosa —así le decía de cariño Román a Nuria, derritiendo cualquier molestia de su madre hacia él, la abrazó y besó en su mejilla—. Mamá, pero qué guapa estás, por

lo que se ve y no se juzga, papá cuida bien de ti.

—Hijo mío, deja de andar de adulator, pero sí, tu padre cuida bien de mí. Ya te extrañaba mi vida, ¿ahora sí te quedas?

—Por el momento sí, ya con calma les cuento, ahora díganme qué fue exactamente lo que pasó para que tengamos que comer aquí —lo dijo tan serio, y le contaron con pelos y señales.

—¿Tanto dinero? —gritó fuera de sí—. Creí que teníamos a gente honesta trabajando con nosotros, nos íbamos confiados a casa o de viaje por placer o negocios creyendo que la empresa estaba en buenas manos. ¡Qué poca madre!

—¡Román!, contén ese vocabulario —regañó a su hijo Nuria, a pesar de que tenía toda la razón.

—Pero, mamá, ¿acaso no te hierve la sangre?, tú mejor que nadie sabes todo lo que papá tuvo que trabajar para sacar adelante la empresa después de lo de mi... —se frenó en seco, necesitaba encontrar las palabras correctas—, esa mujer que por fortuna no tengo ningún recuerdo de ella, y que casi deja en la ruina a la familia.

—Tienes razón, hijo, solo recuerden que en estas ocasiones los voy a dejar decir palabrotas, no voy a reprimir sus emociones ni la manera de expresarse en ciertas ocasiones. Ahora vamos a comer y platicamos con calma.

—¡Mi muchachito!, ¿a qué hora llegaste, vago desconsiderado? —manifestó Conchita emocionada, que al entrar vio al otro diablillo de la familia.

—Discúlpame, llegué rápido a ver a papá. ¿Cómo está mi corazón de pollo? —achuchó a su nana con cariño. Cuando era pequeño, le daba lo que quería en las mañanas con o sin permiso de sus papás, ella era una consentidora de lo peor.

—Bien, bien, ahora deja que les sirva y ya después me cuentas todas las locuras que de seguro estuviste haciendo, espero y no hayas roto muchos corazones, bandido.

—¿Yo?, no, cómo crees, viejita hermosa, Dios me libre, pero sí que me han roto el mío varias veces por pendejo.

—¡Román!, te voy a lavar esa boca con jabón —regañó Conchita a ese muchachito loco.

—¿A mí?, ¿a tu consentido? —le hizo pucheritos.

—Bueno ya —llamó al orden Darío—. Vamos a comer que tengo que tomarme la medicación, ya tendremos tiempo suficiente para chismear.

Comieron una crema de elote y unas pechugas de pollo rellenas de huitlacoche, bañadas en una crema del mismo relleno, agua de alfalfa y unas tortillas de maíz azul. En la sobremesa acompañados de un café y unas deliciosas galletas de maíz, charlaron muy a gusto por un rato, hasta que a Darío lo venció la medicación y se retiraron para dejarlo descansar.

Bruno y Román se reunieron en la sala de televisión que compartían. Se encontraba entre las dos habitaciones y que anteriormente fue la habitación de juegos; uno de sus lugares preferidos.

—¿Cómo va el caso de tu hija?

—El dolor sigue estando ahí, acechando como depredador, esperando que baje la guardia

para atacar con sus filosos colmillos del recuerdo y la incertidumbre. He estado más alterado ahora que Frida y su hija llegaron a esta casa, la niña me la recuerda a cada momento, es como si la pequeña sin saberlo me estuviera gritando: ¡no la olvides, ahí está, búscala!, y por eso me es imposible estar ajeno a su presencia. Es tan tierna e inocente que me provoca agonía. Contraté a la agencia de investigación que me dijiste. El lunes me va a pasar un reporte, me llamó ayer el agente y me adelantó que al parecer sobornaron a personas que tenían algún dato, así le sucedió al que contrató mi papá, al parecer es la misma persona. No se sabe quién fue, y eso provocó que se llegara a un callejón sin salida.

—¿Quién crees que sea tan miserable para evitar que encuentres a tu pequeña?, si es así de vil, no quiero imaginar por lo que ha de estar pasando esa pequeña, porque según me dices, sí está viva.

—Ahora que lo mencionas yo también siento que está viva, y le ruego a Dios que no esté sufriendo mi pequeña.

—Yo también, y en cuanto sepamos quién es el que ha estado evitando que vuelva a ti, lo mato. Cuéntame de Frida, ¿es guapa? —cambió el tema, notó que se estaba volviendo algo nostálgico, así que mejor lo provocó un poco, sabía por su madre que su hermano estaba atraído por esa mujer y tenía mucha curiosidad por conocerla.

—Sí lo es y no es para ti, así que ni te acerques, mira que te conozco —contestó algo posesivo.

—¿Estás interesado en ella?

—No..., sí..., no sé.

—¿Cómo? Es un sí o un no, un no lo sé no se vale. Ya sé, ella no está interesada, ¿te ha mandado a la fregada? —observó como fruncia el ceño—. ¿Quién lo viera?, al guapo del Bruno, lo rechazan, ya me cae bien. ¿Cuándo me presentas a esa mujercita que por primera vez en tu vida no está arrastrándose por tu atención o dinero? Por lo que entiendo no es como todas esas vanas que caen en tus redes. Interesante.

—El lunes, pero ya estas advertido, además es de armas tomar y es insoportable.

—A ver, cuéntame qué le has hecho a esa inocente mujer para que huya de ti.

Bruno le contó desde que llegó ella a la casa y hasta lo sucedido el día anterior, Román estaba con la boca abierta y con ganas de conocer a esa mujer que, por lo que le contaba su hermano, era de cuidado y divertida.

—Serás cabrón, ¿cómo no te va a mandar a la jodida si la recibiste con uno de tus lados groseros?

—Ya, la verdad me conoces y antes de que me sigas insultando, déjame decirte que me está volviendo loco, me duele su cercanía y la de la pequeña, no soy partidario del dolor, lamentablemente es lo único que tengo en mí y me da miedo dejar de sentirlo, ese ha sido mi armadura y ahora...

—¿Ahora qué? —presionó un poco, necesitaba que él se escuchara y entendiera que es merecedor de amar y ser amado.

—Ahora no sé qué sentir, estoy en duelo, entre la sanación y la herida abierta, entre la ilusión y la desconfianza, entre el intentar amar o seguir odiando.

—¡Uy!, hermano, estás jodido. Una dudita, ¿aun sigues teniendo revolcones con Clara?

—No, de hecho, la última vez que la vi, fue cuando conocí a Frida e intentó que tuviéramos intimidad, pero ese día algo me detuvo y la rechacé.

—Ya me imagino la pataleta que hizo.

—Para nada y ahora que lo mencionas, se me hace raro, siempre se vale de reproches y lágrimas. —recordó extrañado por su falta de reacción.

—Sabrá Dios qué estará tramando tu noviecita.

—No es mi novia.

—¿Y ella lo sabe? —claro que no lo sabía, por eso insistió—. Si tienes pensado dejar que alguien entre en tu vida, deja todo aclarado con esa mujer antes de que cause problemas.

—¿Y de cuando acá tú me das consejos?

—¿Consejos?, no, hermano, solo son mis mejores deseos, te amo y te quiero ver feliz, enamorado, pleno —dijo con un nudo en la garganta, debido al llanto que estaba reprimiendo.

—Primero tengo que encontrarla, después veremos —contestó con la misma emoción.

—La encontraremos, yo te voy a ayudar, pero eso no impide que en el camino te permitas un poco de felicidad, ¿no crees? —lo vio asentir y continuó—. Ahora cuéntame el plan que tienes para agarrar a esas ratas de dos patas que nos están jodiendo la empresa y dime con quién trabajaré codo a codo.

—Se llama Adela y es amiga de Frida... —por dos horas estuvieron detallando el cómo lograrían dar con esa gente.

El domingo se levantó temprano Frida, preparó el desayuno preferido de su hija, panqueques con miel, plátano y nuez, agradeció que su pequeña pudiera comer de todo y no tuviera alergias de ningún tipo. Estaba poniendo la mesa, cuando en su vista periférica vio a alguien asomado en su balcón, no evidenció que sabía de su presencia, así que esperó a que se revelara por completo. Era una pequeña y adivinó, que sería la hija o sobrina de la nueva vecina. Tomó la decisión de saludarla, pero al acercarse a la niña, ella se asustó y se agachó haciéndose bolita, cubriendo su carita con sus brazos, como si estuviera esperando ser golpeada. A Frida esa reacción le partió el alma. Necesitaba refuerzos y sin tener que llamar a su hija, se personificó junto a ella.

—Mami, nena —dijo señalando a la pequeña que al escuchar la voz de Dani fue quitando su postura de protección.

—Dani, invita a tu amiguita a desayunar —y se alejó dejando que su hija se encargara de todo, sabía que con ella no se pondría a la defensiva.

Ayudó a su pequeña a subir a la silla con asiento infantil. Al intentar hacer la misma acción con la pequeña al cargarla, sintió la tensión en el cuerpo de la pequeña, pero fingió no haber visto su miedo y desconcierto, sabía que los niños eran intuitivos y si uno les dejaba de mirar con respeto y les dábamos miradas de lástima, ellos podrían confundirse aún más. Cuando logró dejarla bien acomodada, notó que de su cuerpo y ropa desprendía un olor a sucio, certeza de un descuido intencionado. Lo arreglaría más tarde.

Desayunaron entre bocados y sonrisas, la niña comía voraz, como si no hubiera probado

alimento en días y eso la enojó mucho. Al terminar, ella le ordenó a su hija preparar sus cosas para el baño y le dijo que se llevara a su amiguita. Mientras las pequeñas se metían a la recámara, ella decidió hacerle una visita a la vecina a través del balcón comunitario. Llegó a las puertas corredizas entreabiertas del departamento vecino, tocó y llamó a voces.

—Buenos días, soy Frida, su vecina de a un lado, ¡hola! —esperó respuesta que nunca llegó, así que entró y se percató que estaba bien amueblada pero sucia y desordenada. Bolsas de frituras y galletas decoraban el piso. Se atrevió a deambular en aquel lugar, esperando encontrar al familiar de la niña y avisar que estaba en su casa. Su sorpresa fue tal, al percatarse que no había nadie. Intentando saber si había algún alimento para la niña para horas posteriores, abrió el refrigerador y casi pega un grito de frustración al solo encontrar cerveza y botellas de Vodka dentro. Así que tomó una decisión y la empezaría ese mismo día.

Al regresar a su departamento vio a las pequeñas jugando sin ninguna preocupación, desprendían inocencia y felicidad que a su edad viven a cada instante.

—Dani, vamos a bañarte, agarra los juguetes con los que te quieres bañar.

—Si, mami, —contestó la niña contenta y fue a su caja de juguetes, saco un patito de hule, una muñeca con cola de sirena y un barquito, la pequeña invitada la acompañó y sorprendida su hija le dijo—. ¿osselyn quies el tibuon? —ahí supo Frida que el nombre de la niña era Rosselyn y observó triste como la pequeña asentía con la cabeza emocionada.

—Dani, en lo que lleno la tina saca el vestido de caramelos que ya no te pones, se lo vamos a dar a tu amiguita.

—Si, mami.

Al cabo de diez minutos tenía a dos niñas jugando en el agua, las dejó un rato más disfrutando del momento y para no asustar a la pequeña, le lavó primero la cabeza a su hija y luego a la chiquilla. Su espanto fue que, al tocar lavar el cuerpo de la pequeña, vio entre lágrimas marcas en la piel de la niña, causadas por pellizcos y golpes, y cicatrices en lugares que una niña tan pequeña pudiera causarse sola. Así que aprovechando el momento preguntó en lo que la seguía tallando.

—Rosselyn, ¿Quién te pegó, corazón?

—Juana.

—¿Por qué?

—Tiré leche, hice pipí.

—Bueno, ya pasó, ahora voltéate, deja te tallo la espalda —Al girarse, aguantó más el llanto al ver más marcas, esta vez eran de cinturón o vara. Pasó despacio la esponja no quería lastimarla más, algunas marcas aún se veían que no habían sanado del todo. Algo le llamó la atención, observó en la pompi derecha, un lunar de color rojizo de forma de un pétalo de rosa. Dio gracias al cielo que fuera eso y no que estuviera herida. Las terminó de arreglar para irse al parque, ese día tocaba mover el esqueleto.

## Capítulo 15

Ese domingo Bruno se levantó temprano y salió hacia el parque que se ubicaba frente a la urbanización donde vivía Frida, se estacionó a media cuadra. Vio salir a Frida acompañada de dos niñas con una bocina enorme y Dani con su peculiar mochila, madre e hija iban vestidas de mayas y tenis multicolor y sudaderas ligeras y en sus cabezas unas gorras negras con la leyenda Consentida. Otra vez más sin darse cuenta se miró sonriendo desde donde la espiaba.

Frida se instaló con la bocina y se colocó un micrófono inalámbrico que sujetó a su mejilla con cinta microporo. Había varias personas ya ahí reunidas, sonreían y le repartían saludos a ella. La llevaron al centro de la explanada de cemento donde a cada orilla habían colocado bancos y los esperaban más personas. Si era una fiesta ¿por qué no había globos o señales de pastel y botanas? Su curiosidad fue saciada cuando se empezaron a acomodar personas de todas las edades incluidas su pequeña niña y una chiquita que no había visto.

—Hola, buenos días, me da gusto estar de nuevo aquí reunida con todos ustedes y agradezco que sigan buscándome para estos ratos de esparcimiento sano, para convivir y afianzar los lazos vecinales. ¿Están listos? —gritó, recibiendo un sí como respuesta—. Pues iniciamos en cinco minutos, recuerden su agua y quien no pueda, se salen del circuito y regresan cuando estén recuperados. Cuiden su respiración. Vamos a iniciar con el calentamiento.

Bruno entendió de qué iba esta reunión, Frida estaba al frente y el resto detrás de ella preparados para seguirla. Le hizo señas a un hombre alto y bien formado que estaba en la esquina que, con un control encendió la música. Los acordes de La temperatura interpretado por Maluma y Eli Palacios fue el inicio de la clase. Frida los llevó de menos a más, inició al ritmo de la canción con inhalaciones y exhalaciones moviendo de un lado a otro las piernas, movimientos de cuello, hombros, brazos, cintura, piernas, tobillos hasta llegar a un ejercicio de bajo impacto, pero fuerte y continuo. Hasta que escuchó su voz.

—¿Ya dejaron de rechinar las bisagras? —preguntó, recibiendo un sí de todos los presentes—. Pues seguimos.

La siguiente canción ya fue un ritmo más fuerte, Baila esta cumbia interpretada por los Cumbia Kings y Selena, con la que Frida llevaba a todos a su ritmo, con conteos e indicaciones habladas y con señas de sus brazos. Ya que todos habían agarrado el ritmo, la música cambió a Embrujo interpretada por Aaron y su grupo ilusión y Mariana Seoane. Estaba sorprendido, había una veintena de personas reunidas, bailando y disfrutando. Otros como él, simples espectadores que no dejaban de ver a Frida cómo bailaba, giraba y se movía con la melodía, la miraban babeando. La letra de la canción describía su sentir. Solo con un embrujo consiguió lo que nunca imaginó, ir detrás de una mujer que no soportaba.

—Vamos a tirar la polilla, para eso vamos a dividirnos en dos grupos, del lado derecho los que pueden saltar y del lado izquierdo los que no pueden. Para lograrlo, voy a pedir que pase el papucho de Lisandro —aplaudieron y gritaron al mencionado, que caminaba dominante a la pista y como si nada le dio un piquito a Frida en los labios, chocaron las manos y terminaron su saludo con una nalgada—. Esto se va a poner intenso —gritó entusiasmada.

Bruno frunció el ceño, estaba molesto, tenía que saber por qué la besaba ese tal Lisandro. La música volvió a sonar y esta vez era El Sonidito interpretada por Hechiceros Band. Frida se

puso en posición de media sentadilla, empezó a mover las piernas en esa posición de un lado a otro. Los del grupo de Lisandro lo hacían subiendo y bajando. Cambiaron de ejercicio, subían y bajaban piernas y brazos, lo más rápido que se podía y los del otro grupo lo hacían brincando. Estos ejercicios se repitieron dos veces cada uno. En la culminación de la canción hicieron el ejercicio de correr en su mismo lugar con pasitos cortos en media sentadilla. Gritos eufóricos y aplausos sonaron al lograrlo, fue motivador.

—¿Quieren la libre? —gritó Frida y otro sí, se escuchó en la urbanización. Inténtalo fue la elegida interpretada por El Bebito, América Sierra.

—Esta mujer loca va a matar a los viejitos. —expresó Bruno en voz alta, el muchacho que estaba a un lado lo escuchó y respondió.

—Lo dudo, ahí donde los ves, aguantan más que muchos jóvenes —al ver que se le quedaba viendo extrañado, preguntó—. Usted no es de la zona, ¿verdad?

—No, pero una amiga vive por aquí y estoy de visita, oye, ¿sabes quién es ese hombre de short ajustado y playera de resaque?

—Es Lisandro, es el galán de la colonia y trae a todas locas.

—¿Incluida a la de los ejercicios? —preguntó, esperando sacar información y entender más a esa mujer.

—No, qué va, ellos son como hermanos, en el tiempo que lleva viviendo aquí, Frida no ha aceptado salir con nadie y mira que muchos lo han intentado, pero ella siempre los manda al carajo amablemente. Una vez un millonetas, le ofreció todo en bandeja de plata y ella lo rechazó ganándose la admiración de esa persona y la del barrio. Al parecer ella argumentó que el amor no se compra. No sabes lo que daríamos todos por ser más que amigos y vecinos. El que logre llegar a su corazón se llevará a una gran mujer. Lo tiene todo, menos un hombre a su altura. Ahora, pon atención, siempre pedimos que baile ella con Lisandro y su amiga Adela.

—¿Con las dos? —cuestionó interesado.

—Sí, el cabrón sabe bailar con dos mujeres al mismo tiempo, es un dios del baile —guardaron silencio interesados.

Bruno estaba expectante, se quedó quieto al escuchar que gritaban el nombre de Frida y sus amigos, ellos sonriendo se colocaron en medio de la explanada. Acomodados, Lisandro hizo una señal con la mano y a continuación se escuchó a todo volumen, «Yo quiero ser más que tu amigo, interpretada por Marco Antonio Solís». El desgraciado se movía con las dos mujeres en total coordinación, las hacía girar y observó impresionado cómo los tres tomados de las manos giraban al ritmo de la música sin soltarse. Las alejaba de él y las hacía regresar, haciéndolas lucir sensuales y hermosas. Tenía que reconocer que el bastardo se sabía mover. Ellas también, pero más Frida, esa mujer, que cada día lo sorprendía más y seguía sin entender la razón de estar aferrado a su presencia. Terminaron de bailar y los rodearon los vecinos, ella sonreía y abrazaba a todos, se sintió celoso por la atención brindada a ellos. Estaba por irse cuando le jalaron el pantalón, al agachar la vista vio a Dani, junto a otra chiquilla de mirada triste. Se puso de cuclillas y saludó a la pequeña, dándole un besito en su cabeza.

—Hola, Dani.

—Hola, Buno —la niña se lanzó a sus brazos, regalándole un abrazo y beso en la mejilla.

—Dani, ¿me presentas a tu amiguita? —esa pequeña le llamaba la atención, algo en sus ojos lo atrapaba, le despertó curiosidad.

—Osellyn, —contestó la pequeña.

—Hola, Rosselyn, mucho gusto, le tendió la mano, soy Bruno, amigo de Dani —la niña le tendió la mano dudosa, al tener su pequeña manita entre la suya, su corazón revoloteó dejándolo con una angustia. Fue interrumpido ese extraño momento por Frida.

—Bruno, ¿qué haces aquí?

—Hola, —se levantó rápido soltando a la niña—, vine a hablar contigo, ¿podemos platicar?

—No veo de qué.

—Por favor, será solo un momento y dejo de molestarte hoy.

—¿Solo hoy?

—Espero —contestó con una sonrisa que interrumpió al escuchar la voz grave de un hombre.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Lisandro posicionándose cara a cara con Bruno y sosteniéndole la mirada escrutándolo.

—Sí, corazón, todo bien. Es Bruno, el hijo de mi jefe.

—¡Ah! —fue lo único que expresó Lisandro sin miedo a la reacción del tipo y sin tenderle la mano, manifestó su obvio rechazo—. Estaré cerca por si necesitas ayuda —sin más le dio un piquito a Frida, sin perder el detalle en el gesto malhumorado de Bruno al besar a su amiga y satisfecho de joderlo un poco, los dejó solos, pero vigilando a una distancia prudente.

—¿Estás segura de que no quiere algo contigo? —cuestionó a Frida con el entrecejo fruncido.

—Sí —decidió llevarlo a su departamento para que hablaran sin interrupciones—. ¿Me ayudas a llevar la bocina a mi departamento?, yo me llevo a las niñas.

—Sí, claro —le ayudó a cargar con las cosas y los cuatro caminaron al edificio.

Frida al entrar a su departamento, les dio agua a las niñas y les preparó unas palomitas de maíz, las llevó a su recámara, y con la película de Frozen las dejó entretenidas, mientras ella se reunía con Bruno en su sala.

—¿Quieres un café? —ella sabía que no tomaba, pero quería molestarlo un poco.

—Bien sabes que no tomo ese brebaje amargo, pero si tienes un té, estaría bien.

—Tengo solo de manzanilla y jengibre.

—De jengibre, gracias —la vio poniendo una cafetera y un pozuelo para calentar agua. No dejó de mirarla todo el tiempo, ni siquiera cuando le entregó su taza y ella se sentaba frente a él, soplándole a su bebida.

—Bueno, dime, ¿de qué quieres hablar?

—Del beso que te di, jamás pretendí tratarte como una mujer fácil, me dejé llevar y

lamento haberte ofendido —la observó sorprendida y siguió hablando—. No sé qué me pasó, creo estaba confundido y alterado. De verdad, discúlpame.

—No te preocupes, ya pasó, ahora ya sabes que no puedes andar tomándote libertades que no te he dado —en ese momento lo empezó a ver diferente, con más calidez y apertura al diálogo, casi con respeto y admiración. Tenía que aceptar que se necesitaba valor para estar ahí y más sabiendo que su orgullo era igual de grande que su ego.

—¿Amigos? —Preguntó chistoso.

—No —contestó ella y ambos rieron de la situación tan bizarra que en ese momento se suscitaba.

—Le conté a mis padres lo sucedido y mi papá me lanzó un cojín a la cara; gracias al cielo no fue la chancla, y fue acompañado de una buena regañada. Él me contó lo que te sucedió en la empresa de transporte. Me sentí un desgraciado, yo no soy así, es solo que a veces pierdo los papeles y bueno, pasó. Deja decirte que me arrepiento de la forma tan agresiva, pero no de haberte besado —dejándola con sus palabras descolocada y algo ruborizada—. Besas rico —remató a propósito paseando su lengua por sus labios, como saboreándolo y como si los planetas se hubieran alineado se escuchó la lluvia y desde el departamento de alguno de sus vecinos se escuchaba, «Mientras llueve, interpretada por José José». Bruno casi se carcajea por el cliché.

Frida alterada cambió el rumbo de la conversación, ya que estaba su pulso algo acelerado y no quería que siguieran por ese rumbo.

—¿Ya llegó tu hermano? Me comentó tu mamá que llegaba este fin de semana.

—Sí, llegó ayer —notó que había cambiado la charla a un lugar más seguro y neutral—. Está molesto y muy interesado por encontrar a los que están robando. Mañana le presento a tu amiga y nos ponemos de acuerdo para las medidas que vamos a tomar y esperar a que caigan. Él revisará la entrada y salida de la mercancía en el almacén y averiguará cómo hacen las tranzas y los posibles cómplices.

—Tengo entendido que tu hermano es auditor y un entusiasta de las minas.

—Sí, Román es un ferviente apasionado. De hecho, llegó entusiasmado, ya que al parecer junto con un amigo que se dedica a la minería, descubrieron una veta de plata en Zacatecas.

—Qué emocionante —respondió entusiasmada—. Ha de ser fascinante conocer un lugar así.

—Es un idiota arriesgado, a pesar del peligro de estar bajo tierra por horas entre humedad, oscuridad y poco oxígeno, le importa poco su seguridad ante la excitación de buscar nuevas vetas. Ya una vez estuvo atrapado tres días junto a su amigo y varios mineros por el colapso de una de las secciones. Aun así, no pierde ese frenesí. Mis padres en su momento se angustiaban, pero a pesar del miedo, lo apoyan.

—Me lo imagino, yo me angustio siempre cuando pierdo de vista a mi hija.

—Por cierto, ¿la niña Rosselyn, es familiar tuyo?

—No, al parecer es sobrina de la nueva vecina —lo dijo con dolor y coraje, que Bruno notó.

—¿Por qué el gesto y ese tono? —preguntó extrañado.

Frida le relató lo que sucedió en la mañana y las marcas de violencia a la que era sujeta la pequeña.

—No puede ser que existan personas tan crueles y desgraciadas, que dañan a una pequeñita así. ¿no se puede hacer nada? —comentó alterado y muy iracundo, acompañando su pregunta con un temblor en el cuerpo y en la voz, reacción que a Frida no le pasó desapercibida.

—No lo sé, por lo pronto le daré lo que pueda y hablaré con mi vecina doña Consuelo para que esté pendiente de que la niña se alimente en condiciones.

—Ojalá y sí puedan hacer algo rápido.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —esperó su aprobación, que él le dio al asentir.

—He notado que te alteras cuando intimidan o agreden a niños, ¿se puede saber por qué?

Bruno empezó a sudar frío, no estaba listo para hablar con ella de su pasado, no, no podía, sintió que sus pensamientos empezaban a divagar. Sus oídos empezaron a zumbarle y su mente viajaba a un lugar oscuro, lleno de dolor, miedo, olor a orina y sangre.

Frida notó ese cambio físico en Bruno, detectó como su mirada se fijaba en un punto ciego y como poco a poco él se perdía en algún recuerdo traumático. Supo en ese instante sin que él le respondiera, que fue víctima de violencia infantil. Lamentó el haber preguntado y dejando su taza en la mesa de centro, se levantó y se sentó a su lado. Lo abrazó, recostando su cabeza en su regazo, consolándolo como cuando lo hace con su hija.

—Tranquilo, ya no puede lastimarte —le habló con ternura y con el corazón. Él era grande y fuerte, pero por dentro aún era ese niño herido. Derramó lagrimas por ese pequeño.

A Bruno le estaban invadiendo las sensaciones que vivió de pequeño, esos malos recuerdos los tenía a flor de piel. Entre esa bruma asfixiante de sus recuerdos, sintió un cuerpo cálido que lo acunaba y consolaba. Se sintió a salvo, y poco a poco tomó conciencia de donde estaba y quién era quien lo abrazaba. Levantó su rostro sin soltarse del todo de ella y se encontró con unos ojos llenos de lágrimas. Al percatarse que era Frida se deshizo del abrazo donde encontró por un momento paz.

—Me tengo que ir —dijo al mismo momento que se levantaba y nervioso daba pasos hacia la puerta.

—Espera, Bruno, —lo tomó de la mano sujetándolo—. Estas alterado, terminate el té, prometo no mencionar nada ni preguntarte qué ha pasado, solo hablemos de otra cosa.

—Solo un momento —se volvió a sentar, la energía entre ellos cambió. Estaba junto a ella y se terminó el contenido de su taza en silencio. Sin dejar de mirarla y como si algo lo impulsara, acercó sus labios a los de ella, despacio, dándole la oportunidad de alejarse. Ella no lo hizo y eso lo animó a darle un beso dulce, tierno, pausado, saboreando de su boca el sabor del café.

El beso poco a poco subió de intensidad. Frida se sujetó a él de sus brazos, ya la tenía envuelta con su deseo. No sentía miedo, ni rechazo, solo una necesidad que renacía de su interior después de mucho tiempo y que deseó seguir sintiendo. El sonido del teléfono de Bruno los sacó de esa burbuja placentera interrumpiendo el beso.

—¿Sí, diga? —contestó con voz ronca por el deseo y molesto por la interrupción—. ¿Qué quieres, Clara? —mientras hablaba no dejaba de ver a Frida que sin querer escuchaba la conversación debido a la cercanía. «Bebé, estoy en tu casa, ¿por qué no me dijiste que tu papá se había puesto enfermo?, ¿ya vienes?, quiero verte, te extraño» —observó cómo el semblante de Frida cambiaba a indignación, levantándose de manera agresiva y alejándose a la cocina—. Llego en veinte minutos, necesitamos hablar, sí, sí, adiós —terminó la llamada y alcanzó a Frida en la cocina—. Frida, yo... me tengo que ir.

—Que te vaya bien y salúdame a tu noviecita y déjame decirte que eres un cabrón de mierda. Lárgate ahora mismo.

—Frida, no es lo que crees.

—¡No me digas! —dijo con sarcasmo—. Yo jamás voy a volver a ser la otra, me merezco algo mejor que otro perro putigolfo en mi vida, que se cree que puede tomar lo que se le antoja, importándole poco el desmadre que deja atrás. Pero tranquilo, la estúpida soy yo por débil y por caer en tus tretas. Por última vez, lárgate de mi casa.

—No digas tantas groserías.

—Que te largues a la chingada, Bruno, o te saco de los huevos.

Bruno, sin la oportunidad de explicarse, y con la amenaza a sus partes salió de la casa de Frida, confundido y enojado por el cómo se jodieron las cosas. Todo el camino de regreso a su casa siguió paladeando el sabor a café que probó de sus labios y se juró intentar probar de nuevo su sabor, aunque fuera solo en una taza. No tardó en llegar a su casa. Al entrar escuchó la voz aniñada que empleaba esa insoportable mujer y decidió hacerle ver que no eran nada y que la quería fuera de su vida. En cuanto la vio sentada muy cómoda y sonriente, notó la molestia que le causaba a su madre su presencia.

—Hola, ya estoy aquí.

—Bebé, por fin te veo —la mujer se levantó, lo abrazó y se aferró como una lapa.

Bruno observó que su madre se metía el dedo en la boca simulando que se provocaba el vómito, él con una mano la tranquilizó y no pudo evitar sonreír, Clara al separarse observó su sonrisa y se emocionó al pensar que esa alegría era por ella.

—Bebé, me da gusto saber que estás feliz de verme. Si no voy ayer a buscarte a la oficina, no me entero de lo que pasó. Jacinta me puso al tanto y decidí por prudencia venir hoy a verlo, pero tu mami me dijo que está descansando.

—Sí, está algo delicado, pero nada que un merecido descanso no lo solucione.

—Pues a esperar y ojalá lo veamos pronto activo —su cháchara fue interrumpida por Nuria que ya estaba harta de esa mujer.

—Bruno, voy a ver a tu padre, Clara, que tengas buen día.

—Igualmente, Nuria, espero aceptes pronto mi invitación a desayunar, mira que casi somos familia.

—Sí, claro —contestó con sarcasmo y mirando a Bruno con cara de póker y rogándole al cielo que entendiera lo que le decía con la mirada con respecto a esa mentirosa.

—Ve, mamá, yo en un momento te alcanzo, necesito hablar contigo.

—No tardes, cariño, también tenemos cosas de que hablar en familia —salió sacudiéndose la energía pesada del cuerpo que le dejaba esa visita no deseada.

—Bebé, me tienes muy abandonada, primero tus viajes y luego ocupado en la oficina. Ahora que me acuerdo, me dijo Jacinta que contrataste una nueva agencia de investigación, ¿aun sigues en la búsqueda de tu hija?

Bruno sintió un escalofrío alterante, algo le decía que la alejara de su apreciación.

—No, no es por lo de mi hija, eso ya lo dejé por la paz, ya me resigné a no seguir alimentando esperanza alguna y para saciar tu curiosidad estoy buscando a un empleado que desapareció con mucho dinero —decidió mentir un poco, quería ver su reacción—. Lamentablemente estamos a nada de quedar en bancarrota —no perdió detalle en la reacción de su cara.

—Pero, tienes que hacer algo, pedir un préstamo bancario, no pueden perderlo todo, eso sería terrible para todos, ¿qué sería de nosotros?

—¿De nosotros?, explícate.

—¿De qué vamos a vivir?, yo gano muy bien, pero eso no sería suficiente para los dos.

—A ver Clara, tú y yo somos amigos con privilegios, no sé de dónde sacas que vamos a ser algo más. Yo nunca te he ofrecido una relación, ni la posibilidad de casarnos o jugar a la casita, así que déjate de tonterías. Y ahora que lo mencionas creo que no he sido lo bastante claro contigo y para evitar confusiones y que termines herida, será mejor que ya no nos volvamos a frecuentar más —miró como su semblante cambiaba y la furia crecía hasta que brotó sin medida.

—¿Qué dices?, yo que siempre fui quien estuvo para ti desde lo de Yadira, quien te apoyó y que se puso de tu lado, defendiendo y cuidando de ti. No voy a tolerar que me hagas a un lado como si todo este tiempo invertido y lo que he tenido que aguantar, no te importara. ¿Acaso hay alguien más?

—¿Alguien más?, ¿deveras quieres la respuesta?

—Es lo menos que me merezco después de todo lo que he hecho por ti.

—¿Por mí?, ¿hablas de lo que nunca te he pedido?, y para que dé una vez entiendas, sí, hay siempre alguien más, en realidad son tres las mujeres que, como tú, me las cojo cuando tengo ganas y que no pienso dejar de disfrutar de ellas y sus mamadas. Así que no me vengas con que fuiste engañada o manipulada. Siempre he sido claro contigo y tú aceptaste de buena gana. Conoces bastante bien por qué tomé ese tipo de vida.

—Eres un desgraciado —acompañó sus palabras con una bofetada que a él no le afectó—. ¿Sabes?, me gusta saber que nunca encontrarás a tu hija, te mereces lo malo que te ha pasado y disfrutaré viendo cómo ese recuerdo, se pudrirá en tu memoria. No sabes de lo que soy capaz. Te voy a ver sangrar, Bruno, por haberme despreciado —. Bruno la vio salir destilando rabia, dejándolo impactado por las palabras que dijo de su hija.

## Capítulo 16

Al siguiente día Frida estaba haciendo llamadas y organizando la carpeta que le entregaría a Bruno, cuando fue interrumpida por el mentado.

—Buenos días, Frida.

—Mmmm—dejando a Bruno tocado.

—Te quiero presentar a mi hermano Román —la vio levantar la mirada y emitir una sonrisa.

—Hola, Román, mucho gusto —se acercó y saludó con un beso en la mejilla al hermano—. Tu mamá me ha hablado mucho de ti, ya siento que te conozco, aparte déjame chulearte, eres muy atractivo.

—El gusto es mío, precioso rubí, déjame decirte que eres muy nombrada en esta casa y más bonita de lo que me contaron.

—Espero que cosas buenas, solo un favor, no te creas todo lo que dice tu hermano de mí, no es confiable.

—Wow, jamás había escuchado que a mi hermano lo alagaran de esa forma.

—Saben que estoy aquí, ¿verdad? —interrumpió molesto al ser ignorado.

—Por mí como si no existieras, pero creo que no me queda de otra que aguantarte, por cierto, Román, —volvió a dejar fuera a Bruno de la conversación y con cierta satisfacción al ver que fruncia el ceño—. Ya tengo la carpeta con la información que necesitas, van dos copias, una de ellas es para que se la entregues a Adela y se pongan a trabajar.

—Frida, ¿tu amiga es igual de hermosa que tú?

—Es un bombón y más te vale no ser como tu hermano, porque te quedas sin huevos y sería Lisandro el que se encargaría de arrancártelos, con mi ayuda, claro.

—Puedes estar tranquila, mi rubí asesino —y ante tal respuesta ambos rieron, dejando más enojado a Bruno, este dándose media vuelta informándole a su hermano que lo esperaba en el automóvil—. ¡Uy!, creo que se enojó el ogro, —expresó jocoso, provocando más risas mientras salía corriendo tras su hermano subiéndose al vehículo aun con una sonrisa en el rostro.

—Borra esa sonrisa odiosa —regañó molesto a su hermano.

—Es una fiera la Frida, ya me enamoré. Hermanito si no te cuidas esa mujer si te anda tragando vivo, para luego regurgitarte por amargo. ¿Se puede saber qué le hiciste a ese angelito?

—¿Angelito? Es un demonio, creo que está molesta por haberla besado ayer y luego ser interrumpidos por una llamada de Clara, que al parecer escuchó parte de la conversación.

—¡No inventes!, anda, suelta la sopa.

Bruno le contó tolo lo sucedido el día anterior, a cada que avanzaba con el relato, Román ponía caras.

—¡Serás pendejo!, debiste haberte quedado y obligarla a escucharte.

—¿Qué parte de que me corrió de su casa no entendiste?

—¿La parte donde fuiste tan idiota? Porque mira que te esforzaste.

—Ya dejémoslo así y mejor ve leyendo esa carpeta, en cuanto lleguemos tengo que regañar a Jacinta y a planear las cosas con Adela.

—Ajá —contestó, mientras revisaba los documentos que su futura cuñada le dio y aunque su hermano no se había dado cuenta, ella ya lo tenía amarradito con todo y moño.

Llegaron a la empresa y saludaban a toda persona que se les atravesaba, Bruno observó como el coqueto de su hermano sonreía y guiñaba ojo a cada fémina que se les cruzaba. No cabía duda de que tenía pego, así como él. Al llegar al despacho los recibió sonriente Jacinta.

—Buenos días, ya le tengo lista la agenda, solo hay espacio ahorita hasta las once de la mañana, ¿quieren que acomode algunas citas para esa hora y así se van temprano? —hablaba mientras Bruno se quitaba el saco y lo colocaba detrás de la silla y Román tomaba asiento en el sillón, un poco alejado de la chancla que se vería volar en breve.

—No, ese horario se queda libre, tengo pendientes e iniciamos contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, a partir de hoy, está prohibido el acceso a la empresa a Clara, no quiero que le andes informando asuntos que no le importan. No le dices a dónde voy o de dónde vengo, tampoco que le andes chismeando de problemas familiares que no le competen a ella, ni a ti.

—Pero, joven Bruno, ¿cómo le voy a negar la entrada a su novia?

—Ella no es, ni ha sido mi novia. Si me entero de que le pasas información, así sea la hora, te vas, ¿quedó claro? —la vio asentir y continuó—. También necesito que, si me llama Frida a la oficina o al número privado me la comunicas de inmediato, así te haya dicho que no quiero que nadie me moleste, o que me encuentre en junta. Cualquier cosa que ella te pida, se la vas a proporcionar de buena gana, completa y sin pretextos, porque lo que pasó el día que mi padre se puso mal, no pienso tolerar que se repita. Recuerda cuál es tu lugar en la empresa y tus obligaciones, y aunque lleves mucho tiempo aquí y te hayamos dado la confianza, hay líneas que no vas a cruzar. Y ahora llama a la nueva secretaria de contabilidad, la necesito de inmediato. De paso tráenos tres cafés, uno con leche —a la mención de tres cafés, la secretaria no dudó en preguntar.

—¿Qué desea que le traiga a usted de tomar?

—Ya te pedí el café con leche.

—¡¿Qué?! —preguntaron asombrados al unísono Román y Jacinta.

—Como escucharon, así que Jacinta apúrate a realizar lo que te pedí y quiero aquí a Adela en cinco minutos.

—Sí, Bruno, enseguida —salió la secretaria presurosa a realizar lo encargado.

—Mira que la Jacinta aguantó vara con la regañada, y lo de Clara, bravo, hermano, por fin te vas dejando de trepas, han sido muchos años atado al pasado, pero lo que me tiene preocupado es lo del café con leche, ¿acaso la bofetada que te dio Clara te reinició el software?

—Serás tarado, no es eso, es algo más...—dudó en contarle algo tan íntimo—. Fui a la casa de Frida el domingo y cuando la volví a besar, me quedé con el sabor a café en mis papilas

gustativas, ya veremos si esta bueno por sí solo o solo sabe rico viniendo de los labios de ella.

—Pensé que el único con labia para expresar chorradas era yo. Mira qué chingón me saliste a la mera hora.

—Mejor cállate, solo espero ver el día que llegue la mujer que te deje mudo, esa que ensordezca todo y solo exista una voz, la de ella. Estimulando tus sentidos, deseando tomarla entre tus brazos y no soltarla nunca.

—Chale, hermano, casi me provocas una diabetes. Ese día jamás lo vas a ver, no creo que exista tal mujer. Así que no me vendas tus palabrerías.

Toc, toc, toc.

—Permiso, la señorita Cabrera llegó —dijo Jacinta en lo que acomodaba el servicio de café.

—Hazla pasar, gracias.

—Buenas tardes, señores, soy Adela Cabrera Pérez.

Román estaba de espaldas colocándole azúcar a su café cuando escuchó la voz de la mujer que entró, provocándole un estruendo de derrumbe en su cerebro y escalofríos que le recorrieron la espalda, y robándole el oxígeno de su cuerpo.

—Buenas tardes, Adela, bienvenida a la empresa, te presento a mi hermano Román, ustedes trabajarán juntos en una tarea especial desde sus áreas que, por ahora, están por desarrollar en la empresa.

—Mucho... gusto —y como bien dijo su hermano, ese maldito día de quedarse sin palabras, llegó.

—El gusto es mío, señor —contestó algo intimidada, pero firme.

—Tomemos asiento por favor. Adela, me tomé la libertad de pedirte un café. Román, pásame una de las carpetas y empecemos con este tema que nos tiene preocupados y debemos resolverlo, ya.

—Adela, ¿te comentó algo Frida del tema?

—Solo que están sustrayendo mercancía de la empresa y que, debido a eso, hay una descapitalización importante, que los detalles me los darían ustedes, ya que la estrategia ella no la tenía a la mano —contestó mientras se colocaba sus gafas retro de pasta roja.

—Así es y hablemos de tu—sonrió medio de lado al escuchar el silencio ensordecedor que salía de la boca de su hermano—. Pues vamos a ello. Román, que te parece si le pasas a Adela su carpeta y las dudas que tenga se las vamos contestando —vio que su hermano en silencio le pasaba lo que le pidió con cara de..., ¿susto? —. Te lo dije, llegó el día —dijo burlón a su hermano en un susurro, para que solo él lo escuchara y disfrutó del momento.

Explicó con detalle la estrategia, tuvieron retroalimentación sobre el tema y las posibles trabas y problemáticas a las que se podrían enfrentar al ser descubierta la investigación interna y quedaron de acuerdo en que nadie más que ellos estarían al tanto de dicha campaña. Adela se despidió de los hermanos y con su carpeta en mano salió de dirección, decidida a realizar bien su trabajo y sacudirse el calor que llevaba en el cuerpo y que no quería.

—Deja que les cuente a mis papás el hecho histórico en la vida de Román Vidal Tricio, y que se suscitó en esta oficina. ¿Cómo no tomé vídeo? ¡caray!, pero deja lo anoto en mi agenda como suceso importante. ¿Cuáles fueron tus palabras?, a si «Ese día jamás lo vas a ver, no creo que exista tal mujer», ¿Qué pasó, hermanito?

—Vete al diablo, Bruno, —lo observó salir tenso y enojado, mientras que él reía a carcajadas.

—Durante el resto del día trabajó sin contratiempos, el sabor dulce del café en los labios y el recuerdo de Frida entre sus brazos lo animaron a terminar su jornada de buen humor.

## Capítulo 17

La investigación en la empresa iba sin contratiempos, encontraban indicios que los llevaban al mismo lugar de inicio. Pero sabían que no sería fácil, cada día era más próspero que el anterior al aumentar la cartera de clientes y saber que no había más cosas raras en el almacén. Su hermano implementó estrategias y descripciones de puestos, responsabilidades diarias, como inventarios a fin de semana y a inicio de la siguiente con fechas y sellos de inventariado, así sabría que cada mercancía tuvo un registro de entrada y salida supervisada por él. Provocó varias molestias y a quien se le veía inconforme se le investigaba hasta qué clase de piojos traían en la cabeza.

Bruno llevaba noches escondido entre los rincones a oscuras observando a Frida bailando cuando ya su hija dormía, no se escuchaba música alguna ya que traía puestos unos audífonos inalámbricos. Se movía al ritmo de la música que escuchaba. No sabía cuál era, solo la contemplaba contoneándose, tocándose con sus manos y simulando desnudarse. Detenía la música y volvía a empezar. Así estuvo por una hora realizando esa rutina de baile tan sensual y reveladora. Ella después de varias repeticiones, brincó de felicidad, al parecer estaba satisfecha con el resultado. Cada que la veía bailar se retiraba satisfecho con verla solo de lejos. Esa noche no se fue a dormir, se acercó al ver que se dirigía al baño con toalla en mano, y ya excitado se encaminó a donde se encontraba la ventana por donde la vio detenidamente, aprovechándose de la falta de luz artificial en esa zona. Mientras llenaba la tina, la vio prender velas y apagar la luz. Agregó al agua jabón, que mientras llenaba hacia espuma y desprendía un delicioso olor a jazmín. Ahí, protegido por la noche, se deleitó de la mejor caída de prendas femeninas al suelo que jamás había presenciado, dejando a la vista el mejor regalo que le puedes dar a un hombre, hasta que la imagen desapareció dentro de la tina envolviéndola de espuma. Escuchó un suspiro de satisfacción que le sonó como bala de cañón a su lujuria. «Pareces un maldito enfermo, ¿pues qué edad tienes?», se dijo mentalmente y se dio media vuelta. No había avanzado ni un paso cuando escuchó el característico vibrar de un juguetito sexual y un gemido. Su cerebro dejó de funcionar, y sus instintos de macho tomaron el control. La observó detenidamente cómo se tocaba y disfrutaba con un vibrador morado en forma de gota. Recorría una de sus manos desde su boca hacia su cuello lentamente, llegando a sus senos y dándose pequeños pellizcos en cada pezón duro y necesitado, mientras con la otra mano pasaba el juguete en su vulva y clitoris provocando en su cuerpo agitación. Se volvió loca, elevó sus piernas en los laterales de la tina, se estimulaba y movía con la excitación que anhelaba. Subió la potencia y a él se le pusieron pesados los testículos y el miembro duro al punto de causarle dolor por el roce con el cierre del pantalón, y por no poder aliviar el ardor que ya amenazaba con quemarlo y consumirlo entero. Bruno acompasó su respiración a la de ella, agitada e irregular, hasta que ella gloriosamente ahogaba con sus manos un grito liberador al llegar al clímax, con la cabeza echada hacia atrás, y él a punto de vaciar su esperma en su ropa interior. Retomó la sensatez y decidió retirarse o si no, entraría ahí y la tomaría como se le antojaba, duro, y hasta que exprimiera todo de él. Al llegar a su habitación decidió darse un baño donde se masturbó con ganas y ya saciado decidió dormir. En sus sueños vivía el recuerdo de lo visto esa noche, y desde ese día serían sus compañeros nocturnos habituales y que lo motivaría en su manipulación manual cada que lo requiriera.

Después de dos semanas, Adela solicitó una junta de emergencia a Jacinta con los hermanos, al descubrir lo que por mucho andaban buscando.

—¿Se puede saber a qué se debe la urgencia de la petición y el motivo?

—Es confidencial señora Jacinta, solo anúncieme y ya Bruno decide si me da el espacio o no —contestó ansiosa—. Aquí espero la respuesta, si no le importa.

—Pues a ver si quiere —tomó el teléfono y llamó a su jefe—. Bruno, la señorita Cabrera está aquí, ya le comenté que está ocupado, pero insiste en programar una junta de emergencia, ¿qué?, sí, sí, de inmediato —terminó la comunicación con cara molesta—. Que pases.

—Gracias y un favor, podría localizar al señor Román con urgencia, también a él le concierne este asunto.

—Sí, sí, ya pásate, te está esperando.

Toc, toc, toc.

—Hola, Bruno, me urge que hablemos, ya le pedí a Jacinta que localice a tu hermano con prontitud, a ver si me hace caso esa gruñona —dijo apresurada y alterada, al cerciorarse que estaba la puerta cerrada.

—Tranquilízate, voy a pedir que nos traigan algo, ¿quieres café, té o agua?

—Té helado, por favor.

—Jacinta, —llamó a su secretaria por la línea telefónica—, tráenos té helados y ¿sabes cuánto tarda mi hermano en llegar?, ajá, muy bien, gracias —terminó la llamada y notó la inquietud de la mujer, por el movimiento continuo de uno de los pies.

—Estas muy alterada, ¿sucedió algo serio?

—Me gustaría contárselos a los dos al mismo tiempo y ustedes deciden qué hacer con esta información y con las pruebas que logré sacar de un disco duro que me encontré en la oficina de mi jefa.

—Muy bien esperemos, toma asiento. —fueron cinco largos minutos, Román y los té llegaron al mismo tiempo.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó con reproche Adela a Román, dejando al pobre hombre descolocado.

—Estaba revisando unos detalles en el sistema, ¿qué paso?

—Espera, Adela, —detuvo a la mujer antes de que iniciara el relato —Jacinta, es todo gracias, —la secretaria molesta al no poderse enterar salió cerrando la puerta un poco brusca—. Ahora sí, cuéntenos qué sucede.

—¿Se acuerdan de que les comenté que me chismearon algunas chicas de mi piso que mi jefa se iba muy seguido de vacaciones? —los vio asentir y continuó—. Pues resulta que de un disco duro saqué información de las vacaciones que se tomó junto a su marido en dos años. Y para alguien que gana un salario medio alto, no le alcanza a cubrir todo lo que gasta, me resultó sospechoso, e investigando en qué trabaja su marido descubrí que el bato tiene un salario promedio. Se han ido de vacaciones a Hawái, Cancún, las cataratas del Niágara, España y están programando un viaje a Alemania, pagando de contado. Yo me pregunté al revisar la información: ¿de dónde sacan el dinero para irse? Ella es la contable, maneja las cuentas de los clientes y no se hace nada sin su aviso previo, es más, lo que me terminó de chocar es que he

visto a su marido varias veces hablando con Pablo, el vigilante nocturno muy sospechosos y vi que le daba un juego de llaves. También le dije a la agencia que investigara al vigilante, a partir del tiempo que mi jefa vacaciona a lo grande. Se descubrió que Pablo tiene su casa bien puesta, con arreglos que ya los quisiera yo para mi departamento, con muebles de calidad y hasta con auto para la esposa que no trabaja, y que solo compra lo que quiere. Aquí están los documentos que imprimí. Y les traigo una copia del disco duro, ahí no solo está la información que les compartí, también hay fotos de sus viajes y para rematar las tarjetas de crédito están libres de adeudo. No sabía qué hacer con esta información, no quería pensar mal, pensé en un premio de la lotería, luego me confirmó la agencia que solo pastel, así que tras las confirmaciones pertinentes decidí traérselas a ustedes para que puedan decidir qué hacer, porque estoy segura de que es ella, con la complicidad de Pablo y la ayuda de su marido. Mi madre siempre me dice: La felicidad está en las cosas que tienes y que no las compró el dinero y esta mujer creo que no conoce ese concepto de vida.

—Palabras sabias de tu madre —agregó Román, admirando su pensar con respecto a las posesiones y el dinero—. ¿has estado expuesta a que alguien te viera sacar esta información?

—No, lo hice mientras la cabrona de mi jefa se largaba a comer, dejándome trabajo de acomodo en su oficina y robándome tiempo de mi hora de descanso, argumentando que quería en orden todo para poder irse de vacaciones tranquila. El disco duro lo encontré de casualidad al intentar guardar unas carpetas en su archivero, ahí estaba todo, los boletos de avión y las conexiones.

—Hay que enviar esto a la agencia, hermano —expresó Román molesto, iba a decir algo más, pero fue interrumpido por Adela.

—Ya me tomé la libertad de solicitar una investigación formal a la agencia y aquí está al detalle lo que encontraron, dijo pasando otro folder con los resultados de la investigación —esperó a que leyeran y continuó—. Como se darán cuenta por fin dimos con los que se han pasado saqueando la empresa poco a poco. Ahora solo espero indicaciones de cómo proceder a partir de hoy.

—Tú no vas a hacer ya nada, no te vas a exponer a que el guardia o el esposo se enteren que tuviste algo que ver para ser descubiertos e intenten hacerte daño —ordenó Román a Adela que lo miraba asombrada y molesta.

—Pero yo quiero...

—Nada, Adela, ¿entendiste?

—Bruno, ayúdame a hacerle entender a este energúmeno, que aún hay mucho por planear.

—Ya escuchaste a Román —expresó con la mirada puesta a su hermano, dándole su apoyo a la decisión que tomó con respecto a la participación de Adela a partir de hoy en ese tema. Ya los motivos por los que había reaccionado de esa forma, los averiguaría más tarde cuando estuvieran solos.

—¿Entonces, ahora qué hago?

—Te estas quietecita en tu trabajo y nos mantienes informada en caso de que escuches algo más, nosotros tenemos que averiguar cuándo tienen planeado el último golpe y ahí los vamos a agarrar con las manos en la masa —ordenó Román, con decisión y aplomo al hablar por primera

vez con ella y no solo intercambiar monosílabos como desde hace semanas mientras trabajaban.

—Como ordenes —contestó mordaz—. Si ya no hay más que decir y hacer, me retiro, mi jefa ya estará por llegar y no quiero que me encuentre fuera de mi lugar.

—Claro, Adela —contestó Bruno—. Estate atenta y por favor cuídate —ya estaba por salir, cuando su hermano interrumpió la salida de ella.

—¿Qué vas a hacer a la salida?

—Lo que haga con mi tiempo libre no te importa —le contestó altanera mientras salía y dejaba solo una puerta cerrada.

—Vaya con el bombón, ¿Qué le hiciste a ese angelito, hermanito? —cuestionó el cambio de la relación que tenían ambos mientras trabajaban.

—Nada, solo le di esa orden.

—¿Estás seguro?, supuse que se llevaban bien.

—Yo también, hermano, y no sé qué me está pasando con ella.

—Ya lo averiguarás después, ahorita hay que descubrir cuándo y cómo será la forma de caerles encima a estas ratas de dos patas.

Pasaron el resto del día, junto con la agencia de investigación planeando la mejor manera de proceder.

Adela estaba que echaba humo por las orejas, caminaba rumeando hasta su escritorio que ya lo sentía cargado de mala energía debido a lo que sabía. «Pero quien se cree Román, para prohibirme algo, cuando gracias a mí se descubrió la mierda del pastel». Decía entre los dientes que apretaba con ganas. «Pero está loco si cree que le voy a hacer caso, faltaba más». Concluyó decidida.

Ese día su jefa de mierda llegó sonriente puntual a la hora de la comida, venía tan pancha y ligerita cantando victoria.

—Adela, necesito que me corrijas este informe del área de maquila, hay una diferencia que fui a revisar personalmente y que no está en el inventario y cancela la factura de entrega, ya que esa mercancía jama se entregó.

—Si licenciada —contestó aguantando las ganas de caerle encima por mentirosa, eso le avisaba de que pronto harían el robo. Y decidió seguirla el resto del día. Cada que su jefa salía de la oficina, Adela la seguía discretamente. Hasta al baño fue a dar, le dio asco los sonidos que salían de su cubículo al desalojar el intestino. A veces acompañaba a su mamá o a Frida al baño cuando andaban compartiendo chisme, pero jamás le provocó ninguna repulsión por ese acto. Hasta ese día.

Bruno salió por una botella con agua a la cafetería y se percató de que Adela seguía a la contable no tan discreta como ella creía al baño, dudó que casual tuvieran ganas de orinar al mismo tiempo, aunque sabía que en ocasiones las mujeres se hacían compañía. Prestó mas atención y supo que la estaba siguiendo, no le estaba haciendo caso a su hermano, por lo que le llamó por la línea interna de la empresa, para informarle de la campaña que traía en manos la chica *Sherlock Holmes*.

—Ring, ring

—Román Vidal, ¿diga?

—Hermano, tu chica no te esta obedeciendo, ha estado siguiendo a la contable hasta el baño.

—Lo sabía, vi en su mirada el descontento por la orden. Y no es mi chica, aún.

—Pues ahí tienes a tu investigadora estrella, dale el mérito, gracias a ella sabemos quiénes son los rateros.

—Lo sé, pero eso no justifica que se exponga. Si es como creo, lo mas seguro es que en un par de horas saliendo querrá ir tras ella, yo me encargo, gracias, hermano.

—De que, ya sabes que lo que se requiera, estoy para ayudarte. ¿Nos vemos en la casa?

—Si, ahí nos vemos, no sé cuánto me tarde, eso va a depender de cómo me vaya con esta mujer con venas de investigadora.

—Sale, cuídate —dijo sonriendo, su hermano que estaba clavado por esa mujer solo esperaba que regresara a casa entero.

Román salió cinco minutos antes, tenía que interceptar a esa, loca, y no se equivocó. Vio salir a la contable y unos pasos detrás a Adela. Decidió hacerse el aparecido.

—Hola, Adela. —notó que daba un respingo ante la sorpresa.

—Hola, Román.

—¿Ya te vas?

—Si, ¿necesitas algo?

—Solo quiero aprovechar para agradecerte con un café lo que hiciste por la empresa —dijo tomando su mano para guiarla a la cafetería que estaba enfrente de la empresa, donde por ciento servían un delicioso pay de manzana. Quería disfrutar de una rebanada junto a la mujer que le estaba robando la calma. Pero algo notó que no estaba bien. Sintió el temblor de miedo del cuerpo de ella en su mano.

—Muy amable, pero, no es necesario, ya me tengo que ir —salió casi corriendo, y con una expresión que no le gustó a Román, dejándolo confundido. Después de ese día, ella no se movía de su escritorio, y cada que se cruzaba con él, literal se escondía en cualquier lugar, hasta que él desaparecía de su campo de visión.

Tras cuatro días, y con el aviso de Adela al informar de una llamada que escuchó discreta, atraparon a los tres intentando sacar un lote de joyería fina el viernes tras el turno diurno, logrando terminar ese tema. Sabían que ya le tocaba a las autoridades y a sus abogados confiscar las propiedades de los cómplices para posteriormente vender y regresar el capital a la empresa y así evitar una posible quiebra., afortunadamente sus proveedores fueron comprensivos y los apoyaron. Ahora sabía que las vacaciones de esas ratas serian por un largo tiempo, pero en prisión.

## Capítulo 18

Frida estaba revisando un embarque de plata y oro cuando entró Bruno a la oficina de su padre, la vio concentrada revisando información con unos lentes que no había notado antes. Esa imagen lo hizo fantasear con ella con un traje de falda remangada hasta la cintura sobre el escritorio gimiendo de goce mientras él la penetraba fuerte y sin tregua. Tuvo que carraspear para llamar su atención e interrumpir su loca fantasía.

—Buenos días, Frida.

—Buenos días —contestó sin emoción alguna, otorgándole solo una mirada rápida y volviendo a su tarea.

—Me gustaría que habláramos un momento —se sentó frente a ella evitando que siguiera ignorándolo.

—Tú dirás —expresó con un suspiro de resignación.

—Antes que nada, quiero agradecerte que intervinieras en la contratación de Adela, fue asertiva y oportuna. Pocas veces ese tipo de recomendaciones sale bien, ahora ella se desempeña de manera óptima en el lugar que se ha ganado con su esfuerzo, dedicación y responsabilidad. Pero sobre todo se le ve contenta y productiva.

—No hay nada que agradecer, ella es buena en lo que sabe hacer, solo tenía que estar en el lugar adecuado y desarrollarse como siempre deseó. La que debe estar agradecida soy yo, por darle la oportunidad a pesar de tus diferencias conmigo.

—Eso olvídalo, estoy tratando de entender la relación que tenemos tú y yo y no cometer los mismos errores —aseguró como si nada, natural, mientras le daba un sorbo a la bebida que tomaba de su termo con las iniciales de la empresa.

—¿Cuál relación? —cuestionó sarcástica.

—Sí, relación, esa que tú sabes que está ahí y que ambos contaminamos con nuestros problemas. Solo espero algún día podamos hablar de manera más profunda y resolverlo. Ahora te dejo trabajar y de nuevo gracias —se levantó y posicionándose a su lado se agachó y le dio un beso suave, deteniéndose un poco en impregnar su sabor en los labios de ella.

Ella notó el café en ese beso y antes de que se fuera le pregunto:

—¿Desde cuándo tomas café?

—Desde el día que lo probé de tus labios, ahora, gracias a ti, se ha vuelto un vicio —dijo esto mientras se marchaba, dejándola asombrada.

Frida aun con el desconcierto en su cuerpo, terminó saboreando con su lengua el regusto del café que dejó en sus labios y que la acompañó el resto de su jornada.

Al siguiente día estaba esperando que pasara Bruno a darle los buenos días, o a joderla, ya no sabía que esperar de ese estreñido, unas veces la sorprendía y otros la decepcionaba, era bastante frustrante. Su decepción fue demoledora al ver que quien entraba era Román.

—Buenos días, mi rubí asesino, ¿cómo estás?

—Bien gracias ¿y tú?

—Aquí, molestándote un poco, ya que mi hermano salió temprano a resolver asuntos de la empresa que requerían su atención y que al parecer le urge resolver antes de irse de viaje la siguiente semana.

—¿Se va de viaje? —ella no sabía de ese asunto y estaba curiosa.

—Sí, tiene que ir a gestionar una investigación que lleva más de cuatro años y que le ha estado robando la tranquilidad.

—¿Es serio?

—Sí y esperamos todos que ya se acabe para bien o para mal. Ya son muchos años de sufrimiento para la familia.

—No sé qué sea, pero espero y lo consiga, pero eso no es a lo que vienes, ¿o me equivoco? —ella sabía de qué se trataba, su amiga le había comentado la situación y su congoja con respecto a Román.

—No, es sobre Adela, la verdad me da un poco de pena, pero espero y tú me puedas ayudar.

—A ver, dime de que se trata.

—Pues... —dudó un poco—. La verdad todo iba bien hasta que un día la esperé a que terminara su jornada laboral; el mismo día que ella nos reveló a las ratas. La invité a tomar un café, me atreví a tomarla de la mano y ella rechazó esa galantería reaccionando de manera violenta pidiéndome que no la tocara. En un principio pensé que era pena, pero después de unos días, la encontré en la cafetería y la abordé y le manifesté que me gustaba y que quería tener una relación más cercana. Ella con lágrimas en los ojos me dijo no y salió corriendo de la cafetería dejándome confuso.

—Me pones en un aprieto, esa historia no me corresponde a mi contártela, es parte del pasado de mi amiga y no pienso traicionar ese secreto, solo te voy a decir algo para que entiendas un poco a esta gran mujer. La ves segura, fuerte y valiente, pero no lo es. Ella todos los días ve sus heridas y lucha por superarse, intenta dejar su pasado atrás y seguir viviendo sin ese lastre que casi la mata más de una vez. A veces deja de lado sus necesidades por ayudar a los demás, y al final disfruta dando todo de ella a pesar del pavor que siente al pensar que la van a lastimar y que, si lo intenta, al final nada ha valido la pena.

—Con lo que me dices me dejas peor, ahora quiero saber qué le pasó y ayudarla, mi madre siempre nos decía una frase, que nos rotuló en nuestras habitaciones y que nos grabamos a fuego, dice así: «Un hombre con principios y valores, no siempre camina solo, busca una mujer para crecer, no limita su masculinidad para protegerla, amarla, y construir un hogar seguro para ambos. Arriesga su integridad al enfrentarse a todo por ese amor, por lo que será su familia». A mí, Adela me importa más de lo que imaginé y deseo estar con ella, pero ¿cómo consigo acercarme sin que le provoque esa angustia que vi en su mirada cuando lo he intentado?

—Tenle paciencia, abórdala con calma y solo ofrécele una amistad, tal vez por ese camino consigas que se sienta a gusto y a salvo, pero lo más importante que poco a poco crezca la confianza necesaria para que se abra a ti y te confiese su pasado. Solo espero que cuando te lo diga no dejes de verla como la mujer que te robó el corazón.

—Lo voy a intentar y la charla me ha proporcionado la claridad necesaria. Gracias, mi rubí

asesino.

Se levantaron al mismo tiempo, él la abrazó, despidiéndose con un beso en la mejilla y lo observó partir con la decisión de luchar en la mirada. Frida estaba contenta por su amiga, por fin llegaba a su vida ese compañero que le ayudaría a compartir su camino plagado de luchas e inseguridades, Ese que la protegería no solo con su vida, también con su amor. Y sin querer, pensó en Bruno.

Pasaron dos días y aun no veía al gruñón, ya era viernes y tenía que recordarle al señor Darío que se iría temprano, ya que ese día era el evento en Éxtasis y había que empacar lo necesario, así como la ropa de su hija, que se iba el fin de semana con la mamá de Adela a la montaña y al parecer también convenció a la vecina de poder llevarse a Rosselyn. Subió a la habitación donde su jefe ya llevaba encerrado dos semanas y media recuperándose. Al acercarse, se percató que estaba la puerta entreabierta y sin querer escuchó parte de la conversación que sostenía su jefe con su hijo.

«En la vida siempre quedan cabos sueltos, Bruno, por más que haya pagado, todos tienen un precio y se venden al mejor postor. Me parece una idea excelente que acompañes al investigador y ofrezcas más de lo que supuestamente les pagaron para guardar silencio, solo que esta vez el pago será para que hablen. Ojalá consigas que te digan que sucedió con tu hija cuando esa desgraciada la abandonó recién nacida. Solo te pido que no reacciones, recuerda que todos pasamos por situaciones que nos provocan sangrar, ahogarnos y evadirnos de la vida, tú mejor que nadie lo sabes. Enfócate en la misión y con la intervención de Dios, espero nos lleve al lugar donde se encuentre tu pequeña, ya sea algún hogar de acogida o al cementerio».

Frida al escuchar semejante información, nerviosa, decidió no interrumpir y al darse media vuelta se topó de frente con Conchita sosteniendo una charola.

—Conchita, ya me iba, no crea que andaba de fisgona, es que me dio pena interrumpirlos —hablaba bajito, no quería que se enteraran que estaba escuchando conversaciones ajenas.

—Tranquila, muchacha, sé que no eres de esas, aunque a veces sirve, ¿verdad? Te enteras sin querer, del porqué de manías y conductas hostiles de cierta personita y al saber lo que sufre, te permites ser un poco accesible —dijo a propósito para echarle una manita a su niño Bruno, ella había visto su relación tensa y entretenida.

—No me ha gustado enterarme de esta forma, que al parecer es solo la punta del iceberg.

—Lo es, pequeña, así como es desgarradora y traumática. La verdad no sabemos cómo es que sobrevivió a todo lo que ha tenido que vivir. Anda, ayúdame con esta charola, mira que, por andar en la charla, me están doliendo los brazos.

—Claro, Conchita, y discúlpeme —tomó la charola y la acompañó a llevar los cafés a la familia.

Toc, toc, toc.

—Permiso, les traigo el servicio y me encontré a Frida subiendo las escaleras y ya me conocen. Vi burro y se me antojó viaje —dijo riendo.

—Oiga, Conchita, el que se ríe se lleva ¿he? —y acompañó la risa de esa mujer mayor y con energías de seguir retando a la vida, contagiando a todos los presentes, Frida depuso el servicio y ayudó repartir los platos y las bebidas. Al entregarle la taza de café con leche a Bruno,

sus dedos se rozaron y sin dejar de mirarse, ella leyó en sus ojos una necesidad de besarla, la misma que ella sentía, pero que jamás reconocería.

—Gracias, Frida —lo dijo en voz baja e insinuante.

—De nada —contestó alterada y se giró a hablar con su jefe—. Señor Darío, pasé de carrera a recordarle que hoy me voy temprano.

—Ah sí, ya me acordé de que me avisaste, ¿es hoy el evento en Éxtasis donde vas a bailar? —ella asintió y Bruno puso atención—. Muy bien, ¿a qué hora iniciará? —le preguntó a la muchacha para enterar al lento de su hijo y ver si se dejaba de darle tantas vueltas al ruedo.

—Tengo que estar a las seis, pero inicia a las ocho el ingreso y el espectáculo empieza a las nueve, por cierto tengo un pase doble, ¿les gustaría asistir?

—No, Frida, gracias —agregó Nuria—. Mi marido y yo ya no andamos para esos trotes y aún no está recuperado del todo —mintió con todos los dientes y su marido la secundó poniendo cara de cansado.

—Bruno, ya que tus papás no pueden ir, —interrumpió la nana astuta—. ¿Por qué no van Román y tú, así no se pierden los pases, ¿No hay problema verdad, Frida? —cuestionó a la muchacha comprometiéndola.

—No, claro que no me importa, si ellos quieren son bienvenidos. Solo necesito que me avisen si van a asistir o no, ya que no me gustaría que se desperdicien los pases, pudiendo invitar a otras personas.

—Sí vamos —aseguró Bruno de inmediato, aceptando también en nombre de su hermano, importándole una mierda si tenía planes o no, eso no se lo pensaba perder por nada del mundo, si se trataba del baile que ella estuvo ensayando, deseaba verlo—. Ahí nos vemos —confirmó su asistencia, dejando a Frida nerviosa.

—Ok, entonces ahí los veo y ahora me voy, tengo cosas que hacer y ya se me hace tarde, hasta luego —y salió con la mirada de Bruno siguiéndola.

Todos los presentes veían como él no pestañeaba, como temiendo que al hacerlo ella desapareciera para siempre. Un coscorrón por parte de Conchita lo sacó de sus pensamientos.

—¡Ay!, ¿por qué me pegaste, nana? —se quejó provocando la risa de los padres del muchacho.

—Para ver si ya te me vas despabilando, muchacho burro, mira que no todos los días encuentras muchachas así, que sobreviven a la adversidad conservando su corazón intacto. Si no consigues a esa muchacha, juro por mi madre que nunca más te voy a volver a hablar.

—No lo creo nana, ella es imposible, una fiera salvaje, además terminaríamos matándonos.

—Si es de amor, no me va a importar celebrar tu muerte —agregó risueña Conchita, provocando la risa de todos.

—¡Qué graciosa, nana, qué graciosa! —salió de la habitación de sus padres a informarle a su hermano que esa noche salían a un antro.

Frida llegó por su hija temprano a la guardería, tenía solo dos horas para empacar todo lo necesario para que su hija y Rosselyn disfrutaran de un fin de semana. Doña Consuelo le informó que la tal Juana le avisó que la niña no tenía ropa para ese viaje, por suerte ella tenía mucha ropa

de su pequeña y que estaba prácticamente nueva. De camino a su departamento pasó por un oso de peluche parecido a Papacho en la misma juguetería donde compró el de su hija. Encontró uno de un tono más oscuro, sería un buen regalo para Rosselyn, que había notado que miraba al peluche de su pequeña con ilusión. Llegó al edificio, subió las escaleras con su hija de una mano y en la otra la bolsa donde estaba el oso. Abrió la puerta de su departamento y le pidió a su hija que se quitara el uniforme en lo que pasaba por su amiguita. Al llegar al departamento de nuevo estaba la puerta entreabierta y escuchó a la vecina discutir por teléfono.

«Me importa una mierda, en eso no quedamos, el trato fue que yo cuidaba de la escuincla huérfana y tú a cambio me pasabas dinero, no soy idiota, sé que no quieres que esto se sepa, así que déjate de putadas y si no quieres que riegue el tepache, transfiéreme lo acordado y no se te olvide darme lo de los gastos de servicios, sí, sí, adiós». Terminó la llamada y Frida espero un minuto para tocar el timbre.

— ¡Voy! — gritaron desde el interior

—Sí, ¿qué desea?

—Hola, soy su vecina Frida, mamá de Daniela, mi hija y la suya se van juntas de fin de semana.

—Ah sí, y no es mi hija, solo soy su cuidadora —respondió con un fuerte olor a alcohol y con la lengua trabada—. Pase, pase, usted disculpe el tiradero, pero hoy no he tenido tiempo de limpiar, deje voy por la chamaca —Frida observó el tiradero y las botellas que estaban dejadas por doquier, quería salir de ahí, pero sobre todo sacar a la niña de un fin de semana de tristeza junto a esa mujer.

—Aquí está la niña, ¿dice que regresan el domingo?

—Sí, ¿no hay inconveniente?

—Pues la verdad sí, yo no voy a regresar hasta el lunes en la noche, ¿no podrían devolverla el martes como a medio día?

—Sin problema, nosotras nos encargamos —Frida tenía ganas de partirle su madre, era una mierda de persona.

—Perfecto, solo que como le comenté, la niña no tiene ropa, así que solo lleva dos mudas, la que lleva puesta y otra que le compré, está en esta bolsa de plástico, ya sabe cómo crecen, la ropa de un día para otro ya no les queda y no he podido ir de compras.

—No se preocupe, tengo ropa de mi hija que le puede quedar —tomó a la pequeña de la mano y con un adiós, se fue a su departamento, ya no aguantaba, si no se retiraba de ahí, la iba a desgredar.

Al llegar a su casa cerró la puerta y si no es porque la pequeña intentaba soltarse, se hubiera desquiciado y hubiera terminado por gritar palabrotas hasta por las orejas.

—Disculpa, pequeña, ¿cómo estás?

—Bien.

—A ver, enséñame qué traes en tu bolsita —era una simple bolsa de plástico que aun dan en algunos lugares cuando haces la compra de la verdura, al abrirla vio que solo estaba la muda que ella le había dado. Quiso regresar a la casa de esa desgraciada alcohólica y darle unas buenas

cachetadas guajoloterías, afortunadamente la presencia de la niña retuvo un poco de su ira—. Ven, vamos a bañarte, ponerte ropa y otros zapatos —parecía una niña en condición de calle, por el momento resolvería su vestimenta en totalidad, ya después hablaría con sus vecinas y le pediría a Bruno que le solicitara a la agencia de investigación información del paradero de la familia de esa pobre niña, ya no quería seguir viendo más injusticias y más al saber que esa desgraciada no era nada suyo.

Le llevó una hora tener listas a las niñas, les empacó ropa necesaria para cada una, la ropa de su hija la puso en una maleta pequeña de unicornios y la de Rosselyn en otra como la de su hija, de corazones morados, siempre compraba dos, iguales o parecidas por si ocurría algún inconveniente. Por suerte toda la ropa de su hija le quedaba a Rosselyn, hasta los zapatos, se notaba que a pesar de ser de la misma edad, la pequeña tenía un poco de descuido nutricional y estaba muy delgadita, hablaría con el pediatra de su hija, le pediría de favor una cita para una revisión completa, aprovecharía que regresaría a la pequeña hasta el martes para el lunes llevarla, solo esperaba no meterse en problemas.

—Rosselyn, tenemos una sorpresa para ti, Dani, ve por el regalo —su hija emocionada fue por la bolsa corriendo y se lo dio a su amiguita, la niña al recibir la bolsa, emocionada la rompió y sus ojos se abrieron como platos emocionados al encontrarse con el oso de peluche. Un destello emocional iluminó su rostro, sonrió, como seguramente hace mucho no lo hacía, con todos sus pequeños dientes, eso conmovió a Frida. Al ver la reacción de la niña al regalo, no pudo evitar llorar—. ¿Te gusta? —le preguntó sorbiendo los mocos.

—Sí —respondió abrazando histéricamente al oso, la niña de la nada se acercó a Frida dándole un beso en la mejilla y abrazándose a su cuello, de la emoción la pequeña lloró. Permitió que la pequeña se tranquilizara en sus brazos y al separarse, le limpió las lágrimas y la distrajo de su pequeño conflicto emocional.

—¿Qué nombre le vas a poner?

—Cocolate.

—¿Chocolate? —vio a la niña asentir—. Bonito nombre, ahora va a ser tu mejor amigo, así como Papacho es el de Dani. Vamos, ya es hora de irse.

Vio cómo se marchaban las pequeñas en el auto de Bianca rumbo a la casa de una de sus hermanas que vivía en un pueblito donde pasaría el fin de semana rodeada de bosque y caballos. Frida sabía que con Bianca estarían seguras y se divertirían como loquitas. Aun así, no podía dejar de sentir angustia cada que se separaba de su pequeña y ahora su angustia era por dos.

—Van a estar bien, amiga, bien sabes que mi mamá es una abuela gallina y ahora está doblemente contenta, lleva a otra pequeña que ya nos atrapó el corazón entre sus manitas.

—Lo sé, ellas estarán bien cuidadas, solo es el hecho de no verla varios días.

—Tómalo como unas vacaciones de mamá, vaya, dale rienda suelta al cuerpo por una vez en tu vida.

—Tú primero, amiga.

—Sabes que eso quisiera más que nada en el mundo, mi psicóloga me dice que ya deje de temer y que me cambiará la terapia. Que necesito avanzar más de lo que ya he hecho.

—¿Cómo te sientes con eso?

—No lo sé, pero ya veré cómo me va, si considera que el cambio me favorecerá, yo confiaré, al final ella es la profesional.

—¿Le hablaste de Román?

—Sí, por eso decidió el cambio.

—Pues te aviso que Bruno y su hermano van a ir a Éxtasis.

—Noooo, qué nervios, yo no voy a bailar, pero ¿qué me voy a poner?, no quiero verme como siempre, sin estilo.

—Yo me encargo de eso y anda, acepta que te atrae y te asusta Román.

—No lo niego, es solo que quiero intentar lo que me dijo mi psicóloga antes de que me arrepienta, que poco a poco permita el acercamiento y como me vaya sintiendo avance paso a paso, sin prisa y sin permitir presiones.

—Muy bien, amiga, date un chance, yo estaré ahí como siempre para apoyarte o levantar los pedazos y ahora hay que apurarnos que se nos hace tarde, te ayudo a arreglarte y después me ayudas tú a mí —ambas mujeres abrazadas entraron al edificio y se dedicaron a su arreglo personal. Tenían un espectáculo que dar.

## Capítulo 19

—Apúrate —le gritaba Bruno a su hermano—. No puede ser que te tome más de una hora arreglarte.

—Ya voy, —bajaba corriendo las escaleras—. Un galán como yo necesita dedicarle tiempo a su arreglo personal para impresionar a las nenas.

—¿Nenas?, querrás decir nena, en singular o solo Adela. Apestas a mucha loción, ¿te acabaste la botella?

—Déjame en paz, amargado, ahora sé por qué no cae Frida y no la culpo, eres insoportable y más cuando te empeñas a estar jodiendo hasta ganar el premio. Pero sí, solo para Adela me arreglé, ya llevamos una semana como «amigos» no sé cuánto más podré aguantar las ganas de besarla.

—Las necesarias, además, hoy puede ser nuestra noche de suerte, las dos van a estar solas y si ellas quieren les podemos hacer compañía y si se da algo, bueno, si no pues a seguir insistiendo. Anda vámonos que se hace tarde y quiero llegar a tiempo.

Salieron con el ánimo burbujeando sus sentidos y ambos distraídos cada uno en sus deseos y pensamientos, no se dieron cuenta que la conversación que mantenían en la estancia de la casa, sentaditos de espaldas sin hacer ruido unos padres sonrientes escuchaban la charla entre los hermanos. Ya que estaban seguros de que sus hijos se habían ido se atrevieron a respirar.

—¿Crees que lo logren? —preguntó Nuria.

—Eso espero, esas dos muchachas me gustan para nueras. Y tú, mi amor, ¿Qué opinas?

—Yo feliz de la vida, Frida esta creada a la medida de mi Bruno y Adela es la joya perfecta para mi Román. Si por mí fuera, ya estaría ordenando los anillos para esas muchachas —en eso Nuria recordó algo—. Mi amor, ¿qué posibilidades hay de que tengamos un sello y un anillo familiar, bueno en este caso dos?

—Ya tenemos un sello con las iniciales Vidal Tricio, con él marcamos la joyería.

—No, no me refiero a eso, lo que trato de explicarte es que hagamos un anillo especial para las esposas de nuestros hijos y que sea una línea exclusiva de la familia, vaya, para ambos sexos, digo, ya tú sabes a lo que me refiero. Que tenga dureza y calidez, esa que en cualquier relación de pareja coexisten en ambos. Un símbolo de unión, de familia, pero sobre todo, una promesa de amor eterno, adornando el dedo del amor de su vida. Que al verlo sea un recordatorio de un amor para siempre.

—Nuria, eres única —besó a su mujer—. Agradezco al cielo que llegaras a mi vida, no solo salvaste a mis hijos, también a mí y me va a faltar vida y tiempo para recompensarte todo ese amor.

—No pude salvar del todo a Bruno, llegué tarde, ella ya lo había traumatado. A pesar de tanto psicólogo y sesiones de terapia, le cuesta trabajo. Por suerte no se volvió un delincuente ni cayó en los vicios. Lo rompió en pedazos esa desgraciada y han sido años de recoger y armar los pedazos de su corazón y para colmo esa otra maldita que le robó lo único que lo pudo haber terminado de reconstruir, su pequeña. La vida es tan injusta. ¿Recuerdas el día que logré rescatar

a los pequeños? —con un asentimiento y lágrimas respondió Darío—. Aun lo tengo vivo en mi memoria. Primero saqué a Román mientras esa loca atacaba a Bruno, recuerdo que le pedí ayuda a la vecina dejando al pequeño a su cuidado, con la tarea de que te llamara y pidiera ayuda a la policía y con un miedo terrible regresé por mi muchachito valiente. Cuando bajé al sótano y observé cómo le pegaba con un cinturón delgado de cuero trenzado en su pequeño cuerpo ensangrentado, me dieron ganas de matarla. Lo más sorprendente y que aún me da escalofrío recordar, es que, a pesar de ser tan pequeño, él no gritaba cuando lo golpeaba, solo salían de sus labios rotos pequeños jadeos de dolor y de sus ojos lágrimas. Ahí supe que ya lo había quebrado. Recuerdo que grité: «basta, deja al pobre niño» y en respuesta me golpeó con la hebilla en el hombro, pero eso no me detuvo a coger en brazos a Bruno, protegerlo con mi cuerpo y salir de ahí con la loca golpeándome en la espalda intentando detenerme y arrebatarle al niño. En su loca necesidad de alcanzarme, se tropezó y cayó escalera abajo, rompiéndose el cuello. Todo el dinero que te quitó con la mentira de regresarte a tus pequeños fue cruel, casi lo pierdes todo, hasta tus hijos. Todavía conservo en mi memoria el olor que envolvía el cuerpo de Bruno, a suciedad, orines, abandono y sangre. Puedo asegurarte de que él aún no lo olvida, aun laten sus cicatrices con el recuerdo del dolor vivido. Por eso quiero que ambos sean felices al lado de estas mujeres que la vida o destino puso en su camino. Sé que son buenas muchachas y que cada una ha librado sus batallas. Ellas no se los van a poner fácil y eso va a alentar a mis hombrecitos a conseguir sus corazones.

—Mañana hablo con el diseñador y como imagino que ya tienes el diseño en mente espero los bocetos pronto que puedas y eres lo mejor que nos pudo pasar. Te amo.

—Y yo a ti y ya están casi terminados, los tendrás mañana a las seis de la tarde, solo me falta un elemento.

—¿Cual? —preguntó intrigado mientras acariciaba uno de sus labios.

—El color.

—Dale el color de la pasión y la calidez del amor que me has dado todos estos años.

—Así será, mi amor —y se besaron como siempre, como la primera vez.

## Capítulo 20

Frida estaba acomodando su vestuario, ya se había agarrado el cabello y colocado el sombrero de copa y Lisandro le estaba cerrando el traje por la espalda y revisando que no se notara el velcro.

—¿Ya revisaste que el tocador este bien sujeto?, no vaya a ser y se me caiga encima mientras bailo.

—Todo está revisado, yo personalmente me encargué. Jamás permitiría que aparte de hacerme este favor, termines herida.

—Creo que ya está todo listo. ¿A qué hora sales?, —le preguntó a su amigo que estaría de anfitrión en el bar que compartía con su amigo sexual Leonardo.

—En cuanto llegue mi socio, fue por su esposa.

—No entiendo la relación de ustedes, ¿qué son? ¿Amigos, socios, amantes? y lo peor de todo es que ella está de acuerdo con tal de no perder a Leonardo, pero tampoco él la deja para estar contigo a pesar de manifestar que te ama. ¿Tengo una duda, amigo, acaso cogen tan chido como para vivir así?

—Pues sí, y mientras dure le doy gusto al cuerpo, hasta que ya no quiera estar con él, aparte también he tenido que ver con ella, y él lo sabe. Mis preferencias por ambos sexos no me han impedido vivir la vida. Es cierto que en un principio no estaba del todo a gusto, ella lo quería en exclusiva. La vez que tuve sexo con ella, fue el día que coincidió que yo estaba solo aquí, lo vino a buscar y una cosa dio paso a otra y terminamos sobre la alfombra de la oficina.

—Se llama Marisela, y no ella. ¿Por qué no la llamas por su nombre?

—Porque... —dudó un segundo—. Se va a volver real y no quiero, solo fue sexo y así quiero seguir, cogiendo libre y sin compromisos con ambos y solo la promesa de una cita para compartir lujuria, morbo y orgasmos. Tengo bien claro que quiero estar soltero siempre y libre para elegir cómo, dónde, y con quién coger.

—Pero Marisela eso no quiere y por lo que veo él tampoco. Amigo estás metido en un buen lío.

—Lo sé. Ya platicaremos después, por lo pronto hay que apurarnos, el espectáculo está por comenzar. Te veo en el escenario.

—Ahí te veo —lo vio partir buenote y salvaje vestido con pantalón de cuero, descalzo y solo un chaleco a juego. Jamás lo quiso para nada más que una amistad al igual que Adela, de lo contrario hubieran sufrido mucho. Él tenía claro que la vida en familia no es lo suyo, no ambiciona un hogar o hijos, él quiere ser libre y ella respetaba esa decisión. Terminó de arreglarse y escuchó el estruendo del inicio del aniversario de Éxtasis.

Bruno y Román llegaron puntuales, entregaron la invitación y les ofrecieron pulseras, ellos tenían que escoger el color dependiendo su preferencia sexual, ya que en Éxtasis era importante saber y respetar las preferencias de los invitados. Para evitar problemas y facilitar la comunicación tenían pulseras blancas, azules, rosas y multi color. Cada uno se colocó una azul y una edecán sensual pero elegante los llevó a su mesa. Los ubicaron en uno de los laterales del

escenario en forma de T, en ese punto podían ver el espectáculo de frente y de lado sin perder detalle. En cuanto se sentaron los atendió un mesero perfectamente vestido. Este les recomendó un trago llamado a Gatas y los hermanos aceptaron la sugerencia sin problema, sin saber que golpeaba como patada de mula si te tomabas más de dos... Cuando terminaron de ordenar el mesero se dio la vuelta y ambos se quedaron con la boca abierta cuando se percataron que el pantalón no tenía la parte de las nalgas, mismas que lucía como si por detrás fuera una tanga larga de tela negra. Las meseras tenían un vestido hasta las rodillas, recatado y sin escote, pero por la espalda no tenían nada más que una tanga y una cadena fina sujetando el vestido por la cintura. Bruno y Román no salían del asombro.

—¿A dónde me trajiste, hermano? —dijo Román aun con los ojos abiertos viendo traseros por donde volteaba.

—Yo también estoy asombrado, pensé que este lugar era algo light, pero por lo que veo es tutifruti.

—Ellas serán... —mejor no quiso terminar la pregunta.

—No creo, bueno, eso espero.

Las luces se apagaron de repente, varios gritos acompañaron la creciente expectación, los acordes de Éxtasis del cartel de Santa puesta por el dj, siendo de esta solo la melodía la que acompañaba los aplausos y el juego de luces que bailaban sobre el escenario hasta volverse una, e iluminar a una figura masculina vestida de negro, Lisandro.

—¡Buenas noches! —saludó extasiado y emocionado al ver lleno el lugar—. Éxtasis está de manteles largos, hoy celebramos el décimo aniversario gracias a ustedes. Por vernos como su lugar donde las fantasías se alimentan sin discriminación y con respeto. Hoy vamos a tener muchas sorpresas, espero lo gocen y solo me queda decir gracias, y que disfruten del espectáculo que preparamos para ustedes.

—Hermano —habló Román—. ¿Qué no ese es el amigo de Frida y Adela?

—Sí —contestó cortante y celoso—. Es él y antes de que digas algo, te comento que no tiene que ver nada con ellas, solo son amigos.

—¿Tú le creíste? —miró a su hermano esperando su respuesta.

—Sí, eso me dijo Frida, sé que no tiene algo con ellas, al parecer se ven como hermanos.

—Pero no lo son —dijo con los celos y las dudas instaladas en el cuerpo.

—Mejor ya no sigas por ahí, que me estas preocupando —dijo Bruno, observando salir al escenario a un hombre vestido de mujer, al parecer el espectáculo sería de tutifruti, por lo que decidieron disfrutar de la función.

Durante una hora, estuvieron viendo a *Drag Queens* mexicanas, deleitando a los presentes con sus coreografías. Una de esas exponentes y que nadie esperaba, fue Paris Bang Bang, creadora de la carrera Drag en México. Toda una institución hasta el día de hoy famosa, pero principalmente amada y respetada por su trayectoria y que apoyó a este tipo de arte escénico. Envueltos en una burbuja de luces, sonidos y cuerpos derrochando talento, terminó por ser un deleite a los sentidos. Los aplausos y las canciones coreadas por todos los asistentes ambientaron el lugar provocando un rato agradable. Lisandro salió al escenario, agradeciendo a las Drags que

en ese momento se reunían y recibían el aplauso del público y anunciando a la siguiente estrella de la noche.

—Para mí es un gusto especial, presentar a Frida, aparte de una excelente amiga, es una tremenda bailarina, que a pesar de que no se dedica a esto, decidió apoyar a esta, su casa, cubriendo un espacio, ya que lamentablemente nuestra artista invitada, Briante, sufrió una crisis de salud que no dejó que estuviera presente esta noche. Desde aquí le deseamos su pronta mejoría y por favor mandémosle la mejor de la vibra en forma de aplausos —Todos aplaudieron por casi un minuto, llenando de buena energía todo el lugar y que seguramente, así como dijo Lisandro, llegaría a su destinataria—. Sin más preámbulo, demos la bienvenida a Frida —después de la presentación todo se puso oscuro, acompañado de un silencio expectante.

—Hermano, ¿sabías que iba a bailar Frida?

—Sí, —contestó Bruno ya excitado.

Se dispararon láser de colores en todas direcciones y una luz tenue se fijó en un punto donde un tocador cubría a un hombre que se mantenía oculto, dejando solo como evidencia de su presencia un sombrero de copa. Los acordes de Born This Way de Lady Gaga retumbaron a través de las enormes bocinas del lugar, haciendo que todos los corazones palpitaran al mismo ritmo.

Bruno entendió ahora cada movimiento que vio realizar a Frida mientras ensayaba y cada palabra de la canción tenía sentido mientras ella iba desprendiendo segura y sensual, el vestuario de hombre elegante que traía puesto. *My mama told me when I was Young, “we are all born superstars”* (Mi mamá me dijo cuando era joven: “todos nacemos siendo estrellas”. Llegó a la parte donde empieza a contar con baile y prendas la historia hecha canción. *She rolled my hair and put my lipstick on in the glass of her boudoir.* (Me enrolló el Cabello y me pintó los labios en el espejo de su tocador). Arrojó el sombrero a un lado dejando que cayera en cascada su cabello sedoso y brillante, deshaciéndose de un bigote y barba, y tomando un labial pintó sus labios de un rojo carmín que a Bruno se le antojó embarrado en un ya emocionado, duro y deseoso pene.

## Capítulo 21

Frida estaba nerviosa, dos veces tuvo que ir al baño a mojarse la nuca, tenía unas ganas de meter su cabeza completa dentro del lavamanos, lo hubiera hecho si su amiga Adela no hubiera estado ahí para detenerla.

—Tranquila, amiga, respira, vamos respira, ¿no me digas que estas nerviosa?, recuerda que no es la primera vez que estas frente a personas.

—Lo sé, pero esta vez es diferente, entre el público está Bruno y a pesar de que aún me cae mal, va a estar mirándome, y eso me pone inquieta.

—Has como que no está, además entre tanta luz, va a ser imposible que lo notes, así que, vamos, ya estas a nada de salir —ambas escucharon la voz de Lisandro presentándola y rápidamente con la ayuda de Adela, que estaría apoyándola desde abajo del escenario, respiró profundo y tomadas de las manos salieron a echar toda la carne al asador. Era hora de divertirse.

Frida en medio de la oscuridad se colocó en el banco y acomodándose sobre el tocador esperó el inicio de la música. La gran Lady Gaga sería esa noche su compañera. Hizo respiraciones y en cuanto la canción inició, su cuerpo reaccionó y su mente absorbió los acordes, borrando todo a su alrededor, dejándola sola, donde lo único que guiaba sus pasos, movimientos y manos, era la letra. El primer accesorio que se quitó fue el sombrero de copa, a este lo acompañaron el bigote postizo y la barba revelando un rostro limpio, listo para ser quien deseaba ser. Tomó entre sus manos un pintalabios rojo carmín y decoró sus labios con ese color, al terminar, un destello de luz iluminó la mesa donde estaba Bruno, sus miradas se encontraron en la oscuridad del lugar, calentando sus cuerpos y ella desató todo su placer durante su baile. *I'm beautiful in my way 'cause God makes no mistakes. (Soy linda a mi manera, porque Dios no comete errores).* A partir de ese momento sus manos se convirtieron ajenas, en unas caricias de un hombre que odiaba y deseaba en ese momento. El saco fue a dar a las manos de Adela que avanzaba por debajo del escenario junto a Frida, recogiendo las prendas que su amiga se iba quitando. Cuando llegó el momento de tocar sobre la ropa el miembro de látex, lo hizo de manera obscena y a la vez erótica. El público se volvió pletórico. Metiendo la mano entre sus pantalones, de un solo movimiento encendió el pene que empezó a brillar multicolor, se lo sacó de golpe y llevándolo a su boca simuló un lametazo a la punta del glande y lo arrojó con cuidado a los espectadores causando sensación. Sin que lo esperaran, todo se puso oscuro y por unos cortos segundos la negrura fue acompañada de música y láser. De la nada se concentró la luz en un cuerpo hecho ovillo en el piso envuelto en unas enormes alas de mariposa multicolor, una a una se fueron levantando, mientras la canción gritaba: *Don't hide yourself in regret, just love yourself, and you're set (No te escondas en lamentaciones, solo amate a ti mismo y ya está).* Unas enormes alas revelaban a una mujer con un vestido blanco de gasa ajustado al cuerpo y suelto de las caderas. Era largo hasta los tobillos, lo suficientemente transparente para revelar una diminuta ropa interior negra, unos pies descalzos y unas manos tocando ahora un cuerpo femenino con ganas de ser libre. Concluyó su espectáculo quitándose los guantes. Uno de esos guantes que Frida se quitó con los dientes dedo por dedo de manera insinuante, no lo recibió su amiga Adela, ese en particular, fue a dar al pecho de Bruno, que el gustoso recibió, aceptando la invitación que Frida le realizaba.

Frida entro a los vestidores agitada por lo que acababa de hacer, no podía creer que se

atreviera, su corazón agitado por el baile golpeaba loco en su pecho y su piel la percibía sensible y preparada para hacer una locura, la cual ya no podía dar marcha atrás, la invitación estaba hecha.

—Caprichosa, estas loca y me temo que ya no te puedes rajar, ¿segura?

—No, pero desde que me besó todo cambió, sus besos están llenos de pecado y redención, me siento a deshielo y el olor de su piel es pura lujuria. No he podido olvidar esa sensación y ahora por primera vez en mi vida deseo a un hombre de manera histérica y te he de confesar que me da miedo. Solo me pregunto si el desliz que me voy a dar, lo haga pensar que muero por él.

—No te hagas amiga, sabes que es así, como dices desde ese beso no te lo puedes sacar de la cabeza y te guste o no ahora toca que ambos tomen todo de cada uno. No sabes cómo envidio tu valor y decisión.

—Solo quiero sexo, es solo lo que voy a tomar de él.

—Y él tomará de ti lo que por mucho tiempo has cuidado. Tu corazón

—No, no, no, te estas adelantando.

—El tiempo amiga te dirá la verdad, ahora hay que apurarnos, nos guste o no, esta noche lo va a cambiar todo. Hoy le voy a contar a Román mi verdad. Si después de conocer todo de mí, desaparece, no me voy a romper más de lo que ya estoy. Ya me tocará volverme a levantar de entre mis pedazos.

—No pasará eso, él es buena persona y se nota que es noble y fuerte, creo que por ti puede ponerse como chaleco antibalas y recibirlas por ti para protegerte.

—Ojalá, amiga, ojalá.

Ya con todo empacado salieron gloriosas a enfrentarse a dos grandes retos, armadas con su coraje y sus valientes corazones.

Bruno las vio acercarse, volteo a ver a su hermano que tenía la respiración temblorosa como la de él, sabía que también estaba alterado por la presencia de una de esas mujeres.

En cuanto estuvieron a su lado, ambos se levantaron y abrieron las sillas para que se sentaran, ya que estuvieron acomodadas le hablaron al mesero, para que tomaran la orden de sus bebidas. Bruno inició la charla.

—Fue espectacular lo que hiciste, Frida.

—Gracias —contestó con orgullo y algo intimidada.

—Mi rubí asesino, me dejaste asombrado, Adela —desvió su atención a la chica hermosa que tenía enfrente, aprovechando la oportunidad—. ¿Tú también bailas?

—No como ella, yo solo bailo cumbia y salsa.

—A mí me encanta la cumbia, si llegan a poner una, ¿bailas conmigo? —se arriesgó a la petición, deseaba tenerla entre sus brazos y mostrarle con cada giro y movimiento su necesidad por ser parte de su vida.

—Claro que si —y si como el destino fuera benévolo, al terminar de ordenar sus cocteles, se escuchó por las enormes bocinas, Amor a primera vista, interpretada por Belinda y los

Ángeles azules. Román se levantó y ofreciéndole su mano a Adela la invitó a la pista. Mano que ella aceptó valiente.

Bruno y Frida, observaron sonrientes como ambos salían a la pista. No tenían que decir nada, sus sonrisas lo decían todo.

Adela, al tomar la mano de Román, no sintió asco, ni miedo y entre sus brazos con esa canción en particular, que hablaba por los dos, giró y se rozó con el cuerpo masculino sin repulsión alguna, sin que le atacara la ansiedad por la cercanía de un hombre y se dejó llevar por él, por el ritmo y por la ilusión.

Román estaba emocionado al tener por primera vez en sus brazos a la mujer que le robó el habla, la que le provocaba nerviosismo. Ella era como esa beta que todo minero espera encontrar, esa que a cada golpe de pico y que pocas veces lo consigues y que sin esperarlo, das con ella. La sentía suya, la quería como deseaba, para ser quien ella quisieras ser, pero a su lado, de su mano, en su corazón, para siempre.

—Se ven bien los dos, ¿no crees, Frida?

—Si y creo que lo van a lograr, —dijo tomando un trago de su bebida y lamiéndose sus labios deseosos mirándolo fijamente insinuante. Ella sabía lo que quería y le decía con ese gesto que era a él.

—Me alteró tu baile, hizo palpar no solo mi corazón y fue dolorosamente placentero —se dejó ir con todo al haber entendido claramente su insinuación—. ¿Bailamos?

—Si, —la sacó a bailar con los acordes de Yo no sé mañana, interpretada por Luis Enrique, salsa que acompañó los movimientos de cadera y roce de manos, prometiendo placeres que deseaban compartir. Los esperaba una noche donde el deseo sería el testimonio de la pasión que compartirían.

Después de un par de tragos mas decidieron retirarse en taxi y dejar en el estacionamiento enrejado de Éxtasis el auto de Román, ya que, si no estaban borrachos, si cabía la posibilidad de terminar en el torito, por tener un nivel de alcohol superior al permitido. Sin dilación tomaron como destino el multifamiliar donde habitaban Frida y Adela, acompañadas de los hombres que habían decidido compartir su fin de semana, llena de revelaciones y lujuria.

## Capítulo 22

Bruno y Frida.

Se bajaron del taxi que pagó Bruno, y subieron en silencio los dos tramos de escaleras dejando que las damas los guiaran a su destino. Cada uno iba sumido en sus pensamientos, nerviosos y ansiosos. Al llegar al rellano donde solo un ventanal rectangular dejaba entrar la luz del exterior. Se detuvieron y fue Adela la que habló:

—Frida, nos vemos mañana —sin más tomó a Román de la mano y lo guio a su departamento, abriendo la puerta decidida y cerrándola sin importarle nada, ni esperar afirmación o negación de su amiga.

—¡Vaya! —expresó Bruno—. ¿Mi hermano va a estar seguro ahí dentro, Frida?

—No te preocupes, ya mañana vemos quien sale vivo de ahí.

—Por curiosidad —continuó mientras Frida abría la puerta de su departamento—. ¿A mí que me espera ahí dentro?

—Lo que quieras, somos adultos y sabes porque estamos aquí, el cómo salgas, vivo o igual de muerto, eso ya es decisión tuya —y sin nada más que agregar por parte de ella, sin dilación entraron al departamento—. ¿Quieres algo de beber? —ofreció Frida, necesitaba serenarse un poco o se lo iba a comer enterito ahí mismo.

—¿Tienes agua mineral?

—Toma asiento, ya te la llevo —sacó Frida dos botellas del refrigerador, le entregó una a Bruno sentándose a su lado en el sillón.

—Me gusta tu departamento, se siente acogedor y cálido —quería ser precavido y llevar esto por un camino por el cual ella no se sintiera como bocado, a pesar de que deseaba saltarle encima y tomarla como imaginaba. Así que sin dudarlo se aventó sin paracaídas—. Quiero decirte que a pesar de que me haces muchas veces enojar y otras me caes mal —dijo sonriendo—. Ya no aguanto más, me enloqueces, te apareces en mis sueños malvada, provocándome y alejándote sin piedad, dejándome con ganas y hoy te aseguro que no te me vas a escapar—. Frida lo miró tranquila y sonriente a cada palabra, la vio tomar un gran trago de su agua y se levantó, dejándolo confundido.

—Dame un momento, tengo que ir al sanitario, pasa a mi habitación y ahí espérame, no tardo —observó como avanzaba sensual y desaparecer tras la puerta del baño.

Bruno tardó unos segundos en reaccionar. Se levantó presuroso y abrió la puerta que le intrigó cuando estuvo ahí. Encendió la luz y admiró el lugar con detenimiento. La habitación estaba decorada en colores gris y chocolate, la cama se veía confortable, tenía colocado un edredón color gris oscuro. Los seis cojines se sentían al tacto esponjosos y suaves, todos a juego con la decoración. En uno de los buros había una lámpara que encendió y se regresó a apagar la principal, dejando esa única luz más íntima y esperó parado a un lado de la cama. Fueron los cinco minutos más largos de su vida y casi al punto de la desesperación por la espera. Las manos le sudaban, estaba nervioso. La vio entrar con un vestido como el de la función, pero en negro y sintió que la tierra dejó de efectuar su rotación natural. Bruno como si estuviera viendo a una mujer por primera vez, admiraba a Frida con una mezcla de admiración y deseo. Ella estaba

decorada con curvas exquisitas, de belleza real, tentadora, con su cabello suelto brillaba y la rodeaba un aura salvaje, llena de confianza. Tragó en seco y por primera vez se sintió intimidado ante esa mujer.

Frida se sintió deseable y hermosa cuando los ojos de Bruno la recorrieron. La forma en que el la miraba, como la mujer más hermosa del mundo, la hacía sentir especial. Ella sabía que su cuerpo había cambiado después del embarazo, y su vientre por mas que quisiera no estaba plano, pero su feminidad y sensualidad seguían intactas. Se sintió con la confianza de mostrarse tal cual era y ese sentimiento la envolvía como una lujuriosa brisa de primavera.

Bruno se acercó lentamente, sin soltar su mirada que ya lo tenía atrapado. A cada paso que daba, se desataba los botones de la camisa, dejando a la vista su pecho cubierto de una pequeña mata de bello corporal. Cuando llegó a ella, continuó quitándose el resto de la ropa, dejando que lo admirara a cada movimiento que el realizaba y mostrándole lo que el también deseaba. Lo único que se dejó puesto fue un bóxer corto negro, que ya evidenciaban una erección firme y lista para ella.

Frida tembló aturdida al ver como él se desvestía sin quitarle la vista de encima. Admiró cada trozo de piel que quedaba al descubierto. Su pelo en pecho la atraía, lo quería recorrer con la lengua, y dejarse guiar al premio por ese camino que se pierde en la pretina de su bóxer y que sin pudor se erguía orgulloso un miembro atrapado entre la tela. Lo deseaba probar y sentir en su interior que ya estaba inundado de deseo.

Bruno ya delirante, la tomó del cuello y la pegó a su cuerpo, la besó con todas las ganas que le traía, se alimentó de su aliento. Hizo suyos los gemidos que ella expresaba a cada lengüetazo en el interior de su boca, jugando con su lengua intentando domar a la insolente. Mordisqueo con desespero sus labios hasta casi robarle la razón. Pasó sus manos por su cuerpo, conquistando como explorador en nuevas tierras sus curvas pronunciadas, sintiendo que podría derrapar en cada giro. Poco a poco levantó la prenda que la cubría hasta que se la quitó por completo, dio un paso atrás para admirarla. Sus pupilas se dilataron, su olfato se agudizó y se hincó a oler su aroma de mujer. Pasó su mano en su centro y se sorprendió al notar que ya estaba deseosa. Un manantial brotaba de su interior a borbotones invitándolo a saciar su sed, tentándolo a sumergirse en sus profundidades, a asfixiar su deseo hasta el final, importándole poco si tenía la oportunidad de salir de ahí vivo. Se levantó y la tomó en brazos dejándola en la orilla de la cama. Le abrió las piernas y se abalanzó a beber de ella, provocándole gritos de placer con su lengua y mordidas en su botón de placer. Ella se agarró de su cabello intentando detenerlo y a la vez obligándolo a seguir, provocando que perdiera el control de su cuerpo. Mas de una vez lo detuvo por lo intenso de su ataque, él se empeñó más. Él tenía el control de su placer y no pararía hasta tener en su lengua su orgasmo. Empezó a balancear su cadera desesperada, hasta que..., explotó en violentos espasmos, llenando su orgullo y su boca con sus fluidos. No le dio tiempo a la mujer, desgarró el condón y presuroso se lo puso en su dolorosa erección y la penetró de golpe hasta el fondo, haciéndola gritar aún más. Quería que lo sintiera en cada rincón de su jugoso, caliente y acogedor interior. Por fin era suya. Su corazón gritó lo que le daba miedo escuchar, así que solo se dedicó a sentirla, a disfrutarla y no soltarla jamás. No le dio tiempo de nada, él estaba privándose de eyacular, a pesar de sentirse que reventaba. Aun quería más de ella, cosa rara en él, que siempre que tenía sexo con otras mujeres hacia lo posible por llegar pronto a la cumbre. De un movimiento la colocó sobre él para que lo cabalgara y disfrutar de esa gloriosa vista, se

detuvo un momento para acariciar sus pechos y pellizcar sus pezones perfectos para mamar. Pasó sus dedos por su piel del vientre marcado por las estrías y por una cicatriz que cruzaba casi de lado a lado su vientre que contaban la historia de su maternidad. Era como un lienzo que daba fe del amor y regalo de la vida. Para él esas marcas eran lo más bello que nunca había visto. Con cada caricia sentía la excitación en ella crecer, alterando sus poros a cada roce de sus dedos.

Frida lo cabalgó como toda una amazona, no había en ella la intención de complacerlo, solo deseaba compartir su deseo y ardor con él. Se sentó Bruno sin interrumpir su cabalgata. Mordió y chupó cada pezón, provocando que la pasión entre ellos creciera con intensidad, llenando la habitación con una sinfonía de lujuria compartida, hasta que Bruno sin poder aguantar más y al sentir que ella se venía de nuevo, su miembro hizo erupción y se dejó ir gritando su nombre abrazado a Frida, temiendo caer al vacío por lo intenso de su orgasmo.

Se buscaron dos veces más como animales hambrientos, mordiendo y lamiendo sus pieles sudorosas y con sabor a sexo salvaje, hasta que al final mientras yacían agotados por el éxtasis, se miraron a los ojos y con un último beso, se quedaron dormidos abrazados.

Bruno abrió los ojos y le gustó la sensación de verla entre sus brazos, disfrutó de su peculiar belleza. Su cuerpo junto al suyo lo hizo sentirse vivo. Sonrió de lo irreverente de la situación. Ya no se sentía libre, estaba preso y solo bastó esa noche que fue testigo de un hermoso arrebató, y le gustó que ella fuera su maldito carcelero. Y volvió a caer en un profundo sueño.

Frida despertó con el cuerpo envarado por el sexo salvaje que compartió y que disfrutó con Bruno. Se levantó, cogió su camisón y fue a darse un baño. Al salir, puso café, se tomó un ibuprofeno; tenía nudos en todo su satisfecho cuerpo, tostó pan de caja y preparó huevos con tocino. Ya listo, fue a despertar al gruñón. Lo encontró boca abajo con la sábana entre sus piernas y con las nalgas al aire. Al llegar a su lado se le borraron las ganas de morderlas al distinguir un lunar rojizo en forma de pétalo de rosa y unas marcas que le cruzaban su espalda. Su mente se quedó en blanco, hasta que unas manos la atraparon y la sacaron de su estado, arrojándola a la cama donde la distrajerón con besos ardientes.

—Buenos días, Frida —la voz ronca le alteró la piel a la mujer.

—Buenos días, Bruno, ¿quieres desayunar?

—¡Mmm!, ¿tu estas en el menú?

—Ahorita no, tal vez mas tarde, si quieres darte un baño esta todo a la mano, te voy a dejar un pantalón de deporte en la cama y una playera, espero te queden.

—Puedo quedarme desnudo —ella tragó saliva y se sonrojó.

—Mejor no, no vaya a ser que te tire el café encima y por descuido te queme los huevos.

—¡Que simpática! —expresó dándole una nalgada—. Se levantó despacio dejándose ver en todo su esplendor, incluida su erección gruesa adornada de unas venas que serpenteaban hasta un glande rosado—. ¿Me acompañas? —él sabía que estaba excitada, ella negaba ante la invitación y él como maldito pavorreal caminó luciéndose al baño.

—¡Santo Dios! —expresó Frida abanicándose con las manos—. Esta que antoja el cabrón —dijo en voz alta pensando que no la escuchaba, y sorprendida escuchó que le respondió el

mentado desde el baño.

—Lo sé, y me excita que lo sepas —dijo soltando una carcajada desde adentro, Frida entre molesta y caliente prefirió no caer en la tentación, sacó la ropa para él, tendió rápido la cama y como alma que lleva el diablo, se fue a la cocina a esperarlo.

## Capítulo 23

Román y Adela

Entraron tomados de la mano hasta la sala, ahí lo soltó y lo invitó a sentarse, ella temerosa y el sin saber que decir o hacer.

—¿Quieres un café?

—Si, gracias, Adela, ¿me permites pasar a tu baño?

—Por supuesto, es la puerta color café —Lo vio desaparecer en el interior y soltó el aire que estaba sosteniendo, apreciaba un estado ansioso que temía y se saliera de control, pero debía controlarse. Lamentablemente había tomado alcohol y por seguridad no podía depender de su medicación. Mientras preparaba el café empezó a recitar un mantra que con el apoyo de su psicóloga creó para este tipo de ocasiones, unas veces funcionaban, otras no, pero que sin rendirse lo usaba cada que lo necesitaba. “Esto también pasará, respiro profundo y me relajo, soy más fuerte que mis miedos”. Lo repitió varias veces, haciendo que su respiración se acompasara con la cadencia de sus palabras.

Román escuchó sin que ella se diera cuenta uno de esos mantras y no la interrumpió, entendió, gracias a que vio muchas veces ese tipo de ejercicios en su hermano que, el utilizaba cuando se enfrentaba a situaciones emocionales que amenazaban por desbordar las emociones que lo embargaban. Después de un rato hizo ruido al cerrar la puerta del sanitario y así avisó de su presencia.

—Ya está listo el café, pasemos a la sala.

—Adela, me gustó la decoración del baño, el piso de cemento con piedras y el mosaico del baño de granito gris se ve fenomenal, así como la mampara acristalada. ¿Tú la decoraste?

—Entre mi mamá y yo —contestó dejando el servicio de café en la mesita de centro—. Un día fuimos de vacaciones a Melaque y nos gustó el piso de cemento con las piedras de mar que decoraba la regadera de la casa de Lisandro. Esos días nos pusimos a recoger cuanta piedra nos encontrábamos en la playa, no por exagerar, pero regresamos con medio costal de ellas. Lo de las paredes pedimos consejo en una tienda de azulejos y así fue como terminó la decoración del baño. El resto de las piedras las vas a ver en las macetas del balcón.

—Les quedo orgánico y la combinación de los materiales es interesante —alagó tomando su café del servicio y agregándole una cucharadita de azúcar.

—Gracias —contestó ya más tranquila, él no la presionaba, ni tampoco intentaba invadir su espacio personal y eso lo agradecía, tomo aire y decidió lanzarse del precipicio —Hay algo de mi pasado que quiero contarte. Es importante para mí que sepas esto, que quede claro que lo único que espero de ti es tu paciencia, así como tu apoyo y comprensión, Si después de escucharlo decides irte, no te voy a juzgar, pero si decides quedarte tendrás que comprender que va a ser difícil para ti, por lo que cual sea la decisión que tomes, la cumplas. Por favor no me interrumpas, ni te me acerques, así me veas llorando.

—Si, aquí estaré escuchándote con todo mi corazón, solo pido que al final si tengo preguntas me des las respuestas —recibió una inclinación de cabeza como, aceptación—. Cuando quieras.

—Todos los días te veía pasar frente a mi escritorio —inició sonrojándose hasta las cejas—. Solo me sonreías y eso me ponía de malas, deseaba que te tropezaras y terminaras con la cara de niño bonito desfigurada. En estas semanas que llevamos trabajando juntos, solo te comunicabas con monosílabos cuando yo intentaba entablar una conversación más amplia. Deseaba saber que pensabas de mí o del porqué de tu comportamiento. Hasta que lo descubrí cuando me invitaste ir a la cafetería y me tocaste de manera no violenta, pero que detonó unos escalofríos agresivos por todo mi cuerpo que se sentían como puñales. Desde ese día no hay noche que no tenga de nuevo pesadillas y no he podido estar tranquila. Me atraes mucho, como nunca, pero sé que no valgo la pena, estoy dañada y tú te mereces a una mujer completa para amar y no solo de palabra, también de cuerpo. Mi apoyo psicológico dice que soy afortunada, yo también lo espero —se detuvo un momento a retomar la calma, ya había lagrimas que recorrían su rostro y que limpiaba con un pañuelo que él le colocó a su alcance.

—¿Deseas continuar? —tuvo que preguntar, con un nudo en la garganta por las lágrimas que estaba reteniendo.

—Si —respiró profundo y continuó—. Tenía ocho años cuando me robaron mi inocente infancia. Recuerdo ese día como si fuera ayer, está grabado en mi mente y cuerpo. Mi mamá había llevado a mi papá a su revisión de su padecimiento cardíaco que le habían detectado, en ese entonces solo eran controles, ya que su problema no era grave, pero si tenía que llevar un seguimiento. La consulta estaba a veinte minutos y siempre tardaban una hora y media en ir y venir. Decidí quedarme ya que me aburría en la sala de espera, le dije a mi mamá que mientras vería las caricaturas; no era la primera vez que me quedaba sola y la verdad jamás imaginé que esta sería diferente. Tocaron la puerta, me asomé por la ventana y vi a mi tío Gael; hermano de mi papá, sonriéndome y diciendo que le abriera la puerta. Yo a esa edad jamás creí que al tío que más quería destruiría mi vida. Le abrí la puerta feliz y entusiasmada por su visita. Preguntó por mis papás, le dije que se acababan de ir a su consulta y me dijo que los esperaba y me hacía compañía. Nos sentamos juntos frente a la televisión, no pasaron ni dos minutos cuando noté que se movía inquieto, al girarme vi que se sobaba sobre su pantalón, a esa edad que vas a entender que esas manos tenían malvadas intenciones, ni que el motivo de ese toque era sexual. Me dijo que me amaba mucho, que era su sobrina favorita, que me iba a demostrar lo mucho de ese amor. Me empezó a acariciar con su mano libre mi cabello diciendo que era sedoso y acercando su nariz, lo olió y alagó el olor a chicle que yo en ese entonces usaba. Sus caricias se hicieron más intencionadas y agresivas. Me tomó por los brazos y de golpe me tumbó sobre el sillón y se empezó a sobar entre mis piernas sobre mi ropa. Todavía recuerdo esos asquerosos bufidos. Yo no sabía lo que estaba sucediendo, solo sentía las alertas que emitía mi pequeño cuerpo —se detuvo, ya que el temblor de sus manos era más evidente, se limpió su llanto y realizó de nuevo respiraciones, le estaba siendo difícil y doloroso recordar ese momento cruel—. Sus manos empezaron a tocar mi cuerpo, apretando dolorosamente mis inexistentes pechos, me desató mi short y de un movimiento lo bajo con todo y mi calzón de flores. Yo intenté resistirme llorando, pero mis esfuerzos eran mermados por unas más grandes y malvadas, tratando de profanar mi templo, ese lugar sagrado y privado. Uno de sus dedos me tocó mi vagina y vi cómo se ponía el dedo en la nariz y aspiraba diabólicamente. No se conformó con eso y sin piedad, metió en mi interior ese mismo dedo, lastimándome con esa invasión, siendo su único objetivo romper, destrozarse en pedazos mi intimidad. Grite ante ese dolor, llore con todas mis fuerzas. En ese momento mis papás entraron alertados por los gritos, ellos se habían regresado a la casa debido a

que se les habían olvidado unos estudios, evitando que terminara de destrozarme por completo. Recuerdo gritos y golpes, a mi madre abrazándome y llamando a la policía mientras mi papá golpeaba a su hermano con odio. A partir de ese momento, todo en mi casa cambió. Fui llevada a un hospital y me tuvieron que sedar, evitando así traumarme más. Mi madre me contó cuando crecí que la pediatra, junto a una trabajadora social, y ella tomada de mi mano, realizaron las exploraciones pertinentes y una mujer policía anotaba en un acta las lesiones encontradas. Fue horrible. Después de ese desgraciado evento mi papá sufrió un infarto, tuvieron que operarlo. Afortunadamente sobrevivió a la operación a corazón abierto. Desde ese entonces tengo ayuda psicológica y poco a poco he construido una red de apoyo. Me armé de una burbuja, de la que me da miedo salir y que ha mantenido fuera a todo hombre que ha intentado acercarse a mí. Y ahora a diez y ocho años de ese suceso, y a raíz de que te conocí, deseo sentirme mujer y no sabes cómo me aterra.

—¿Me permites acercarme? —preguntó también temeroso, permiso que le dio ella asintiendo entre espasmos por el llanto —lentamente se sentó a su lado y sin dejar de mirarla a sus ojos, cogió otro pañuelo y despacio cuidando de no tocar su piel, le secó sus lágrimas amargas—. Eres muy valiente, otras personas se hubieran rendido —expresó evitando sentir lastima.

—Dos veces en mi adolescencia me rendí, intenté quitarme la vida; una de ellas fue cortándome las venas de mi mano izquierda y la otra tomando pastillas para dormir. En ambas ocasiones fue mi papá el que evitó que cumpliera con mi objetivo, pobrecito, lo hice sufrir mucho por ser él parte del género que me lastimó y lo torturé culpándolo por no haberme protegido. Los tres fuimos juntos y por separado a terapia. Nos unimos aun grupo de víctimas de abuso infantil. Eso me ayudó a entender que no todos los hombres lastiman, violan o abusan de menores. Ahí me enteré de que también hay mujeres que hacen lo mismo, pero que no por ello debes generalizar; aprendí que todos tenemos la capacidad de elegir el camino del bien o del mal, solo hay que estar atentos.

—Aun así, sigo pensando que eres la mujer más valiente que he conocido y me gustaría compartir mi historia y después ambos decidimos si tenemos aun duda, voy a empezar como tú, desde el día que nos conocimos. Yo acababa de regresar de Zacatecas, angustiado por mi padre y la situación de la empresa. Bruno me puso al tanto y en familia hablamos de lo que haría a partir de ese momento. Ese lunes estaba preparándome mi café cuando entraste. En cuanto escuché tu voz, sentí que mi cerebro sufría un derrumbe y al mirarte me quede sin palabras; siempre a las mujeres les he hablado con palabras galantes y jocosas con términos referentes a piedras preciosas, pero contigo no pude. Las palabras con sentido de flores se quedaron atoradas en mi boca, pudriéndose por su encierro. Mi cuerpo me traicionó ante tu presencia, provocando una tardía reacción. Varias veces intenté acercarme a ti, esperando encontrar la motivación para alagar tu belleza y lo que me hacías sentir aquí —dijo señalando su corazón—. Sin embargo, algo me frenaba. El día que me atreví a hablarte sin trabarme fue cuando intentaste seguir investigando, arriesgando tu vida. Reaccioné ordenándote no seguir, y sentí la imperiosa necesidad de protegerte. Ese instinto me llevó a animarme a intentar un acercamiento. Por eso a la salida del trabajo te invité un café, pero tu reacción y tu mirada de terror ante mi proximidad, me afectó mucho, no sabía qué hacer y me odiaba por haber provocado esa reacción en ti, quedándome en una bruma de confusión. Ahora sé del porque mi mente y alma, les dolió tu

respuesta instintiva. No tengo un trauma como el tuyo, en realidad el que se llevó todo lo malo fue mi hermano, él sí que lo lleva no solo marcado en su memoria, también en su piel. Mi madre biológica, fue mala. Nuria dice que estaba enferma, pero yo aun pienso que estaba más llena de maldad que de enfermedad. Mi papá en su desesperación le contó a Nuria que ya en ese momento amaba, lo que pasaba. Ella un día valiente nos rescató, si no fuera por ella mi hermano y yo estaríamos muertos, casi lo logra con mi hermano, pero agradecemos a ella por haberlo evitado. Soy afortunado de no tener recuerdos así, solo llevo en mi memoria el sufrimiento de mi hermano y el amor con el que crecí a pesar de la traumática historia familiar. Lo que quiero decir es que no importa, cual sea nuestro pasado o las cicatrices que dejó, solo sé que la vida se mueve, cambia, se transforma, pero uno debe mantenerse firme como el tiempo, sin importar saber que no se detendrá nunca, así se acabe la misma vida. Yo te quiero así, tal y como estas, déjame ayudarte a levantar tus pedazos cada que desees romperte, cada que tengas dudas de lo que vales, déjame acompañarte en tu camino lleno de miedos, prometo ayudarte a matar al monstruo que te amenaza y que te impide vivir libre.

—No sabes cómo deseo poder vivir una relación normal con una pareja, pero solo de saber que me tocan, mi cuerpo y mi mente se revelan, no sé, no se.

—Me gustaría que intentáramos algo, si por alguna razón te alteras lo detenemos y después lo retomamos. ¿Estás de acuerdo?

—Si.

—Yo deseo con todo mi ser besarte, pero no lo voy a hacer. Voy a dejar que seas tú la que me bese a mí, yo me quedare quieto, con mis manos lejos de tu cuerpo, aunque estén deseosas de tocar. Así que..., aquí esperaré por ti.

Adela no lo podía creer, le ofrecía la oportunidad de sentir sin ser tocada y ella controlar la situación, tomando lo que deseaba con todo su ser, «sentirse mujer, su primer beso». Se acercó insegura a Román temblando de expectación, el solo le sonrió y se lanzó de cabeza y posó sus labios en los de él. Ella al no saber que hacer, Román le ayudó moviendo los labios, tratándolos con cariño y en ese instante todo su mundo cambió.

Román, estaba emocionado y enternecido por el como ella lo besaba, era su primer beso y se aguantaría las ganas de alocarse y perderse el mejor beso que jamás se imaginó que fuera así de limpio. Ella poco a poco dejó que el participara y cuando ella tomó un poco de aire abriendo sus labios, él intensificó el beso, evitando que ella dejara de hacerlo. Tocó su lengua despacio, ella lo aceptó sin temor y receptiva. El ya temblaba por la necesidad de tocarla, abrazarla y sin más dejó de besarla. Al abrir sus ojos la vio llorosa y confundida.

—¿Qué sucede?

—Yo... yo sentí cosas, pero no sé si a ti te pasó lo mismo. Perdón es que nunca había besado a nadie, de seguro no te gustó.

—Mírame, Adela, estoy temblando de pies a cabeza. Como me acabas de besar, has provocado reacciones en mi cuerpo que hacen que intente besarte y tocar tu piel. Se que no debo y creo que ya mejor me voy, no quiero que este deseo que despertaste en mi te asuste —Se estaba levantando cuando ella con su mano lo detuvo.

—No te vayas, mientras te besaba no sentí miedo, quiero intentarlo, si tú quieres. Ya he

pasado un proceso largo y desafiante. Ahora quiero dar el siguiente paso y lo deseo hacer contigo.

—¿Segura? —preguntó con dudas y deseo, ella solo asintió y con movimientos lentos la acercó a él y la besó como anhelaba, empezó despacio colocando sus manos en su cara, profiriéndole caricias lentas. Abandonó sus labios, para iniciar un camino de besos por su cara, llegando a su oreja que lamió y mordisqueo un lóbulo adornado por un discreto arete que jugueteó con su lengua. Besó detrás de su oreja y el cuello, dándole pequeños mordiscos que la hicieron proferir solo un ¡Ah!, de placer mientras jugueteaba con sus montañas vírgenes. En ese momento Román se detuvo, colocó su frente pegado a la de ella y la miró a los ojos agitado y con el cuerpo invadido de deseo —Mejor nos detenemos corazón, estoy ardiendo y no quiero hacer algo que te lastime o asuste.

—Estoy bien, ya no quiero imaginar, quiero sentirme amada.

—Te prometo que borraré con mi amor el daño que te causaron, deseo hacerte florecer. Han sido muchos inviernos los que han habitado en tu cuerpo y yo quiero regalarte a la primavera. Amarte será emocionante y hacerte el amor por primera vez mágico. Te confieso que nunca he hecho el amor, así que cuando estes lista, vamos a descubrir juntos lo que se siente —la tomó en sus brazos y le pidió que lo guiara hasta su habitación, la depositó con cuidado en la cama y besándola en sus labios tiernamente, se acostó a su lado y le dijo antes de dormir—: Duerme mi amor, pronto serás libre.

Esa noche Adela fue testigo de cómo Román empezaba a matar al monstruo y se quedó dormida cobijada en su cuerpo y por fin esa noche ella no tuvo pesadillas.

## Capítulo 24

Bruno se bañó rápido, quería aprovechar el tiempo a su lado, deseaba volver a sentirla, disfrutar de su sabor, olor, antes de que todo se volviera a torcer. Cuando salió del baño de reajo la vio poniendo cubiertos sobre la encimera de su pequeña cocina. Entró a su recámara y vio sobre la cama ya tendida, la ropa que se pondría. Se la puso y le quedó perfecta, le entró la duda de saber a qué hombre le pertenecía. Por un momento se molestó y con ese mal sabor de boca salió a su encuentro.

—Me da gusto saber que te quedó —dijo al verlo salir con el gesto fruncido—. ¿Ahora que pulga te picó? —agregó sínica.

—¿De quién es esta ropa? —preguntó acusador.

—Mia, ¿por?

—Mira, Frida, por lo que corroboré anoche a detalle, eres mujer y dudo mucho que te guste vestirme de hombre.

—Ya te dije que es mía, pero si no me crees, es tu problema y ya mejor desayuna lo que preparé y te largas. Ya la cagaste con tus tonterías.

—Frida..., perdón, pero es algo que no puedo controlar —dijo acercándose a ella y abrazándola para evitar que se alejara más de lo que ya estaba en esos momentos. Le dio un beso en la unión de su cuello y hombro, sintió como se estremecía.

—Es la última vez que te lo digo, es mía, me gusta dormir con ropa masculina, ya sé que es algo que es difícil de creer, pero la verdad los pantalones de deporte de los hombres tienen más amplitud, no importa la talla y me encantan las playeras con la misma línea. Tengo pijamas femeninas, pero casi no las uso, y deberías de agradecer que tienes algo que ponerte, en vez de usar la ropa con olor a antro, que por cierto se está lavando. De nada.

—Gracias, te dije que me haces siempre enojar y me es imposible que no me caigas mal.

—No te voy a comprar esa estupidez, tu solito te imaginas escenarios ridículos y de pésimo gusto.

—Lo sé, a veces no lo puedo evitar, viene conmigo esa conducta.

—Pues la terapia funciona.

—En eso estoy, bueno dejemos eso atrás y dime, ¿qué me preparaste?

—¿Me?, no papacito, yo me preparé y te estoy convidando. No te confundas.

—Guarda los cuchillos, mujer, —dijo burlón.

—Mejor ya siéntate, que se enfría —ordenó achicando los ojos, riendo.

—Primero un beso y después nos comemos lo que tienes para mí —la arrinconó contra el refrigerador, la besó y le dio un buen faje en condiciones. Satisfecho, la soltó y se sentó dejándola agitada y acalorada. Sonrió canalla y esperó a que le sirviera.

Frida alterada, le sirvió el café y los huevos que había preparado. Bruno vio su plato, no pudo evitar mirarlo con asombro; los huevos eran estrellados, el tocino era una sonrisa y las orejas eran dos rebanadas de jitomate y a un lado un platito con melón en forma de canicas, con

una cucharada de yogurt, y para rematar, el pan tostado tenía un dibujo de estrellas. Sintió un nudo en la garganta.

—¿Tiene algo de malo el desayuno? —Preguntó al ver su consternación.

—No, es solo que se me hizo curioso —mintió.

—¡Ah!, lo que pasa es que yo no preparo desayunos, preparo sonrisas. A Dani siempre le adorno así sus alimentos, de esa manera consigo que coma de todo y que se lo termine.

—Eres buena madre. —alagó de corazón.

—Gracias y ya empecemos, que se está enfriando.

—Provecho.

—Gracias, igualmente.

Desayunaron en silencio, él se comió todo con deleite y con una sonrisa genuina en sus labios. No dejaban de mirarse. Al terminar él se ofreció a lavar los platos, mientras ella limpiaba. Cuando dejaron todo acomodado Frida siguió su instinto y viéndolo tranquilo y satisfecho lo abordó.

—Necesito hablar contigo, pero sin trabas ni evasiones —lo vio asentir.

—Dime.

—Ven, vamos a sentarnos en la sala —juntos caminaron al sillón de dos plazas, ya sentados lado a lado, Frida se atrevió a preguntar—. ¿Qué te pasó en la espalda?

—Nada.

—Te dije que, sin evasivas, lo que vi no me gustó y quiero entenderte. Se que no confías en mí, pero, te juro que no te voy a juzgar, ni burlarme, es solo que he visto comportamientos en ti que me hacen pensar muchas cosas y prefiero saberlas por ti, que sacar conclusiones erróneas. No me gusta eso y creo que a ti tampoco.

—Es parte de un pasado que casi me destroza. Temo que al saberlo dejes de verme como hombre y solo te quedes con la idea equivocada. Ya que, si no estoy del todo jodido, me he obligado a no caerme sobre el piso y esperar que la vida pase, mientras soy absorbido por mi negrura.

—Eso no va a pasar, te lo prometo —le aseguró tomándole una de sus manos entre las de ella —, él dudó pero inició su relato con valor.

—Mi padre se casó con mi madre biológica en los inicios prósperos de la empresa que, gracias a los consejos de mi abuelo que se dedicó a la orfebrería, le enseñó el oficio de la joyería el cual mi padre aprendió con emoción y orgullo. Lo llevó a un nivel más alto, consiguiendo convertirse en maestro orfebre y administrador de empresas. En ese crecimiento la conoció, dice mi mamá Nuria que era hermosa. Se presentó ante él, afable y buena; solo era una fachada que ocultaba a un ser ambicioso y cruel. Se quedó de inmediato embarazada y mi padre cumpliendo con su deber y por el amor que le tenía, se casaron. Durante el embarazo cambió su comportamiento, se volvió chantajista y despilfarraba el dinero en caprichos absurdos. En cuanto nací, me negó el alimento de vida, vaya no quiso amamantarme, que por que según aparte de destrozarle el cuerpo no quería tener a un niño pegado las veinticuatro horas a sus pechos y que a

raíz de eso terminara por joderla aún más. Esto se me fue informando a raíz de algunas pesadillas que tenía. Y en una vuelta de la vida, me sometí a una hipnosis de regresión y ahí me enteré de que había cosas de cuando era bebé. Le pregunté a mi papá y él confirmó todo; ese tipo de hipnosis nadie cree que sea cierta, pero en mí sí que cumplió su propósito. Me dejaba solo, no la entendía mi padre, él se lo achacaba a una posible depresión posparto, por lo que decidió contratar a una niñera para que se hiciera cargo de mí, mientras ella se recuperaba. Ella se la pasaba en el salón de belleza, con sus amigas y en reuniones sociales, vaya viviendo como si yo no existiera. Varias niñeras pasaron por la casa y cada una de ellas se quejaron de recibir malos tratos si por alguna razón me escuchaba llorar. Al no haber más niñeras que se quisieran quedar a cuidarme, tuvo que hablar mi padre con ella y pedirle que cumpliera con su deber de madre y que él en cuanto regresara de trabajar le ayudaba a cuidarme. Mi padre empezó a descuidar la empresa por estar angustiado por mi bienestar y por pasar más tiempo en casa. Una vez me encontró con mi labio roto, me había caído y raspado la rodilla, obvio como todo niño pequeño al ver la sangre me asusté y lloré, esperando su consuelo, harta, me pegó. Mis padres ese día discutieron y al verse ella en riesgo de perder la mina de oro, lo sedujo con la intención de quedar embarazada y lo consiguió, pero eso no funcionó, cada día se volvió más violenta conmigo.

Mi padre conocía a Nuria, en un principio eran amigos, pero en medio de su desesperación y al abandono marital a lo que lo sometía se enamoró de la bondad y sinceridad de Nuria. Ella era la que diseñaba parte del catálogo de joyas en ese entonces y con ella alivió la ingratitud de la mujer que en un tiempo amó e idolatró. El día que entró en labor de parto, en cuanto nació Román, así como a mí, le dio el mismo trato, dejándolo llorar de hambre. Un día mi padre llegó de la oficina y ya no lo dejó entrar a la casa, en la puerta estaban sus cosas y lo amenazó, o le daba el dinero suficiente para largarse o no volvería a ver a sus hijos. Yo a esa corta edad, le daba la mamila a mi hermano y aprendí a cambiar pañales. Cada que mi hermano lloraba a mí me pegaba con un cinturón de cuero trenzado, hasta hacerme sangrar y orinarme del dolor. No había día que no recibiera ese tipo de reprimenda, por no mantener a mi hermano tranquilo y callado. Un día a Román le dio calentura y no paraba de llorar, le gritaba «cállate», mientras lo sacudía. Yo la empujaba, quería que se desquitara conmigo para que lo dejara en paz. Funcionó, me llevó a un pequeño sótano, ya que no quería que los vecinos volvieran a cuestionar mi llanto, y se encarnizó conmigo. Los golpes en mi rostro y el cinturón en mi espalda fueron mi castigo. En ese momento ya no lloraba, estaba como ido, y esa loca reía y gritaba que era una porquería latosa, que después de terminar conmigo, le enseñaría a ese bebé chillón a comportarse. Cada que ella me golpeaba me iba a otro lado, mi mente se transportaba a un lugar seguro mientras mi cuerpo era herido. En ese lugar había un tronco en forma de banca, donde podía verme a mí mismo jugar alegre, sin preocupación más que de subirme a la resbaladilla gigante, donde al lanzarme por ella a gran velocidad sentía en mi piel el viento que se generaba al deslizarme, dándome una libertad mágica y espiritual. Cuando se cansaba me dejaba ahí tirado como trapo sucio, entre orines y sangre. Tardaba a veces horas en regresar a la realidad, y al dolor por las laceraciones que me escocían. Cada vez que pasaba esos abusos, intentaba realizar movimientos precisos y lentos para ponerme de pie. Salía de ese sótano en silencio, me daba un baño que resultaba doloroso hasta casi desmayarme; una vez pasó y solo el agua helada consolando mi piel me hizo reaccionar. Cuando me vestía era otro tormento, y te juro que a esa edad ya sabía lo que se sentía odiar y también desear estar muerto. Lo único que me mantenía cuerdo en medio de esa

casa del horror, fue mi hermano Román, que cada que lo escuchaba llorar de hambre o por tener el pañal sucio, hacia que me moviera rápido a pesar de mis lesiones. Corría a cargarlo y a aliviar sus necesidades y por supuesto evitar que esa loca lo tocara. En uno de esos instantes de locura, dolor y terror en el sótano, entró Nuria, me tomó en sus brazos y me sacó de ahí. La loca que me engendró, la golpeo en el hombro provocándole una herida profunda, y en su premura por detenerla y recuperarme, se tropezó en las escaleras, que al rodar por ellas se rompió el cuello. Mi mamá Nuria, lleva esa cicatriz en su piel como recuerdo de un acto valiente y la porta orgullosa. Todo esto trajo consecuencias en mí, por poco pierdo mi oído derecho, debido a una bofetada que me dio y que me provocó pérdida auditiva por un tiempo. Estuve en terapia con una psiquiatra infantil, y a lo largo de mi vida cuando lo he necesitado vuelvo a terapia. Aún tengo que trabajar en mi pasado. Conforme crecía, tenía conductas extrañas que me atendieron a tiempo, si no hubiera sido así, mi vida sería otra, tal vez fuera como esa mujer desquiciada o algo peor. Mis marcas en mi espalda son un continuo recordatorio del amor que le tengo a mi hermano, de lo fuerte que fui; eso me repito todos los días cada que las sombras del pasado me asechan. Gracias a que recibí ayuda, ahora puedo decir que mi mierda de pasado no define quien soy, pero inconscientemente a veces me domina el enojo cuando veo a un niño que es maltratado. Por eso me metí cuando tus padres te abordaron en la plaza, te juro que no iba a intervenir, pero al ver a Dani asustada, mi instinto de protegerla me dominó.

—¡Santo, Dios! —Frida no pudo decir nada más.

—Y si, Dios nos envió a un ángel a rescatarnos, ojalá ahí hubiera terminado mi sufrimiento, pero hace cuatro años me robaron a mi pequeña. —dijo con lágrimas en los ojos, que retenía ferozmente—. Me encontré con una mujer igual que mi madre, bien dicen que a veces buscamos a mujeres que se parecen a alguno de nuestros padres, cuando no está del todo resuelto nuestro conflicto interno, y ahí lo comprobé. Ella, cuando tenía siete meses de embarazo, me pidió dinero a cambio de entregarme a mi hija cuando naciera. Vendí mi departamento, le entregué el dinero y ella no cumplió. Llevo estos años buscando a mi niña.

—¿Que fue de esa mujer? —preguntó con rabia en la voz.

—Murió. Di con ella en su lecho de muerte, y aun en las puertas del infierno, me dijo que al nacer la abandonó en un orfanatorio y se murió riendo como la loca que siempre fue y que, por imbécil, no vi. Hasta ahora he descubierto que alguien la ayudó y que estuvo pagando para que no me dieran noticias de mi hija. El lunes viajo a la ciudad de México, ahí dimos con una pareja que al parecer eran vecinos de ella y conocieron a quien le ayudó. Les voy a pagar para que hablen. Regreso el miércoles.

—Tengo una duda, ¿la marca roja en forma de pétalo es por los golpes que te dieron?

—No, esa es una marca de nacimiento que es hereditaria, mi papá la tiene y su padre también la tenía, es algo genético, vaya de familia, como un sello. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, solo me dio curiosidad —Frida no quería decirle, ni alimentar falsas esperanzas, primero tenía que investigar y hasta que no estuviera segura no diría nada.

—Dime, ¿qué piensas de lo que te conté? No me has dicho nada —preguntó inseguro.

—Ahora entiendo muchas cosas, hasta tus dudas con respecto a mí, lamento mucho todo lo que te ha pasado. No dimensiono lo que sufriste, tanto con tu madre biológica y la que fue tu

esposa.

—Nunca nos casamos, salió embarazada y no le ofrecí matrimonio, solo mi apoyo económico y moral. No la amaba como para casarme. Fui sincero con ella y creo que por eso todo se fue a la mierda. Me arrepiento de no darle más de lo que quería, y ahora vivo a medias y fue el motivo a que decidiera ya no tener más hijos.

—¿Cómo que ya no vas a tener más hijos?

—Me hice la vasectomía, si no recupero a mi pequeña, no pienso ser padre otra vez.

—Pero esa fue una decisión radical, aunque... te entiendo. Yo me volvería loca si algo así me pasara, es más te juro que me quitaría la vida. Deseo de corazón que tu viaje sea productivo y encuentres lo que estas buscando.

—Gracias por no verme con lástima, no lo hubiera soportado. Es más, te confieso que aún no se si me siento del todo cómodo después de contarte mi pasado que atormenta mi presente, hay vulnerabilidad en mi alma en estos momentos y te juro que deseo con todo mi cuerpo salir corriendo.

—No es necesario que bajes la guardia, esa vulnerabilidad de la que hablas te hace más fuerte y te da lo necesario para seguir buscando. Es más, y te lo digo de buena fe y no para alimentar tu maldito ego. Te admiro y respeto.

—Gracias, jamás imaginé una charla así contigo, vaya con cualquier otra mujer. A excepción de mi mamá.

—¿Me dejas abrazarte? —le dijo mientras le secaba sus lágrimas con sus dedos.

—Si —dudó un segundo. Frida lo consoló con cariño, sin ningún sentimiento profano o ventajoso, se puso en su lugar y sintió que podía confiar en él. Estuvieron abrazados por un buen rato, Bruno poco a poco retomó la calma y estando así agarrado a ella, su cuerpo entró en un estado de alivio emocional. Ahora quería el físico y decidió dejar de perder el tiempo.

—Entonces, ¿seguimos charlando o mejor cogemos? Mira que quiero tu boca sínica entretenida con mi miembro y mi lengua sucia en tu vagina. ¿Te parece bien un sesenta y nueve para empezar? —propuso ya con la excitación dominando su cuerpo.

—Mmmm, ¿y terminamos con un veintiuno? —propuso ella.

—¿Veintiuno? —preguntó interesado.

—Sí, te explico, después del sesenta y nueve, me voy a acostar de lado en la orilla de la cama, voy a levantar mis caderas y tú de pie, me vas a penetrar vaginalmente por atrás. Es una posición muy placentera para ambos. En esa postura estimulas mi punto G y como mi clítoris queda expuesto, se puede jugar con él, con tus dedos o con un vibrador. —Ante esa explicación que ella le dio, Bruno le saltó encima encendido y como llama del infierno, ardieron juntos.

## Capítulo 25

Román despertó desorientado, por un momento desconoció el lugar donde estaba. Su vista dio un repaso del lugar y a la mujer que descansaba a su lado encogida, casi en posición fetal con una de sus manos agarrada de uno de sus brazos. Recordó su confesión y como a pesar de sus miedos se abrió a contárselo a él. Se sintió halagado y esperaba que cuando ella despertara sintiera lo mismo que anoche. Decidió levantarse, su ropa estaba arrugada por dormir vestido. Antes de salir de la recámara la vio durmiendo apacible y sonrió. La despertaría de la mejor manera.

Adela entre que dormía y no, sintió que le besaban el rostro, ella no quería despertar de ese agradable sueño, sin embargo, se sentían cada vez más reales, así como el olor a café recién hecho. Abrió los ojos de golpe, al acordarse que no estaba sola. Se enderezó de golpe sentándose y pegando su espalda en el cabecero.

—Buenos días —saludó con cautela Román al ver su reacción y robándole la ilusión con la que había deseado despertarla por un momento—. Lo siento, no debí —se levantó y se alejó de ella—. Disculpa si te espanté.

—No, no pasa nada, disculpa mi reacción, espero y no censures esto, es solo que creí que era un sueño. Te aseguro que no estoy aterrada, solo sorprendida —afirmó con un ligero rubor que decoró su piel.

—¿Estás bien? Mira, te preparé el desayuno, ¿lo comemos aquí en la cama o en el comedor? —esperó su respuesta.

—Donde tú quieras —contestó tímida—. Pero primero me gustaría ir al baño, rápidamente se levantó, casi se tropieza con el edredón que estaba en el piso. No tardo —le avisó y corrió a meterse al sanitario, él sonrió divertido a la reacción de Adela.

Controlando sus respiraciones, se sentó en el inodoro y mientras orinaba, no sabía qué hacer o cómo actuar, ahora, vaya, lo que en realidad pasaría después entre ellos. Sin perder tiempo le bajó al baño y con una seguridad que no creyó tener. Se agarró el cabello en un moño desordenado, y con decisión se dio la ducha más rápida de la historia, cinco minutos, fue todo un récord. Hasta vergüenza le dio verse en el espejo con la emoción en los ojos y el nervio en la piel. Se pasó los dedos sobre los labios, cerró los ojos. Y sin más tiempo que perder, salió a su encuentro.

Román la vio salir con la decisión escrita en su rostro. La tomó de la mano, que besó en el dorso con respeto y adoración, después beso sus labios, y como quería estar en su vida de manera permanente decidió detenerse y darle de desayunar.

—Ven, siéntate en la cama, tenemos que comer algo, ya es tarde y no vaya a ser que te me desmayes.

—Gracias, ¿Qué preparaste?

—Pan tostado con crema de cacahuete y mermelada de fresa, café y fruta con yogurt. Creo que con eso podemos empezar y si tú quieres pedimos algo o salimos a comer —no esperó respuesta, él le empezó a dar fruta en la boca, la estaba alimentando, cuidando y secretamente ese acto le daba placer—. ¿Te gusta? —preguntó sin quitar la vista de cómo masticaba y tragaba, su

cuello hacia el movimiento natural y era el indicativo para darle más. Intercalaron bocados, ambos disfrutaban de la fruta y el yogurt.

—¿Qué piensa esa cabecita?

—Solo que aún no creo que haya pasado esto entre tú y yo. Es alucinante y emotivo para mí. Jamás creí atreverme a hablar de mi pasado con nadie y ahora... —dudo.

—Pues créelo y espero que me dejes que sea para siempre.

—Todavía tengo miedo, y me invaden las dudas.

—Todo irá bien, quisiera que hagas una cita con tu psicóloga y me lleves contigo. Esta situación es nueva para ambos y me gustaría que estuviéramos bien asesorados, ya que pretendo quedarme en tu vida de manera permanente. Me interesa mucho que te sientas segura y protegida, pero sobre todo que tus dudas y miedos poco a poco desaparezcan.

—¿Hablas en serio?

—Si —contestó firme, ella con lágrimas en sus ojos asintió —Me gustaría saber que fue de ese hombre, quiero estar preparado.

—No lo sé, ni me importa. Estuvo en la cárcel diez años, no hemos escuchado nada de él. Vaya, ni de la familia por parte de mi papá, para ellos estamos muertas. Siempre nos culparon de la ruptura familiar que se suscitó a raíz del ataque perpetrado en mi contra. Son unos estúpidos, mira culpar a una niña de los actos diabólicos de un adulto.

—A mí sí me importa y voy a asegurarme de que este bien lejos de ti y de tu madre. A partir de hoy te voy a cuidar como se cuida lo más valioso que puede existir.

—No quiero que tengas problemas o que... —la interrumpió Román.

—Ni lo menciones, —se acercó más a ella y con su boca sobre la suya le prometió—. Ya te había dicho que yo iba a protegerte de los monstruos. Y lo voy a cumplir, así sea lo último que haga.

## Capítulo 26

El domingo Frida invitó a desayunar a su amiga y a Román, ese día pedirían la comida a domicilio, estaban cansados y nadie quería cocinar ni agua. Los alimentos llegaron junto a sus invitados.

—Buenos días, mi rubí asesino, ¿sobrevivió mi hermano?, por cierto, deja ese monedero, ya está pagado.

—Lamentablemente sí, y gracias, la próxima invito yo. Adela, ¿cómo estás?

—Bien, amiga, gracias —dijo sonriendo y guiñándole un ojo.

—Me alegro, vamos al comedor, ya está puesta la mesa —se acomodaron y escucharon que Bruno se acercaba.

—Buenos días a todos, —dijo con una sonrisa, dejando a todos impactados, decir que su sonrisa era más grande que la del gato en la película, Alicia en el país de las maravillas, era quedarse corto.

—Frida, ¿quién es este güey?, ¿en qué bote de la basura tiraste a mi hermano?

—Ja, ja, ja, serás cabrón, hermanito, —y el resto acompañó a Bruno con risas escandalosas.

—No hay bote que lo quiera, solo esta algo mansito, en cualquier momento se le bota la canica y vuelve a ser el mismo gruñón, majadero y patán de siempre. «Ay» —expresó Frida, al recibir una nalgada por parte de Bruno que provocó más carcajadas.

—Vamos a comer, tengo hambre y tenemos todavía que ir por tu carro, hermano.

—No es necesario —dijo Adela—. Está estacionado abajo, lo trajo Lisandro y echó las llaves en mi buzón. —abrió su bolso, sacó las llaves, y las colocó sobre la mesa.

—Gracias, tesoro, —acompañó su agradecimiento Román con un pequeño beso en sus labios, provocando sonrojo en la mujer que ya era su dueña. Los demás presentes sonrieron dichosos.

Nadie habló de lo vivido ese par de días, solo de lo que sucedería a partir de ese momento.

—¿Mañana a qué hora te vas, Bruno?

—El avión sale a las siete de la mañana, tengo que estar dos horas antes, así que te va a tocar quedarte a cargo de la empresa. Llegando a la casa te paso los pendientes y te aviso que la nueva contable se incorpora mañana, se llama Arely, le das la bienvenida y le presentas a Adela.

—No hay problema, todo va a caminar sobre rieles.

—Frida, necesito que estés al pendiente de mi papá, ya quiere enterarse de los movimientos de la empresa, ponlo al día, solo que, si hay algo grave primero lo revisas con Román o mi mamá, no quiero que nos de otro susto.

—Está bien, tranquilízate, solo te vas por tres días, el miércoles, si es que llegas temprano, nos reunimos y te doy un reporte.

—Voy a estar de regreso como a medio día, y primero pasaría a la oficina y... —sonó el teléfono de Bruno, que contestó sin mirar—. Si, ¿diga? —al reconocer la voz, decidió poner el altavoz, ya no quería que Frida pensara que era un desgraciado.

—Bebé, ¿ya se te pasó el enojo? —al escuchar Frida la voz de esa mujer intentó levantarse, Bruno la detuvo tomándola de la mano evitando que saliera huyendo.

—¿Qué quieres, Clara?, estoy ocupado en este momento, además creo que ya había quedado todo claro.

—La verdad quería disculparme, me alteré y perdí los papeles, te di tiempo, porque creí que estabas pasando un mal día y eso provocó que descargaras tu enojo conmigo el día que fui a tu casa y dije cosas que no debía, pero creo que tienes que saber algo. Necesito verte.

—No puedo y lo que te dije fue enserio, tú y yo no somos, ni fuimos pareja, lo que tengas que decir suéltalo, ya que no pienso encontrarme contigo en ningún lugar.

—Lo que te diré cambiará tu vida, nuestra vida. Estoy esperando un hijo tuyo mi amor, no es maravilloso, la vida te está dando un regalo.

Al escuchar esa estupidez, Bruno empezó a alterarse. Todos los presentes vieron como la vena de su sien se inflamaba de manera exponencial. Román conocía a su hermano y que cuando lo provocaban era un desgraciado culero de cuidado. Ahora fue Frida la que lo sujetaba, intentando calmarlo.

—¿Bebé, estas ahí? Sé que no te esperabas una noticia así, yo estoy feliz y...

—Mira, pendeja de mierda —Frida al ver que Bruno estaba a punto de darle una embolia, tomó el control—. Es imposible que Bruno te haya dejado embarazada.

—¿Tú quién eres, puta?

—La que te va a buscar y partir la madre por mentirosa, vele a cargar el muerto a otro.

—Desgraciada, no vas a dejar a mi hijo sin padre.

—La única puta aquí eres tú, pero te voy a decir por qué lo sé. Bruno se hizo la vasectomía, y dudo mucho que seas la Virgen María.

—Es mentira, perra.

Frida iba a contestar, por lo que Bruno ya más calmado le habló a esa desgraciada.

—Es una mala carta la que estas utilizando contra mí, te creí más decente, pero eres como todas aquellas con las que me involucré, serás mentirosa, y mi novia te dijo la verdad, me hice la vasectomía hace unos meses.

—Maldito, mil veces maldito, te voy a... —la llamada la cortó Frida, ya no quería seguir escuchando más a esa mujer.

—No puedo creer que haya jugado Clara con eso, lo siento hermano —Bruno entre la rabia y el recuerdo de su pequeña, se quedó con la mirada baja.

—Bruno, mírame —le ordenó Frida—. No permitas que te saque de balance, ella es responsable de lo que dice, pero lo vuelves tuyo si permites que eso te paralice y avive ese desconsuelo que llevas en el corazón, recuerda que aún no está todo perdido. Mañana viajas a buscar respuestas, la vida y la Providencia te van a acompañar. No dejes que la amargura te vista los pensamientos de negrura y te atrape en sus garras —ya que lo vio más repuesto, agregó—. Otra cosa muy importante y que quiero aclarar. Eso que dijiste, de que soy tu novia, ja, «brincos dieras, papacito».

—Estoy cansado, nadie puede creer que un hombre quiere a su hija con él. Por lo general hay padres que abandonan a sus hijos, importándoles una mierda lo que les suceda. Todo el mundo da consuelo diciendo «él se lo pierde». Y es una vil mentira, esos desgraciados siguen con su vida como si nada, viviendo y gozando, y hasta formando otra familia, olvidándose de lo que dejaron tirado atrás. Yo sé que nunca la vi, lo único que tengo es un ultrasonido, pero sé que es mía. Si no fuera así, no se estarían tomando tantas molestias en ocultarla. Tan fácil era ser crueles y hacerla pasar por mía, y les juro, que, si fuera el caso, la amaría igual. El amor por esa pequeña ya me pertenece —respiró profundo e intentó quitar hierro al asunto—. Y lo de ser mi novia, «ya quisieras, mujer». —dijo sonriendo.

—El hecho de que lea novelas de romance no quiere decir que esté esperando al príncipe azul, así que deja de comportarte como un idiota, que mira que urgida no estoy, solo eres un sapo algo carita. Ahora sacúdete este mal rato y vamos a compartir la mesa con nuestros invitados, ¿va? —recibió por respuesta un asentimiento de cabeza y ella le dio un beso suave en los labios —. ¿Novia?, ja, nunca —afirmó.

—Si, hermano, déjalo, no vale la pena permitir que esa mujer nos arruine el poco tiempo que tenemos con estas preciosuras, así que, mejor vamos a comer que se está enfriando y Frida haces bien al ser clara con mi hermano, ya te estás dando cuenta de que es un facilote.

—«Oye, hermano, no echas grava» —rieron por un buen rato y después de un par de horas Bruno y Román salieron rumbo a la casa de sus padres con una sonrisa en el rostro y una satisfacción en el cuerpo y el corazón.

Las mujeres los vieron partir, tranquilas, ilusionadas y con la confianza de que se venían tiempos mejores.

Las niñas llegaron a las seis de la tarde, Frida y Adela bajaron a ayudar a Bianca con las maletas. Se les veía a las pequeñas felices y con un sonrojo en el rostro por la exposición al sol, que denotaba las aventuras que seguramente vivieron.

—¡Mami! —gritó Dani corriendo a los brazos de Frida.

—Hola, mi amor, ¿te divertiste?

—Si, mami.

—¿Dónde está Rosselyn?

—Aquí estoy, mami —esa manera de referirse la niña a ella, le causó un dolor en el pecho que le llegó hasta el fondo de su alma y que a la vez le calentó el corazón.

—Pequeña, que gusto verte. No saben cómo las extrañé —besó a las pequeñas, las envolvió en sus brazos protectores, amaba a esas niñas. Ahora tocaba continuar con su plan. Si lo lograba, haría feliz a muchos, pero principalmente a la pequeña.

—Bianca, te podrías quedar con la niña, al parecer la Juana llega hasta mañana en la noche y pidió que le regresáramos a Rosselyn hasta el martes a medio día, solo que tengo planes con la niña y necesito de tu ayuda.

—Claro, hija, vamos arriba, en lo que acomodamos las cosas, me cuentas que es lo que necesitas, porque a mí no me gustó lo que vi en el cuerpo de la pequeña.

—Espero no meterme en problemas, mañana la voy a llevar al médico, te paso a dejar a Dani después de la guardería y me llevo a Rosselyn, ya le mandé mensaje a mi pediatra, me

espera a las cuatro.

—¿Quieres que te acompañe, amiga?

—No, Adela, tengo pensado llevar a otra acompañante. Ya les contaré con calma después, esto es muy delicado y no quiero cometer errores.

—Solo ten cuidado —aconsejó la mamá de Adela ante la situación delicada que al parecer traía entre manos Frida.

—Siempre y gracias. Vamos a apurarnos, hay que preparar a los torbellinos para dormir — y todas se pusieron a prepararse para el siguiente día, algunas a sus rutinas, ajenas de preocupaciones y otras acojonadas, por lo que esperaba corroborar o descartar.

## Capítulo 27

Bruno se levantó de madrugada, hizo una maleta pequeña y bajó a prepararse de desayunar, a esa hora aun la casa dormía plácidamente. Mientras se preparaba un sándwich, la cafetera goteaba el líquido negro que gracias a esa mujer que lo traía, ¡¿quién sabe cómo?!, ahora tomaba ese brebaje como si lo hubiera consumido toda su vida.

—Buenas madrugadas, hijo.

—Papá, ¿qué haces levantado?, deberías de estar descansando y no andar caminando como si nada te hubiera pasado.

—Ya estoy harto de la cama, que, aunque he estado acompañado de tu madre, ya siento que me vuelvo loco, extraño mis caminatas, vaya, estar activo. Además, tenía que verte antes de que te fueras.

—¿Necesitas algo?

—Si, hijo, abrazarte —y el abrazo lo recibió él de su hijo ya todo un hombre, más alto y fuerte que él. El tiempo se le pasó volando, sentía que apenas ayer su pequeño lo buscaba para que lo ayudara, ahora era él quien le brindaba la ayuda, una ley de vida que gustoso recibía a diario—. Quiero decirte algo, no importa si lo consigues o no, aún tenemos otras pistas. No olvides que un legítimo héroe, es el que, pese al miedo, se enfrenta a los riesgos o pruebas, lo sigue intentando, así le cause dolor o salga herido. No te rindas.

—Si, papá y gracias por todo lo que me has dado y quiero que sepas que dependiendo del resultado voy a revertir lo de la vasectomía.

—¡Eso hijo!, ahora apúrate, ya está listo tu... ¿café? —dijo levantando una ceja y sonriendo.

—Si, café, cortesía de Frida, regresando te cuento.

—Estaré esperando que me cuentes lo que pasó este fin y lo del café ya me lo imagino. —Ambos hombres sonrieron cómplices, terminó de desayunar y a los quince minutos el detective pasó por él para irse al aeropuerto.

Frida llegó puntual como todos los días a su trabajo, estaba revisando los pendientes, cuando entró a la oficina Nuria.

—Buenos días, Frida, ¿qué tal tu fin de semana? —preguntó con toda la intención de averiguar, no tuvo que indagar tanto, la mirada evasiva y el sonrojo en el rostro de la muchacha revelaba más de lo que decía.

—Bien gracias, señora, por cierto, me gustaría hablar con usted. Si no le importa, cerraré la puerta, tiene que quedar entre nosotras de momento.

—¿Qué sucede? —preguntó intrigada.

—Primero que nada, quiero que me apoye con información sobre la marca que tiene los Vidal en la nalga.

—¿Marca que viste en Bruno? —cuestionó jocosa.

—Si, señora y disculpe mi atrevimiento, sé que ya se imagina que Bruno y yo... espero... no verme como una descarada, usted sabe que yo no..., vaya, busco ser favorecida de manera

ventajosa de su familia.

—Tranquila muchacha, sé que no eres así, así que no te angusties, mi pensar no es ese. Pero si necesitas información te la daré, al parecer es importante y una razón tendrás. —Estuvieron hablando por más de media hora, a cada información dada, Frida asentía y le tocó a ella explicar sus razones.

—¡Santo Dios!, ¿estás segura?

—Eso lo vamos a averiguar, necesito que me acompañe al pediatra y a solicitar las pruebas de ADN solo necesito muestras de Bruno.

—Voy a tomar cabello del cepillo de mi hijo, y conociéndolo, seguramente después de bañarse se cortó las uñas, voy a ver que puedo recuperar. Mientras tú haces tus labores yo me encargo de eso. ¿A qué hora nos vamos?

—A las dos.

—Aquí me tendrás puntual y Frida, si es cierto lo que sospechas, te voy a deber la vida de mi pequeño y la de todos nosotros. No voy a tener lo suficiente con que pague.

—No lo hago esperando retribución alguna, mis motivos son sanos, solo quiero lo que les negaron a un padre y a su hija, estar juntos.

—Dios te oiga. —ambas mujeres tenían una cita.

Bruno y el detective aterrizaron a las nueve de la mañana en el aeropuerto de la ciudad de México, caminaron entre personas vestidas de traje y varios emocionados arrastrando maletas a rumbos desconocidos. Varias azafatas con uniforme color burdeos, caminaban presurosas a su próximo vuelo. Eran de la misma línea aérea por donde viajaron. Llegaron al hotel, les asignaron sus habitaciones y se reunieron en el bar, tenían que gestionar las llamadas a las personas involucradas en el asunto. Lograron contactar la cita para las cuatro de la tarde, por lo que decidió Bruno dar un paseo por el centro de esa emblemática ciudad, llena de historia y gastronomía.

El taxi de plataforma lo dejó frente a uno de los edificios más emblemáticos del centro de la ciudad, la casa de los azulejos o la Casa del conde del Valle de Orizaba. Al entrar por su puerta, de inmediato Bruno decidió recorrer el lugar. Con la ayuda de una guía turística se enteró que su historia data de 1524 cuando se unieron en matrimonio don Luis de Vivero y doña Graciana Suárez Peredo. Y que gracias a que tuvieron un hijo juerguista y que puso en riesgo más de una vez la fortuna familiar, el padre lastimó el orgullo del hijo al reprenderlo por su falta de decoro, responsabilidad y honor, provocando un cambio favorecedor y convirtiéndose su vástago en el responsable de la edificación de la Casa de los azulejos. En 1737 la fachada de la casa fue revestida con azulejos de talavera artesanal realizada en Puebla, en colores amarillo, azul y blanco. Al diseño se le agregó cantera mexicana de estilo churrigueresco (peculiar estilo exuberante). A cada paso que avanzaba y leía más, le interesaba los detalles arquitectónicos y decorativos de cada rincón, así como de los hermosos barandales que embellecen los balcones y corredores que fueron mandados hacer a Japón. En 1871 la familia decidió venderla y pasó por varios ocupantes como Jockey Club, en la revolución por La Casa del obrero Mundial y Sanborns Bros, que en esa época la rentaba, realizando gracias al arrendamiento remodelaciones importantes como: El mural de Clemente Orozco en 1925, llamado Omni-ciencia y que abarca toda una pared del inmueble y que disfrutas bajando por sus escaleras. En 1978 Sanborns Hnos.

adquirió la propiedad. Hoy en día, se puede disfrutar de un rico desayuno admirando uno de los palacios novohispanos que aún se mantiene en pie. Bruno no se privó de disfrutar de un rico café con una rebanada de pastel. Revisó su reloj, era medio día, ya no tenía tiempo de visitar el palacio de las Bellas Artes, casa donde se hospedan: La Compañía de Teatro Nacional, la Compañía Nacional de Ópera, la Orquesta Sinfónica Nacional y la Orquesta de la Cámara de Bellas artes. Otro día regresaría, pidió el transporte, ya que el traslado como mínimo era de una hora o dos dependiendo del tráfico, así que decidió darse prisa, no quería llegar tarde, aún tenía que llegar al hotel y junto al detective salir a su próximo destino.

La reunión sería en el domicilio del matrimonio ubicado en la alcaldía Iztapalapa, un lugar donde se realizan fiestas y peregrinaciones, conservando sus tradiciones y leyendas con pasión, resguardando sus raíces a pesar del paso del tiempo y del consumo de la tecnología. Le apenó visitar ese lugar con otro propósito, ya que había muchos lugares interesantes por disfrutar. Llegaron a su destino, exactamente tres cuadras después de la Central de Abastos. Al bajarse del taxi se quedaron observando la propiedad, que si bien no era grande se notaba algo descuidada, su puerta de madera estaba algo picada y la pintura lucía desgastada, su acompañante estuvo a punto de tocar la puerta, Bruno detuvo su intención.

—Espere, Luis, necesito pedirle un favor.

—Dígame, Bruno.

—No quiero que los amenace, solo tendremos una charla lo más amena que se pueda, lo más seguro es que estén asustados y a la defensiva, no quiero que todo se vaya a la mierda.

—Lo haremos como pide.

—Gracias.

—A usted —entonces ya aclarado todo tocaron el timbre y esperaron pacientes.

## Capítulo 28

Frida se sentía nerviosa mientras caminaba por los pasillos del hospital. Agarraba firme pero suave la mano de Rosselyn y su otra manita la llevaba tomada Nuria; quién las acompañaba en ese momento lleno de incertidumbre y esperanza. La niña con su mirada curiosa y su rostro marcado por una ligera desnutrición avanzaba temerosa, ya que para ella era un lugar desconocido, así como las personas que caminaban vestidas de blanco. Todo lo miraba con una mezcla de curiosidad y confusión. Llegaron a la sala de espera del consultorio de su pediatra de confianza. Los minutos se deslizaban con lentitud agónica, cada tic tac del reloj parecía un estimulante a cada latido que se hacía más fuerte que el anterior. Nuria jugaba con sus manos ansiosa por descubrir si de verdad esa niña de aspecto frágil era su nieta perdida por tanto tiempo.

Finalmente, el asistente llamó a Frida, tomó cariñosamente la mano de la niña y custodiadas por Nuria avanzaron hacia la consulta. El doctor, un hombre amable con una mirada comprensiva, examinó a la niña con detenimiento. Tomó muestras de sangre que con cariño y palabras dulces por parte de la enfermera y el apapacho de Frida mitigó su miedo y dolor. Al tener las muestras, el doctor ordenó los exámenes para ese mismo instante. Mientras regresaban con los resultados le dedicó tiempo a cada detalle del aspecto físico de la niña, evaluando el peso, la estatura y temperatura. La revisión de oídos lo realizó jugando con Rosselyn que no paraba de reír a las cosquillas que le profería el pediatra. Su profesionalidad siempre había reconfortado a Frida cada que ella llevaba a su pequeña Dani a revisión. Esperaba que los resultados no revelaran algún daño severo en la niña, o alguna enfermedad provocada por el descuido de la mujer que la cuidaba.

Nuria observaba detenidamente cada movimiento, esperando que la verdad finalmente saliera a la luz. Una conexión indescriptible se estaba formando en su mente, una sensación de familiaridad que no podía ignorar, especialmente al notar y reconocer la marca de nacimiento idéntica a la de Bruno. El médico habló en voz baja con Frida.

—La situación nutricional de la niña no es grave. Es imperativo corregir la dieta, te daré un plan alimenticio equilibrado y rico en nutrientes, sobre todo en proteínas, vitaminas y minerales esenciales para estimular el crecimiento y la recuperación de la pequeña. También algunos suplementos nutricionales para asegurar que la niña reciba los nutrientes necesarios para su desarrollo. Recomendó un seguimiento médico, programar visitas regulares y monitorear el progreso y así ajustar el plan del tratamiento según sea necesario. Al informarme de la situación de la niña le voy a aplicar algunas vacunas, mientras se averigua si tiene cartilla de vacunación al día. —Para el médico la situación de la niña era serio, temía que aparte de su estado, esa niña hasta ese día había carecido de atención médica—. ¿Dudas? —ambas mujeres negaron con la cabeza, estaban preocupadas y a la vez aliviadas, era una sensación que físicamente no se podría describir, pero que les recorría el cuerpo sin tregua.

Al terminar de examinar a la niña la llevaron a un lugar apartado dentro de la misma consulta para que la niña pudiera jugar y así poder hablar tranquilamente. Charlaron sobre lo que les había traído ahí.

—Frida, necesito que me digas qué traes para poder realizar la prueba de paternidad que me estás pidiendo.

—Traemos muestras de cabello y uñas del que sospechamos es el padre, no sé si eso sea suficiente para la prueba.

—Frida, si nos sirve. El cabello y las uñas contienen el material genético que puede ser usado para realizar la prueba de paternidad, sin embargo, me tengo que asegurar que el cabello que me traes cuenta con lo necesario para ser viable en la prueba. Que tenga la raíz es fundamental y con respecto a las uñas, ¿cuántas traen?

—Todas, doctor —interrumpió Nuria, agregando seguridad—. Mi hijo en la mañana se las cortó y yo las rescaté del bote de la basura. Afortunadamente la bolsa estaba recién cambiada y no estuvieron en contacto con nada más, solo con el pañuelo que guardé con cuidado en esta bolsa junto al cabello. Ya usted nos indicará si le sirven o no.

—Creo que sí y espero no meterme en problemas, pero sé que la situación de la niña es grave y que así se puede salvar. Si sale positivo el resultado, te sugiero que hables con una trabajadora social especializada en cuidado del menor y de la mano de abogados de lo familiar, hagan lo necesario para rescatar a esta niña. Lamentablemente no puedes retirar a la niña del hogar donde está habitando. Lo que sí puedes hacer es ver la manera de darle la alimentación adecuada y los complementos alimenticios que te mandé, mientras esperan los resultados del ADN. Estos resultados pueden tardar dependiendo el laboratorio, yo espero que no tarden tanto, puedo solicitar que lleguen en un máximo de cinco días. Voy a hablar con ellos para decirles que es un caso urgente. Y como recomendación, esto hay que manejarlo de manera discreta para no involucrar a más personas.

—Yo me encargo de que la niña esté bien cuidada, le voy a pedir a mis vecinas apoyo y cuidaremos que haga sus tres comidas al día.

—Frida, tienes que ser consciente de que se vienen momentos fuertes para todos, principalmente para la niña si se confirma el parentesco. Tienen que prepararse para que la niña sea llevada a un hogar de acogida o que al hablar con las autoridades y presentar la prueba puedan tenerla a su cuidado.

—Sí, doctor, gracias, eso haremos —dijo Nuria aceptando el riesgo.

—¿Qué les parece si el resultado se los hago llegar por correo electrónico? Solo necesito que me dejen los datos —ambas mujeres se miraron y Frida decidió que sería el correo de Nuria el indicado, su labor ya estaba realizada, y por respeto dejaría que Nuria fuera la primera en saber el resultado.

—Sí, doctor, sin problema me los puede hacer llegar, le doy mi tarjeta, ahí vienen los datos que usted requiere.

—Bueno, pues les deseo lo mejor, pasen por favor con mi secretaria a pagar los honorarios y la prueba de ADN. Frida, un gusto verte y nos vemos pronto.

Nuria al salir fue la que pagó la consulta, los medicamentos y los complementos alimenticios de la pequeña, así como sus vacunas, y también la prueba. Y con las bolsas llenas de lo recomendado por el médico, Frida y Nuria, con la niña tomada cada una de sus manos, caminaron con determinación, decididas a proteger a la niña a cualquier costo, conscientes de que el resultado podría cambiar el rumbo de sus vidas para siempre. Nuria acariciaba el cabello de la niña con ternura, mientras Frida manejaba de regreso a su departamento, sintiendo una

mezcla de amor y preocupación. Iban a vivir en una tensión palpable mientras esperaban el correo con el informe. La verdad tarde o temprano sale a la luz, o eso dicen, y ambas deseaban saberla.

## Capítulo 29

—Ya estoy de regreso —anunció Bruno a su hermano, lo encontró acomodando unas carpetas sobre el escritorio bastante desordenado—. ¿No me digas que estás camotes?

—Pues sí, hermano, te fuiste de vacaciones y me dejaste con los problemas de la empresa.

—¿Cuáles problemas? Yo deje marchando todo a la perfección, así que si estás hecho bolas, es tu culpa, no la mía.

—Jajaja, perfección, qué mala referencia, hermano, pero bueno, cuéntame, ¿Cómo te fue?

—Ni mal, ni bien, solo me fue, pero estoy intranquilo. Fui a ver a las personas que te comenté, viven en una propiedad en buena zona, pero está descuidada. No se están muriendo de hambre, pero sí que no viven de manera holgada. Hablé con ellos, en un principio estaban a la defensiva. Cuando les di a entender que no quería hacerles daño, y que solo solicitaba de ellos su ayuda para buscar a mi hija, se fueron relajando; principalmente la esposa. En resumen, lo van a pensar, que les hable el próximo lunes.

—Creo que, si te pidieron tiempo, es para hablar con la otra persona y ver si le pueden sacar más. ¿Quién llevó la voz cantante?

—El marido, porque cuando ella intentaba hablar, él la callaba de un manotazo. Fue grotesco, ¿por qué?

—Fácil, tal vez la mujer es la pieza clave, habla con el investigador, creo que ahí tenemos una oportunidad, ya si el marido quiere hacer negocio, mejor lo hacemos con la mujer y chance hasta la ayudamos con hacerlo de esa manera.

—Buena idea, cambiando el tema, ¿qué tal la nueva contable?

—Genial, es una señora de carácter y Adela está muy contenta trabajando a su lado, dice que ahora si está poniendo en práctica lo que aprendió en la escuela de comercio y que en dos días le ha enseñado nuevas cosas. Por cierto, ya cambié los datos de acceso a la banca, ahora solo nosotros le daremos ciertas facultades a la contable y a partir de ahora me haré cargo de los pagos de nuestros proveedores, y servicios. También dejé como nuevo encargado de almacén a Josué, voy a dejar la dinámica que empleé cuando llegué, está muy entusiasmado y agradecido por la oportunidad. Por cierto, en tu ausencia, vino Clara, quería hablar contigo. Jacinta tuvo que pedirme autorización para que la dejaran subir.

—¿Qué te dijo?

—Me repitió lo mismo que escuchamos cuando te informó del supuesto embarazo. No me quedó más remedio que confirmar lo de la vasectomía y que tienes novia. Se puso furiosa y le pedí amablemente que ya no volviera. La verdad desconocía la cara que me mostró ese día, o más bien esa es la real y que nunca vimos.

—La verdad ya no me importa nada que venga de ella —dijo mirando el reloj, dejando el tema por olvidado—. Hermano, ya es hora de comer, ¿nos vamos a la casa?

—Si, vámonos, te aviso que ya me pienso instalar en mi oficina, para que le informes a Jacinta de mi agenda y que solicite a mantenimiento una buena limpieza.

—Muy bien, yo no voy a regresar, así que por hoy sigues al mando.

—¡Ya qué! —se quejó dramáticamente y juntos salieron de la empresa a casa de sus padres.

Frida acababa de llegar de la guardería, estaba preparándole a su pequeña, albóndigas rellenas de queso en caldo de jitomate y una sopa de codito con verduras. Acababa de terminar la llamada con Bianca; ese día se estaba haciendo cargo de la pequeña Rosselyn. Al parecer no había problema con el cambio de la alimentación, al contrario, le informó que comía con ganas. Eso alegró aún más su día. Terminando de comer, se puso a realizar la tarea que le dejaron a su pequeña; si palitos y rayitas se lo podía considerar tarea, ella deseó inscribirse al siguiente curso con su hija. Después de terminar con sus labores Frida vio por la ventana que el sol brillaba y empezaba a llover. Estaba cálido el día, así que sin pensarlo mucho se quitó los tenis y los calcetines y realizó la misma acción con su hija. Frida llevó a la pequeña al exterior a jugar con el sol y la lluvia.

Bruno al terminar de comer, deseó ver a Frida, por lo que discretamente se asomó a la ventana, e ir a su encuentro. Vio como Dani y la loca de Frida corrían y gritaban bajo la lluvia acompañadas de un sol brillante. Por momentos cuando ellas brincaban sobre los charcos, se producían pequeños destellos multicolor, dándoles un toque de magia. No pudo evitar admirar y sonreír ante esa imagen, él deseaba tener eso, deseaba muchas cosas que, aun no se podía permitir..

—¿Qué haces hijo? —Nuria preguntó a su hijo que miraba atento por la ventana, sobresaltándolo al interrumpirlo.

—Viendo a esas locas cómo se provocan una pulmonía.

—No exageres, ¿acaso ya se te olvidó como te gustaba jugar así de niño?

—Yo era más fuerte, y grande, no me enfermaba tan fácilmente —y era cierto, pocas veces en la vida le ha dado una gripa—. Además, Dani es muy pequeña y frágil.

—Eso dices tú, observa con atención cómo se divierten.

—Ya quiero verlas mañana con una gripa de muerte encima, Frida es una insensata.

—A mí no me parece, al contrario, me gusta cómo es con su hija; firme, con hábitos bien marcados y amor. Deja de ser paranoico, mejor ve a reunirte con ellas y deja libre al niño que vive prisionero en tu interior, ayúdame a olvidar los límites que te impusiste con tal de aferrarte al control.

—¿Y si no les parece que las acompañe?

—Lo sabrás cuando lo hagas, anda, dame tu teléfono, cartera, reloj y descálzate, ya es hora de darte la libertad que te has negado por voluntad propia y llévate la pelota roja que está olvidada y acumulando polvo en el clóset de la entrada.

Nuria esperanzada lo vio caminando dudoso hacia ellas, observó como el niño dejaba atrás al hombre dispuesto a disfrutar como nunca lo había hecho.

—Aquí estas, querida —mencionó Darío a su mujer que al llegar a ella notó que lloraba y sonreía.

—Ajá —contestó por inercia.

—¿Qué...?, ¡oh por dios! —exclamó al ver a su hijo corriendo tras Frida y Dani, bajo la lluvia gritando emocionadas—. ¿Ese es nuestro hijo?

—Sí, mi amor, es tu hijo.

—Nuestro, Nuria, nuestro —agregó con lágrimas de felicidad.

Estuvieron un buen rato observando cómo su hijo se transformaba gracias a personas que jamás imaginaron ser las responsables. Eran las que milagrosamente harían salir al niño secuestrado por el hombre que llevaba mucho tiempo solo, maltrecho y viviendo con un corazón en silencio.

Frida al ver salir a Bruno con una pelota en el brazo, le dio un vuelco el corazón y más cuando sin pedir permiso se puso a corretearlas y compartir ese momento divertido. Ella no se dio puñetadas mentales por averiguar qué lo motivó a estar en ese momento con ellas. Solo decidió disfrutar del momento y la compañía.

Estuvieron así un par de horas hasta que dejó de llover y decidieron dar por terminada la diversión, era momento de quitarse la ropa mojada y tomar algo caliente para evitar resfriados. En silencio se despidió de él con una sonrisa, Dani le dio un beso y cada uno se fue a quitar la humedad del cuerpo. Bruno las vio partir, esperó hasta verlas entrar en la casita. Al perderlas de vista, él se dio media vuelta y a pesar de la humedad del cuerpo, no tenía frío, la alegría en su corazón le brindaba el calor que necesitaba.

## Capítulo 30

Frida estaba cómodamente dormida con su hija en su cama, ambas se habían quedado fritas a media película. Ese viernes decidió después de la guardería irse a su departamento, estaba preocupada por Rosselyn. Al verla bien, se tranquilizó su alma, lamentablemente al decirle a la Juana que la invitaba a ver una película, la mujer se negó, argumentando que tendría visitas, por lo que no insistió y decidió esperar los resultados y entonces la rescataría de ese insalubre lugar.

El olor a humo era inconfundible, en un momento entre sueños Frida pensó que algún vecino estaba quemando basura y no le dio tanta importancia, intentó volverse a dormir; al final de cuentas, eran prácticas que algunas personas, le gustara o no, malamente realizaban. Cuando realmente se preocupó, fue cuando el olor se volvió más intenso y algo tóxico; como a químico y acre. Lo que la sacó en su totalidad del sueño alertada, fue cuando escuchó agitación en el edificio. Tomó la carpeta de documentos importantes, los metió a una mochila y cogió en brazos a su hija, salió de su departamento ya con el detector de humo sonando ensordecedor. En cuanto abrió la puerta se topó de frente con Lisandro que agitado le decía que tenía que salir del edificio, que el incendio era en el departamento de Juana.

—¿Ellas salieron? —Preguntó con la inquietud recorriéndole el cuerpo.

—No sé —contestó preocupado.

En el momento que bajaban las escaleras sonó su celular contestando sin tardanza.

—¿Bueno?

—Frida, es positivo, es la hija de Bruno, —reconoció la voz de Nuria que le hablaba emocionada y que fue interrumpido por un estallido que los sobresaltó, y una espesa nube de humo llenó el pasillo. Un grito de niña los alertó, en ese momento Frida detuvo sus pasos y sintió lo que era el pánico. «Es hija de Bruno, no, no la puede perder». No tuvo que pensarlo dos veces.

—Toma a Dani, ponla a salvo. —le entregó a su hija y la mochila a Lisandro, Frida no había colgado la llamada y Nuria escuchaba todo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy por Rosselyn.

—¿Estás loca, Frida?, las llamas envuelven la puerta, vámonos.

—No, tengo que salvarla, protege a mi hija y llamen a los bomberos. —Frida en su premura se olvidó del teléfono y corrió de nuevo a su departamento tirando el aparato en el camino sin darse cuenta. Nuria al escuchar lo que estaba sucediendo, profirió un grito.

Lisandro la vio perderse entre el humo gris. Terminó de bajar las escaleras y se cruzó la calle donde ya los vecinos estaban reunidos llorando y gritando por la situación. Llegó hasta donde estaban Bianca y Adela y con cara de angustia le entregó a la pequeña.

—Y Frida, ¿dónde está? —interrogó alterada Bianca al momento de tomar en brazos a la

pequeña.

—Fue por Rosselyn —ni tiempo les dio a preguntar más al visualizar a Frida con una cobija cubriendo su cuerpo y entrando a través del balcón del departamento en llamas. En cuanto la perdieron de vista un grito los sobresaltó.

—¡Fridaaaaaa! —el grito de Bruno sorprendió a los presentes que veían cómo ella desapareció entre el humo denso. Nadie pudo evitar que él corriera hacia el edificio a pesar de escucharse a lo lejos la torreta de los bomberos y las sirenas de las ambulancias.

## Capítulo 31

Frida al entrar por la puerta del balcón ya sin cristal, observó que las llamas se abrían paso desde la cocina rugiendo y devorando todo lo que tocaban. La temperatura se elevaba a cada paso que daba, sentía la caricia malvada del fuego en su cuerpo. El humo le impedía respirar, solo el oxígeno que había servía para alimentar a ese espantoso fuego. Luchó con todas sus fuerzas por respirar por entre la tela mojada, y encontrar a tiempo a la niña.

—¡Rosselyn! —gritó acompañado de una tos que ya le dolía. Sentía que el aire ardía al entrar por su sistema respiratorio. Escuchó a la niña gritar ¡mami! y corrió sin importarle que las llamas casi la devoraban. Entro a la habitación, se tuvo que agachar, ya que el humo no la dejaba ver nada. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y le ardían a cada parpadeo. A la niña, la localizó en un rincón abrazada a chocolate.

—Pequeña, ya estoy aquí, —le dijo al mismo tiempo que se quitaba la cobija y la cubría con ella, exponiéndose al fuego. Intentó salir con la niña en brazos, pero no encontraba la salida. Frida con determinación en medio de ese caos, se lanzó a la densa cortina de humo, enfrentándose con las llamas que amenazaban con engullirla. A pesar de la dificultad, no retrocedió, hasta que un mueble envuelto en llamas le impidió el paso. Intentó rodearlo, pero ya era una pared de fuego, por lo que, por la seguridad de la niña se refugió en el baño. Colocó a la chiquilla dentro de la tina y antes de que cortaran el suministro de agua, abrió ambas llaves, y con ropa sucia que encontró en el cesto, la mojó y la puso bajo la puerta. Al terminar su labor, cogió dos toallas más y las empapó de agua, le puso una a la niña en el rostro, cubriendo su nariz y boca. Ella hizo lo mismo, necesitaba pensar, se sentía débil, le costaba respirar; necesitaba sobrevivir. Un grito la llenó de esperanza y miedo.

## Capítulo 32

Bruno corrió como loco, antes de introducirse al departamento aventó al aire el ramo de flores multicolor; era un detalle romántico para Frida, que terminó esparcido como alfombra en el pavimento. Subió las escaleras de tres en tres, al llegar al piso de Frida no se podía ver nada, todo estaba envuelto en humo, pero recordaba cómo llegar al departamento de ella. Como pudo entro y cogió la cobija que descansaba sobre el sillón, la empapó en el fregadero y echándosela encima y con el valor instalado en el cuerpo, salió al balcón. Observó como salían llamas hambrientas del departamento y sin escuchar a las voces que le hablaban y que ignoró, entró sin importarle nada, solo quería llegar a tiempo.

—¡Fridaaaaa! —gritaba como desesperado entre el humo que lo envolvió y el calor que amenazaba con quemarlo vivo. Temió no haber llegado a tiempo, que otra vez la vida le arrebataría lo que aún no había disfrutado, lo que se le había dado como premio y que caprichosamente, como si se tratara de un juego macabro, se le arrebatará de las manos sin remordimiento su preciado tesoro. Se encontró con puertas bloqueadas por las llamas. Movié muebles con sus manos, provocando quemaduras en el proceso, pero el dolor era insignificante comparado con la imperiosa necesidad de encontrarlas. La visibilidad era escasa y el calor asfixiante. Bruno avanzaba con determinación, el llanto de la niña lo guiaba, así como los gritos de Frida. El peligro lo rodeaba. Un mueble se desplomó ardiente a su lado, enviando chispas y escombros encendidos en todas direcciones. Bruno rodó por el suelo y continuó, ligeramente herido sin detenerse en su empeño.

Finalmente llegó al baño donde se refugiaron. Encontró a la niña dentro de la tina rodeada de toallas mojadas y agua, a Frida sobre el azulejo del baño casi inconsciente.

—Frida, Frida, la llamó sacudiéndola y con ello evitar que se quedara dormida.

—Bruno, la niña, saca a Rosselyn.

—Necesito que me ayudes, las tengo que sacar a las dos, vamos, arriba—. Frida lo intentó con todas sus fuerzas, pero la debilidad se lo impedía—. Vamos, Frida.

—Sácala, ponla a salvo, es tu hija, Bruno, es tuya, llévatela y luego regresas por mí—. Bruno en ese instante, pensando que era una broma del destino, quería que escogiera entre lo que le decía Frida y lo que tenía que hacer. Escuchó un chapoteo que lo sacó de esos largos segundos de impresión. La niña gritó causándole angustia.

—¡Mami! —la niña gritaba ante la pasividad de Frida.

Bruno al salir de su estado de conmoción se quitó la cobija, que ya estaba prácticamente seca y la sumergió en el agua, se la colocó a Rosselyn, tomó en brazos a Frida y la metió en la tina, la besó con desesperación y salió con la niña en brazos. Se encontró en medio del fuego tosiendo y luchando por salir. Avanzó entre las llamas lo más rápido que podía. Rosselyn lloraba en sus brazos asustada. Ya casi llegaba al balcón, cada segundo parecía una eternidad. Antes de llegar a su destino sintió un ardor en la espalda provocándole un dolor inmenso que casi lo hace caer, pero eso no evitó salir valiente de ese infierno. Cruzó el balcón y salió por la casa de

Bianca. Atravesó el departamento corriendo y al llegar al pasillo, con poca visibilidad corrió rápido a las escaleras. Casi llegando a la planta baja se encontró con los bomberos que subían con mangueras y equipamiento en mano. Al verlo, los ayudaron a salir y los pusieron a salvo.

—¿Está bien, señor?

—Está arriba, sálvenla.

—¿Dónde se encuentra?

—En el baño, dentro de la tina.

—No se preocupe, ellos la rescatarán, —el bombero llamó por radio dando la ubicación donde se encontraba la mujer.

A Bruno y Rosselyn los llevaron a que les brindaran la ayuda. El intentó regresar por Frida, los paramédicos se lo impidieron, argumentando que en vez de ayudar entorpecerían la labor de rescate. La niña asustada se aferraba a su cuello y Bruno a la pequeña, él acompañó su llanto, impidiendo que los paramédicos pudieran auxiliarlos como necesitaban.

## Capítulo 33

Nuria subió corriendo lo más rápido que le permitieron sus ya no tan ágiles piernas, entró como tromba a su recámara, donde su marido estaba platicando con su hijo, provocándoles un sobresalto a ambos. Se inclinó a recuperar el aliento.

—¿Qué pasa, mamá?

—Algo terrible. Darío, necesito que seas fuerte, te aviso que si te desmayas, te quedas donde y como caigas.

—Ok —contestó dudoso el amenazado.

—Nos vamos a la casa de Frida, hay un incendio, en el camino les cuento. Román, tu manejas. ¡Muevan esos traseros!, —gritó al ver que con esa primera noticia se quedaban pazguatos y ella avanzando ya con su bolso y la prisa picándole el culo.

—¿Cómo que incendio? —preguntaron los hombres al mismo tiempo mientras la seguían a paso rápido.

—Cuando le llamé a Frida para contarle lo de los resultados del ADN, escuché la explosión y sin que ella cortara la llamada logré enterarme de que iba a buscar a mi nieta.

—A ver, a ver, mujer, ¿cuál ADN y qué nieta?

—En el camino les cuento, rápido suban al carro, tengo miedo de que a Frida y a Rosselyn les pase algo, por cierto ¿y Bruno?

—Cuando salimos iba a comprar unas flores y después a casa de Frida.

—Román.

—Sí, papá.

—Tienes mi permiso de conducir como loco —dijo entendiendo la gravedad de la situación. Su hijo pisó el acelerador y volaron sobre el pavimento, varios semáforos en amarillo los acompañaron en el camino y mientras viajaban a gran velocidad, Nuria les soltaba lo descubierto. Al llegar a la zona multifamiliar vislumbraron el humo negro elevándose al cielo, tuvieron que dejar el automóvil del otro lado del parque, ya que el paso estaba bloqueado por las autoridades viales, era primordial el paso libre a las ambulancias y a las dos pipas de agua de los bomberos que ya estaban bañando de agua el edificio. Al llegar, Román gritó el nombre de Adela entre la multitud ahí reunida, ella le devolvió el grito y con su mano levantada le indicó donde se ubicaba. Estaban en primera fila. Corrieron a su lado.

—¿Estás bien?

—Sí, pero la loca de Frida se metió al departamento en llamas por la pequeña Rosselyn y a los pocos minutos tras de ella fue Bruno. Tengo miedo —lloraba histérica.

—¡Dios bendito! —expresó Nuria con el corazón en la garganta palpitando agresivo—. Por favor, ¡Madre Santa! cúbrelos con tu manto protector. Te lo ruego, no me los quites. —imploraba con lágrimas abrazada de su marido.

Unos gritos les anunciaron novedades y vislumbraron a Bruno con un pequeño bulto pegado a su cuerpo acompañados de bomberos. Los paramédicos los interceptaron en el camino, intentaron prestarle ayuda médica, pero no soltaba a la pequeña que aferraba en sus brazos, él intentó regresar, acción que le impidieron. Sus papás y hermano al percatarse ayudaron con la situación.

Darío, sintió alivio en su cuerpo al ver a su hijo que salía del edificio envuelto en humo junto a con la pequeña abrazado a su cuerpo. Al acercarse se miraron entre sí, sin palabras, pero con la comprensión absoluta de la angustia reflejada en sus ojos por no ver aun a Frida junto a él. No tenía que ser adivino para saber que quería regresar a buscarla en persona, el equipo médico y de rescate se lo impidieron, obligándolo a recibir la atención médica pertinente. Y fue ahí cuando vislumbró que tenía la espalda quemada y sus ropas chamuscadas. Su esposa Nuria ayudó a los paramédicos a quitarle de los brazos a la niña, a la que él se aferraba desesperadamente.

—Dame a la pequeña, hijo, tienen que revisarla.

—Mamá, Frida, ella es, ella es, dijo qué.... —no pudo decir más, las palabras se quedaron atascadas en su mente y ahogadas en su garganta.

—Lo sé, es tu hija, pero ahorita deja que la atiendan, ella inhaló humo, puede necesitar oxígeno.

Nuria tomó con cariño a la pequeña que se advertía afectada por el trauma vivido, la niña al reconocerla se acurrucó buscando protección.

—¿Mami? —acompañó su pregunta con una tos.

—Ya viene, corazón —y con ella en brazos, se acercó al servidor de salud para que le pusieran la mascarilla, mientras la niña era atendida, veía como curaban la espalda de su hijo con solución salina y vendajes, al igual que algunas quemaduras en sus manos, por suerte sin gravedad. La espera se estaba haciendo eterna, aun no se sabía nada de Frida, y en ese momento se deseaba un milagro. Un alboroto de voces les anunció que los bomberos salían del edificio, al girarse en esa dirección vieron como transportaban a un cuerpo inconsciente con rapidez hacia la ambulancia más cercana. Era Frida.

Bruno de inmediato fue tras de ella y sin autorización de los paramédicos, se subió al vehículo de emergencias y juntos fueron llevados al hospital. Rosselyn fue llevada en otra ambulancia junto a Nuria. El resto de la familia, así como Bianca, Adela y la pequeña Daniela, los siguieron en el automóvil de Román.

La llegada al hospital fue otro momento difícil, a Bruno no lo dejaron entrar al lugar donde llevaron a Frida. El continuó con la atención de sus quemaduras, soportó valiente las curas, estaba preocupado. A Frida la estaban evaluando debido a la extrema exposición al humo y también para descartar lesiones internas. Todos los presentes lloraban por la incertidumbre de no

saber el alcance de las lesiones.

Para Bruno, el tiempo en ese momento perdía su sentido cuando se alargaba sin piedad ante la necesidad de noticias, sentía que el desgraciado lo castigaba con su imparable, tic tac, tic tac. «Quiero el milagro, por favor, Dios, quiero el milagro». Rogaba tembloroso. En ese momento supo lo que sería para él perder a Frida y no le gustó, solo quería que sus ruegos una vez más fueran escuchados.

Frida sintió un ardor intenso que la hizo recobrar la conciencia, su cara se contorsionó del dolor, no sabía dónde estaba, un líquido alivió su piel ardiente, pero no pudo evitar emitir un gemido, no podía hablar, sentía su garganta inflamada y la mascarilla le proporcionaba el oxígeno que necesitaba. Sabía que el sacrificio de salvar a la niña lo valía y eso la alentó a tener fuerzas para resistir la agonía, hasta que sintió que su cuerpo y su mente se nublaban. Y se perdió en la nada.

Darío manifestó que los tres heridos eran familia y solicitó que fueran colocados en la misma habitación, Frida y Rosselyn fueron sometidas a pruebas exhaustivas, el único que no permaneció en cama a pesar de sus quemaduras, fue Bruno, él custodiaba la cama sentado, y mientras esperaba realizó las preguntas que tenía taladrándole la cabeza a su madre.

—Mamá, ¿cómo es que saben que Rosselyn es mi hija?, necesito que me expliques.

—Frida no sospechaba nada, hasta que un día que bañó a la pequeña, notó la marca roja en forma de rosa en la espalda baja de la niña, y después la vio en ti. Sospechó aún más cuando un día escuchó que la tal Juana hablaba con alguien sobre de que necesitaba dinero para seguirla cuidando. Frida el lunes me pidió que la acompañara al pediatra para descartar o comprobar con una prueba de paternidad si era tuya, —vio que su hijo iba a preguntar y lo interrumpió continuando con el relato—. Espera, aún hay más. Ese mismo día fui a tu habitación por tu cepillo de donde tomé cabellos y recolecté las uñas que te habías cortado en la madrugada antes de tu viaje.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Ella quería estar segura y reunirla contigo.

—¿Cómo sé que ella no lo planeo todo?, ¿qué es cómplice?

—Bruno —intercedió Darío en tono molesto—. No empieces con estupideces, y baja la voz, que las vas a despertar. Ella arriesgó su vida por salvar a la pequeña, si estuviera implicada, no se hubiera puesto en peligro, ni le habría informado a tu madre de sus sospechas. Observa como tu hija se apegó a ella y a Dani. Los niños saben cuándo las personas son malas, tú bien sabes que eso se siente en el cuerpo y en el corazón; sin embargo, cuando son buenas, buscan su protección, así como Rosselyn busca a esta muchacha. Así que, necesitas pensar antes de hablar gobernado por tu temperamento.

—Lo siento, papá —dijo agachando la cabeza—. Es que se me hace increíble, tan cerca y sin saberlo, me parece milagroso. ¿y la mujer que la cuidaba?, necesito hablar con ella.

—Falleció en el incendio. Ahora lo que vas a hacer es no decir nada sobre la niña, sigue con las gestiones como si no la hubieras encontrado, ya hablé con el abogado y con los resultados de ADN vamos a iniciar el trámite de manera discreta y se va a abrir una carpeta de investigación. Hay que dar con la persona que ha estado pagando, estoy casi seguro de que va a ser la misma que le pagaba a la que tuvo a mi nieta hasta ahora —la palabra nieta salida de su boca, se sintió en el corazón de los presentes con una intensidad que, les gustara o no, se sentía como si todo fuera un sueño.

La incertidumbre persistía, pero un rayo de esperanza fue tomando fuerza al saber, gracias a radiografías y monitores cardíacos; así como tomografías pulmonares y las conversaciones de los médicos que los atendieron con profesionalismo, que, independiente de las lesiones físicas no habría secuelas, dándoles alivio a sus almas. Bruno reflexionaba sobre lo ocurrido y sintió por primera vez que Dios le daba pruebas del milagro que con tanto fervor había pedido y ahí supo que estaba en deuda con Frida y entendió completo el mensaje; era ella con la que se enfrentaría al futuro, sin miedo.

Después de cuatro días, fueron dados de alta, aun tenían que estar en reposo. Darío y Nuria decidieron que serían atendidos en su casa, con ayuda de su médico familiar y una enfermera que realizaría las curas. Frida intentó protestar.

—Hija, te quiero cuidar, es lo menos que podemos hacer por el regalo que nos diste y por el riesgo que enfrentaste, así que no te resistas, ¿de acuerdo? —habló Nuria.

—Está bien, gracias, —no intentó discutir, sabía que la decisión era inmovible—. Pero quiero quedarme en la casita que habito entre semana.

—Si eso te hace sentir mejor, acepto.

Frida desde lo del incendio guardaba silencio, no habló sobre lo sucedido, ni se desahogó como deseaba, estaba asimilando lo vivido, aun sentía la caricia del fuego amenazando su piel, su vida.

## Capítulo 34

Después de la tormenta, viene la calma, sí, ¿cómo no!

Bruno se aferró a quedarse con Frida con el pretexto de ayudarla. Al tener ambas manos vendadas se le dificultaba realizar las actividades más básicas y tener con él a su hija, se le hacía una locura hecha realidad. La quería ver todo el tiempo, le estaba costando trabajo que confiara en él, pero al paso de los días, gracias a Dani poco a poco era más cercana. Ya quería decirle que él era su papá. Quería estar junto a Frida, a quien su pequeña llamaba mamá, él no se lo impidió, al contrario, le gustó la idea cada que la miraba abrazarlas y amarlas por igual.

Él no podía dormir boca arriba, las quemaduras en su espalda a pesar de ser de segundo grado estaban sanando bien gracias a unas cataplasmas de Tepezcohuite que le ponía su nana. Después de terminar con él, le aplicaba cariñosamente cataplasmas a Frida en sus manos y en cada oportunidad le daba un beso en su frente, agradeciéndole su heroísmo y le repetía varias veces que era un ángel enviado a darles felicidad. Ella solo le contestaba que cualquiera hubiera hecho lo mismo. Y se dejaba hacer, pero siempre pasaba saliva ante esas palabras pronunciadas, como si quisiera salir corriendo sin mirar atrás.

Después que los dejaron con las curas realizadas, cenados y las niñas dormidas, aprovechó para hablar de lo sucedido y que Frida evitaba cada que él o cualquiera lo intentaba. Nuria en su momento le dijo a su hijo, que lo vivido para ella seguramente fue traumático y que buscara el momento adecuado. Ese día lo intentaría.

—Frida, necesitamos charlar.

—Dime —contestó indiferente, como si le fuera a comentar sobre el clima.

—Aun no dices nada de lo sucedido y he visto que cuando duermes tienes pesadillas, y que logras salir de ellas sola. Pero están ahí y quiero que hables de ello, más bien que hablemos —él sabía que ella era segura de sí misma, a veces lo acojonaba, tenía una mente ágil, encerraba continuamente sus sentimientos, eso él lo sabía reconocer, ya que era común en su propio comportamiento. Estaba seguro de que ella sufrió mucho, su rostro aun siendo franco no revelaba sus verdaderas emociones a casi nadie. Ella era suave, firme y maleable hasta donde ella lo consentía. La vio dudar mientras colocaba un mechón de su cabello rebelde detrás de su oreja con varias perforaciones. Sabía que le preocupaba lo que pudiera pensar de ella, era excelente portadora de un orgullo que expresaba digna—. Prometo no juzgarte, solo sé que sentiste lo mismo que yo cuando estábamos en medio del fuego y quiero ahora escucharte.

—¿Qué quieres escuchar?, —dijo temblando—. ¿Qué todo estuvo a punto de volverse cenizas?, ¿qué casi muero? —y explotó—. Siempre supe que, si hay un principio, por ley existe un final. Pensé que ardería en el fuego hasta extinguirme ahogada en una terrible agonía. Llegó un momento en que no sabía distinguir si lo que hacía era por amor a esa niña, por ti o por estúpida. Una cosa sí te aseguro, me estaba cagando del miedo a cada paso que daba en medio de ese fuego infernal. El terror en mi alma de que existía la posibilidad de dejar a mi hija sin madre, con tal de darle a Rosselyn una familia, un padre —expresaba su confusión emocional con lágrimas y casi a punto de gritar hasta desahogar el trauma vivido—. ¿Cómo puedo decírtelo, sin que suene a reproche mi acto por la pequeña? Cada que cierro los ojos me veo ahí en medio de las llamas, buscando, intentando salir o solo muriendo. He de confesar que hubo pequeños

momentos que me cuestionaba, qué hacía ahí, qué me motivaba a arriesgar mi vida o en qué puta madre estaba pensando para dármele de heroína —decía ya con sollozos lastimeros y lágrimas imparables nublándole la existencia—. En cuanto vi a la niña hecha bolita en un rincón indefensa, supe que su final no sería ahí devorada por las llamas. ¿Qué estoy enojada? Sí, por supuesto, contigo por puto irresponsable e idiota, con la tal Juana por perra desgraciada y borracha, o con la persona que supuestamente le pagaba por cuidar de la niña. Una hija de puta que dejó a una niña en manos de una maldita irresponsable solo por el afán de vengarse de ti. —de la nada se vio envuelta en unos brazos que ya conocía, que deseaba, y que, por orgullo, dignidad o no sabía que, no se refugiaba en ellos por voluntad. Por lo que en ese momento fue consolada, hasta que sus espasmos por el llanto cesaron poco a poco. Después de un rato se atrevió a preguntar.

—¿Cuál persona? —temió la reacción de Frida.

—El día del incendio, —contestó sonándose la nariz en un pañuelo—. Yo quise llevarme a Rosselyn a mi casa a ver una película, pero esa mujer me dijo que no, argumentando que tendría visitas. Supuse que sería esa persona.

—¿La viste?

—¡No! Pero sé que Lisandro sabe la marca del automóvil, él lo vio el día que llegaron.

—No es tan tarde, ¿crees qué puedes llamarlo?

—Sí, te dicto los números, yo, como observarás... —movió sus manos.

—Sí, «no tienes manitas, porque las tienes desconchabaditas» —Bruno quiso hacerla reír, así les decía a las pequeñas y sonriendo se levantó por el teléfono que tenía cargando en la sala donde dormía incómodamente en el sofá, tenía el cuerpo ya adolorido por dormir en ese lugar todas las noches.

—Listo —ella se los dictó y Bruno puso el móvil en altavoz, quería escuchar lo que le comentaba su amigo. El mentado contestó al segundo timbre.

—¿Sí, diga?

—Lisandro, corazón, soy Frida.

—Hola, mi reina, bendita la luz de tu voz, ¿cómo estás?

—Bien, bien, recuperándome.

—¿Te estás cuidando?

—Sí, no te preocupes, todo va evolucionando bien. Dime, ¿cómo van las cosas en el edificio?

—Pues, más o menos, el departamento siniestrado lo están dejando prácticamente en obra negra, por cierto, convendría que te quedaras el mayor tiempo posible donde estas, Bianca, Adela y doña Consuelo están viviendo conmigo, el ruido es insoportable y el olor a quemado es muy penetrante. Además, la instalación eléctrica de ese piso por el incendio terminó dañada. Mi amigo el arquitecto se está encargando de revisar junto a los agentes del seguro y el maestro de Obras cada uno de los departamentos, al parecer en un par de meses quedarán listos. Hicimos bien en comprar el seguro contra daños, de otra forma estaríamos bien jodidos. Por cierto, vino una tal Jacinta a preguntar por la mujer que falleció en el incendio, al parecer era una prima

lejana, le dije que estaba en la morgue.

—¿Qué dices? —interrumpió Bruno al amigo de Frida—. A ver, ¿la mujer que fue es de unos cincuenta años, pelo blanco amarrado en un moño con red y lentes ovalados?

—Sí, y por cierto, ¡hola! —saludó con tono sarcástico.

—Hola, Lisandro, discúlpame, lo que pasa es que se me hace mucha coincidencia y me sorprende lo que me estás diciendo, ¿te preguntó algo más?

—Sí, por su supuesta sobrina y recordé lo que me pidió el señor Darío, le dije que las autoridades de protección al menor se la llevaron y que desde ese día no sabíamos nada de ella. Y después de un rato; con lágrimas en los ojos, se fue, estaba muy consternada. ¿Sucedó algo?

—Aun no lo sé, y abusando de tu tiempo, ¿podrías recordar la marca y el color del automóvil donde llegó Rosselyn y la mujer que falleció?

—Sí, era un Honda Civic dos puertas 2020 Coupé Turbo color plata y el día que llegaron al edificio, estaba ahí estacionado.

—¿Estás seguro?

—Sí, porque ese modelo estuvo de moda hace un tiempo.

—¡Mierda! —exclamó dejándose caer de espaldas sobre la cama, provocándose un dolor lacerante que hizo que se levantara de golpe, emitiendo un quejido que salió amortiguado por tener apretados los dientes y los labios.

—¿Todo bien?

—Sí, amigo, todo bien, es solo que se lastimó Bruno las quemaduras de la espalda, gracias, nos has ayudado bastante —dijo intuyendo que con la información que había compartido Lisandro se había descubierto algo nuevo—. Te dejamos, voy a revisar qué tanto se lastimó y estoy al pendiente de cualquier cosa que se necesite. Te quiero, amigo.

—Y yo a ti, mi reina, que estés bien, Bruno, adiós.

—Hasta pronto y gracias —contestó Bruno un poco más recuperado. Terminaron la llamada y dejó el teléfono en la mesa y se giró hacia Frida que lo miraba expectante.

—Esa tal Jacinta, es la misma que trabaja con ustedes, ¿verdad?

—Necesito hablar con la familia, deja les hablo, tenemos que discutir cómo vamos a actuar de ahora en adelante.

—¿Conoces al dueño de ese automóvil?

—En cuanto lleguen lo sabrás —le llamó a su padre, no pasaron ni cinco minutos cuando ya estaban todos reunidos en la pequeña casita.

## Capítulo 35

Buenos días, Jacinta, —saludaba el señor Darío a través del teléfono de su despacho a su secretaria, ya había pasado casi dos semanas del incendio, hoy tocaba aclarar algunas situaciones peliagudas—. Necesito que venga a mi despacho —terminó la llamada y esperó sentado junto sus hijos, acompañados por el detective y su abogado.

—Buenos días, señor, —saludó Jacinta amable y confundida por ver tanta gente reunida en ese lugar y en horas tan tempranas—. ¿Necesita que les traiga algo de beber?

—No, gracias, tome asiento —detenidamente observaron cómo obedecía nerviosa—. Jacinta, dígame, ¿cuántos años lleva trabajando en esta empresa?

—Veinticinco años, señor.

—¿Está a gusto?, ¿le ha parecido que alguna vez mi familia o yo le hemos hecho algo malo de manera personal o laboral?

—No, señor, al contrario, estoy agradecida por la suerte de trabajar con ustedes.

—No hablemos de suerte, Jacinta, hablemos de confianza.

—¿Cómo dice, señor?, no entiendo.

—Nosotros le hemos dado la confianza de considerarle parte fundamental de nuestro negocio familiar, ha tenido las puertas abiertas de nuestra casa y le hemos permitido estar cerca de secretos y confidencias familiares, por eso le preguntaba si le hemos hecho algo malo. Ya que nos hemos sentido traicionados por usted y la verdad jamás imaginábamos algo así de su parte.

—No sé a qué se refiere, señor, jamás haría algo en contra de usted o su familia.

—Dígame entonces, ¿qué fue a hacer al edificio donde vive Frida?, en el cual hubo un incendio y falleció su vecina, que ahora resulta ser su pariente.

—Yo no tenía idea de que ahí vivía Frida. Juana era mi prima, hace seis años la recomendé para trabajar con la mamá de la señorita Clara en las cabañas que tienen en Tapalpa. Hace un año que volvía a saber de ella. Al parecer tenía una hija, fruto de una relación corta y que fue abandonada al enterarse el fulano del embarazo. Se estuvo cambiando continuamente de casa, al parecer la llevaban a cuidar diferentes propiedades. Eso y la falta de un lugar fijo, ocasionó que poco a poco se metiera al vicio del alcohol. Jamás pude acercarme a la niña, cuando lo intentaba, mi prima se alejaba. La última vez que la vi, fue hace dos semanas. La encontré en un bar tomando, le pregunté por la pequeña y me dijo que estaba de viaje con una vecina. Entre copa y copa me dijo que ya estaba harta de la niña y de la situación a la que la habían obligado, que no había dinero que valiera todo lo que había sacrificado y aguantado. La verdad no entendí a que se refería, intenté indagar más sobre lo que hablaba, sin embargo, solo me corrió, diciendo que le estorbaba y que quería divertirse sin que le estuvieran recordando la existencia de esa mocosa. Cuando pregunté por la niña al ir a buscar a mi prima, me dijo un joven que se la llevaron los de protección infantil. He estado indagando, pero nadie sabe el paradero de la pequeña, es mi sobrina, señor, y me pone triste no saber cuál fue su destino.

—¿A quién le has contado esto? —intervino Bruno.

—A la señorita Clara, ella se ha portado muy atenta y me ha comprendido. Me llamó hace unos días argumentando que no lograba encontrar a Juana, y que ella no podía ir a buscarla, ya

que al parecer tuvo un accidente, por lo que fui en su búsqueda. Posteriormente al contarle lo sucedido, me dijo que me apoyaba con los gastos funerarios de mi prima y me preguntó si la niña había resultado herida, así que le conté que estaba desaparecida. Ella sonó consternada por la noticia y me deseo suerte para encontrarla. Lo bueno es que no gasté mucho, el fuego se encargó casi de todo. Y desde la última vez que hablé con ella, no he recibido ni una llamada, y la verdad ni la espero, así como resultaron las cosas, es mejor no deberle nada a nadie, ya ve como terminó mi prima. Aunque aún sigo sin saber qué era lo que intentó decirme.

—Está bien Jacinta, lamento su pérdida. Necesito pedirle un favor —solicitó Darío.

—Usted dirá, señor.

—Si la vuelve a contactar Clara, por favor no le mencione nada referente a lo que hablamos aquí, ni de nada que sea de importancia para mi familia, ¿está claro?

—Sí, señor, solo quiero saber del motivo de su petición.

—Confianza, Jacinta, confianza. —la secretaria entendió y asintió conforme.

—Ahora, continúe con sus labores y envíeme con el personal de la cafetería, una jarra de café, dos con agua y una caja de analgésicos.

—Sí, señor, enseguida. —salió la mujer a realizar la petición de su jefe.

—Papá, ¿le crees? —cuestionó Román.

—Jacinta, puede ser, celosa, territorial, exagerada y algo chismosa, pero mentirosa, no lo es, le creo, ya el investigador y el abogado sabrán qué hacer con la información. Ahora vamos a trabajar sobre este asunto, tenemos que estar en la casa en tres horas —después del tiempo acordado Darío dio por finalizada la jornada—. Bruno, tienes que ir a que la nana te ponga tu medicina y quiero ver a mi nieta, acuérdate que hoy hablamos con la pequeña. La psicóloga infantil nos dijo que, a diferencia de los adultos, los niños se adaptan más rápido a los cambios que nosotros. La pequeña ya sabe que tiene un papá, ella y Frida han ayudado, así que dejemos que la contable se encargue por hoy de la empresa, ya mañana Román se encargará en su totalidad, hasta que ya estés recuperado y puedan repartir el trabajo. —Los tres hombres caminaron por los pasillos de la empresa, VITRI rumbo a su hogar.

Llegaron a la casa. La sala estaba repleta de juguetes, libros de dibujos y crayolas. Al entrar la imagen de las niñas y Frida en el piso boca abajo pintando, era lo que Bruno siempre deseo ver cuando era un niño con su madre y que ahora su hija lo tenía.

—Hola, ya llegamos —anunció Bruno con la ilusión de ver esa imagen todos los días, como padre y después cuando llegara el momento en la faceta de abuelo.

—Hola, —saludó Frida levantándose con cuidado, ya que aún tenía que usar unos guantes de protección en sus manos debido a sus quemaduras. Podía hacer casi todo, pero su mamá y su vieja nana la cuidaban de manera exagerada. Ya faltaba poco para que estuviera recuperada, tendría cicatrices, pero la movilidad no fue afectada—. Los estábamos esperando, ahora Dani y yo los dejamos solos, esto es una ocasión especial para ustedes como familia —dijo haciéndole señas a su hija, que sin demorarse se aproximó a ella. Estaban ya despidiéndose y caminando a la puerta, cuando Rosselyn las alcanzó, pretendiendo irse con ellas.

—Mami, yo voy.

—No, corazón, tú aquí tienes que quedarte, te van a dar una sorpresa —la niña negaba con

lágrimas en sus tiernos ojos, —la psicóloga, Rita, intervino.

—Frida, eres apoyo importante para la pequeña, siéntate donde estés al alcance de su vista, por favor. —Ella asintió y se acomodó junto a su hija en un sillón discretamente retirado, pero a la vez cerca.

—Muy bien, continuó Rita, tomen asiento por favor. Rosselyn, siéntate junto a mí. ¿Te acuerdas de que te enseñé lo que es una familia?

—Si —contestó sonriendo.

—Hoy quiero hablarte de algo muy bonito para ti, y de una historia que tiene que ver contigo —esperó la aprobación de la pequeña para continuar, tenía que ir con cuidado. Tomó dos muñecos de su bolso; uno de niña y otro de un hombre, colocándolos frente a la niña—. Cuando eras muy pequeñita, no pudiste estar con tu papá. Juana te atendía hasta que pudieras conocerlo y el pudiera cuidarte —la pequeña bajó la cabecita.

—Juana pegaba mucho, hacia pipí, dolía pancita y lloraba —al escuchar lo que decía la niña con su aun corto lenguaje, ya todos estaban con lágrimas en sus ojos y sus corazones oprimidos. Bruno sentía en la garganta las palpitaciones aceleradas, solo de imaginar lo que su hija pasó, le daban ganas de lanzarse a abrazarla y fabricarle una burbuja para protegerla del mal.

—Entiendo, pequeña, —continuó la psicóloga—. Ya no estás con ella, ahora esta es tu casa, y quiero que entiendas que tienes un papá que te quiere mucho y que ahora él te va a cuidar, este hombre —dijo señalando a Bruno, te ha estado buscando por mucho tiempo y gracias a tu amiga Frida y Dani, te encontró.

—¿Buno, mi papi? —preguntó la niña señalándolo.

—Sí, mi vida, soy tu papi —contestó con las emociones a flor de piel y las lágrimas enmarcando sus ojos.

—¡Sííí! Mi papi Buno, —dijo lanzándose a sus brazos emocionada. Todos los presentes estaban extasiados por la hermosa escena, Bruno por fin tenía lo que por mucho tiempo estuvo buscando, lo que le negaron y que ahora completaba su vida. Temblaba de pies a cabeza por la emoción y claro también por el miedo de iniciar una nueva etapa, con responsabilidades. Jamás imaginó por fin tenerlo.

—Rosselyn —continuó Bruno conmovido hasta la médula, hoy dejaba de ser un sueño, a partir de ahora sería una realidad—. Ellos son tus abuelos, Nuria y Darío, él es, tu tío Román y ella tu nana. —Ese día por primera vez, la niña estuvo rodeada de muchas personas que ya la amaban, pasando de brazo en brazo, donde recibió palabras hermosas y besos. La pequeña se veía feliz, como nunca lo había sido.

Frida, estaba aguantando las lágrimas, por fin veía que la vida y Dios, respondía a los ruegos de un padre y al llanto de una pequeña reuniéndolos después de tanto desconsuelo. Ella se levantó discretamente, al tomar la mano de su hija la niña pronunció lo que tanto temía.

—¿Buno también mi papi? —preguntó inocente. Fue escuchada por todos los presentes llamando su atención.

—No, mi amor, —dijo Frida ya con el sentimiento trastocando su corazón. Era lo que siempre había tratado de evitar al no tener pareja, ahora a pesar de ser discreta y no dar ideas equivocadas, la realidad la golpeo con saña, mostrándole lo que para su hija era ya una carencia.

Y supo lo que tenía que hacer—. Vamos cariño, hay que ir a casa de tu tía Bianca, nos va a dar helado —la pequeña siguió a su madre con la cabeza baja, llorando por no ser Bruno su papá, antes de llegar a la puerta la pequeña se giró y lo miró a él con tristeza.

—Frida —la llamó Bruno al notar la turbación de la pequeña, él quería hacer algo, él deseaba ser también para ella lo que Dani deseaba.

—No, después hablamos, ¡felicidades!, ya la vida te ha dado lo que mereces, recupera el tiempo perdido, dedícate a crear lazos fuertes —contestó la mujer solo dedicándole una leve mirada, no quería derrumbarse frente a él y continuó su camino. Llegó a la casita e hizo una maleta con lo necesario. Subió a su automóvil y salió de ahí con el corazón hecho pedazos, con la culpa carcomiendo su alma. Ese día por primera vez se sintió una mierda de madre.

Frida llegó a casa de su amigo Lisandro, no pensaba quedarse ahí, ya había demasiada gente en un espacio de por sí pequeño, solo pasaría por un apapacho y haría el viaje que desde hace mucho tenía planeado con su pequeña, solo el tiempo justo para terminar de recuperarse de sus heridas físicas, de las otras, no quería saber nada. Tocó el timbre.

—Frida, ¿qué pasó? —cuestionó Bianca al verla con cara triste y una maleta en cuanto abrió la puerta, se acordó cuando llegó hace unos años, herida, sola, huérfana y embarazada a la puerta de su casa—. Hija mía, —abrió sus brazos, ambas se refugiaron en ellos, como siempre, como antes, como necesitaban—. Ya están en casa, pasen.

—¿Dónde están todos?

—Lisandro fue de compras, Adela estará por llegar y Consuelo está en casa de una hermana, prefirió quedarse con ella y la verdad fue la mejor decisión, no se sentía a gusto. Vengan, ayúdenme a terminar de preparar unas galletas. Dani, ¿quieres ver una película?

—No, quiero galleta.

—Vamos pues —se acomodaron en la pequeña cocina y acompañadas de un par de cafés y un vaso de leche con chocolate, hicieron galletas de avena con nuez, mientras esperaban al resto de los habitantes de ese hogar.

Llegaron juntos Lisandro y Adela, entraban riendo y dándose manazos como si fueran unos chiquillos, se alegraron al ver a Frida y a la pequeña Daniela. Dejaron de sonreír al ver una maleta, la mochila de la pequeña atiborrada de cosas y el bolso de mano casi vomitando su contenido.

—¿Están bien? —al mirar su dolor acudió Lisandro a su lado, le besó su frente y la abrazó fuerte—. Lo que te hizo, dejará de importar cuando lo mate a golpes.

—El no hizo nada, el problema soy yo, al rato hablamos.

—Como digas, —se giró a la pequeña que había perdido la chispa de todos los días, esa, que podría prender cualquier dinamita—. ¿Qué tienes, mi torbellino? —cuestionó a la niña mientras la levantaba y la acomodaba en sus brazos.

—Buno, no mi papi —contó llorando a Lisandro.

—Ahora entiendo, pero que eso no te ponga triste, yo puedo ser tu papi todo el tiempo que quieras. Ándale, mi terremoto, cambia esa cara o me voy a poner triste. Regálame una de tus locas sonrisas —la pequeña poco a poco y contagiada de las caras que le hacía él, terminó riendo como le pidió. Mientras Adela consolaba a una Frida llorona.

Terminaron de cenar, fue Bianca la que se llevó a la pequeña a dormir, dejó que fueran sus amigos los que ayudaran a aclarar la tormenta emocional que afectaba a esa mujercita. La pequeña no tardó mucho en caer rendida y salió a averiguar cómo podía ayudar.

—Ahora sí, amiga, ya está aquí tu familia, hay litros de café y galletas. Cuéntanos con pelos y señales —Frida les contó desde que vio la marca en la piel de la niña, hasta lo sucedido ese día.

—¡Dios misericordioso! Ahora caigo por qué llegaron tan achicopaladas mis niñas —señaló Bianca.

—No entiendo por qué estás afectada, por Dani lo entiendo, pero fue debido a lo que vio este día, y relacionó la idea de un padre, no es para que te flageles por eso. Tu no hiciste o dijiste nada que propiciara la necesidad propia de una imagen masculina en su vida —argumentó Lisandro.

—Concuerdo con él, lo único que hiciste fue poner ojos de borrego y mostrar en tu caminar la carne al lobo, terminando el pendejo siendo devorado por ti. A parte, le has entregado a su tesoro perdido. Es medio mamón, pero no creo que sea mala persona, te ha cuidado y a Dani también —dijo Bianca.

—Él no es como el padre de tu hija, —agregó Adela, echándole más limón a la herida.

—Sí, lo sé, amiga, es peor.

—Peor, ¿cómo?

—Él no esconde su carácter, puede ser amargado, frívolo, vacío y para colmo, tiene un pasado que provocó su sufrir por cuatro años. Sabrá Dios qué otras sorpresas pueden haber por ahí, esperando. Pero también es bueno y ...

—Es tierno con la pequeña duende, y se ve muy interesado en ti. Lo noté el día que te acompañó por la niña, te miraba con el corazón, me recordó cómo se siente en el cuerpo cuando te miran así. Mi marido lo hacía todos los días —añadió con pesar la mamá de Adela.

—Y eso provoca que mi miedo se dispare, temo a la ilusión. El corazón de mi pequeña no lo voy a arriesgar por un tal vez, ni por una relación sin bases ni compromisos. Desde que me enteré del embarazo no me he sentido a salvo, ni del todo fuerte. En el momento en que mi familia me aventó a la calle, he vivido manteniendo al mundo afuera. Él hombre que supuestamente me amaba resultó un traidor. Saben las veces que tuve miedo, las veces que lloré semanas, cuando me la pasé casi sin comer, si no hubiera sido por ti, Bianca, que me recibieras en tu casa y el dinero que me prestaste, no sé qué habría hecho. No puedo ser de nuevo tan inocente, no debo dejarme engañar por un hombre, yo puedo sola. No necesito a un hombre para ser buena madre.

—Las mentiras a la larga si las dejas aferrarse a tu cotidianidad, se vuelven necesarias para seguir adelante y sabes que no funcionan —intentó Lisandro hacerle ver su verdad—. Por desgracia, les han hecho creer a todas las mujeres como en tu situación; que han cometido el peor pecado al confiar y enamorarse del hombre equivocado sin saberlo, que no valen. Que su estatus de madre soltera fuera su condena por ilusas, y que su penitencia es vagar por el mundo luchando solas, dejando a un lado a la mujer que sufrió de abandono, desamor y dolor. Creyendo, que todos los hombres, son iguales y que no te mereces la dicha de ser amada ni que tu hija pueda

tener a una figura paterna. ¿Qué les pasa a las mujeres? Les están vendiendo la idea de que no necesitan a un hombre a su lado, cuando de alguna manera podría ayudarlas. Ojo, no me refiero a buscar quien les resuelva la vida, solo que las apoyen y las acompañen en el camino, siendo amigo, compañero, tal vez pareja o amante y por qué no, tal vez un padre. Ese cabrón de Bruno te demostró que él deseaba serlo y ahora gracias a ti, lo es. Te puedo asegurar que la que se enamoró después de mucho tiempo, fuiste tú, y no supiste como afrontarlo, eso no te hace una mala persona, es normal, pero no se justifica que agarres a Dani como pretexto. Este es tu perro y ya tu lo bañas —le llamó la atención su amigo.

—Hija mía, yo vi cómo conseguiste tu estabilidad emocional y lo lograste queriéndote mucho y decidiendo quién se merecía tu tiempo y amor —añadió Bianca—. Te vi sufrir y llorar hasta quedarte dormida y al siguiente día perdonarte e intentar ser feliz a pesar de tener todo en contra. Permítete por un momento sentir y libérate de las culpas. Y como te conozco muy bien dime, ¿A dónde te vas a ir a sanar tu corazón y orgullo?

—Lisandro, ¿tienes rentada tu casita?

—No, ¿cuándo te vas?

—Mañana.

—¿Cuándo regresas, amiga? —cuestionó Adela.

—Me dieron dos meses de incapacidad, el señor Darío me va a seguir pagando mi sueldo, por lo que me voy a tomar un mes y regreso cuando ya esté listo el departamento, seguramente se va a tener que lavar todo y tirar muchas cosas. Quiero agradecerles que siempre estén conmigo, esto que voy a hacer, para los que no me conocen pensarán que estoy huyendo. Ustedes saben que ahorita necesito hacerme responsable de mis necesidades, y necesito sentirme plena. Nutrirme de amor propio, porque todo tiene consecuencias, sea emocional o sentimental y necesito estar bien, para que el día que me toque estar con una pareja, yo esté lista a dar el cien en una relación, sin dejar de ser quien soy, sin miedos, ni idealizando a la persona, y dejar de intentar ser lo que los demás quieren. Ni mucho menos querer que sean lo que yo quiero. Mañana temprano llevo mi automóvil a que le hagan cambio de aceite y filtro. A más tardar a las once de la mañana agarro camino.

—Nos avisas cuando llegues y si necesitas cualquier cosa, le pides ayuda a la señora Luisa, yo mañana temprano le aviso de tu arribo, para que tenga la casa lista.

—Gracias.

## Capítulo 36

Siempre nos enseñan que la vida se rige con reglas y caga el hecho de saber que, aun siguiendo todas al pie de la letra, nos apuñala la muy culera por la espalda, haciéndonos caer de rodillas, odiándola sin piedad.

Bruno entró en la casita donde se quedaba Frida y en la que por unos días él estuvo a su lado acompañándola, se sentía fría y vacía. Revisó cada habitación, solo el sutil aroma a caramelo de Dani daba fe que un día estuvo habitada. Entró a la recámara donde Frida se quedaba, se recostó en la cama, se abrazó a su almohada y olió su esencia exótica que recordaba en su piel después de haber estado entre sus brazos. «¿Dónde estás?». Preguntó en voz alta, esperando la respuesta que no llegó. «Soy un pendejo, no debí enamorarme, duele». Él estaba viviendo en carne viva cómo el presente y pasado parecen lo mismo y es sólo porque las dudas aún viven y le comen las entrañas de manera silenciosa. Dejándolo más confundido que nunca, con el alma revuelta y el corazón estrujado. «¿Qué pasó?, necesito saber». Se preguntaba ya caminando por la pequeña propiedad, ya estaba por salir, cuando observó dentro del cuenco; donde se colocaban las llaves, una carta con su nombre escrito. La tomó con recelo, pero intrigado por lo que quería comunicarle.

*Bruno*

*Estar enamorado es más que sexo, creo que ahí no hay confusión y más cuando es un acuerdo voluntario. Para mí fue especial compartir una necesidad, un momento, y placer a tu lado. No solo fueron instantes, también confidencias, comprendimos que no somos ni tan malos, ni tan buenos. Cada uno tiene un pasado que nos alcanza en cualquier momento. No soy estúpida, sé que en mí se movieron emociones y sentimientos que tenía protegidos. Pero al estar contigo la herida que pensé que estaba cicatrizada empezó a punzar, recordándome algo que viví y que me dio pánico. Sé que tienes heridas que ya iniciaron su curación y más al tener por fin a tu pequeña. No sabes la emoción que sentí al ver que te aceptaba y que ella por fin tiene un hogar, una familia.*

*La primera vez que pedí ayuda y mostré mis debilidades me arrepentí ya que fueron tomadas en mi contra y terminaron lastimándome aún más profundo, por eso soy así de precavida. Tengo cosas que resolver en mí y que ya llegó el momento de enfrentar. Lo necesito, por mí, por mi hija y por el futuro.*

*Voy a tomarme el tiempo de mi incapacidad para no solo recuperar mis heridas físicas, sino también las emocionales que arañan mi corazón, atormentan mi mente y que están debilitando mi razón. Y con respecto a la pregunta que hizo Dani frente a todos, quiero aclarar que jamás busqué o intenté obtener nada de ti o de tu familia, al contrario, actué por instinto y por amor a una pequeña que se merecía ser feliz. Tengo un contrato laboral con VITRI y un contrato moral con tu padre y ambos los voy a cumplir.*

*Cuídate mucho, disfruta la dicha de ser padre. Resuelve tu pasado, ese, que aún no está del todo aclarado. Tienes que lograr vivir libre y disfrutar lo que la vida te devolvió.*

*Nos vemos pronto.*

*Frida. P.D. Sí, somos amigos.*

Dobló la carta y salió de ahí, más confundido que nunca. No sabía qué sentía por Frida, se

encontraba perdido, tenía la cabeza revuelta. A cada paso que se alejaba de ese pequeño lugar, sentía su corazón más pachiche, al grado de percibir como poco a poco descendía a su estómago.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Darío, al ver a su hijo apachurrado caminando lento y cabizbajo a la casa.

—No lo sé, ella se fue y no sé cómo sentirme. No entiendo a mi corazón, anoche desperté en mi cama buscándola, cuando solo dos noches he dormido con ella, bueno, tú sabes a qué me refiero. Cuando estuve ayudándola en su recuperación dormí en el sillón, respetando su convalecencia y a la pequeña; precisamente para no confundirla y mira lo que pasó. Ahora quiero sus abrazos a pesar de mi miedo, a pesar de que esa mujer me mantiene entre el deseo y el enojo, siendo renuente conmigo. En estos momentos, viejo, no soy optimista, me siento confuso, como si estuviera bajando a otro nivel del infierno que desconocía.

—Es normal que te sientas así, te dio la oportunidad de compartir contigo lo que a nadie le da, ¿o sí? —observó el movimiento negativo que su hijo le daba como respuesta—. Luego, viene y te entrega en tus manos a mi nieta. Ella te ayudó a aligerar tu carga, enseñándote que puedes ayudar también con su equipaje en el camino. Si de verdad quieres algo con esa mujercita, nosotros no tenemos ningún inconveniente, solo tienes que saber unas cosas: tienes que aprender a amarla como es, libre, alocada, franca, realista y retadora. Y que, pese a sus miedos, te dio la oportunidad que no te merecías y aun así a pesar de saberlo, lo hizo por ti y por esa niña que salvó arriesgando su propia vida. Si lo vas a intentar, solo procura que sea un para siempre.

—Sí, papá, gracias —y se abrazó a su viejo encontrando la fuerza que le faltaba—. Voy a ir a buscarlas, las necesito y mi pequeña pregunta por su mami, así que a Román le va a tocar chingarle solo en la empresa.

—No creo que se queje mucho, verá diario a Adela. ¿Cuándo te vas?

—En cuanto averigüe a dónde chingados se fue a esconder, y conociéndola, seguro me va a sorprender.

—Eso ni lo dudes —él ya sabía dónde estaba Frida, pero no se lo diría a su hijo, él tenía que ir por las respuestas, hacer su luchita.

Él ya se había encargado de que le retuvieran la información unos cuantos días, quería verlo empeñarse en lo que deseaba, asegurarse que era en serio.

—Papá, voy a darle uso a mis ahorros, en concretar un proyecto que ya tenía mucho tiempo pensado, y tú eres el indicado en ayudarme.

—¿De qué se trata?

—Quiero ampliar la casita, tengo unos planos que solo están en la espera de ser ejecutados por el arquitecto. ¿puedes hacerte cargo tu?

—Por su puesto hijo. Yo me encargo —sonrió orgulloso, ahora su hijo iba en serio, solo faltaba encontrarla y convencerla de sus intenciones.

Pasaron seis días, hasta que Adela y Lisandro se apiadaron de él, les había costado trabajo guardar la información, solo hasta ver todo su agobio, con el permiso del señor Darío y la amenaza de matarlo por parte de Lisandro si dañaba a su hermana o a Dani, le dieron no solo la dirección, sino también un duplicado de las llaves de la casa.

Al siguiente día Bruno empezó a organizar todo.

—Ross, hija, ven un momento.

—Sí, papi —traía abrazado al oso chocolate, que tuvo que comprar, el anterior había sido devorado por las llamas.

—Te tengo una sorpresa, vamos a ir con Frida y Dani.

—¡Sí, mami y Dani! —saltaba la niña emocionada.

—Pero antes de irnos tenemos que comprar otro papacho, el otro se perdió y Dani lo extraña —información que le dio Adela y que él resolvería—. Ven, vamos a empacar tus cosas y luego me ayudas con las mías —tomó a su pequeña de la mano y juntos empacaron hasta lo que no necesitaban.

Sus padres a lo lejos veían contentos esa escena, ya iniciaban tiempos buenos, de vacas gordas y de nuevas oportunidades. Él era padre primerizo y lo notaron todos al percatarse de las cosas inútiles que guardaba para su pequeña. Por suerte la fiel nana y la madre, auxiliaron al hombre.

—Mi amor, ya es hora de mandar a hacer los anillos de mis nueras.

—¿Y si no lo logra?

—Sabes que sí lo hará, nos hemos encargado de ello y sé que Frida a pesar de lo fuerte que es y que aparenta tranquilidad, ella cada que lo ve o tiene cerca, no puede evitar que le tiemblen las piernas. Así que no nos preocupemos por eso, sus cuerpos y sus corazones harán el resto. Además, tenemos a dos mini aliadas, que en su inocencia, propiciarán lo que todos quieren, estar juntos.

## Capítulo 37

Llevaba una semana en ese maravilloso lugar, Melaque, Jalisco. En la costa alegre, a un lado de Barra de Navidad. A pesar de estar donde y como quería, se sentía incompleta. Decidió sacudirse la melancolía y mientras su hija hacía castillos de arena bajo la gran sombrilla rentada, decidió leer un rato. “Entre cruces y espinas” fue el elegido de entre su gran lista. Después de comprar fruta y comer un delicioso pescado dorado en salsa de mango y su pequeña unos camarones empanizados, decidieron que ya era suficiente sol por un día, sus manos le ardían un poco a pesar de no estarse asoleando, por lo que decidió recoger sus cosas para regresar a la casita, tenía que ponerse las pomadas. Estaba terminando de recoger cuando escuchó ¡mami!, su corazón empezó a latir desbocado, no quería voltear. El grito de su pequeña confirmó lo que tanto temía y deseaba ¡Osellyn! Al girarse por fin, vio a Bruno, caminando con la pequeña de la mano y en la otra sujetaba un ramo de flores multicolores. Sus pies se anclaron en la arena, como si estuviera dentro de cemento colado. Su cuerpo temblaba como loco, sus lágrimas caían libres por sus mejillas. Su mente y corazón libraban la lucha más encarnizada que una vez pudiera haber enfrentado. Lo veía avanzar como en cámara lenta, todo a su alrededor desapareció, hasta las olas que rompían en la orilla se volvieron silenciosas. Solo su figura acercándose lentamente distinguía.

—Por fin te encuentro —expresó Bruno con un deje de alivio en la voz—. No sabes lo que tuve que hacer para dar contigo. Ese amigo tuyo me hizo pasar las de Caín, y Adela... si no es por los ruegos de mi hermano, no hubiera dado su brazo a torcer —expresó entusiasmado por verla, el tono del mar realzaba su belleza. Se quedó esperando alguna reacción de ella; estaba pasmada. Al ver que no hacía ningún movimiento, le quitó los lentes oscuros y observó con detalle su mirada empapada en lágrimas—. ¿Estas bien, Frida? —dijo abrazándola, pegándola a su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —recuperó el sentido y realizó la pregunta que le inquietaba.

—¿No escuchaste, mujer?, buscarte.

—¿Para qué?

—Para abrazarte y así mi mundo imperfecto, perfeccionarlo con nuestra imperfección. Además, te extrañaba Rosselyn.

—A ella no la metas.

—¿Qué no la meta?, no sabes cuánto lloró tu ausencia, cada día me preguntaba por su mami, yo ya no sabía qué hacer, más que buscar información de tu paradero. Fuiste una desconsiderada.

—¿Yo?... No lo hice para hacer daño a nadie.

—Y sin embargo nos lastimaste a todos, a los cuatro —rebatía Bruno.

—Entiéndeme, yo no podía quedarme a esperar algo de ti, fuimos claros la última vez que estuvimos juntos, pusimos reglas y... —un beso húmedo y tibio acalló su argumento con ganas de volverlo eterno, pero ella se soltó de la tentación—. Esperas que así nada más, empeñe mi vida y la de Dani para estar contigo, aventándome al barranco sin ninguna seguridad, esperando que tú estés abajo para detener mi caída, que... —otro beso, ahora con mordisco, que le ocasionó

un mareo y un jadeo sonoro—. Que me ilusione con la fantasía de que todo va a salir bien, que no tenga miedo de abrirme a ti a pesar de ser un gruñón, desconfiado, mamón, que me haga enojar, caerme mal la mayor parte del tiempo y que a pesar de todo intentar ser una familia feliz y... —otro beso con erección incluida; que ella sintió, y que ya le estaba haciendo perder la cabeza—. Yo... —Ya no supo qué más decir, solo aceptar lo que se estuvo negando y que ahora lo cambiaba todo.

—Lo sé, yo siento ese mismo miedo, pero solo quiero que sepas, que un amor como el que vamos a darnos, no lo vamos a encontrar en nadie más, tal vez hay mejores o peores, pero como no tengo intención de que lo averigüemos, prefiero al amor que tienes aquí —dijo señalando su corazón—. Que ya me pertenece y el que tengo aquí —dijo colocando su mano sobre su pecho—. Desde la primera vez que te tuve sobre mí peleando, ahora ya es tuyo. Nunca me había enamorado de verdad y la sensación es como subir a la montaña rusa, cada giro, cada vuelta completa la he sentido y sufrido. Quiero tenerte a mi lado, ser el padre no solo de una, sino de dos pequeñas que ya amo, y tú eres la madre perfecta para mi hija. ¿Aceptas en tu vida a este gruñón, celoso, desconfiado, medio galán y con un pasado que a veces pesa y además esta algo loco y que extraña tu piel?

—Que las niñas te den la respuesta —ella estaba llorando intensamente, pero de felicidad, sabía que al darle las pequeñas la respuesta que buscaba sería la misma que su corazón ya le había dado.

—Dani, Rosselyn —puso su rodilla sobre la arena y con lágrimas en los ojos hizo la pregunta—. ¿Quieren que Frida y yo seamos sus papás?

—¡Siiiiii! —contestaron las niñas entusiasmadas, lanzándose a los brazos de Bruno. Él las levantó, y se acercó a Frida que lloraba copiosamente, y sonriendo de felicidad.

—Dijeron que sí —anunció Bruno abrumado por la emoción de recibir más de lo que pidió, lo que jamás imaginó. Recuperó a su hija y en el camino encontró a una gran mujer que le haría ver su suerte y a una pequeña que amaría como suya—. Vamos a casa —cogieron las cosas y los cuatro caminaron tomados de la mano. Detrás de ellos brillaba el atardecer despidiéndose del día en el horizonte, llevándose el dolor y la soledad de esas cuatro almas que estaban destinadas a encontrarse.

**Continuamos**



## Capítulo 38

—Buenos días, Jacinta.

—Buenos días, joven Román.

—¿Qué tenemos para el día de hoy?

—Junta con los de publicidad a las nueve treinta, al parecer tienen problemas con el catálogo. Reunión con almacén a las diez treinta, aviso de ampliación. Almuerzo con sus padres a las once treinta y visita al departamento de diseño. A partir de ahí nada, y hasta después de la hora de la comida, reunión con el departamento de personal a las cuatro y realizar los pagos del día de hoy, contabilidad los traerá en un rato.

—Por lo que veo va a estar movido el día. Por favor, Jacinta, tráeme una cafetera, esto requiere medidas de apoyo extremas.

—Enseguida, joven.

Román vio salir a la secretaria, apenas empezaba el día y ya quería regresarse a su casa, si no lo hacía era porque su Adela no faltaba a trabajar y él quería estar cerca. No había pasado ni media hora cuando tocaron a su puerta.

—Adelante.

—Buenos días, Román.

—Buenos días, mi amor, —su voz siempre hacía que el mundo se detuviera a su alrededor, siendo solo ella y él, un idiota enamorado. Se levantó, tomó los documentos que llevaba en mano y la besó con ansias, haciéndole sentir la necesidad de tenerla entre sus brazos.

—Román, —ella inquieta se soltó de su agarre y del beso—. Espera, tengo trabajo, solo vine a dejarte los pagos del día de hoy. Tengo que volver. Adiós —y salió dejándolo confundido y deseoso más que nunca.

La mañana se fue volando, cuando se dio cuenta que era la hora de almorzar sus padres entraron a la oficina.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? —saludó Darío.

—Mmm, diría que bien.

—A ver, Román, dinos, ¿qué sucede? —preguntó Nuria al ver la confusión en su hijo.

—No sé qué hice, pero Adela me está rehuyendo.

—Cuéntanos mientras almorzamos —en la cafetería que se encontraba frente a VITRI Román les contó con detalle lo sucedido en la mañana.

—Al parecer no hiciste nada, a lo mejor ella está en conflicto o tiene dudas y se siente insegura. Además, agrégale que no está Frida, ya han pasado más de tres semanas.

—Pero todo estaba bien, llevábamos una buena dinámica. La saludaba en la mañana como hoy, comíamos juntos y a la salida nos íbamos por un helado, al cine, a pasear al parque o a realizar algún pendiente y la llevaba a su casa donde la dejaba segura y a salvo.

—Habla con ella, pregúntale directamente qué sucede, lo más seguro es que sea algo sin

importancia que sin querer, se volvió importante. Y solo hablando se puede resolver.

—Si, mamá, gracias.

—De nada, hijo, por cierto, me llamó Bruno, ya no están en Melaque, se fueron a un lugar menos caluroso, al parecer tras unos días y, aunque cuidando las heridas, les incomodaba el calor. Andan en Ocotlán, al parecer todo marcha muy bien entre ellos.

—Me da gusto, ya era hora de que a mi hermano la vida le diera la felicidad que se merece.

—Amén —agregó el padre—. Hijo, en cuanto tengas un tiempo, me ayudas a revisar el proyecto que está realizando el arquitecto, que por cierto, resultó ser amigo de Lisandro, ¿tú lo sabías?

—No.

—Ya está por terminar la obra negra y los dos baños completos. Va a convertirse la casita de invitados en una casa de tres recámaras, recibidor, sala, cocina y comedor. Nadie lo veía venir.

—Claro, llegando a la casa le echo un ojo.

Terminaron de almorzar y se fueron con el equipo de diseño. Nuria al ver a su hijo inquieto le dijo:

—No me gusta verte con esa cara, acabo de ver a la contable ir a la cafetería, anda, ve a hablar con Adela —lo vio dudar—. Mueve ese trasero, Román.

—Ya voy, mamá, —sin dilación, salió presuroso al encuentro con Adela. Al llegar la vio trabajando en su computadora. Su escritorio estaba repleto de papeles. Se veía hermosa con sus lentes de pasta retro rojas—. Hola, Adela.

—Hola, Román, no te esperaba.

—¿Te molesto?

—No, ¿dime qué necesitas?

—Decirte..., —dudó un poco—. Me dejaste confundido cuando saliste de mi oficina, tuve la sensación de que me estabas evitando, sácame de esta duda que me está carcomiendo el alma, ¿acaso hice algo que te lastimara o enojara?

—No eres tú, cariño, me estoy evitando a mí misma.

—¿Por qué?

—Tal vez es miedo, que todo esto que estamos viviendo no sea verdad —observó su semblante alterado y evitó lastimarlo aclarando su sentir—. Me gusta tu compañía, adoro tu forma de ser y lo segura que me haces sentir. Cuando te conté mi pasado por primera vez, mi mundo cambió de negro a multicolor. Por eso tengo miedo y me siento caminando sobre arenas movedizas. Como si en un instante todo fuera a desaparecer.

—¿Qué hacemos? Yo desde que te vi y escuché, mi corazón ya no es mío y se mudó a tu pecho y ahí habita desde ese entonces. Hay que resolverlo, no podemos estar así. Yo te amo y te dije que me quedaría en tu vida para siempre. Eres una mujer asombrosa y lo mejor que he tenido jamás.

—Mañana tengo cita con mi psicóloga saliendo del trabajo, ¿quieres acompañarme? — estaba tratando de no profundizar en el tema, sus miedos nublaban la felicidad, por alguna extraña razón no se sentía del todo libre para amar.

—Claro que sí, sabes que deseo que nuestra relación funcione, así que tenemos los dos una cita. Hoy te espero abajo para irnos juntos, si me retraso, no te preocupes, llegaré lo más pronto posible —se inclinó sobre el escritorio de Adela y le dio un beso paladeando su lengua, haciéndole sentir su amor, no quería perderla, ella era su todo. Ella se quedó la temblando sobre su silla.

Román ya no regresó con sus padres, se fue a su oficina a terminar sus pendientes, tenía que apurarse, ese día no saldría a comer, con un bocadillo tendría suficiente, prefería darse prisa y no tener a su novia esperando.

Dieron las seis en punto, Adela estaba bajando las escaleras cuando recibió un mensaje de Román:

—Cariño, estoy contigo en diez minutos, no tardo.

—Aquí te espero♥

Estaba Adela guardando su celular, cuando una voz la puso a temblar, su corazón se detuvo, su mente por un instante se nubló.

—Hola, Adela, pero que guapa te has puesto.

—¿Qué...qué haces aquí? —era su tío Gael, avejentado. Sus brazos estaban llenos de tatuajes y sonreía grotesco con su boca algo desdentada. Se veía fuerte y amenazador. Deseó no haberse adelantado y mejor haber esperado a Román dentro de la empresa.

—Pasaba por aquí, de hecho, varias veces. Te reconocí, eres igual a tu madre y no dudé en saludar a mi sobrina preferida, a la que más quiero y a la que intenté darle mi amor y que mi hermano evitó que lo tuvieras por egoísta.

—¿Querer? —ya el miedo invadía su cuerpo y sus lágrimas se derramaban amargas por el terror—. Lo que hiciste no fue fortuito, fue con toda la intención de lastimar. No hay justificación que valga por todo el dolor y las heridas que causaste. La decepción e inseguridad que dejaste en mi familia y en mi corazón, destrozó muchas vidas. Mi padre murió sintiéndose una mierda por no haberme protegido como debía. Jamás imaginé que la persona que en su momento le tenía la confianza y el cariño más puro, pudiera realizar actos tan malignos contra los que dice amar. Destrozaste a mi padre; tu hermano, a mi madre y a mí. Esa maldad me ha hecho cuestionarme si aun puedo confiar en los demás, en mi misma o en mi juicio.

—Entiende, mi caramelo, nunca te he olvidado, tu recuerdo y olor me mantuvieron vivo en ese lugar al que me enviaste —intentó tocarle el rostro.

—¡No me toques, aléjate de mí, déjame en paz, no quiero volverte a ver! —sus palabras elevadas de tono rayaban en el miedo y la histeria, necesitaba salir corriendo. Estuvo a punto de gritar. Ya estaba perdiendo la capacidad de respirar por el terror. La tomó del brazo Gael de manera posesiva, cuando un fuerte tirón y el sonido de un golpe, provocó que el hombre que le destrozó la vida quedara tendido en el piso inconsciente.

—Adela, mi amor, ¿estas bien?

—Él, es, es mí..., mi tío Gael, él que abusó de mí, él, él —y terminó desmayada en los brazos de Román, por lo impactante y traumático del encuentro.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritaba como loco, con un deje de lamento en el tono de su voz, su corazón rugía de desesperación. Jacinta que lo presencié todo, se encargó de las llamadas, incluyendo a los padres de los chicos.

Fuera de la empresa, todo era un caos, personal, policías, ambulancia. Román no sabía que hacer primero, si estar con los agentes de la ley o irse con Adela. Tomó la decisión, habló con los de seguridad y pidió que lo detuvieran. Haría lo posible por sacar a ese desgraciado de la vida de Adela.

## Capítulo 39

Bruno estaba ayudando a Frida a bañar a las pequeñas, cuando el sonido del teléfono los sacó de la divertida empapada de ropa que jamás había experimentado.

—¿Qué dices, Lisandro? —Bruno escuchó la voz alterada de su mujer, por lo que solicitó a las niñas que guardaran silencio un momento—. ¿Quién?, ¡Nooo!, dime qué estás equivocado. No bromees, ¿Qué?, ¡oh, no!, ¿qué hospital? Sí, sí, salimos para allá de inmediato, solo paso a dejar a las niñas a casa de Bruno y ahí nos vemos.

—¿Qué pasó, Frida?

—Es Adela —dijo temblándole la voz y con lágrimas de desesperación corriendo por sus mejillas—. El desgraciado de su tío, la abordó y sufrió un colapso.

—¿Qué tío le provocó un colapso? —preguntó intrigado.

—Te cuento en el camino, ahora hay que apurarnos a empacar, necesitamos dejar a las niñas con tu nana y de ahí al hospital —Bruno ya no preguntó nada y le ayudó a vestir a las niñas mientras ella guardaba todo de manera presurosa. Tras dos horas ya estaban en la carretera.

—Las niñas ya se quedaron dormidas, —dijo al comprobar que estaban acurrucadas en el asiento de atrás y su respiración era acompasada—. Cuéntame qué tiene que ver el tío con el colapso de Adela.

—Me sorprende que no lo sepas y a la vez eso me hace admirar más a tu hermano. Esta historia es triste y muy oscura, resulta que el hermano del papá de mi amiga abusó de ella cuando era una niña.

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendido y asqueado.

—¡Shhh! Baja la voz, que despiertas a las niñas. Te cuento desde el principio —mientras manejaba Bruno, Frida le relató con detalles la historia de Adela, él solo ponía caras y abría la boca del asombro.

—Perro de mierda, ¿cómo se atrevió? ¡Dios, Santo!, ¿Qué tipo de bestia hace eso a su sangre? ¡Carajo! Ahora entiendo el porqué del estado de Adela, pobrecita, y a mi hermano conociéndolo, se ha de estar sintiendo culpable por no llegar a tiempo.

—No lo dudo, me temo que se ha de sentir igual que yo, como si la hubiéramos abandonado, fallado. Yo supe de su vida y de lo sucedido cuando estábamos en la secundaria. Un día, ella estaba en el receso, cuando un compañero se le declaró tomándola de la mano, fue impactante como ella le gritaba como loca, lo empezó a golpear, yo tuve que sujetarla y la orientadora que tenía conocimiento de su pasado, solo la llevó a la enfermería a que se tranquilizara. Llamaron a sus papás y nos fuimos a su casa. Desde ese día nadie se le acercaba, estuvo en boca de todos por su reacción y le tenían miedo. Varias veces me agarré a golpes con compañeros que se burlaban de ella o que intentaban agredirla. Una vez la líder de uno de esos grupos de idiotas, intentó tocarla con un palo de escoba para ver su reacción. Ya te imaginarás por dónde casi le meto ese dichoso palo a la desgraciada. Muchas veces ella reaccionaba agresiva, otras, se quedaba helada, y más si eran hombres. Hemos sido inseparables y confidentes. Ambas nos cuidamos y apoyamos, a nuestra forma y posibilidades. Para mí, Adela y Bianca, son y serán mi familia, incluyendo en el bulto a Lisandro.

—Me gusta esa familia tuya de adopción, incluyendo al cabrón de tu amigo. Para mí, ahora son parte de la mía. Entiendo a Adela más de lo que crees, de cierta manera podría jurar que si está en ese estado, es porque se sintió completamente amenazada y vulnerable. Su reacción fue de protección, algunos lo hacemos y nos evadimos de muchas formas. Yo agarré unas malditas costumbres destructivas, alcohol, mujeres y sexo que no me sabía a nada, solo deseaba sentir la sensación primitiva de eyacular, pero después sentía un vacío que me engullía entero, sumiéndome en una soledad y desamparo que me quitaba la capacidad de respirar, y en una de esas veces, por primera vez sentí lo que era la ansiedad y la depresión. Muchas veces me decían algunos pendejos, que la vida sigue, que le echara ganas, pero puedo asegurarte de que nadie entendía que mi vida la percibía detenida, como agua encharcada, pudriéndose y apestandose. Yo en ese tiempo no deseaba cambiarlo, es más, pensaba que me lo merecía. Aun de vez en cuando flaqueo y puede que algunas veces en el futuro lo veas, solo deseo que seas benévola conmigo en mis momentos de fragilidad.

—Gracias y de verdad te lo digo, jamás usaría tus debilidades en tu contra, yo también las tengo y sé que tú no me lastimarías de ese modo. El vacío no es malo o bueno, solo lo transformas en mal cuando el rencor y tus miedos los conviertes en complejos y venganzas. Además, si un día lo haces, no te dejaría con las ganas de volverlo a intentar. Avisado estas — intentó bromear en su angustioso camino a casa. Ambos se quedaron meditando lo dicho, y tomados de la mano continuaron con su viaje.

Al cabo de dos horas, llegaron al hospital donde estaba ingresada Adela. Lisandro en cuanto vio a Frida entrar, corrió a abrazarse a ella y reventó en llanto. Solo ella le dio el consuelo que también necesitaba de él, de su amigo, su hermano, su familia. Después de los desahogos pertinentes, saludaron al resto de la ya numerosa familia reunida en la sala de espera.

El tiempo de nuevo parecía burlarse de todos, las manecillas del reloj, que los miraba desde una pared de un blanco absoluto, se percibían lentas avanzando y retrocediendo segundos a propósito, tomando el control de la desesperación. Ya querían saber noticias de Adela. Estuvieron a punto de ir por otra ronda de café, cuando vieron que con la angustia reflejada en la mirada, Bianca salía acompañada de otra médico. Todos la alcanzaron a medio camino.

—Bianca, ¿cómo esta Adela? —le preguntó Frida en un abrazo.

—Hija mía, deja que la psiquiatra lo explique —todos esperaron el diagnóstico, guardando silencio.

—Buenas noches, soy la psiquiatra, Ana Lilia Prados.

—Mucho gusto —contestaron a una misma voz los presentes.

—Como le comentaba a la señora Bianca, la paciente ya reaccionó, está despierta pero me gustaría que se quedara esta noche, solo sufrió un pequeño colapso debido a la impresión.

—Entonces, ¿se va a recuperar? —preguntó Román con el corazón hecho pedazos por el susto y la incertidumbre.

—Yo considero que sí. Solo hay que darle tiempo, es la primera vez que le sucede esto.

—¿Podemos verla? —preguntó Lisandro.

—Solo tres personas y cinco minutos cada uno. Les sugiero que se vayan a descansar, solo una persona se puede quedar con ella, debido a su condición y a las necesidades de la paciente la

persona más indicada es su madre. Mañana se le da de alta.

—Gracias —contestaron al unísono.

—Cualquier duda, soliciten mi presencia, de cualquier manera, yo me doy una vuelta antes de salir de mi guardia —se retiró a continuar con la revisión de otros pacientes.

—Yo ya vi a mi pequeña, y me voy a quedar a cuidarla, ¿Quién va a entrar?

—Yo, —contestaron tres voces, Lisandro, Frida y Román. Lisandro tomó la decisión del orden.

—Román, vas tu primero, —el nombrado solo asintió y con las indicaciones de Bianca fue a ver a su novia.

Román entró a la habitación donde estaba Adela. Por un momento se paralizó, para él era un golpe muy duro verla en ese estado, sabía toda su historia y el costo emocional de abrirse a él. Se acercó temeroso.

—Hola, mi preciosa, —tomó su mano tiernamente.

—Hola, Román —contestó apenada.

—No sabes cómo me duele verte así, perdóname, no pude protegerte del monstruo como te prometí. No deberías estar así, tú te mereces ser feliz, has luchado mucho para lograrlo, a pesar del pasado que te marcó. Por favor, amor mío, recupérate pronto, ya no estás en peligro. Te juro que ese perro va a pagar y de la cárcel no va a salir jamás, así tenga que hacer algo ilegal para conseguirlo. Así mi alma se condene, o que tenga que hacer un pacto con el diablo. —posó sus labios en el dorso de su mano, dándole besos pequeños, llenos de amor.

—No te preocupes, ya pasó —y derramando lágrimas se quedaron con sus manos enlazadas.

—Señor, ya pasó su tiempo —avisó la enfermera.

—Gracias, solo me despido de mi novia y ya salgo.

—Claro, señor.

—Ya me tengo que ir, mi amor, mañana temprano estaré aquí. Recuerda que sin ti no respiro y te estaré esperando el tiempo que sea necesario —se despidió muy a su pesar con un ligero beso en sus labios reseco y al salir entro presuroso Lisandro.

—Hola, conchuda, ¿Qué susto nos diste?, mira que Frida se fue a la playa y tú sí que te estás luciendo con el hospedaje que escogiste. Mana, todos estamos angustiados por ti, queremos que vuelvas a nosotros a seguir enfrentando a la vida como siempre lo has hecho, además tienes a un novio guapo que te ama, a una madre amorosa y a unos amigos y hermanos que cruzaríamos un fusilamiento por ti —se abrazó a ella, reposando su cabeza sobre su pecho, donde sintió la respiración pausada—. Sin ti no somos el trio dinámico, tu corazón vale oro, lo escucho latir fuerte y eso es suficiente para saber que saldrás de esto. Te amo, hermanita, —le dio un beso en su frente.

—Gracias amigo, yo también te amo —y lo vio salir con algo decidido en su mirada.

—Frida levántale el ánimo, yo voy a hablar con Román y tú ..., peor es nada —refiriéndose así a Bruno—. Ya platicamos cuando salgas.

—Bien, solo dime, ¿está muy mal?

—Solo te voy a decir una cosa, alguien va a morir —lo vio caminar hacia los hombres con el poderío que lo caracterizaba cuando se iba a enfrentar al mundo.

Frida entró dónde su amiga estaba recostada.

—¡Adelita de mi corazón! —fue lo único que pudo decir sin romper en llanto—. Vamos a salir de esta como siempre lo hemos hecho, lo sé. Es solo una etapa, aquí voy a estar chingue y chingue, hasta que te hartes. Vamos, mi loquita, —la agitó un poco—. Además, hay mucho por experimentar. Tú, por ejemplo: hacer el amor por primera vez, cantar, bailar y seguir dando tu corazón a mi cuñado. Saca a Bianca de este pesar, también ella ha pasado por mucho y está destrozada. Nosotros te queremos ver bien y sonriendo. No te voy a decir échale ganas, eso es una mamada. Solo te suplico que hagas lo que tengas que hacer para estar lista para enfrentarte de nuevo a la vida, a pesar de que ésta sea una hija de la chingada y a veces un campo de batalla. Lo que te hizo ese gusano, te juro que lo haremos pagar. Nosotros te ayudaremos a enfrentarlo, seremos tus acompañantes en esta lucha. Te amo mucho, amiga, estaremos mañana aquí para acompañarte a casa.

—Fue horripilante, amiga, volverlo a ver me regresó a mi niñez, a esa vulnerabilidad.

—Me lo imagino.

—Todo lo que había trabajado durante años, se fue al carajo y tengo miedo.

—No te preocupes por eso ahora, solo reponte y como siempre lo hemos hecho muchas veces, volver a empezar. Regreso mañana, no te vayas a mover de aquí, ni a pegar fuga ¿eh? —Frida solo besó la mejilla de Adela, su amiga le devolvió el gesto y salió segura de que esta vez también lo lograría su mejor guerrera. Se quedó recargada en la pared mientras la enfermera revisaba los vitales, después de un rato la imagen de Adela postrada en la cama la dejó de ver cuando la enfermera cerró la puerta dejándola a ella afuera y a su amiga prisionera dentro.

## Capítulo 40

—Hola, Bruno, ¿qué haces aquí?

—Yo te podría preguntar lo mismo, sin embargo, no me interesa, adiós —se dio media vuelta maldiciendo por la genial idea de ir a orinar en ese momento. Estaba a unos pasos de llegar junto a su familia, lo había abordado entre la habitación de Adela y la sala de espera, a la vista de todos.

—Espera, Bruno, necesito hablar contigo, por lo menos me debes eso después de dejarme como cualquier objeto que ya no te es útil. Y cambiarme por sabrá Dios qué mujerzuela.

—Clara ... —respiró profundamente antes de portarse como un desgraciado—. No tengo que aclararte nada de lo que haga, ni estar pendiente de cada movimiento o sentimiento tuyo. Soy libre. Ahora sé amar y definitivamente sé diferenciar el amor sincero de una falacia disfrazada con sonrisas, besos y caricias.

—Yo siempre estuve enamorada de ti, aguanté verte con mi mejor amiga, la vi embarazada de un bebé de tu carne, me moría imaginándote con ella entre tus brazos —rebatí no dando su brazo a torcer—. Solo esperaba que vieras todo lo que sacrifiqué por ti, y que el apoyo que te di fuera suficiente para que me vieras como algo más y no solo como una quita calores. No me conformo con ser nada en tu vida, quiero ser todo cueste lo que cueste —y sorprendiéndolo se abrazó a él y lo besó. Bruno logró quitársela de encima, pero fue demasiado lento.

Frida, caminó a paso normal, firme y segura frente a ellos, en la cara de Bruno vio sorpresa, en la de ella curiosidad y satisfacción, pero jamás remordimiento, por lo menos de parte de esa mujer. Solo deseó no haber visto cómo lo besaba, él tardó unos segundos en reaccionar y alejarse. A ella se le hicieron eternos y aún con un cansancio y dolor en el cuerpo sacó fuerzas de algún lugar oculto y siguió adelante. «Yo no voy a pelear para estar en la vida de nadie, si él me quiere en ella sabe dónde estoy. Además, si él algo le debía a esa cabrona ya se cobró con el beso esta noche», pensó Frida en lo que llegaba con la familia.

—Mira, Clara, no quiero volver a cometer el mismo error, así que no voy a tenerte lástima, ni otra emoción que haga una diferencia, no voy a hablar de sentimientos contigo, ya que no entendiste nada de lo que te dije.

—¿Es ella?, —dijo señalando a Frida—. ¿Por esa mujer sin chiste me dejaste?

—Clara, te lo advierto.

—Jajaja, jajaja, —se reía desesperada—. Jajaja, jajaja, no lo puedo creer, sigues siendo el mismo pendejo de siempre, ¿no ves que te está usando?, quiere tu dinero, una posición y hasta la empresa si la dejas. Es una...

—Mira, Clara, —dijo tomándola del brazo de manera violenta—. Te advierto que si sigues hablando así de ella o te metes en mi vida, te lo voy a hacer pagar y...

—Bruno, suéltala —le ordenó Frida, tratando de que no perdiera los papeles con esa mujer—. No la trates así, ven, —lo llamó extendiendo su mano para que la tomara—. Vamos con la familia, ya es tarde, tenemos que irnos, recuerda que nos esperan en la casa y seguramente la señorita tiene mejores cosas que hacer que estar de rogona, intrigando y besando a la fuerza al hombre de otra, y como aquí termina esto, buenas noches, —dijo de manera desenfadada a

Clara. Bruno tomó la mano que le tenía extendida Frida y juntos de la mano salieron detrás de la familia que ya los esperaban en el área de ascensores.

—¡Váyanse al diablo! —les gritó Clara con todo el odio que una persona podría expresar con tres palabras. Mientras los veía irse juntos sus pensamientos fueron: «para mi es apenas el principio, para ti el final».

Bruno, sin que ella se diera cuenta la miró sonriendo por el reflejo del espejo del elevador. En ese momento nadie decía ni pío, sabían que esto era un momento de bomba explosiva. Frida al notar que la miraba, de inmediato su gesto cambió y volvió su mirada al frente.

—Señor Darío, tengo una duda—expresó a su jefe mientras entraban en el pequeño cubo del elevador y se cerraban las puertas.

—¿Cuál, hija? —preguntó curioso, sabía que le iba a salir con una de las suyas.

—¿De casualidad no expusieron a Bruno de chiquito a radiación?

—No, muchacha, ¿por qué? —contestó riendo— y ahora me tienes intrigado.

—Si no fue eso, algo sería, creo que se le zafó un tornillo o se le dañó algún engranaje, porque otra explicación no encuentro a su estupidez —todos rieron inevitablemente a pesar de su pena.

—Frida, ya no te cebas conmigo, no me lo esperaba —dijo Bruno apenado.

—Llegando a tu casa voy a decirle a tu nana lo que pasó, para que te lave esa boca con jabón, cloro y alcohol, y después te vas a lavar los dientes y la lengua con agua bendita. Si es que quieres que te vuelva a besar en tu vida.

—Yo te ayudo, hija —confirmó Nuria.

—Yo lo agarro —apoyó Román.

—Yo saco la foto del recuerdo —añadió Darío.

—Y si vuelves a permitir que pase algo así o similar, te corto las bolas y hago que te las tragues —remató Lisandro.

—Ya párenle, yo no la besé, ella me besó —se defendió el agraviado.

—Como sea, advertido estas, Vidal, —aseguró Frida al llegar a los automóviles. Uno a uno subieron a sus vehículos y solo uno tomó un camino diferente al resto.

Al llegar a la casa los recibió la adorable nana con todo lo necesario para desinfectar a su muchacho tarado; Nuria le había avisado. Las niñas ayudaron y entre risas, le realizaron varias lavadas de dientes y lengua. Terminaron por esa noche intentando conciliar un sueño que se negó a llegar. El silencio se llenó de murmullos en la recámara de Bruno.

—¿Sigues enojada por lo de Clara?

—Tú dime —contestó evasiva.

—No deberías, bien sabes que yo no lo provoqué.

—¿Es enserio? —se giró en la cama, sentándose de un solo movimiento y encendiendo la luz del buró—. Ahí están las consecuencias de un pasado no resuelto, esa mierda seguirá ahí y ese es tu pasado no el mío, arréglalo o esto que apenas empieza se va a ir a la chingada.

—Lamento todo lo que pasó. Y no digas palabrotas.

—No jodas, Bruno, que hablo en serio.

—Lo único que quiero es a ti y a mis niñas en mi vida, tranquilas, seguras y amadas. Un tiempo fui un idiota, necesitado de belleza física, vacía y conveniente, entregando regalos caros por sexo. Tú, sin embargo, nunca me has pedido ni aceptado nada, solo quieres lo único que nunca había dado a ninguna mujer aparte de mi madre; mi corazón, y eso me ha demostrado una belleza que desconocía. Eres transparente, sincera y solo das lo único de valor verdadero, tú, solo tú. No sé a veces cómo ser, solo que estoy intentando dejar atrás lo que he sido.

—No te estoy pidiendo que cambies, es como pedirle a la tierra que deje de girar. Solo quiero que arregles de una vez el pasado que no está del todo claro. Aun el asunto de Ross está sin concluir. No sabemos quién fue la persona responsable que tuvo escondida a tu hija, ni el motivo de empeñarse en ello. Y para colmo esa mujer.

—¿Celosa?

—No, solo molesta. Imagina que el padre de mi hija me buscara y nos encontraras como te vi con Clara.

—Lo mato —contestó molesto de solo imaginarlo.

—Y entonces ¿por qué pretendes que no me sienta ofendida? —esperó un momento a que se le prendiera el foco—. ¿Ahora comprendes?

—Sí, lo entiendo. Perdóname y déjame dormir abrazado a ti, si no, no voy a poder descansar y solo lo logro teniéndote entre mis brazos —ella se lo concedió y por fin consiguieron conciliar el sueño.

## Capítulo 41

Lisandro no se fue a su departamento, por primera vez en su vida no quería estar solo, necesitaba la compañía de las personas que nunca imaginó desear que estuvieran en ese momento a su lado. No solo quería compañía, él necesitaba el consuelo que su mente y cuerpo necesitaban. Al poco rato se vio frente la casa de Leonardo y Marisela.

Ding, dong.

Tocó una sola vez, ya estaba por irse cuando la luz de la entrada se encendió, quien le abrió la puerta fue Leonardo.

—Cariño, ¿Qué pasó?

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, esta es tu casa. Nos dejaste muy preocupados cuando nos avisaste del incidente. Varias veces estuvimos a punto de ir a pesar de tu negativa, y ahora que estás aquí temo preguntar.

—¿Lisandro?! —Preguntó Marisela sorprendida, al bajar las escaleras a ver quién tocaba la puerta. ¿Cómo está Adela? —ella sí se atrevió a realizar la pregunta y no solo se limitó a realizarla, también se acercó a abrazarlo. Gesto que él devolvió con lágrimas ya recorriendo sus mejillas y con espasmos por su pesar doloroso—. ¿Qué pasó? Me estás asustando.

—Está viva —contestó intentando recomponerse—. La impresión que vivió fue fuerte. Mañana voy a ir temprano, necesito que se queden al frente y realicen el trabajo que no voy a poder hacer hasta que ella este bien.

—No te preocupes por Éxtasis, ocúpate de estar bien tú, el negocio puede marchar sin que estemos nosotros presentes. Nos podemos turnar para estar al pendiente. Por ahora lo único que importa es Adela y su recuperación. Estamos aquí para ti y para ella. Pide lo que necesites y lo tendrás.

—Gracias, la verdad no pensaba venir a molestarlos, pero... no pensé en nadie más que en ustedes para que me ayudaran en este momento tan confuso, doloroso y que me provoca unas ganas de matar a ese desgraciado que lastimó otra vez a mi hermana.

—¿Dónde lo tienen detenido? —cuestionó Leonardo.

—En los separos de la catorce, temo que lo suelten.

—No te preocupes, de eso me encargo en este momento —fue a realizar un par de llamadas y antes de terminar la más importante de ellas, le preguntó a Lisandro: —. ¿quieres que reciba toda la hospitalidad que le pueden ofrecer en ese lugar? —preguntó con la bocina tapada y esperando su respuesta para ser transmitida a la persona que estaba del otro lado de la línea telefónica.

—Quiero el mejor trato que se le puede dar a un inquilino especial —solicitó Lisandro sin dudar.

—Así será —escucharon cómo le daba la respuesta a su interlocutor y después de un par de minutos donde realizaba preguntas legales y posibles trabas, terminó la llamada—. Listo, en la madrugada lo van a llevar a la suite presidencial—. Ahora vamos a que descanses.

—No quiero ser una molestia —intentó disculpar su debilidad y por verse necesitado.

—Nunca lo serás para nosotros —agregó Marisela—. Te amamos y siempre estaremos para ti, así como tú para nosotros. Ven —dijo con dulzura y firmeza a la vez—. Vamos a que te des un baño calentito, mientras Leo prepara nuestra cama para que descanses entre nuestros brazos.

Lisandro esa noche fue mimado, consolado y apapachado como nunca creyó algún día ser cuidado y menos por dos personas a las que sin querer ya eran parte de su vida y de su corazón.

A la mañana siguiente todos estaban en el hospital puntuales, Leonardo hablaba con los abogados recomendados por Darío que llegaron también al hospital para empezar con el proceso legal en contra del agresor. Adela fue dada de alta a las once de la mañana, saludó a Bruno.

—Hola, Bruno, disculpa los inconvenientes.

—No te preocupes, aunque no lo creas sé que es culero sentirse así. Pero la única que tiene el poder de lograrlo eres tú, enfrentándote a lo que te frena y que te hace sentirte en carne viva. La única manera de vivir es matar a aquello que vive dentro de ti, que te hace frenar tu avance, al monstruo que encerraste no solo en la cárcel sino en tu interior. Cuando siempre estuvo esperando que la niña frágil y vulnerable continuara ahí, esperando su regreso. Por cierto, ¡bienvenida!, ¿estás lista para luchar?, ya todos tenemos lista tu armadura.

—¿Armadura? —preguntó confundida.

—Sí. Adela, la armadura es el amor de tu familia y de mi hermano.

—Gracias, Bruno, ahora sé porque Frida está contigo.

—No agradezcas nada, recuerda que soy un mamón, pedante, grosero e insensible, y quiero seguir conservando esa imagen, además, son mis mejores virtudes —le sonrió y guiñó un ojo, se dio media vuelta y tomó la mano de Frida que había escuchado el pequeño diálogo entre ellos.

Llamaron al médico, y la psiquiatra decidió monitorear su reacción después de realizar la declaración correspondiente a las autoridades y la denuncia penal en contra de Gael. Román permanecía al lado de Adela, pero a la vez alejado, se sentía parado sobre un campo minado, no sabía qué hacer o decir. Por lo que en cuanto logró estar a solas con su novia se atrevió a decir:

—Te amo, Adela, y te voy a estar esperando a que estés lista para mí, para nosotros y lo que nos depare la vida.

—Perdóname, Román, por no ser lo que deseas. Por tener que soportar mis cargas y mis miedos y por estar dañada.

—¡Shhh!, —pronunció poniendo un dedo sobre sus labios—. Eres lo mejor que me ha pasado, eres todo lo que necesito. El amor es compartir, construir, acompañar. Vales mucho y mi corazón lo sabe y mi mente coincide con ello. Vamos a salir de esta. Sé que el camino es largo y sinuoso, pero juntos de la mano vamos a poder transitarlo, venciendo cuanto obstáculo se nos presente. Solo te pido que no me alejes, que me dejes estar en tus peores momentos, entre tus miedos y debilidades.

—No te merezco —añadió con melancolía.

—Tú te mereces todo y soy afortunado de haber coincidido contigo —la besó en la frente con cuidado, con respeto y amor.

## Capítulo 42

Después de realizar la declaración pertinente y la denuncia penal, tuvieron que darle un tranquilizante solo por precaución a Adela por recomendación de la psiquiatra. Al llegar a su casa notó que el olor a humo y quemado había desaparecido. Todo olía a pintura nueva, se sentía raro y a la vez conocido. Ya se había acostumbrado a la presencia de Lisandro en su día a día, pero como ella era fiel testigo de los cambios supo que esta vez sería mejor.

Después de una semana en reposo se reunieron en casa de Darío. Los hombres estaban alrededor del asador, las mujeres estaban sentadas en sillas de mimbre bajo grandes sombrillas y las niñas jugando, mientras esperaban que cinco hombres lograran prender el carbón, las mujeres conversaban cómodas.

—¿Cuántos hombres se necesitan para prender el carbón de un asador? —preguntó Marisela que por primera vez convivía con las mujeres más importantes de la vida de Lisandro.

—Ya los estás viendo, hija, ¿necesitas contarlos? —dijo Nuria.

—Creo que es cosa de machos, de orgullo o solo se hacen pendejos para hablar de cosas sin importancia, o se hacen los interesantes. —soltó Bianca sin más.

—Creo que es orgullo de macho que se respeta, como aquellos que salían a cazar y llevaban la presa a la cueva, pero a diferencia de ellos —dijo señalando a los hombres—. Lo compraron ya muerto y fileteado. Además, creo que leí que las hembras eran quienes preparaban la carne y la ponían al fuego. Ahora se quieren ver útiles y muy hombres dominando las llamas, con el mandil como armadura y las pinzas como arma —añadió Frida provocando la risa de todas.

—¿A poco no se ven lindos queriéndonos consentir? —cuestionó Adela.

—Si también limpian y lavan los trastes al final, te daré mi respuesta positiva o negativa —añadió Nuria provocando de nuevo las risas de sus acompañantes.

—Marisela, ¿Qué se siente tener a dos hombres para ti solita? —inició el tema Frida, ya que las demás no se atrevían y ya era momento de cambiar de tema y dejar de prestar atención a los caballeros que seguían librando una lucha con el carbón y una caja de cerillas.

—En un principio estaba confundida. Yo no planeé ni imaginé verme amando a dos hombres; ser amada y menos ellos amarse. He tratado de ponerle nombre a esta relación. Unos lo llaman poliamor, la verdad no me importa en dónde encajamos y en dónde no, solo sé que no puedo estar lejos de ellos. No solo es el sexo increíble que tenemos, es el calor y el sosiego que encuentro a su lado. Considero que somos como un perfecto triángulo equilátero que resguarda en el centro nuestros corazones.

—Hija —interrumpió Bianca—. Tu relación no es poliamorosa, ni solo sexual. Yo sé muy poco del tema, no me gustan las etiquetas y los grupos que ahora forman y que no ayudan a unir, sino a dividir y a marcar líneas que ahora nadie se atreve a cruzar. Yo siento al ver feliz a mi Lisandro, que lo que ustedes tienen es un vínculo de amor, así que no importa lo que piensen los demás o lo que opinen. Solo considera que ellos y tú son lo necesario —todas asintieron, dándole la razón a las palabras de Bianca y Marisela se sintió apoyada y cobijada por ese grupo singular de mujeres. Después de media hora por fin asaron la carne y comieron delicioso.

El tiempo pasó lento, pero seguro, todo parecía haber retomado la calma. Adela asistía dos veces a la semana a consulta con la psiquiatra, le tuvieron que hacer cambio de medicación y corrección de dosis. Cada dos consultas una era en compañía de Román, donde se tocaban temas de su relación y los conflictos que se presentaban en el camino, así como de las herramientas a poner en práctica en ciertos momentos. Su vida sexual por el momento estaba en espera; decisión tomada por Román, él quería que ella estuviera bien y que en cierto tiempo pudiera disfrutar de su relación en su totalidad. Él le ayudaría a conseguirlo, dándole su amor, paciencia y empatía.

Román tenía momentos de debilidad. Cuando la besaba su cuerpo se revelaba y deseaba estar con ella, fantaseaba sentir el calor de su cuerpo enredado al suyo, la ternura de su aliento al decir su nombre en medio de la pasión. El deseo húmedo de su feminidad, la sinceridad de su mirada cuando se entregara entera, y él sujetar su piel entre sus manos mientras se perdía en el éxtasis, por lo que tenía que masturbarse cada que llegaba la noche y en esa oscuridad íntima imaginaba el momento en que por fin lograrían estar juntos.

## Capítulo 43

Ring, ring.

—Hola, “loquita” —contestó Frida al primer tono de llamada.

—¿Ya organizaste quién te va a cuidar a las niñas el sábado?, recuerda que tenemos fiesta. ¿Ya le compraste el regalo a Toña? —cuestionó algo preocupada.

—No, el viernes voy a ir a la plaza después de pasar por las enanas a la guardería, comeremos pizza o unas hamburguesas y de paso voy por el regalo, ¿tú qué le compraste?

—Una bolsa enorme, ya sabes que tiene vicio con el maquillaje, es una que se extiende, va a alucinar. ¿Tú que le vas a comprar?

—Unas pelucas de diferentes colores.

—Se va a caer desmayada la pobre, ya sabes cómo ha querido una morada —mencionó entusiasmada Adela.

—Lo sé y serán rizadas. Preciosa, tengo que revisar unos pendientes, te quiero.

—Y yo a ti, nos vemos el sábado —terminaron la llamada, cada una con una sonrisa.

—Bruno, ¿puedes encargarte de las niñas el sábado a partir de las cinco? —preguntó Frida cuando él llegó de trabajar.

—Deja reviso, creo tenía planeado una cita con tres mujeres hermosas —contestó fingiendo hojear su agenda.

—¿Cuáles mujeres? —contestó siguiéndole el juego.

—Unas hechas a mi medida, había planeado llevarlas a comer y luego a pasar un rato divertido en un lugar cerrado, donde pudiera verlas como se alocan.

—Pues lamento estropear tus planes, ahora solo te podrás divertir con tus dos hijas.

—¿Y tú, que vas a hacer?

—Voy a ir a una fiesta, donde el alcohol, la música y muchos hombres “buenotes”, como me los recetó el doctor, serán mi perdición —no terminaba de seguir con la broma cuando sintió una nalgada bien sonada.

—¿Cuáles hombres, Frida? —cuestionó Bruno con el entrecejo fruncido.

—Los mismos que acompañarán a tus tres mujeres —contestó audaz—. ¿Ahora sí, ya quieres que hablemos de manera seria? —lo miró asentir—. Es el cumpleaños de Toña, la que baila en Éxtasis y que imita a Gloria Trevi.

—Si, ya me acuerdo, ¿va a ir Lisandro?

—No y lo vamos a celebrar en casa de Bianca.

—No te lleves el carro, yo prefiero pasar por ti.

—Muy bien, ahora hay que apurarnos, tenemos que hacer la tarea con las niñas.

—¿Pero, solo es dibujar? Para eso no nos necesitan.

—Claro que sí, están viendo los cinco sentidos y mientras dibujan tenemos que explicarles cual es el del olfato, gusto, vista, oído y tacto. Luego a cenar, bañarlas y a dormir.

—Eres una mamá Nazi, las traes cortitas y las llevas a dormir a las ocho, yo nunca me dormía a esa hora, mi nana me dejaba quedarme hasta las nueve y media.

—Ahora comprendo todo, ese mal humor que te cargas no es de a gratis, ha sido toda una vida de malos hábitos, pero tranquilo, tengo fuerzas para corregirte también a ti, niño.

—Pero con una condición —dijo pícaro.

—¿Cuál? —contestó interesada, mientras lo veía que se acercaba insinuante a ella.

—Cuando estén mis pequeñas en la cama, tú y yo nos encerramos en la habitación y quiero mi clase particular sin ropa de los cinco sentidos, con solo un accesorio: esos lentes que cada que te los veo puestos me haces pensar en cosas muy sucias —dijo acariciando sus labios pegados a los de ella. Él notó en Frida sus ojos brillar y como su mente ya se encontraba ahí, en la fantasía que él le plasmó en su ya deseoso cuerpo. Las horas se le harían eternas.

La clase esa noche impartida por Frida, dejó a Bruno más que satisfecho. Ella lo llevó a donde él no sabía que quería ir y menos que estaría tan a gusto. Estaba ciego y ella le dio la luz que necesitaba para ver por primera vez con claridad después de toda su agonía.

Darío y Nuria estaban contentos al ver a sus hijos sonreír todo el tiempo. La felicidad en esa casa era más de lo que hubieran deseado. Estar rodeados de dicha los llenaba de júbilo. Eran testigos todas las mañanas de cómo Frida ponía más orden en las emociones de Bruno y a Román brillante, entusiasmado y decidido con Adela. Ellos ya querían que se formalizara la vida de sus hijos llevando a esas muchachas al altar, ya se les quemaban las habas por planear esos enlaces. Pero a veces la vida no era tan complaciente con los deseos del corazón.

—Señora Nuria — llamó Frida a la mamá de Bruno.

—Hija, ya déjate lo de señora, por favor, dime solo Nuria.

—¿Y si mejor... te digo mamá? —preguntó dudosa—. Ya sabe que yo... —volvió a sentirse insegura.

—Ya para mí lo eres, al igual que Adela —contestó con lágrimas en sus ojos. Ella no pudo ser madre y ahora ya tenía más hijos de los que nunca imaginó.

—Gracias. ¿Mamá, me acompañas por las niñas y a la plaza por el regalo de mi amiga Toña? Te aviso que no vamos a venir a comer, para que avises a la nana, no vaya a ser que se enoje.

—No te preocupes, me encargo de ello. ¿A qué hora nos vamos?

—En veinte minutos —cumplido el tiempo pactado, ambas salieron rumbo a la guardería.

—¡Abuela!, —gritaron las niñas al ver a Nuria.

—Mis remolinos, ¿jugaron mucho?

—Sí, —contestaron al unísono, quien las viera, podría asegurar que eran mellizas.

—Bueno, niñas, a poner las mochilas en la cajuela, vamos a ir a la plaza, pero... — interrumpió antes de que se descontrolaran—. Mientras vamos en camino su abuela Nuria las va a cambiar en el asiento de atrás, terminando se van a poner el cinturón de seguridad, ¿entendieron?, —las vio asentir y hacer la señal que ella ya les había enseñado, al simular ponerse el cinturón—. Muy bien, pues vámonos, solo me falta preguntarles, ¿quieren pizza o hamburguesa?

—¡Hamburguesa! —contestaron emocionadas, provocando la sonrisa de las dos mujeres.

Nuria estaba impresionada por el cómo Frida había logrado que las niñas obedecieran sus instrucciones, cada que terminaba de vestir una niña, esta rápidamente se sentaba y se aseguraba en el asiento. Rosselyn daba pasos agigantados en su aprendizaje y adaptación en la guardería. Dani iba más adelantada, pero gracias a la ayuda de todos, su nieta avanzaba con paso veloz. Agradecía al cielo que esa muchacha fuera la madre de Rosselyn. Definitivamente estaba segura de que el destino jamás se equivoca y Dios menos. Al terminar, las cuatro viajaban sentadas y seguras.

—Joven Bruno, lo busca el detective —anunció Jacinta entrando a la oficina.

—Hágalo pasar y avísele a Román.

—Sí, enseguida.

—Buenas tardes, Luis, ¿cómo está? —saludó al investigador.

—Bien, Bruno, le tengo noticias.

—¿Qué pasó, hermano?, buenas tardes —saludó al detective que solo inclinó la cabeza como respuesta al saludo.

—Nos trae noticias, tomen asiento, ¿dígame, que buenas nuevas nos trae? —preguntó Bruno.

—Por fin conseguí la información que fuimos a buscar a la ciudad de México, logré que la esposa; gracias a la suma ofertada, me diera el nombre de la persona que les ha estado pagando para que usted no encontrara a su hija.

—¿Quién es? —interrogó Román interviniendo en la charla.

—Antes de venir con ustedes, investigué más a fondo la información dada, gracias a un amigo abogado que me ayudó a que la institución bancaria nos diera acceso a esa persona y a sus movimientos. La responsable de esa aberración es la señorita Clara Valencia.

—¿Qué?! —preguntaron impresionados los hermanos.

—Aquí están las pruebas —dijo sacando un folder que pasó a Bruno—. Como se podrá dar cuenta, llevaba pagando sumas a estos individuos desde hace cuatro años y también había movimientos a una cuenta a nombre de la señora Juana López, que como recordará, era la que tenía contratada o sobornada como cuidadora de la niña.

Bruno se levantó de su silla y como un volcán que hace erupción, soltó toda la lava contenida en su interior.

—No puede ser posible, maldita desgraciada, ella sabía de mi sufrimiento y le importó una mierda, se la pasó fingiendo una preocupación y apoyo. Tenía razón mi mamá, tenía al enemigo demasiado cerca, esperando, planeando y... ¡carajo! ¿Dónde está esa perra?

—Tranquilo, hermano, la vena está muy hinchada, deja que termine de darnos toda la información. Respira, respira lento, retoma la calma, así no vas a ser de ayuda.

—¿Calma? En estos momentos tengo ganas de salir a buscarla y ahorcarla con mis propias manos por desgraciada, todo este tiempo estuvo jugando con mis sentimientos.

—Y no ganarías nada haciéndolo, solo podrías comprometerte y meterte en problemas por

alguien que no vale la pena, piensa en tus niñas y en Frida

—Hágale caso a su hermano, señor Bruno, por el momento no se sabe nada de la señorita Clara, la hemos buscado y las propiedades que estaban en la ciudad han sido vendidas. No sabemos qué está planeando. Le aseguro que no ha salido del país, eso está comprobado. Tengo a varios de mis agentes buscándola. También revisamos las otras propiedades que heredó y es el mismo caso, al parecer las vendió a un precio más bajo del que hay en el mercado inmobiliario, por eso logró deshacerse rápido de ellas.

—Tengo que hacer una llamada a la casa, ya deben de estar ahí, tengo que asegurarme de que están bien —sin tiempo que perder marcó.

—¡Bueno! —contestó Darío.

—Papá, ¿Están Frida y las niñas en la casa?

—No han regresado, tu madre las acompañó a la plaza, al parecer irían a comer y a comprar unos regalos para la fiesta de cumpleaños de mañana, ¿por qué?, te escuchas inquieto —rápidamente le contó—. ¿Ya le marcaste al celular? —observó que su hermano realizaba la llamada mientras seguía hablando con su padre, recibiendo como confirmación de que no contestaba ninguna de las dos, provocando angustia en los hombres—. Papá, llama a los abogados y a Lisandro, tenemos que dar con ellas, espera, está recibiendo una llamada de mi mamá Román —escuchó que su hermano pegó un grito y tranquilizaba a su madre.

—¿Cómo?, tranquila, sí, sí, ya. Salimos para allá —terminó la llamada y con el miedo reflejado en su rostro le dijo a su hermano—. Clara ayudada de un hombre, secuestró a las niñas, Frida y mi mamá van en su persecución en el carro.

—Papá, ya escuchaste, haz las llamadas, te mantengo al tanto —salieron de la oficina cada uno con una misión, rescatar a las niñas y evitar una desgracia. Bruno se sintió pequeño y sus miedos estaban tomando el control de su cuerpo al presentar un temblor generalizado.

—Bruno, tú y yo nos vamos en mi auto, yo manejo, no estás en condiciones de estar tras el volante. Usted localice a su gente, necesitamos toda la ayuda posible, estaremos en contacto por teléfono, mi madre me dijo que iban circulando por la avenida Vallarta con rumbo a Tequila—dijo en el estacionamiento.

## Capítulo 44

Frida y Nuria después de comerse sus hamburguesas entraron en una tienda de artículos de productos de belleza, no se iban a tardar, el pedido ya estaba realizado, solo era cuestión de pagar y listo. Estaba formada cuando un grito la alertó. Observó a Nuria con el labio sangrando en el piso, mientras que un hombre acompañado de la loca de Clara corría hacia el estacionamiento con sus niñas. Ayudó a levantarse a su suegra y salieron corriendo tras de ellos. Los vieron subirse a un automóvil negro, ellas corrieron se subieron al auto y salieron disparadas detrás de ellos. Frida al intentar alcanzarlos, se salió en sentido contrario llevándose la pluma de acceso derrapando. Nuria asustada y nerviosa llamó al primer contacto que encontró.

—Mamá, ¿dónde están?

—Hijo, necesitamos ayuda, vamos sobre la avenida Vallarta con sentido a Tequila, estamos persiguiendo a la loca de Clara, “secuestró a las niñas”, Frida y yo vamos detrás de ellos, “¡cuidado, hija!” —gritó Nuria—. Avisa a Bruno —se escuchó un rechinado de llantas y el sonido de bocinas pitando, provocando que se cortara la llamada.

—No me va a quitar a mis hijas —declaró Frida histérica.

—Las niñas van en el asiento de atrás, ya nos vieron, mira, están llorando, les va a pasar algo a las pequeñas si siguen manejando esos idiotas así —Frida al ver el peligro que corrían con una de sus manos les pidió calma y les hizo la señal que ellas ya conocían; la del cinturón de seguridad. Le dio alivio que a pesar del terror que sentían, las criaturas obedecían.

—Agárrate, mamá, me voy a pasar al carril contrario, ya está el alto y no voy a perderlos —Nuria se agarró de donde pudo y vio cómo Frida con pericia libraba los autos que venían de frente, incorporándose por los pelos al carril rozando con el espejo retrovisor a un automóvil que alcanzó a hacerse a un lado. Una patrulla advirtió la situación y se añadió a la persecución prendiendo su sirena. Nuria llamó a urgencias y explicó la situación.

Observaron cómo el automóvil golpeaba a otro en un costado haciendo que derrapara por el asfalto unos metros perdiendo el control. En cámara lenta ambas mujeres miraron con terror como daba trompos golpeando otros autos, haciendo que este se elevara unos metros del pavimento terminando llantas arriba y con humo saliendo de este.

—¡Noo, Dios, noo! —Gritó Frida dando un volantazo esquivando los autos chocados y frenando de golpe. Se bajo corriendo y detrás de ella Nuria. Llegaron al automóvil siniestrado, observaron con alivio a las niñas llorando y colgando de los cinturones. Rápidamente con la ayuda de Nuria las sacaron. El automóvil olía mucho a gasolina y estaba a punto de explotar. No les importaban los demás ocupantes, ellas solo pensaban en poner a salvo a las pequeñas. Se alejaron lo suficiente de las llamas que ya eran más que evidentes. Con ayuda de los agentes de la ley, les prestaron auxilio de inmediato. A lo lejos se escuchaban mas sirenas. Una fuerte explosión y el impulso de la detonación provocó que cayeran al piso.

Román y Bruno a gran velocidad vieron el desastre que había dejado la persecución en el camino, el tráfico ya era imposible. Tuvieron que dejar el automóvil, no podían avanzar más y corrieron entre los autos parados. A lo lejos vislumbraron a Frida y a su madre que caminaban rápido cada una con una niña en brazos, cuando sin esperarlo, vieron como la explosión las lanzaba por los aires haciéndolas caer al pavimento.

—¡Nooo!, —gritaron al unísono los hermanos al ver la imagen de ellas sobre el piso inconscientes. Al llegar a su lado, los policías impidieron que las movieran, no querían que resultaran mas lastimadas de lo que ya estaban. Para Bruno y Román fue desesperante no poder hacer nada, más que esperar a las ambulancias que les prestarían ayuda. Varias personas de negocios cercanos llegaron a ayudar con extinguidores para sofocar el fuego. Varios autos, incluido el de Frida resultaron también incendiados. Las ambulancias hicieron su arribo y fueron atendidas. Les colocaron collarines y fueron llevadas al hospital más cercano.

Todos estaban de nuevo en la sala de espera, para Bruno de nuevo el desgraciado tic, tac del reloj se burlaba de él y su paciencia. Sin poderlo evitar lloró y lloró como nunca en su vida, su llanto fue acompañado de los presentes. No se dejó consolar por nadie ni tampoco tenía ganas de hacerlo, solo quería saber cómo estaban las mujeres de su vida.

—Familiares de Vidal... —no dejaron terminar al doctor de mencionarlas, todos se levantaron al mismo tiempo.

—Somos nosotros —contestó Bruno secándose el llanto que bañaba su rostro—. ¿Cómo están?

—Se encuentran libres de peligro, solo algo golpeadas y con lesiones leves, las pequeñas tienen cortadas y están con un poco de dolor por el cinturón de seguridad, afortunadamente eso les salvó la vida.

—¿Y mi mujer y mi madre? —agregó Bruno.

—La señora Nuria, tiene el brazo izquierdo con esguince, ya está entablillado, sanará en cuatro semanas y la señora Frida... —se detuvo a leer el informe—. Ella presenta un golpe en la cabeza, y una herida en la frente que ya suturamos, no es grave, pero se va a tener que quedar mínimo veinticuatro horas en observación, por si presenta alguna complicación.

—¿Podemos verlas? —preguntó Darío.

—Si, de hecho, necesito que pasen a ayudarlas, están un poco adoloridas y lo más probable es que estén unos días con molestias —Adela y Bianca dejaron que Lisandro acompañara a los Vidal.

Román y Lisandro llevaron en brazos a las niñas. Darío llevaba a paso lento a Nuria. Bruno se había ido a la habitación donde estaba Frida, después de corroborar que sus hijas estaban bien. Todos reunidos en la sala estaban prodigándoles besos y palabras de amor a las pequeñas.

Bruno, con el corazón acelerado, entró a la habitación y Frida lo recibió con una media sonrisa que a él le dolió hasta el tuétano.

—Mi amor —dijo acercándose a ella y llorando la abrazó—. Pensé que te perdía, gracias a Dios están bien, no sabes la angustia que sentí. Casi muero al verlas volar y ... —ya no pudo continuar, las palabras enmudecieron.

—Tranquilo, ya pasó, por fin esto terminó, te aviso que no pienso volver a pisar un hospital en mucho tiempo.

—Perdóname, esto es mi culpa, debí ser más cuidadoso y evitar que salieran lastimadas, yo no sabía que Clara sería capaz de hacer algo así.

—¡Shhh! Ya pasó y no es tu culpa, además cómo podrías haberlo sabido. Estaba enferma, su odio, rencor y amor no correspondido la hicieron cometer esta locura. Ya déjalo en el pasado,

ella ya está muerta, ya no nos puede hacer daño.

—Está en el infierno, me hubiera gustado que sufriera más.

—No, Bruno, ya deja eso atrás, ahora es tiempo de que olvides y nos ayudes en la recuperación, porque yo —detuvo su voz, y fue su llanto el que habló por ella. Soltó todo el miedo y la angustia vivida, jamás se había quebrado de esa forma—. Fue horrible, —habló sorbiendo los mocos—. Bruno, hoy casi pierdo a mis niñas. La persecución, la angustia e impotencia de imaginar quedarme con el corazón vacío, no se lo deseo a nadie. Ya van dos episodios horribles y no quiero un tercero, me volvería loca de atar.

—No te preocupes, mi amor, desde hoy te prometo ser tu sombra y la de las niñas; cuando no estemos trabajando o ellas en la escuela, claro. Me vas a ver ahí, para ti y para ellas, ahora, descansa y recupérate pronto, ya que me hace falta discutir contigo y molestarme porque no me haces caso nunca y siempre termino cediendo a ti y a tus exigencias. Aquí me voy a quedar contigo, solo muerto te dejaría estar sola en la noche.

—Pero las niñas... —intentó replicar.

—Estarán cuidadas por su abuelo, la nana y Adela; a la que le voy a pedir que se quede en la casa para ayudar.

—¿Bruno, y mi carrito?

—No explotó, pero si fue alcanzado por las llamas, no te preocupes, el seguro se está encargando —solo la vio asentir y dejarse vencer por el cansancio.

## Capítulo 45

Las semanas pasaron, la ampliación de la casita de huéspedes quedó concluida, Bruno y Frida se estaban encargando de la compra de los muebles para dejarla lista para cuando se fueran a vivir ahí.

Al parecer todo volvía a la calma después de una gran tormenta, pero para Adela, ya era el tiempo de retomar su vida y con la ayuda de su psiquiatra y de la buena evolución emocional y mental tomó la decisión de dar el gran paso.

Toc, toc.

—Hola, Román, ¿puedo pasar? —preguntó Adela asomando la cabeza en la oficina de su novio.

—Claro, cariño —aceptó sonriéndole y levantándose para acercarse a ella.

—Necesitamos hablar —vio la turbación ante esas palabras en Román—. Tranquilo es algo bueno, solo espero que no sea tarde.

—Dime —contestó con miedo.

—Hable con la psiquiatra, la medicación de nuevo ya está en una dosis baja, estoy mejor y ya no tengo dudas y he decidido dar el siguiente paso.

—Y... ¿cuál es? —Interrogó cauto.

—Voy a entregarme por completo al hombre que amo, quiero ser feliz y dejar el pasado donde debe estar. Ya no voy a dejar que guíe mi presente, ni que controle mi futuro. Quiero estar contigo para siempre.

—¿Segura? —la observó asentir—. Ya que no tengo la intención de que sea diferente. Deseo estar contigo al completo y que seamos uno —se posicionó frente a ella y la tocó como deseaba, con todo su amor—. El beso que le dio fue intenso, el principio de muchos y que terminó en una noche donde sus cuerpos se reencontraron y sus almas se amaron sin miedo, sin pasado y con un futuro prometedor por delante.

Como si la vida les diera señales de que todo estaba en su lugar, Román recibió la llamada de Lisandro al siguiente día.

—¿Bueno?

—Román, me acaba de avisar el abogado que el tío de Adela fue asesinado en su celda anoche después de haber sido violado y golpeado brutalmente.

—No sabes cómo me alegro, Lisandro, recibió su merecido ese infeliz, ahora si Adela está a salvo, ¿dime cómo lo conseguiste?

—Yo no tuve nada que ver y al hacerme esa pregunta despeja la duda de que fuiste tú, creo que fue el destino, estoy agradecido también de lo sucedido. Ahora sí mi hermanita está a salvo. Me despido, tengo un compromiso con mis amores, cuídate, nos vemos el sábado en tu casa para la carne asada, tenemos que celebrar.

—Gracias, Lisandro, salúdame a Marisela y a Leonardo.

—A ti y cuida a Adela, si no, hago que te tragues los huevos —soltó una carcajada que

contagió a su interlocutor. Lisandro siempre sería un cabrón amenazante y estaría con sus hermanas, en las buenas y en las peores. Cortaron la llamada cada uno con una sonrisa en los labios.

Por fin había paz, una que todos habían deseado durante mucho tiempo. Ahora solo tocaba vivirla y disfrutarla al máximo. Siempre que el amor fuera el protagonista se podría conocer la dicha.

—¡Fridaaaaa!, ¿por qué las niñas están castigadas?, las acabo de ver en tus dichosas sillas para pensar.

—Están castigadas por que rompieron un florero por estar jugando a la pelota dentro de la casa, cuando ellas saben que tenemos un patio enorme para hacerlo.

—A mí nunca me castigaron, así que voy a ir ahorita a levantarles el castigo —ya estaba caminando hacia las niñas cuando Frida lo detuvo.

—Alto ahí, las niñas están castigadas y ahí van a seguir hasta que se cumpla el tiempo establecido y tú no vas a hacer nada. Si no mal recuerdo los castigos y disciplina las pongo yo, así que no interfieras —dijo con voz firme.

—Y si no quiero ¿qué? —contestó retándola, ella solo le sonrió de lado.

Unos minutos más tarde, entraban en la sala Nuria, Darío y la nana, estaban confundidos al ver a Bruno sentado en una silla y a las niñas en otras.

—Hijo, ¿qué haces en esa silla sentado junto a la de las niñas?

—Frida nos castigó —contestó molesto, provocando un estallido de risas de los observadores. La culpable solo miraba en silencio con los brazos cruzados.

—Por fin estos ojos que algún día van a ver al creador son testigos de que alguien logró castigarte —expresó riendo la nana que jamás pudo realizar ese hecho—. Frida, gracias por hacerme feliz, y llevar a este niño mal criado por el buen camino.

—De nada, nana, —el *flash* de una fotografía del teléfono de Darío captó ese momento memorable—. Niñas, ya pueden levantarse, prepárense para su baño y espero que comprendan por qué fueron castigadas, que no se repita —las pequeñas se levantaron obedientes y antes de subir a su recámara voltearon a ver a su padre con una sonrisita.

—¿A qué hora me vas a liberar de mi castigo, mujer?

—¿Entiendes, por qué del castigo? Y quiero que lo verbalices.

—Si, si, no debo intervenir en la disciplina, aunque no esté de acuerdo, debo apoyarte ya que es por el bien de nuestras hijas.

—Muy bien, ya puedes levantarte.

—¡Ájalas, que fuerte! —expresó Nuria, quien miraba a Frida con un respeto que desde el día uno ya se había ganado y que hoy crecía más. Ella es lo mejor que le pudo pasar a su hijo. Lo vieron levantarse y acercarse a su mujer, diciéndole solo seis palabras que casi deletrea.

—Esto me lo cobro al rato —dijo sonriendo, caliente, provocando risitas de los presentes y en ella un rubor que se extendía por todo su cuerpo.

Nuria le susurró a su marido:

—Ahora si hay que darles los anillos a nuestros hijos —Darío asintió gozoso—. El sábado.

## Capítulo 46

Bruno y Román estaban nerviosos, ese sábado temprano su padre los había llamado a su recámara, y de la nada les dijo que dejaran de hacerse pendejos y que ya amarraran a esas hermosas muchachitas o podía llegar cualquier pelado y robárselas. Lo dicho lo acompañó entregándoles a cada uno una cajita transparente y dentro de este, en un cojín dorado descansaba orgulloso un anillo especial, con el color de la pasión y la dureza del amor que sentían.

—Buenas tardes a todos —saludó unas horas después Darío posicionado en un lateral de su jardín, que cubría un toldo instalado en el patio trasero de su casa, donde la parrilla estaba encendida y varias mesas lucían dispuestas con botanas y bebidas—. Amigos y familiares bienvenidos a mi casa, para mi es un gusto observar cómo esta familia ha crecido. Mi mujer y yo damos las gracias al cielo por tener a nuestra nieta con nosotros. Regalo de una mujercita valiente que desde que la conocí, no ha dejado de sorprenderme. Al igual que a su amiga que es una luchadora. También a todos ustedes que ahora comparten estos momentos familiares con nosotros. Es tiempo de celebraciones, ya pasó por fin la tormenta y la luz brilla ahora más, de nuevo bienvenidos.

Los hermanos se miraron y Román le dijo en señas que él fuera primero. Bruno llegó donde estaba sentada Frida y la tomó de la mano para que se levantara. Todos guardaron silencio.

—Frida —ella lo miró extrañada—. Desde el día que te conocí, me comporté como un bastardo. Mi vida estaba dirigida por el enojo y la desconfianza, siempre acostumbrado a ser yo el que decidía el cómo, el cuándo y el dónde. Mis relaciones con otras mujeres fueron solo ensayos, al parecer tenía que practicar para cuando me hicieras caer de espaldas por corretearte —se escucharon carcajadas—. Perdóname por hacer que nuestra historia iniciara así, si pudiera hubiera hecho las cosas diferentes, pero en mí había dolor y confusión. Frida, no hay cuentos de hadas ni todo ese color rosa, pero contigo a mi lado siento que voy deprisa en bajada y sin frenos y a pesar de ver que el camino termina en un gran muro, piso más fuerte el acelerador de mis emociones ya que mi propósito es estrellarme con tu amor. Y como dicen que del odio al amor hay un paso, ¿quieres ser mi esposa? —hizo la pregunta hincando una de sus rodillas. Sus lágrimas y emociones lo único que le dejaron pronunciar fue un sí casi imperceptible.

Bruno le colocó el anillo en su dedo y antes de besarla le dijo:

—Quiero que adoptemos a nuestras niñas, quiero los apellidos de ambos en ellas, ¿aceptas?

—Sí, acepto —ella fue la que se lanzó a su encuentro, prodigándole un beso ferviente —los presentes aplaudieron levantándose de sus asientos.

—Vas, hermano, el escenario es tuyo —dijo Bruno.

—Gracias, y casi haces que me dé un coma diabético —rieron los presentes.

Román ya se encontraba junto a Adela, previendo el momento de cuando le tocara. Carraspeó.

—Como ya te había dicho, Adela, tu presencia y voz provocó un terremoto que inició en la piedra que ya cubría a mi corazón. Siento que ya no puedo evitar escapar del hechizo de tu mirada, ni de la sensación de alivio cuando estas en mis brazos, mismos que te sostendrán cada que lo necesiten tus lágrimas. Quiero traer la alegría a mi vida y solo lo consigo con tu sonrisa, la

que me hace temblar con su cercanía. Soy afortunado y quiero serlo el resto de mi vida, por eso te pregunto —clavó su rodilla sobre el césped—. ¿Deseas ser mi esposa para siempre?

—Sí, mi amor, para siempre —contestó llorando de dicha. Terminó Román de colocarle el anillo y se fundieron en un beso sublime. Todos estaban pletóricos de ver como dos parejas disparejas amoldaban a la perfección.

El resto del día pasó entre risas, felicitaciones y comida. Llegando la noche Bruno le preguntó a Frida.

—¿Cuándo quieres que se realice la boda?

—Un día de enero —contestó sonriendo.

## Epílogo

¿Cuántas personas al contraer matrimonio piensan que van a fracasar? Ninguna, y si lo hacen no es culpa del amor, son las palabras, la falta de interés y las acciones que nos hacen lastimar o ser lastimados, y muchas de esas veces un perdón no es suficiente.

### Bruno

Ahora que ha pasado el tiempo, siento pena por quien era, un dolido, resentido y envidioso de la dicha de los demás. Sin embargo, creo que lo que fui y lo que hice, fue para llegar a este hermoso momento. Tengo dos hijas hermosas, que después de la boda en enero; como quiso la ideática de su madre, hicimos el trámite para que llevaran los apellidos de ambos. Y desde ese día, jamás dejo que sientan que no son amadas, valoradas y respetadas. Borré de su mente y de la mía, la idea de que no valíamos nada. Todo gracias a Frida.

Hoy no dejo de pensar en el miedo que tengo de volver a sentirme como antes. A pesar de que la vida me devolvió a mi hija y ahora que me gané el premio mayor con Frida y Dani. Hay ocasiones que siento que no me merezco ser amado, solo me repito uno de muchos de mis mantras cuando me abrumo. “Ya no hay nada que temer, estoy a salvo”.

Cumplí mi promesa a mi padre, antes de la boda me llevó a que me revirtiera el proceso de la vasectomía. No tuvo que llevarme a rastras, yo quería un bebé, y vivir la experiencia que no disfruté. Ver y sentir crecer el fruto de mi amor en el vientre de la mujer que cada que hacemos el amor, sus sonidos de placer son todo un poema. El día que conocí a mi hijo, y lo tuve por primera vez en mis brazos, y escuché su llanto, juro que se me salieron las lágrimas, algo en mí se revolvió, fue como si mi corazón despertara de un largo letargo. La cantidad de amor y protección que sentí fue otro mejor momento de mi vida y en ese instante se terminaron por romper mis capas protectoras. Soy feliz de todas las maneras imaginables, él, su madre y sus hermanas son lo más importante y no sé qué sería de mí si algún día los perdiera. Jamás le he dicho a Frida lo que despertó en mí cuando la conocí, me hace recordar que tomé la mejor decisión al abrir mi corazón a ella, cada que rememoro nuestro primer encuentro, sonrío por lo irreverente de ese instante.

Mi hermano vive feliz junto a Adela. Viven provisionalmente en el departamento de Frida, tienen dos hijos; Obed y Paloma, son gemelos. Ya mis papás los convencieron para que se muden a la casa grande, incluso invitaron a Bianca para que no se quedara sola. Pero al parecer ella está saliendo con un señor que la invita al cine o a tomar un café. Después de muchos años, se dará la oportunidad de tener un compañero.

El cabrón de Lisandro sigue con Marisela y Leonardo, ese trio siguen enamorados y con un bebé en camino. No sabemos quién es el padre. Y ellos no piensan hacerse una prueba de ADN, porque para ellos él bebé es de los dos. A pesar del escrutinio social y religioso del que son objeto, son felices en una casa bastante amplia, que por cierto está cerca de donde vivimos. Y de vez en cuando nos caen de sorpresa.

Hablando de casa, la pequeña casita de huéspedes ahora es de dos pisos, tuvimos que ampliarla otra vez, necesitábamos darles a las niñas su espacio a cada una, más una recámara extra que se la asignamos a mi pequeño Gabriel cuando nació. Quiero otro bebé, aunque me va a costar trabajo convencer a Frida. Me dice que estoy loco, que ya tenemos tres y que además

salen muy caros los hijos. Jajaja, es adorable.

Sigo haciéndola enojar y de vez en cuando me grita que le caigo mal, que si no me amara ya me hubiera cambiado por un perro, según ella, un animal da menos lata, jajaja, ya quiero ver su cara cuando llegue a la casa y me baje del carro con el regalito para mis criaturas. Pasé por él de camino a casa; también lo adopté, es un pastor alemán color café con blanco cruzado con de la calle, tiene tres meses, es precioso.

Acabo de llegar, salieron a recibirme. Me bajo del carro y abro la puerta del copiloto y el pequeño perro sale disparado a olisquear, se mea y contento empieza a ladrar. Mis hijos se emocionan y salen a su encuentro corriendo. Me acerco a mi mujer que me mira ceñuda tras esas gafas que me ponen caliente.

—Te ves sexy enojada y traes tus gafas... Mmm, ¿nos encerramos en la recámara un ratito?

—¿Un perro, Bruno? Te aviso que te vas a encargar de bañarlo, darle de comer y de limpiarle sus mierdas.

—Cariño, dijiste que un perro daba menos lata que yo.

—Mira tú qué cómodo, pues ya está dicho, te encargas del perro, por cierto ¿Cómo se llama?

—Toto.

—Niñas, les encargo un momento a su hermano y a Toto, necesito ir a castigar a su papá, —las niñas rieron. No sabían cuál sería su castigo esta vez, así que le dijeron a su mamá que sí, y jugaron por una hora hasta que bajaron sus papás a acompañarlos.

Por fin se durmieron mis hijos, ahora tocaba ir con Frida. Al entrar a nuestra alcoba la veo con un libro, vestida con pantalón de deporte y playera masculina y como no, sus gafas. Me quedo parado en la puerta después de cerrarla con pasador. Soy un maldito suertudo, ya deseaba estar enterrado en su cuerpo y al terminar quedarnos dormidos haciendo la jaulita; “con el pájaro adentro”. Quién diría que ella, una mujer con los pies puestos en la tierra, con un carácter que jamás voy a poder controlar, un corazón de acero y un amor infinito sería mi compañera el resto de mi vida.

FIN

Busca la verdad en tu corazón y cuando la encuentres, sabrás que vale la pena todo lo que la vida te da o te quita, no te resistas tanto y jamás dejes de amar.

Mary Rz. Ga.

# EXPRESATE LIBRE

LOS SENTIMIENTOS SON TUYOS

---

---

# AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, a las lectoras y lectores que me han dado la oportunidad de llegar a sus corazones al leer mis historias. Sin ustedes no seguiría aquí. A mis hermanas, Gaby y Lucia Rodríguez, por emocionarse y ser las primeras en leer el libro antes de la revisión y corrección. A mis viajeras hermosas que tienen mucha fe en mí. A mi primer lector cero del género masculino, Álvaro Leal que me hizo señalamientos y correcciones, aportando su valiosa opinión sincera. A las escritoras que he encontrado en este hermoso camino y que ya las quiero como si las conociera de toda la vida:

Mille Bluet, Mili Gallardo, Kayla Laurels, A.R. Cid, Ania Zaera, Hellen Cross, Seti Falcon, Lurdes Tello, Amparo Alegre, Edith Winter, Marial Pardos, Violant G.G, Beatriz Codina, Carolina MacLeod, Nathalie Park, Majo López, etc. Si sigo así me aviento otra página. Las que me faltaron ya saben que no es por falta de espacio, es por no verme presumida por contar con su amistad. Ja,ja,ja.

Y, por último, a las personas más importantes de mi vida, mis papas, hermanas, marido Marco y a mis hijos Mariana e Ignacio

## Sobre la contadora de historias

Nací en la ciudad de México. Trabajo en el área restaurantera. Vivo en el estado de Jalisco, México, desde hace 25 años. Tengo un marido estupendo, dos hijos ya legalmente adultos y un gato llamado Ronnan. Una de mis pasiones es leer y escuchar música. Si, afortunadamente eso no ha cambiado, solo los años que pasan y pasan.

Mi aventura con la escritura inició un día cuando estaba desempacando después de haberme mudado de casa, encontré varias notas con palabras al azar y anotaciones en libretas que realicé a lo largo de mi vida, con cada una de sus faltas de ortografía. Dentro de esa caja estaban escondidas en retazos: *Abrazando la oscuridad*, *Déjame amarte cariño*, *Un día de enero* y otras que están a la espera de ser revisadas, actualizadas y contadas.

Cada día aprendo algo nuevo y a veces suelo retarme de manera agresiva para realizar alguna locura, aunque a veces me sienta superada, no dejo de realizarlo y al final sonrío feliz al conseguirlo. Todo por el deseo de dejar libres mis locuras y conquistar sus corazones cuando me apoyan a leer mis historias.

Por favor si ves algún error puedes escribirme, te estaré muy agradecida por ello, pienso que no existe la perfección y lo que realmente nos hace únicos es la hermosa imperfección. Si me lees, me gustaría que comentaras y compartieras tu experiencia.

**Mary Rz. Ga.**

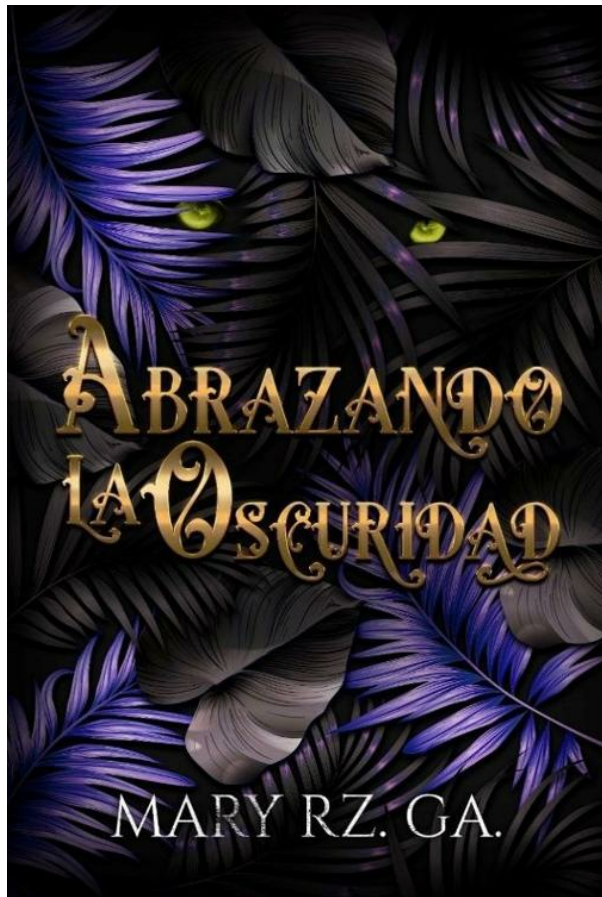
[maryrzga@gmail.com](mailto:maryrzga@gmail.com)

@maryrzga

<https://www.facebook.com/MaryRzGa/>

**Te recomiendo mis libros, espero los disfrutes.**

# Abrazando la oscuridad



1

*Puebla, México, 17 de julio de 1869*

Todo empezó en el preciso momento en que la noche retrocede para darle paso al amanecer, cuando la naturaleza despierta, aunque por alguna extraña razón permanecía silenciosa... al igual que las personas de una cabaña en medio de un bosque frondoso.

Los presentes respiraban contenidos... La preocupación era palpable por los gritos que profería Amelia Bermúdez de Antúnez mientras daba a luz. La escuchaban con la piel de gallina. Así llegó al mundo la hermosa Zia Antúnez Bermúdez, siendo recibida por Miroslava, su tía materna, partera y curandera de la región norte montañosa de Puebla. Esa mujer tenía un don y una misión, ayudar en el nacimiento de su sobrina que estaba predestinada a lograr lo que ella no podría jamás.

Zia fue criada y educada, no solo para llevar un hogar, le encantaba leer, sabía sumar y restar, pues su padre, Armando Antúnez Diéguez tenía una visión progresista y decía: «No por ser mujer, sirve nada más para traer hijos al mundo y tener comida lista en la mesa. La educación hace la diferencia». Decisión que, tanto su esposa como su cuñada aplaudían. Ellas gozaban de esos conocimientos, privilegios que no todos podían o querían adquirir, ya fuera por miedos derivados de sus creencias religiosas, tradiciones, desigualdad o pobreza. Esta última, desgraciadamente, la habían provocado tantos levantamientos armados en esa región. A pesar de

tener casi todo en contra, y aun con las críticas de la época, su educación fue impartida por ellos mismos y un profesor de la capital, que no tenía prejuicios sobre brindar conocimientos a una mujer.

Zia, vivía alegre, con libertad y sobre todo con muchas ganas de saber sobre la vida. Era la menor de tres hermanos varones, Joel, Mauro y Efrén. Era el ojito derecho e izquierdo de sus hermanos, la consentían, la hacían rabiarse, cada vez que había oportunidad le enseñaban como cazar, poner trampas, trepar árboles y dar buenos golpes. Tenía el privilegio de crecer siendo mimada, cuidada y llena de amor. También fue disciplinada cuando era necesario por unos padres cariñosos. Era el milagro de sus papás que habían perdido las esperanzas de tener a una niña. Eran una familia unida.

Su mayor afición eran las plantas con propiedades curativas, era buena en ello. Aprendió gracias a su tía Miroslava, que con amor y pasión le compartió sus conocimientos.

«El conocimiento es poder y no cualquiera sabe cómo usarlo», le decía su tía. En su caso fue preparada para ser la excepción, contaba con la madurez para no volverse prepotente.

En una de esas innumerables charlas con su tía, esta le mencionó que la fecha de nacimiento la escogemos antes de nacer, con ella se dicta el camino y los talentos que vas a tener. Zia nació con el mejor de todos, una infinita luz, misma que tendría que aprender a manejar, en el momento que se le presentara. Sus conocimientos, bondad y corazón serían puestos a prueba, y estos tres le ayudarían a resolver aquello que el destino le pusiera en su camino. Solo así florecería su don.

Era muy solicitada, había días que no paraba de llegar gente a su puerta para que ella aliviara dolores, fiebres, gargantas irritadas, heridas y partos. A sus dieciocho años tenía el mismo respeto y conocimiento, como en sus días su tía Miroslava. La añoraba cada día, pero sabía que la cuidaba desde ese lugar que solo al morir llegas a conocer. Su muerte fue dura, su ausencia aún dolía, recordaba los días vividos a su lado sonriendo y no llorando.

Creció entre olores a hierbas, esencias y jabones. ¿Quién diría que podía recordar el día que conoció el mundo mágico de su adorada tía? «Era raro», porque ese recuerdo se remontaba a una tierna edad. Soltó una risa. Para ese entonces, Zia todavía no caminaba y se acordó que gateando llegó hasta la canasta llena de flor de lavanda, introdujo su cuerpecito y pegó su carita a la flor, aspiró su aroma, y se quedó dormida con ese relajante olor. Se sintió especial cobijada por una luz. Así la encontraron su mamá y su tía, siendo esa la señal del inicio de su formación.

Un día con clima agradable, después de desayunar, Zia salió a recolectar plantas para su herbolario. En la última temporada invernal se le habían acabado, fue muy cruda y hubo muchos malestares.

Al cruzar el patio se giró para mirar su casa, rememoraba la historia que su mamá le contaba siendo una niña. Su papá la construyó con todo su amor, tardó un año en terminarla, antes de casarse. De madera de pino y cedro estaba construida en su totalidad, tenía un lindo cobertizo, ventanas grandes, cuatro habitaciones cómodas, con muebles hechos a mano por su padre. Una estancia grande con una chimenea de piedra gris, que te invitaba a reunirte para platicar con un rico chocolate al anochecer, o simplemente escuchar a su madre tocar el piano. La cocina era amplia y bien iluminada, con una gran estufa y un horno de piedra para pan, donde su mamá realizaba deliciosos postres.

Contaba con una habitación adicional especial en el patio lateral que comunicaba con la cocina. Estaba construida al detalle para tener la temperatura exacta para el secado y la conservación de sus plantas. Suspiraba y sonreía cada vez que la veía.

Colindaba con un bosque hermoso y tupido, con una flora y fauna vasta, así como un hermoso río de aguas cristalinas que bajaba de la montaña, donde le gustaba nadar o bañarse en temporada de calor. Caminaba hasta un hermoso claro donde crecían muchas de sus plantas y otras que junto a su tía habían sembrado de manera armoniosa.

Estaba en su labor concentrada, le gustaba tararear una nana que le cantaban para dormir cuando era una niña. Estuvo trabajando por horas, hasta que de tanto estar agachada sintió un tirón en la espalda que le recorrió hasta las piernas, señal de que su cuerpo le hacía saber cuándo era la hora de regresar.

Se levantó y se estiró abriendo los brazos y mirando al cielo, respiró el olor del bosque y cerrando los ojos empezó a girar riendo como cuando era niña. En ese momento, abstraída, no se percató de que un hombre la observaba, la vigilaba. Desconocía que quería tenerla, ser su dueño. Zia ajena a esto terminó su labor y emprendió su regreso a casa ignorando los planes de aquel desconocido.

## Déjame amarte, cariño



### Antes de todo

—Si, ¿diga? —contestó medio dormido.

—Rogelio, necesito verte.

—¿Eva?

—Si, ¿quién más?

—¡No manches!, casi me matas de un susto, son las tres de la madrugada. Hay de dos sopas para que me hablen a estas horas, son malas noticias o me llaman del infierno pidiéndome que haga el equipaje en chinga, ¿Cuál de las dos es?

—Déjate de tonterías, me urge que vengas a Guadalajara, ya se acerca la hora y todo se pondrá en marcha pronto. Necesito que me ayudes a dejarlo arreglado. Ya hablé con Mario, me espera mañana en la tarde, y yo te requiero aquí, pero ¡ya!

—¿Pues, que pasó?

—Lo que ya te había platicado que vi, y que ahora fue más claro. Así que dime, ¿en cuánto tiempo llegas?

—Lo que me permita la ley de tránsito y la habilidad de mi conductor.

—Acá te espero con un café y tequila, los vamos a necesitar.

—¡Ay, amiga!, con esos consuelos me temo lo peor.

—Lo sé, y por eso es importante que quede todo listo, ya no hay tiempo.

—Voy en camino.

—Gracias, amigo.

## El viaje

Ring, ring, ring

—¡Bueno!

—Señorita, ¿Maritza Estrada Román?

—Sí, soy yo, dígame ¿qué desea?

—Buenas tardes, soy el abogado Mario Navarro Silva, representante legal de su abuela Evangelina Ruiz Montero, lamento informarle que falleció hace unas horas.

—¡Oh, Dios!, ¡¿qué?!, ¡no puede ser!, hablamos ayer por la noche y estaba bien, ¿cómo fue?, ¿qué pasó?

—Fue encontrada por la señora del servicio sobre la alfombra de su sala, pudo llegar aún con vida a la clínica, pero no pudieron hacer nada por ella, desgraciadamente falleció de un infarto. Necesito que viaje a Guadalajara de inmediato, tenemos a su prima Jacqueline en la funeraria intentando tomar el control de la situación, pero ella no está autorizada a realizar cualquier gestión ni a tomar posesión del cuerpo de su abuela, ya que la señora Evangelina dejó claras indicaciones de que solo usted se haría cargo de su funeral, así que estamos esperando por usted.

—¡No lo puedo creer!, ¿qué se tiene que hacer?

—Aún hay mucho que aclarar y leer la última voluntad de su abuela junto a toda la familia, y a pesar de que usted sea una de sus herederas, hay ciertos asuntos delicados que se tienen que tratar después del funeral. Pero lo más importante, es que usted llegue lo más pronto posible.

—Está bien, salgo para allá en el primer vuelo o camión que encuentre.

—Hágame el favor de indicarme la hora; mandaré a recogerla. Esté, es mi número personal, guárdelo y me envía un mensaje con la información. De nuevo lamento su pérdida.

—Gracias.

Maritza terminó la llamada. Se fue deslizando poco a poco por la pared hasta quedar sentada en el piso de su recámara; estaba en shock. Se llevó la mano al pecho, empezaba a sentir esa opresión que conocía muy bien, esa, que se siente como si un elefante posara sobre tu pecho uno de sus pies, impidiéndote que el aire entre de manera natural a tus pulmones. Tenía que tranquilizarse, no quería sufrir un ataque de ansiedad. Respiró profundo varias veces como le decía siempre su psicóloga. Para no entrar en ese lugar oscuro donde la llevaba su mente, se dio un abrazo de mariposa durante quince minutos. Contó del cien al uno y cuando ya pudo respirar mejor, se permitió llorar amargamente su dolor, recordando la última vez que vio a su abuela.

Tres meses antes:

—¿Maritza, hasta cuando vas a seguir buscando excusas para venirte acá conmigo?

—Abuela, no puedes decirme eso, sabes que estoy en terapia, además trabajo.

—Pretextos, pretextos, a mí se me hace que aún tienes la esperanza de que ese idiota narcisista te siga rogando y jurando que va a cambiar, y milagrosamente con tu amor lograrás el bendito

cambio, «bla, bla, bla». Si es por el trabajo, sabes que puedes hacerlo en cualquier parte del mundo, solo necesitas el dichoso internet y ya, y con respecto a tu loquera, aquí abundan.

—Germán no tiene nada que ver en mi decisión de seguir en Aguascalientes. Hace seis meses, «tal vez», pero ahora no es el caso, sabes que me hizo mucho daño. Ahora sé que tenía una dependencia emocional por él y no me daba cuenta. Le di todo, me alejé de mis amistades, di prioridad a sus necesidades, cedía «por amor» a sus exigencias, pero cuando no lo hacía bien, me hacía sentir culpable y me reprochaba de no esforzarme lo suficiente.

—No olvides que te puso los cuernos con tu amiga Sonia, esa loba disfrazada de cordero. Cuando me contaste, me entraron unas ganas asesinas de prenderle fuego a ese cabello lleno de siliconas.

—No lo olvido, abuela, me estuvieron viendo la cara durante tres meses. Antes de irme, el muy cabrón me dijo que me fue infiel por mi culpa, por no ser lo suficiente mujer. Que en la relación el que más había dado era él, que yo no valía tanto y que nadie me querría como él.

—Desgraciado, el muy hijo de su madre, si tu padre viviera le hubiera dejado que le disparara en los huevos por haber lastimado a mi pequeña.

—¡Abuela! No digas esas cosas.

—Eso y más se merece, además, como si te hubiera hecho un favor ese desgraciado. Dinero tienes por tu trabajo y la herencia de tu padre, así que no me vengas con pretextos tontos que no te quedan, ¿ya olvidaste todo lo que te hizo?

—No y me da alivio saber que mi papá no vio en el pozo profundo donde me tenía Germán, ni a la violencia pasiva a la que estaba siendo sometida. Mi mundo giraba alrededor de él, y aunque no me lo creas, me sentía feliz. Vaya manera de estar engañada, no sabes cómo me arrepiento de haber sido tan estúpida.

El día que lo encontré en el café del Centro Comercial punto cuarenta y cinco con Sonia besándose y manoseándose, me sentí tan poca cosa que pensé que yo había provocado su traición; que algo había hecho mal. Cuando los enfrenté, con todo el descaro del mundo, se rieron de mí. Él aseguró que ella era más mujer que yo, que no servía para retener a sus hijos en mi vientre, que lo obligué a buscar a una que sí le diera todo. Sonia, estará a punto de tener a su hijo.

—Afirmo, hijos de su madre, lo bueno es que ya eres libre de ese animal y estás saliendo adelante. Así que dime, ¿cuándo organizamos tu mudanza?

—Deja lo reflexiono, abuela, tengo que organizar la entrega de la casa y la venta de los muebles; me gustaría comprar todo nuevo. Tengo que revisar la casa que me dejó mi padre y hablar con los inquilinos, ya que el contrato de alquiler no vence hasta dentro de ocho meses.

—Eso no es necesario, mi pequeña, esta casa es enorme, de cuatro recámaras. Y solo uso una, el resto son tuyas, así como el despacho, con un librero grande lleno de libros que eran de tu padre y abuelo, tiene una pared libre para agregar otro librero para tus documentos. El escritorio está esperándote para que puedas trabajar, ¿dime que necesitas?, yo pido que remodelen como tú quieras. Con respecto a tu casa sigue rentándola y percibiendo dinero por ella, está en buena zona

y te da para cubrir tus necesidades si decidieras no trabajar; ya no la vas a utilizar para pagar la renta de Aguascalientes, te sobraría y harías lo que tanto tu loquera te pide: iniciar de nuevo al completo. La primera parte, la estás recuperando..., «tú», ahora falta poner distancia; no tienes a nadie en ese lugar, sin embargo, tus amigas aún siguen aquí; están esperando tu regreso.

—Está bien, abue, me apuro a arreglar las cosas y al cabo de dos meses que se me vence el contrato de arrendamiento, vendo las cosas y aquí me tendrás de vuelta.

—¡Eso chingao!, ya decía yo que mi nieta preferida tenía unos buenos ovarios como los míos, además necesito que me ayudes con las acciones de la tequilera. Tengo un buen abogado y dentro de un tiempo se va a encargar Max de la tequilera. Hay que cuidar lo que tenemos, y requiero que te vayas empapando del manejo por si un día enfermo, puedas echarles un ojo. Además, ya te has estado dando una idea del trabajo que se hace con lo del manejo de sus redes, traducciones y contratos. Bueno, vamos a dejarnos de malos recuerdos y dejar de hablar de trabajo. ¿Qué te parece si nos vamos a celebrar al buffet del casino y nos gastamos unas cuantas monedas en las máquinas?

—¡Ay, abue, no tienes cura!

—¿Y quién te dijo que andaba necesitada de una? Anda, ponte *sexy* y vámonos a divertir, mientras, yo voy a ponerme una minifalda y un ligero, igual pesco algo para darle una desempolvada al cuerpo.

—Ja, ja, ja, abue, eres tremenda. Te amo.

—Y yo a ti, mi niña.